



LUIS FERNANDO GUACHALLA

La democracia puesta a prueba

La elección presidencial de 1947

Diciembre, 1943 — Septiembre, 1947

1999

*

Diseño tapa: Martín Sánchez

© Rolando Diez de Medina, 2006
La Paz - Bolivia

Presentación

Recuerdo a Luis Fernando Guachalla, mi querido tío y padrino, —hijo de mí venerado bisabuelo Fernando E Guachalla hermano de mi amado e inolvidable abuelo Carlos A. Guachalla—, como a un hombre sabio, ecuánime, delicado, cariñoso, y de una modestia sin igual.

Quizá una niñez truncada, —fue arrancado del regazo materno a los ocho años para ir al internado en Bélgica, bajo el cuidado de su hermano Carlos, quedando huérfano de padre al año siguiente—; y una vida intensa en servicio de su país, —fue abogado, periodista e historiador; participó en la contienda del Chaco, como sargento; fue funcionario diplomático en Chile, Paraguay y Estados Unidos, Ministro de Guerra a los 32 años, y Ministro de Relaciones Exteriores, más tarde, y largos años de exilio amargo y soledad—, formaron su carácter con las hieles de la vida dura y las mieles de una existencia bien vivida: honradez de conciencia, servicio incondicional en favor de sus semejantes, serenidad ante el éxito y desprecio por los halagos y zalamerías.

Una profunda lealtad hacia su país le hace regresar una y otra vez a ese país que tanto rechaza a sus hijos, a esa tierra amarga que nos cobija, que nos une y nos separa. Luis Fernando Guachalla la define así: "...una Bolivia con perfil de historia y eternidad, corazón de un continente, magna conjunción orográfica proyectada sobre la Mar del Sur y la Mar del Norte, esa Bolivia turbulenta, "tierra de contactos" porque así nació y "tierra de antagonismos" por obra del hombre; tierra de dulces remansos, destrozada una y otra vez por la furia vengativa de sus hijos, tierra tanto más amada cuanto más desventurada".

Escritor de exquisita prosa y admirable objetividad, decía, sobre su tarea periodística, que su contribución se enmarcaría en relacionar el suceso externo y los acontecimientos de la política interna; las enseñanzas del pasado frente a los desafíos de la hora presente o a la gestación del futuro. "Lo que no se advierte comúnmente ahora es la voluntaria mirada retrospectiva. Una resultante de ésta, como trepidación física y moral en la que se quiere hacernos vivir, para ser el menosprecio por todo lo que hicieron nuestros mayores, por lo que dijeron y soñaron. Un viento iconoclasta sopla sobre el jardín de las culturas nacionales, pero lo despoja de la hojarasca que pudo conservar y, por ende, devuelve la lozanía a sus mejores brotes. El comentario internacional, a menudo, aclara mejor los elementos de un problema actual al divulgar y traer a recuerdo sucesos y situaciones pasados".

Luis Fernando Guachalla, como periodista y político, se aferra al consejo paterno que le dicta: "Para sostener con éxito nuestro programa, debemos sujetarnos, en la prensa, a estas reglas invariables: discusión serena sobre asuntos de política general y cuestiones de interés nacional, sin referirse jamás a las personas sino a las ideas; comentario razonado de mis propósitos y actos políticos, cuando sea preciso; respeto al adversario; tolerancia con los exaltados; silencio absoluto para las injurias personales que se me dirijan".

Y como candidato, también recoge la enseñanza de ese padre, a quien casi no conoció, y que le dice: "No prometo sino lo que sea de posible realización; ...y como la patria es de todos, y todos tienen el deber y el derecho de tomar parte en los negocios públicos, ninguno de sus hijos puede negarle sus servicios, en el Gobierno o en la oposición, porque la Patria es como Dios: todo le debemos a ella y ella nada nos debe a nosotros".

Resume el ideal de su fugaz, pero límpido paso por la vida política comprometiéndose a lograr respuestas originales, adecuadas a nuestros problemas, sin rechazar las experiencias externas con ideas que más de un político actual cree haber descubierto o acuñado recientemente: "Buscaré soluciones bolivianas a problemas bolivianos ya que todo cuanto nace y fructifica en este suelo nuestro, debe ser tratado de acuerdo a nuestra realidad ambiente, a nuestras posibilidades y a nuestra idiosincrasia, sin olvidar la experiencia ganada por otros hombres y otros pueblos, particularmente en esta América, cada vez más interdependiente y maravillosa por su diversidad dentro de la unidad". Y sentencia luego: "Creo que nuestro mal, cuya raíz es moral, demandará curación lenta, y que requerimos métodos de sagacidad y de paciencia, una tolerancia permanente, y aun en medio de la firmeza para administrar, el reconocimiento de que la palabra nos ha sido dada para aproximarnos y entendernos".

Una vez confirmada su derrota electoral, la prensa de esa época, en un acto de justicia y reconocimiento dice de él: "Su filosofía prudente y generosa, elevó la lucha política a planos que se desconocían en el ambiente interno. Su cultura jurídica y humanista, ennobleció y dio un nuevo sentido a la propaganda partidista. Sus gestos oportunos, su extraordinaria perspicacia política, sus palabras siempre ricas de substancia y previsión, contribuyeron en gran parte a despejar la atmósfera cargada del ámbito electoral. Sereno, dinámico e infatigable, pudo el Dr. Luis Fernando Guachalla dirigir su propia campaña presidencial y marcar rumbos a la reconstitución jurídica del país, obrando al modo de caudillo moral, aquél que sirve de guía a su pueblo comenzando por el propio ejemplo".

Hoy, asumiendo el papel del hijo que nunca tuvo, ofrezco estas sencillas palabras en homenaje a ese ser entrañable y querido. Pocas veces tienen los hombres el honor y el inmenso placer de honrar a sus antepasados como el que se me brinda en esta oportunidad, cuando recordando el centenario de su nacimiento, puedo hacer realidad el viejo anhelo de publicar estas sencillas memorias que mi tío Luis Fernando terminara de escribir en 1960, como testimonio de su límpido paso por la política y de su fe inquebrantable en la democracia. Quieran la posteridad y las generaciones venideras, no recordar su semblante, ni su nombre, sino su honesta lucha por la unidad nacional, su indeclinable servicio en favor de la verdad y su inveterada fe en Bolivia, la misma de hoy, la de entonces, la de siempre.

La Paz, Octubre de 1999.

Fernando Prado Guachalla

Luis Fernando Guachalla

Misión en el Paraguay

Entre los rasgos de la personalidad de Luis Guachalla estuvieron su temprana madurez, su precoz aptitud para formar juicios equilibrados, su serenidad para afrontar situaciones de conflicto. Fueron sin duda las aptitudes que el presidente Hernando Siles Reyes apreció en él para encomendarle en 1929 la representación diplomática de Bolivia en el Paraguay, en un momento en que las relaciones entre ambos países habían entrado en una etapa cercana a la agresividad. Hacía poco menos de un año que las tropas paraguayas tomaron el fortín boliviano "Vanguardia", hecho que originó drásticas represalias bolivianas.

Después de haber ejercido la Encargaduría de negocios de Bolivia en Chile, Guachalla se constituyó en Asunción en calidad de Ministro Plenipotenciario. Tenía 30 años.

Desde su primera entrevista con el canciller Jerónimo Zubizarreta, se empeñó en despejar el "imperialismo" y la "hostilidad hacia todo lo paraguayo" que se atribuía al recién elegido presidente Daniel Salamanca. Los paraguayos no olvidaban que el nuevo presidente era enemigo de cualquier concesión y que un día, ante una multitud enardecida había pronunciado las frases apocalípticas: "Así como los hombres que han pecado deben someterse a la prueba del fuego para salvar sus almas en la vida eterna, así los países que, como el nuestro, han cometido errores de política interna y externa, debemos someternos a la prueba del fuego que no puede ser otra que el conflicto con el Paraguay".

Aunque carecía de instrucciones de la Cancillería, Guachalla consideró necesario, antes que nada, disipar, casi con urgencia, la impresión que esas y otras actitudes de Salamanca retenía el pueblo paraguayo, y estaba convencido de la necesidad de lograr un "desarme moral" entre los dos países, en medio de una controversia en la cual Bolivia exigía que las negociaciones tuvieran carácter "directo", mientras el Paraguay propendía que el pleito fuera tratado en el ámbito de una conferencia internacional con la participación de otros países, que interpusiesen sus "buenos oficios" Para Zubizarreta la vía del "arreglo directo" estaba condenada al fracaso.

En su libro *Misión en el Paraguay*, Guachalla escribe que "Entre Bolivia y Paraguay había llegado, pues, a establecerse una pugna cada vez más pronunciada sobre la vía que debía usarse para resolver el pleito. La legación en Asunción estaba desprovista de informaciones oficiales de su cancillería. "A mediados de mayo de 1931, Daniel Sánchez Bustamante dejó la cancillería, hecho que deploró Guachalla, porque con él se "habría evitado la ruptura (que se produjo meses después) pues nos habría escuchado".

En los dos países, los ánimos cívicos llegaban al belicismo. Unas declaraciones que según Bolivia "herían el honor nacional", hechas por Pablo Max Insfran, representante diplomático paraguayo en Washington, llevan las cosas a un nivel altamente crítico. La Cancillería boliviana pide al Paraguay las debidas satisfacciones con la amenaza de romper relaciones si éstas no son dadas. Guachalla al Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia: "Ruego serenidad y esperar sugerencias Gobierno amigos antes darme orden retiro".

Preclaras personalidades paraguayas —conocedoras de estas negociaciones— han deplorado que ese incidente puramente diplomático hubiese ocasionado la ruptura y el abandono de Guachalla de la Legación de Bolivia. Entre las suposiciones que se hacen en la historia, lamentan que si Guachalla hubiera continuado al frente de la Legación en 1932, tal vez habría podido aplacar los ánimos, para impedir una guerra que iría a durar tres años. Tal era su criterio equilibrado para juzgar los acontecimientos, demostrado en 1931, cuando hizo todo lo posible por echar agua al fuego.

Aunque el gobierno paraguayo, se negó a dar aquellas satisfacciones, que la Cancillería boliviana exigía de manera imprudente, Guachalla envió un último despacho al Ministerio de Relaciones Exteriores de La Paz el día 1° de julio de 1931: "Creo de mi deber opinar respetuosamente no consumir ruptura..." El día 4, "Mi deber impóneme una vez más insinuarle no consumir ruptura que podría perjudicar a Bolivia en el ambiente de América" y propone se le autorice dejar la capital paraguaya encomendando la Legación a un Encargado de Negocios interino "por varios meses".

La respuesta de la Cancillería de La Paz es: "Debe usted salir con todo personal legación. Espere órdenes Baires". Los dos países marchaban hacia la guerra.

Jayucubás

De una manera general, los escritos de Guachalla tienen carácter testimonial y se refieren a acontecimientos de importancia nacional. Es también el caso del libro *Jayucubás* (1978). Comentarios y crónicas de la guerra del Chaco, a la que asistió en diversas situaciones, la 1° en enero de 1933, cuando todavía no había sido llamada su clase militar. O en julio de 1934, como Ministro de Guerra, en cuya calidad acompaña al presidente Salamanca en la penosa entrevista que tuvo lugar en Tarja con el General Peñaranda en septiembre de ese año. Dos meses más tarde, después de haber dejado Salamanca la presidencia, Guachalla regresa al Chaco, como simple soldado y se presenta al comando militar en Cuevo con una frazada al hombro.

En *Jayucubás* hay importantes dilucidaciones esclarecedoras de distintas incidencias, tales como el choque de las fuerzas bolivianas y paraguayas en Laguna Chuquisaca, que dio comienzo a la contienda armada o el permanente desentendimiento entre el gobierno de La Paz y el comando del Chaco.

Son páginas en las cuales el autor se coloca infaltablemente en un segundo plano, como un simple narrador. En una situación de enconos, emulaciones e inacabables cargos entre los directores de la guerra, su juicio no abandona ni por excepción el tono mesurado, con un vehemente deseo de acercarse a la verdad, sin el propósito de señalar "culpabilidades", en las que tan empeñados estaban los gobernantes civiles y militares.

La prueba de la democracia.

En 1937, Guachalla fue designado embajador en Washington y durante su gestión se creó la Corporación Boliviana de Fomento y se firmó el acuerdo para la construcción de la carretera Cochabamba-Santa Cruz.

Al producirse el golpe de la logia militar RADEPA, 1943, deja la Embajada y sus amigos del Departamento de Estado le consiguen un puesto de trabajo en el organismo para refugiados de las Naciones Unidas en Londres, que es tachado categóricamente por el gobierno boliviano. Él deja el cargo sin protestas ni reproches.

Ante la división tajante que estableció el gobierno de Villarroel entre quienes le apoyaban y los demás, Guachalla buscó asilo en Santiago de Chile, donde, por gravitación propia, es la personalidad saliente de los exiliados. A ellos les escribe "Yo creo que el vicio de nuestra deficiente organización democrática es, precisamente, la impaciencia por llegar al poder y la irreal porfía de mantenerse arriba. No discurren los líderes nuestros en la necesidad de educar políticamente a las masas. Cada vez que la ocasión se presenta, los partidos de oposición asaltan el poder. Sin contar las veces que el Ejército mismo toma la iniciativa".

Para Guachalla, el adverso resultado de la guerra del Chaco había "quebrantado los resortes morales" del país y le dolía la incapacidad de la oposición de "unimos, ni aún en el infortunio del país". Sus compañeros de destierro le consideraban un "hombre débil" porque había tomado una posición exclusivamente "moral" para condenar el régimen. Tal vez nunca en el pasado el enfrentamiento entre el gobierno y la oposición había sido tan cruel, con todas las ventajas al lado del gobierno que tenía el garrote en las manos. Pero era deber de todos interrumpir "el círculo trágico" en que había vivido la nación, le escribe al presidente Villarroel. Era la voz "de quien nada apetece". El mal estaba en Bolivia en que "en Bolivia los hombres están antes que las instituciones". El condenaba cualquier acción revolucionaria.

A la caída del régimen, 1946, los Partidos de Izquierda Revolucionaria, Liberal y Social Democrático le proclaman candidato a la presidencia de la república. Entonces, sus palabras son: "La práctica de la democracia es una e indivisible. Es inoperante y termina por desnaturalizarla, cuando se intenta darle doble finalidad, ensalzando sus virtudes en el campo de las relaciones externas, pero desvirtuándolas en el hecho, en la esfera interna o doméstica".

La *democracia puesta a prueba* define la posición verazmente democrática de su autor, en un país donde los hombres se disputan fieramente los girones del poder. Siempre tuvo presente el pensamiento de Clement Atlee: "La democracia no es solamente el dominio de la mayoría, sino el dominio de la mayoría con el debido respeto a los derechos de la minoría".

En todo caso, Guachalla era de la idea de que el Presidente que fuera elegido, cualquiera que fuese, debería constituirse en presidente de todos los bolivianos. Ninguna diatriba contra los adversarios de ayer.

El programa de gobierno se basaba en una profesión de fe democrática, un total respeto a las libertades, un repudio a cualquier forma de violencia, reconocimiento de los derechos de la oposición, mejoramiento de las condiciones de vida de la población. El juicio de los tiempos ha confirmado que Guachalla no tenía otra palabra que la de la verdad.

En las elecciones realizadas el 5 de enero de 1947, una diferencia de 279 votos daba el triunfo al candidato republicano Enrique Hertzog. Fue entonces que ante las incitaciones para proceder a una revisión de los resultados, Guachalla dijo: "Ni saber ganar, ni saber perder. Sólo saber servir". La verdad es que nunca había buscado nada en su vida y cuando el presidente Hertzog le invitó a colaborar desde el Ministerio de Relaciones Exteriores, Guachalla no vaciló en aceptar, dando una prueba de que su prédica de conciliación era sincera.

Cuando, años más tarde, una fuerza política arrasaría con lo que restaba de esos propósitos, debió buscar nuevamente asilo en Chile. En esas horas de exilio redactó estas memorias y escribió un tratado sobre *Los derechos del hombre, El imperio de los cuatro Suyos y Bolivia-Chile. 1975-1978*.

Vivió sus últimos años como había vivido siempre, sin buscar nada, eso sí, con el pensamiento puesto en el mayor destino de la patria.

Alberto Crespo

Prólogo

El lapso que corre desde el 20 de diciembre de 1943 (derrocamiento del Gobierno de Peñaranda) hasta el 6 de septiembre de 1947 (caída del Gabinete de Conciliación) tiene, para mí, singular importancia porque entre estas dos fechas se interponen la del 21 de julio de 1946, revolución libertadora, y la del 5 de enero de 1947, justa plebiscitaria esta última, en la que me cupo competir. Su importancia acrece por la guerra del Chaco, telón de fondo de esos años.

Ya en 1934, los descalabros de la campaña del sudeste y el temor a las responsabilidades por su conducción, dieron por tierra con el Gobierno de Salamanca y, después, con el de Tejada Sorzano, tomando el poder el Ejército con grupos civiles de avanzada. No fue, sin embargo, la presencia de aquél en el Palacio Quemado lo que dio fisonomía al cambio producido puesto que la institución armada, desde los albores de la República, había intervenido en la vida política del país, sino la poca consistencia de la nueva fórmula gobernante, cívico-militar, empeñada con notable afán en introducir toda suerte de reformas en alas de un impulso generoso pero huérfano de la meditación propia del estadista. Ello trajo confusiones y contradicciones que, a veces, se acercaban al desgobierno. El retiro forzado de David Toro y la muerte trágica de Germán Busch, dieron paso a la transgresión constitucional de Carlos Quintanilla, y llevaron a la palestra a otros hombres de mayor experiencia, pero menos convencidos que las nuevas promociones, de la urgencia de dar renovada vida a nuestra convivencia social y, con aquellos, pudo instalarse la administración de Enrique Peñaranda en 1940.

Persistían, no obstante, en los guerreros que regresaron de los campos chaqueños propósitos definidos de imponer, en nuestro medio, transformaciones socio-económicas, lo que, sin mucha espera, los movió, en la madrugada del 20 de diciembre, a apoderarse del gobierno. Estos revolucionarios se alzaban contra los altos mandos militares y contra las jefaturas políticas llamadas tradicionales. Irrumpía así en la escena política la oficialidad joven, encabezada por los que, caídos prisioneros, traían toda la amargura del cautiverio que no perdona. A su lado fue llamado un partido de reciente formación, disciplinado, agresivo y seguro de sí mismo, con el cual se llenarían los cuadros administrativos, pero la revolución pertenecía al militar y no al prosélito de la nueva tienda política. La opinión apartidaria y popular vio con algún interés, no puede negarse, esta insurgencia que anunciaba mejoras en las condiciones de vida de los menos favorecidos, más ello resultó una esperanza cumplida a medias por las negativas consecuencias posteriores.

El 20 de diciembre, de otro lado, vino a ser una muestra de la impaciencia que predomina en nuestras luchas cívicas por asumir el mando, impaciencia que ha malogrado, cuantas veces, un movimiento plausible, una rectificación de rumbos. No es aventurado decir que si la agrupación movimientista que se adhirió al Mayor Villarroel y éste con sus seguidores aguardan las elecciones de 1944, —sólo faltaban cuatro meses y días— dados los antecedentes anotados, probablemente habrían triunfado y ascendido al poder constitucionalmente. Sucedió lo contrario porque entre nosotros, primero están los hombres y después las instituciones.

Lo que dio fin a las ilusiones nacidas el 20 de diciembre fueron la violencia llevada hasta el crimen político y la persecución al ciudadano que ejercía su derecho de disentir. No se trataba ya de discutir programas o realizaciones materiales al ocurrir el levantamiento del 21 de julio, una vez que la reacción incontenible iba contra aquel delictuoso estado de cosas. El pueblo, autor de esta gesta, no repudiaba, de modo general, los propósitos de bien público que alentaba Villarroel en beneficio de las masas, consideradas aisladamente, pero la innata rebeldía de nuestras gentes hizo lanzarse contra el mal gobierno que había ensangrentando a Bolivia.

Este drama juliano ha dado lugar a diversas interpretaciones según el ángulo en el que se coloque el observador. Sin entrar en consideraciones mayores, bástame tomar en cuenta lo que entiendo por la mecánica de ese sorprendente alzamiento, vale decir: insurrección civilista ajena a intromisiones castrenses y sin dirección de partidos políticos. La fuerza interior de tal rebelión, cabe repetirlo, concentrábase contra los males físicos y morales que recaían sin vuelta sobre el gobierno de Villarroel, prisionero de una logia militar, nervio de la revolución de diciembre pero sin las responsabilidades consiguientes porque operaba en la sombra.

Por encima de estas apreciaciones de hechos ocurridos y no sobre especulaciones de otro orden, es que hube de fijar mi orientación cuando se me hablaba de que fuera el líder de un frente político. Condencé mi pensamiento en estos tres puntos: unión civilista, no ingerencia del hombre de armas en la conducción política e imperio del precepto moral. Tales postulados constituyeron, pues, la base de mis prédicas de candidato.

Debo una explicación a los que creyeron ver en la posición por mí asumida durante la campaña plebiscitaria y aun antes, escrúpulos exagerados e inhibiciones inmotivadas. Enfrentábamos el hecho —que olvidan o menosprecian— de que iba solo en esta pugna, sin partido propio, sin una fuerza de la que fuera yo jefe indiscutible. Lo mío era una reunión de ciudadanos bajo el signo de la coincidencia en el nombre que yo les daba y en el programa que había formulado. y no siendo un aventurero político ni hombre a quien aguijoneara la ambición apasionada que atropella, debía corregir la desventaja en la me hallaba, insistiendo en alcanzar un entendimiento formal y público con los que me favorecían, con los del 21 de julio, quienes pedían que yo los presidiera. En conciencia y de lógica debía yo suscribir un convenio con los de mi bando, convenio que se proyectaría, más allá de un simple convenio electoral, siempre fácil de lograr, convenio que significaría una coordinación cabal con miras a un futuro gobierno de conciliación y unidad nacional. Mi contendor era jefe no sólo de un partido sino de una combinación pactada entre tres agrupaciones; todo aconsejaba, entonces, acortar la distancia, pero únicamente conseguí aquella coincidencia que, tal vez, fue la causa oculta de nuestro fracaso.

La unión entre los bolivianos que yo predicaba, no la limitaba a las exigencias de las actividades comiciales sino que pretendía que abarcara al civilismo sin distinción de credos o banderías, al extremo de que, exceptuando los requerimientos de la justicia, en más de una ocasión sugerí a mis amigos que se examinara la situación del Movimiento Nacionalista Revolucionario y lo que él representaba en el juego de nuestro escenario político. Y si se quiere tener una suma de lo que, a mi juicio, debe ser la meta de la unión en la democracia —como la llamara a veces— dos frases la definen: estabilidad política y alternabilidad en el poder.

De todo lado, ansiaba que esa unión fuera perenne. Somos individualistas y localistas; de ahí que nos sea difícil aunar fuerzas y convicciones para precavernos de los peligros que nos amenazan de fuera, agravados por el crecimiento de ritmo lento de nuestro país, a pesar de las riquezas de su suelo, con frecuencia en zonas fronterizas. Bolivia "tierra de contactos" por obra de su posición geográfica aunque trunca hacia la vertiente del Pacífico y los llanos del Atlántico, ve disminuido, más aun, su rol de mantenedor del equilibrio en el concierto sudamericano, de poder moderador, debido al divisionismo de que la hacemos víctima, origen de la incapacidad de sus hombres en asegurar la renovación constitucional de los Poderes Públicos y origen también de la dureza de sus luchas políticas, cuya consecuencia es la supervivencia de lo que llamaré "la institución del destierro". Dependerá de la sabiduría de los bolivianos que, en el plano internacional, salvo el honor, esta tierra no sea de antagonismos.

Revisada hoy la motivación de fondo de mi ideario político en defensa del principio moral y la vigencia de la unión cívica, me atrevo a decir que esta postura mía contiene más realismo que las promesas de los conductores, promesas que tantas veces caen en el olvido.

L.F.G.

El fin de una misión

El golpe revolucionario del 20 de diciembre de 1943 puso término a la misión que desempeñaba ante el gobierno de los Estados Unidos de América desde septiembre de 1936. Las noticias de la patria, desde noviembre (1943), llegaban contradictorias. Nos alarmaba comprobar cómo se hacía difícil la cohesión de las fuerzas democráticas, y a todos nos parecía un error que se atacara al Presidente Peñaranda porque buscaba unir a los bolivianos alrededor de una candidatura. La revolución, por consiguiente, vino a ser una sorpresa a medias, aunque la presencia del Movimiento Nacionalista Revolucionario desorientó a más de uno, pues el rumor decía que el Ejército, sin coparticipación, tomaría el poder.

En los círculos oficiales y de opinión de Washington, la reacción fue contraria al nuevo gobierno boliviano. Para el criterio eminentemente civilista de los norteamericanos, el gobierno es el partido político que lo integra y no un Ejército que, a lo sumo, puede ser el puntal de sus tentación. La entrada del Movimiento Nacionalista Revolucionario al Palacio Quemado, sin explicación oportuna acerca del papel político que recaería sobre la institución armada, iba a fisionomizar a la Junta que encabezaba el Tcnl. Gualberto Villarroel en la mente de estos

anglo-sajones. y el MNR estaba catalogado, con acopio de informaciones que sorprendería a cualquier boliviano por completas, como agrupación de filiación nazifascista.

Estados Unidos se encontraba en guerra con el Eje. Sus organismos diplomáticos y militares exigían, en el caso de Bolivia, un compás de espera hasta que se despejara la incógnita, no tanto por el peligro que podía significar la posición boliviana como por el antecedente que sentaba considerando que ya la Argentina jugaba la carta del Eje. La espera duró varios meses; hubo un Libro Azul del Departamento de Estado sobre la materia. A la postre, vino Avra Warren para cubrir las apariencias de un reconocimiento que varios países latino-americanos con empeño recomendaban a los hombres de Washington. De otro lado, para éstos, había desaparecido el peligro —si hubo alguno— de que el nazismo en Bolivia perjudicara al esfuerzo de guerra contra los totalitarios. En consecuencia, nada se oponía al reconocimiento, a las compras de estaño, a la amistad y cooperación plenas, ya que la defensa de la democracia en Bolivia era asunto de la exclusiva incumbencia de sus hijos. Todo el farrago de compromisos internacionales sobre la vigencia de regímenes democráticos se desvanecía ante el precepto intocable de la no-intervención!

Fiel a mi norma de no prejuzgar sobre cosas de nuestra política interna encontrándome de servicio en el exterior, mi cable de renuncia del martes 21, se limitaba a decir en respuesta al que informaba de la ..constitución de la Junta, que "habiéndose organizado nuevo gobierno cumpla deber presentar renuncia a mi cargo". Algunas horas después se recibió otro despacho de José Tamayo, Ministro de Relaciones, por el cual se hacía conocer la designación de un Agente Confidencial, recaído en la persona de Enrique Sánchez de Lozada. Respondí que haría entrega inmediata de las oficinas a Lozada y solicité mis gastos de regreso. Quedó así definida mi situación. Era la cuarta o quinta vez que había renunciado a la Plenipotencia en Washington, donde mi padre sirviera ante el primero de los Roosevelt.

Pero a Enrique de Lozada le acosaba un problema. La amistad de éste con Drew Pearson, periodista enemigo de Cordell Hull a quien fustigaba, le había enajenado las simpatías del Secretario de Estado, hecho que el Agente Confidencial no ignoraba. De ahí que Lozada me consultara sobre el mejor camino a seguir, pues temía perjudicar, antes que ayudar, al gobierno de La Paz precipitando gestiones ante el Departamento de Estado. Respondíle que no podía ahora frustrar la confianza depositada en él por quienes creían que su amistad con el Vicepresidente Wallace, salvaría todos los obstáculos y que, en la hora presente, de prueba y delicada, debía amparar a sus amigos.

Reunidos en la que fuera mi oficina, Manuel Carrasco de visita en Washington, Lozada y el personal de la Embajada, pronuncié unas pocas palabras exaltando el nombre de la patria para pedir a todos que se la sirviera abnegadamente, dejando de lado pasiones y malquerencias en la hora grave que vivía Bolivia, y agradecí a los que conmigo la habían honrado en la misión que ahora traspasaba al Agente Confidencial. Carrasco y Lozada hablaron seguidamente en la misma vena. Vivimos un minuto de exaltación patriótica, fuera de toda realidad. Ni recriminaciones ni acusaciones, Enrique de Lozada quería que yo le llevase donde Hull. Le ofrecí apresurar mi despedida del Secretario de Estado y dar a éste aviso de la designación de un nuevo representante boliviano, en el carácter de Agente Confidencial. Así quedó acordado y Sumerlin, Director del Protocolo, me dio cita para el viernes 24, de mañana.

Me recibió el gran viejo con afecto. Nos conocíamos desde hacía varios años y en nosotros habíase arraigado la recíproca confianza. Después de algunas frases de circunstancia, al nombrarle yo a Lozada, con gesto agrio me interrumpió preguntándome "how did he come in". Hube de informarle que el Agente Confidencial pertenecía al servicio diplomático boliviano y mantenía estrechos lazos de amistad con algunos líderes del nuevo gobierno lo que, sin duda, explicaba su investidura actual. Me manifestó el Secretario que él no lo recibiría para no dejar la impresión de un principio de reconocimiento, pero que podía entrevistarse con otros funcionarios "way down the line". Poco hablamos de la Junta aunque yo me refería a la guerra del Chaco como antecedente. Hull estaba resuelto a esperar pruebas que desvirtuasen las acusaciones que pesaban sobre el nuevo régimen. Nada podía yo agregar a sus informaciones, mejores que las mías. El asunto competía enteramente al Agente Confidencial. Ya de pie, me sugirió con voz afectuosa que me quedara en los Estados Unidos un tiempo largo. No poseía yo los medios para hacerlo y me atraía la patria. Al comprenderlo así el ilustre tenesino, me dio un fuerte apretón de manos y tuvo unas palabras que me conmovieron. Había llegado a su punto final mi misión en la tierra de Lincoln.

En su conferencia de prensa de la tarde, preguntado el Secretario Hull acerca de mi visita, hizo una honrosa referencia de mi persona, consignada en el Boletín del Departamento de Estado en los siguientes términos: "El señor Hull, contestó que su viejo amigo, el Embajador

Guachalla, vino a despedirse y dijo que, en adición a su hábil y distinguida representación de los intereses de su país, el señor Guachalla había sido, por muchos años, un notable y sumamente efectivo exponente del más alto espíritu de cooperación interamericana e hizo señalada contribución al desarrollo de la solidaridad continental. El Secretario concluyó diciendo que se anotició con pesar de la inminente partida del señor Guachalla de Washington".

No pude ver al Presidente Roosevelt, enfermo en esos días, pero me envió su retrato con una amistosa dedicatoria.

A Lozada no le hizo gracia la fiel narración de mi entrevista con Hull. Con todo me rogó que le dejara una carta, en inglés, sobre el aspecto formal de la presentación que de él hice ante el Secretario de Estado. Le dí la carta venciendo un natural escrúpulo por la improcedencia de este caso, sin escapárseles a los que fueron mis colaboraciones que parecía yo y no la Junta, que acreditaba al Agente Confidencial ante la Casa Blanca!

Empero el nuevo Agente tenía sus propias ideas. Al hacerse cargo de sus funciones reunió en las oficinas de la Embajada a un grupo de periodistas. Después de algunas declaraciones laudatorias sobre el régimen boliviano recién instalado, interrogado acerca del comunicado del Departamento de Estado que se pronunciaba por un compás de espera hasta tanto quedase en claro lo del nazi fascismo de aquel régimen, el Agente Confidencial contestó que él también deseaba cerciorarse de eso, pues si tal infiltración racista resultara evidente, renunciaría al cargo. La prensa americana, huelga decir lo, puso entonces en tela de juicio la seriedad de las declaraciones de la Junta de Gobierno, en cuanto a sus intenciones democráticas, ya que su personero en Washington parecía ponerlas en duda. Algo de esto se publicó en La Paz y contribuyó, con lo que sigue, a socavar el puesto de Lozada.

Deseoso de darme una prueba de los puntos de vista que venía sosteniendo, Enrique de Lozada me proporcionó copia de uno de sus primeros despachos cifrados a la Cancillería. Lo inserto aquí por el interés político que reviste.

"(Diciembre 22) —Agradezco su cable. Reacciones ante nuevo Gobierno de Bolivia siguientes: Hasta ayer prensa reflejaba leve hostilidad sospechas de que nuevo régimen estaba inspirado por nazifascismo vía Argentina sin embargo aun los más adversos comentarios marcaban espera. Declaraciones Peñaranda ayer tuvieron repercusiones desfavorables mostrándose prensa francamente hostil inclusive la de izquierda. En círculos oficiales desde el primer momento advirtiéndose gran sospecha a pesar de las declaraciones hechas por varios personeros del nuevo gobierno sobre política exterior. Este sentimiento continúa. Comentario dominante es que no se puede dar mucho crédito a declaraciones de carácter general recordándose que en primeros días gobierno revolucionario argentino hizo formales promesas y aun más concretas que nunca se cumplieron. Círculos políticos están perfectamente informados viaje Estenssoro a la Argentina lo mismo que popularidad Belmonte entre ciertos elementos militares e inclinaciones ideológicas de cada uno de los miembros del partido. Perspectivas de la situación actual y del curso que tomen las relaciones entre el nuevo Gobierno y el Gobierno americano resúmense así: se postergará indefinidamente reconocimiento y aun después de realizado continuará una actitud de cierta resistencia entorpecerá constantemente cualquier relación económica de mutuo beneficio. Posición norteamericana debilitará situación Bolivia respecto demás países americanos. Después consultar con los mejores amigos de Bolivia expongo las siguientes recomendaciones sin las cuales mi gestión sería totalmente ineficaz: Primero: para movilizar las fuerzas liberales de este país, las únicas que activamente pueden ejercitar presión, es indispensable incluir al partido PIR en el Gobierno. Segundo: para demostrar que declaraciones de carácter general que hizo Gobierno se cristalizarían en hechos, es necesario reanudar inmediatamente gestiones pendientes quinina. Tercero: para obtener mismo efecto, finiquitar problemas propiedades pertenecientes a los ciudadanos del Eje. Cuarto: para desvirtuar dudas orientación ideológica y conexiones con el Gobierno de la Argentina, pedir al Gobierno de los Estados Unidos que sirva de intermediario para gestiones tendientes reconocimiento del U. R. S. (el Soviet) Quinto: .finalmente un repudio específico por el Presidente de la República de toda doctrina racial pues ganaríamos la buena voluntad y el apoyo de elementos semíticos. Si el Gobierno toma línea de conducta arriba indicada aseguro que encontraremos un pueblo y Gobierno americanos más fraternal y comprensiva actitud ayuda para restaurar la soberanía económica de Bolivia que por tantos años ha sido detenida por la gran minería".

La postura pirista del Agente Confidencial no fue del agrado de la Junta y aquél perdió el cargo. Lo perdió también por la franqueza, que le honra, con que expuso su pensamiento sin cálculo de las consecuencias. Se anunció el viaje de otro Agente: Fernando Iturralde.

Hacia algunos días que Manuel Carrasco, presidente del Senado, se encontraba en Washington. Había venido para cooperar al buen éxito del nuevo contrato de estaño. Su presencia, dadas su jerarquía y personalidad, tuvo significación especial y el lunes 20, a las tres de la tarde, debía llevarle de visita a la Secretaría de Estado. Se nos había asegurado confidencialmente que la entrevista con Cordell Hull daría motivo a la concertación de una fórmula satisfactoria para el buscado contrato. La visita quedó cancelada.

En un gesto espontáneo Carlos Dorado, Consejero de la Embajada, convenció a Lozada para que ambos se dirigiesen al Ministro de Relaciones haciéndole notar el efecto contraproducente que, a juicio de aquel buen amigo, causaba en círculos americanos mi alejamiento. El Canciller José Tamayo, en su respuesta, dio la siguiente explicación:

"(Diciembre 28) Para Lozada —Ningún momento hubo más lejano propósito molestar Embajador Guachalla. Su designación calidad agente confidencial tendía reforzar gestiones verificadas Guachalla sobre reconocimiento. Todo gobierno posee amplitud designar determinados agentes para misiones especiales concretas. Creóse situación molesta debido apresurada despedida verificada Guachalla ante Hull que causó sorpresa gobierno. Dicha despedida conocí intermedio prensa publicó noticia. Puede asegurar usted que gobierno posee intención ofrecer oportunamente Guachalla situación compatible su rango".

Mal informado Tamayo, me suponía apegado a la Embajada, ocupado en gestiones de reconocimiento que nadie me había confiado y que mal podía hacerlas porque él mismo acababa de nombrar un Agente para ello. Me permití dirigirle un cable, el 30, en estos términos: "Cable 551 (de Lozada y Dorado) fue enviado sin mi conocimiento. Los hechos contradicen su tardía explicación. Por juzgar cuestiones política interna deben verificarse dentro país mi renuncia ajústase estrictamente práctica diplomática cruzándose con designación agente confidencial."

Desde Palm Beach, Sumner Welles, el Ex-Subsecretario de Estado y probado amigo, se comunicó conmigo por teléfono. Preocupábale la intervención argentina que creía advertir en la nueva situación boliviana. Días antes de dejar Washington le escribí una carta, cuyos párrafos principales eran estos:

"No puedo ocultarle, me estimado amigo la honda preocupación que perturba mi espíritu por el desarrollo de los sucesos ocurridos en Bolivia, en todo aquello que pudiera significar un enfriamiento de las cordiales relaciones que existieron entre nuestros respectivos países. La obra de usted y la mía no puede fracasar y créase que vuelvo a mi patria con la decisión de continuar esa tarea de aproximación y de común esfuerzo que ha constituido la razón fundamental de mi grata misión en los Estados Unidos.

"Considero la situación boliviana como una crisis pasajera y, sin ánimo de prejulgar, llevo el suficiente bagaje de optimismo como para esperar un pronto retorno a la normalidad.

"Llevo de su patria un recuerdo imperecedero y mucha gratitud para con aquellos que me brindaron su apoyo, y entre ellos usted ocupa lugar prominente."

La respuesta cablegráfica de Welles comprometió mi gratitud. Traducida, consígnola aquí: "Agradezco muchísimo su carta. Su renuncia es materia de profunda pena para todos aquellos que como yo reconocieron en usted no sólo un defensor extraordinariamente efectivo del fortalecimiento de las relaciones entre nuestros dos países pero también uno que ha contribuido enormemente en la construcción de una real solidaridad interamericana. Como su personal amigo y admirador siento profundamente que usted se ausente pero confío que será por breve período".

Sumner Welles y Laurence Duggan fueron, a mi entender, los hombres que dieron vida a la política del buen vecino proclamada por Roosevelt. No siempre se supo comprenderlos, como que el primero hubo de dejar el cargo por rozamientos con el Secretario de Estado y el segundo se retiró, acaso fatigado de bregar un poco en el vacío. Y los dos, caballerosos y sinceros, jamás dejaron de ser, para nosotros, colaboradores ejemplares. Para mí, no hay rememoración posible de mis años de Washington sin que surja la imagen de uno u otro de estos queridos amigos.

Días de agitación febril preparando la partida y recibiendo visitas. En medio de la natural tristeza por dejar un mundo de afectos, camino hacia la incertidumbre, me llegaba la recompensa de adhesiones desinteresadas. La prensa sumó a esto su palabra de aliento.

Salí el 15 de enero. Hasta Lima un viaje pesado. Allí el Presidente Prado me invitó a visitarle. Habíale conocido en Washington. Sostuvimos una larga conversación sobre política americana y su actual desdoblamiento en el caso boliviano. Acerca de esto, le sobraban informaciones al gobierno peruano, el cual, por otra parte, parecía decidido a seguir la línea de Washington. No le inquietaba la presencia del Ejército en el nuevo gobierno y sí la de un partido que había hecho demostraciones filonazistas.

Arribé a mi ciudad natal el 17, a medio día. La mañana siguiente me encaminé al Ministerio de Relaciones con el objetivo de entregar mi pasaporte diplomático. Jorge de la Barra, del Protocolo, dio aviso al Subsecretario, Eduardo Arze Quiroga, quien cordial me llevó al despacho de su jefe. La entrevista con Tamayo fue de menor cuantía; creo que estaba resentido por lo de mi cable. Me dijo que el Presidente de la Junta tenía interés en conversar conmigo y, acto seguido, por teléfono, concertó una audiencia.

Conocí recién al Tcnl. Gualberto Villarroel. Por recuerdos comunes que hicimos, concluimos en que nos habíamos visto en el Comando Superior del Chaco cuando él trabajaba en "Clave" con Eduardo Montes y yo en "Informativos" de la Zona de Operaciones, con rango de Sargento! Esta rememoración hizo que habláramos con mayor llaneza. Contestando sus preguntas, hube de decirle lo que más arriba refiero acerca del criterio con que el Gobierno americano juzgaba, políticamente, a la Junta, vista la presencia en ella del Movimiento Nacionalista Revolucionario. Incorporóse de súbito Villarroel y exclamó: "Pero si el Gobierno no son ellos, somos nosotros". Y, en seguida, me hizo esta confidencia: resueltos los militares jóvenes a dar un golpe y tomar el poder, empujados por un ideal de regeneración patria después del desastre del Chaco, buscaron fuerzas civiles sobre las cuales podrían apoyarse para la obra administrativa. Descartados estaban los viejos partidos y sólo cabía considerar a dos: el de la Izquierda Revolucionaria y el Movimiento Nacionalista Revolucionario. Si bien el primero tenía partidarios, fue menester dejarlo de lado por su izquierdismo. No quedaba más que el segundo, de raigambre nacionalista grata al Ejército. En cuanto a Falange Socialista Boliviana juzgábasela todavía impreparada. De ahí que podía él asegurarme que el partido de Víctor Paz Estenssoro "colaboraba" con ellos, personeros del Ejército, pero no era el Gobierno.

La confianza que me demostraba el jefe de la Junta me obligó a insistir sobre el ángulo desde el cual los americanos enfocaban el caso boliviano, ángulo donde difícilmente habrían de penetrar los distingos que aquél me refería. Todavía llegué a expresarle que la situación por él descrita, y tan expuesta a malos entendimientos, exigía una clarificación que haría bien a su gobierno. Guardó silencio, haciéndome sospechar que la cosa tenía sus complicaciones.

Pocos días después, Jorge Gozalvez me buscó y me propuso verme con Villarroel y Pinto, en su casa. Representante de algunos grupos de excombatientes, amigos de estos Jefes militares, pugnaba por alejarlos de la influencia del MNR. Acepté la invitación. En resumen, aunque con mayor detalle y amplitud, se habló de lo que había sido tema de mi conversación con el Presidente de la Junta. Villarroel manteníase a la defensiva, reatado seguramente por un sentimiento de lealtad política. No hubo, empero, ocasión de extendernos, unos y otros, sobre el punto en discusión porque Gozalvez, deseoso de abogar por los excombatientes, desvió el rumbo de la charla. Desde ese momento era yo ajeno a la reunión que, por otra parte, terminó luego. Se me pidió discreción y la he guardado hasta hoy. Jamás volví a conversar con el Tcnl. Villarroel.

Un poco por salud y otro poco en busca de descanso viajé a Chile. Eran mis primeras vacaciones después de muchos años.

En los primeros días de mayo estuve de regreso. Lo imperioso era hallar una ocupación; había deudas que pagar.

Consecuencia de mi vieja y cordial amistad con "Ultima Hora" hube de acceder a un reportaje, publicado el 7 de ese mes, limitándome aquí a reproducir mi opinión sobre algunas cuestiones de la actualidad de esos días:

"¿Es cierto que respetables sectores de opinión han pedido su nombre para la candidatura de una de las senaturías por La Paz?"

"Encontrándose la República bajo el estado de sitio, no creo que procedan, de modo cabal, actividades políticas con miras a las próximas elecciones. Cuando se levante la medida de rigor a que me refiero —cosa que no puede ni debe tardar en producirse— será llegado el momento de dar una respuesta a su pregunta de hoy.

"¿Cuáles son, a su juicio, las consecuencias del no-reconocimiento?"

"A mi juicio, el país debe tener presente el siguiente hecho: por efecto del no-reconocimiento del actual gobierno boliviano, toda América está pendiente de lo que pasa entre nosotros, de lo que se hace o se deja de hacer. Por primera vez en nuestra historia; una atención internacional de índole especial, que tiene variadas repercusiones, observa cuidadosamente cada uno de nuestros actos. Nuestros actos —claro está— deben originarse y fundamentarse en el interés primordial de Bolivia y ajustarse al marco de la dignidad nacional, pero nadie está en condiciones de evitar que ellos sean escudriñados, en su intención y alcances, por la opinión y los gobiernos extranjeros. Hechos que en otras épocas de nuestra agitada vida republicana tuvieron importancia secundaria, adquieren ahora significación particular bajo aquella observación internacional que no pierde de vista dos direcciones paralelas: la democrática y la anti-nazi. Todo lo que no sea lo uno o lo otro, suscita la interdicción.

"¿Qué piensa usted de la situación política?"

"Honestamente, creo que el interinato político en el que vive el país, deberá definirse el día de las elecciones de julio y de agosto. La consecuencia de estos actos plebiscitarios será que los partidos políticos y las fuerzas de opinión den a conocer el rumbo de sus actividades y el marco de su futuro desenvolvimiento. En este período pre-electoral, sería prejuzgar entrar en particularidades. Es al pueblo al que corresponde darse, libremente, el Legislativo y el Ejecutivo que mejor le plazca. El gobierno de hoy, por obra del decreto de convocatoria a elecciones es, jurídica y moralmente, un gobierno provisional y no un régimen político si damos a este vocablo su recto sentido de modalidad directriz de características propias y afán de perdurabilidad. El régimen político del futuro gobierno boliviano surgirá de las urnas electorales; de ahí la necesidad imperiosa de que exista libertad plena, suspensión del estado de sitio, amnistía. Con todo mi fervor patriótico, creo y quiero creer que serán honradas por sus autores las declaraciones oficiales recientes sobre libertad electoral y empeño honesto de ir hacia una constitucionalización auténtica del país.

"¿Qué piensa usted sobre la guerra, sobre el futuro de la guerra?"

"La guerra ha entrado ya a su etapa de liquidación, aunque pasen muchos meses para el cese de hostilidades. En los Estados Unidos y en otros países conductores, preocupa más la postguerra que el conflicto mismo. La guerra está en manos de los Estados Mayores y de organismos técnicos perfectos; en cambio, los problemas de la postguerra y sus múltiples interrogaciones subsisten en estado de tesis o de teorías, cuya solución, en muchos casos, aún no se vislumbra.

Y agrega: "Por grande que sea la fe de uno en la solidaridad y la cooperación entre Naciones Unidas, debe reconocerse que existen muchos escollos, muchas diferencias e interpretaciones distintas y opuestos intereses que dificultan pero no obstaculizarán el entendimiento cordial entre los pueblos. Ante ese mundo de pequeños y grandes problemas, se advierte claramente, de parte de las naciones que no son potencias, un marcado afán por ganar terreno y merecer la confianza de los futuros conductores de la humanidad. Hay, pues, una lucha de competencia, noble y estimulante, en la cual Bolivia debe estar presente."

"Desde la ventana, cerrado sobre la gris tarde otoñal, se contempla el Illimani, sereno e impenetrable frente a los avatares de la suerte y del destino.

"¿Algún mensaje suyo, Embajador?"

"Creo que ha llegado el momento, por la magnitud de los problemas que también a Bolivia aportará la postguerra, de que todo ciudadano dé a conocer sus opiniones, honesta y francamente. De la suma de esas opiniones emergerá el rumbo que la colectividad desea seguir. Creo, pues, haber cumplido un deber gracias a la gentileza de "Ultima Hora", aunque lo dicho por mi no encierra novedad alguna".

"Un cordial apretón de manos. y al cruzar el umbral, vuelve a nuestra memoria la frase de Cándido, preñada de filosófica verdad: "Ahora, cultivemos nuestro jardín".

Antes de mi viaje a Chile, "Ultima Hora" me había pedido algunas declaraciones. En esa oportunidad me limité a contestar su pregunta sobre un punto que la opinión conocía mal. Me refiero a mi rápido alejamiento de Washington. Transcribo mi respuesta sobre el particular.

"Quien quiera que conozca los procedimientos diplomáticos y las prácticas del Derecho Internacional —nos dice— jamás podrá sostener que hubo ese pretendido abandono (de la Embajada). Cuando surge un "gobierno de facto" y mientras se produce su reconocimiento, los agentes diplomáticos de ese gobierno asumen el carácter de "Agentes Confidenciales", sea que se trate de los Embajadores y Ministros en ejercicio que hayan sido confirmados, o de nuevos representantes acreditados con ese carácter. Enviada mi renuncia y antes de recibir respuesta a ella, se acreditó un Agente Confidencial en Washington, que asumió sus funciones con este título transitorio. Ello significaba una respuesta a mi renuncia en sentido de habérsela aceptado, puesto que se designaba a un reemplazante. Hice lo único que correspondía hacer: me despedí de Mr. Cordell Hull y de mis relaciones en Washington y retorné al país, para dedicarme a mis asuntos particulares."

En principio, podía no inquietar a los bolivianos el cambio violento de gobierno que había ocurrido, pues acostumbrados estaban a las cuarteladas donde, casi siempre, incubaba la traición. Aún cabía decir que, al comienzo, no se veía con hostilidad, excepción hecha de los cuadros desplazados, la llegada de un nuevo régimen o de gente nueva al gobierno, en vista de cierto cansancio que mostraban las viejas directivas políticas, fracasadas al sentir de muchos. La guerra del Chaco pesaba como sombra fatídica sobre la vida boliviana. En las generaciones jóvenes era unánime el juicio de que la obra de Busch había quedado intencionadamente detenida. Con un poco de demagogia y audacia se hacía fácil mover el sentimiento popular en pos de conquistas y transformaciones que se pregonaban trascendentales.

No tardó mucho, sin embargo, cierta aceptación con que parecía haberse recibido —al margen de los desplazados— el golpe del 20 de diciembre en tornarse en inquietud y temor ante la violencia desplegada por las autoridades en la persecución del adversario y aun del que simplemente hacía uso del derecho de disenter. Una vez más Bolivia iba a encontrarse con ese problema primario que, sin capacidad para superarlo a través de los años, venía arrastrándose desde la fundación de la República: la afirmación de la libertad frente al despotismo. El programa político, la reforma revolucionaria, las transformaciones de avanzada perdían su fuerza y hasta su sentido porque, de por medio, erguía la arbitrariedad y se hacía escarnio de los derechos del hombre y del ciudadano. La lucha por la libertad, a la que estábamos acostumbrados los bolivianos desde siempre, empezaba a tomar consistencia y de poco valía que el poder central omnímodo aparentara ignorarla, proclamando las excelencias del nuevo régimen.

Por otro lado, la cuestión del no reconocimiento del gobierno Villarroel estaba enervando el ambiente. Se notaba un apretar de filas —hasta de gente opositora movida por un sentimiento de dignidad— en torno al Poder Ejecutivo. Llegó entonces Avra Warren en misión confidencial de la Secretaría de Estado, misión que tuvo un valor entendido. Otros, con ventaja, se han ocupado de este episodio diplomático. No busqué a Warren ni fui llamado por éste, pero se me invitó a una cena de amigos y ahí encontré al enviado de Washington. Me sorprendió por su hermetismo rayano en la indiferencia. Nuestro amable anfitrión me pidió que expusiera mi criterio sobre el tema del día. No quise excusarme y procuré ser franco. Manifesté, en suma, que no me correspondía sugerir al gobierno americano que reconociera o no reconociera al gobierno de la Junta Militar por tratarse aquí de una cuestión del exclusivo resorte soberano de cada país; sin embargo, ya que el Departamento de Estado, por propia iniciativa, mantenía suspendido tal reconocimiento, creía yo que una manera de ayudar a la democracia boliviana, sin agraviarla y acorde con declaraciones y compromisos interamericanos solemnes sobre defensa solidaria de la democracia representativa en nuestro Continente, consistía en diferir dicho reconocimiento hasta después de verificadas las elecciones parlamentarias, lo que significaba una cuestión de días. Aclaré mi pensamiento: la democracia es un proceso interno y en nuestro caso, corresponde a los bolivianos hacerla efectiva en el país; más, frente a los abusos del poder, sólo con apoyo de una oposición fuerte por su número y valer es posible preservar las libertades públicas sin recurrir a la eterna aventura revolucionaria, de la cual jamás fui partidario. Avra Warren, "el convidado de piedra", como le hubiese llamado Enrique Finot, contestó con el silencio y algún motivo tengo para creer que mi opinión nunca fue transmitida a Washington.

Pocos meses después, allá por el de septiembre, mi gran amigo José Luis Bustamante y Rivero, futuro presidente del Perú, quiso saber lo que pensaba yo de la situación boliviana. En síntesis, le manifesté que no me preocupaban los cambios de hombres ni los programas de radicales innovaciones, cosas ambas que podían ponerse de lado ante esta otra: el desgobierno por el exceso de gobierno. En efecto, gobernaba el Presidente Villarroel, constitucionalmente el eje de todo el poder; gobernaba el MNR, del cual no formaba parte el jefe del Estado; y gobernaba una logia de militares donde el Presidente era un simple número. Tan anómala situación no podía durar, sobre todo porque el responsable político de la marcha del país era supeditado por un partido y era prisionero de una sociedad secreta. Mis temores sobre el futuro se fundaban en la incongruencia de un gobierno con tres cabezas.

Vuelta al periodismo

Nicolás Ortíz Pacheco me brindó las columnas de "La Razón". Escribí en esos días de incertidumbre política en la que vivía el país sobre diversas cuestiones de palpitante actualidad, como ser: la naciente organización de las naciones unidas y la posición de nuestra América en ella, con sus muchas ilusiones, algunas ya desvanecidas; la rivalidad, de dimensiones universales, entre Estados Unidos y Rusia, versión moderna de la contradicción de fuerzas que hace arder la llama del progreso; la del mundo internacional de esa hora ya postbélica que anunciaba una nueva estructura social de economía controlada; la del drama de la España republicana, abandonada por sus mejores amigos, los franceses e ingleses, y aplastada por los del Eje; la urgencia de una "paz dinámica" como condición mítica: *sine qua non* para detener la guerra y la subversión interna y, en medio de estos comentarios, puse mi esbozo esquemático de 1937 sobre una Bolivia con perfil de historia y eternidad, corazón de un continente, magna conjunción orográfica proyectada sobre la Mar del Sur y la Mar del Norte, esa Bolivia turbulenta, "tierra de contactos" porque así nació y "tierra de antagonismos" por obra del hombre; tierra de dulces remansos, destrozada una y otra vez por la furia vengativa de sus hijos, tierra tanto más amada cuanto más desventurada.

Pero ante todo puse énfasis, en varios artículos, acerca del tema económico de la libertad. y es únicamente esos artículos los que me permito reproducir aquí porque la libertad había muerto. Empezaré por una nota, publicada el 21 de mayo de 1944, a manera de prólogo:

"La colaboración, aunque permanente, tiene carácter de excepción y, por tanto, conserva para el escritor la libertad del tema, del comentario, valga de la pluma. El colaborador no es cronista de planta ni redactor de oficio; es algo más y también algo menos, pues se me antoja un solitario, celoso de su independencia y ajeno a la energía íntima y el alma del diario.

"Sin embargo, este solitario no es un egoísta, toda vez que en sus cuartillas vertirá su pensamiento, explicará sus inquietudes y proclamará su optimismo si el sol brilla en lo alto y hay paz en los espíritus.

"Acordada así mi colaboración, díjose que de preferencia la orientaría hacia el campo del comentario internacional. Seguramente tal ocurrirá, pero me apresuro en señalar que, de modo general, no hay desconexión efectiva y real entre el suceso externo y los acontecimientos de la política interna. En mayor o menor grado, podría decirse intensidad, es un ir y venir de influencias recíprocas entre los actos de los hombres, llámense de política doméstica o de política internacional. En consecuencia, lo que se entiende por comentario internacional es, con alguna propiedad, la glosa de cuestiones que, en cierto modo, afectan al conjunto de las preocupaciones internas de una colectividad. Tal vez podría agregarse que hoy esta interdependencia es más sólida que nunca, partiendo de lo económico, pasando por lo espiritual hasta llegar al terreno —antaño sagrado— de la soberanía absoluta del Estado.

"Tal es el ritmo acelerado impuesto a la convivencia contemporánea por la desaparición práctica de las distancias, la producción en masa y la amplitud de las cuestiones sociales, que nadie o casi nadie cree tener tiempo para revisar asuntos pasados en busca de antecedentes, de lecciones subjetivas, de experiencia. Se vive al día, económicamente y espiritualmente, colectiva e individualmente. Y no es que falte la proyección del pasado en el presente o en la gestión del futuro por obra de una natural evolución más fuerte que todas las declaraciones en contrario. Lo que no se advierte comúnmente ahora es la voluntaria mirada retrospectiva. Una resultante de ésta, como trepidación física y moral en la que se quiere hacemos vivir, parece ser el menosprecio por todo lo que hicieron nuestros mayores, por lo que dijeron y soñaron. Un viento iconoclasta sopla sobre el jardín de las culturas nacionales, pero la despoja de la hojarasca que pudo conservar y, por ende, devuelve la lozanía a sus mejores

brotos. El comentario internacional, a menudo, aclara mejor los elementos de un problema actual al divulgar y traer a recuerdo sucesos y situaciones pasados"

"La Razón", sábado 3 de junio de 1944

EL ESPFRITU DE LA DEMOCRACIA

"El 27 de diciembre de 1941, a mediodía, los jefes de misión latinoamericanos acreditados en Washington fuimos recibidos por el presidente Roosevelt y presentados al Primer Ministro británico Winston Churchill, huésped nuevamente de la Casa Blanca. Esta improvisada reunión de familia, como la llamara el ilustre mandatario, nos impresionó por su inusitada sencillez. Ahí de pie, junto a nosotros, se hallaba el hombre bajo cuyo verbo un pueblo y con él la humanidad libre había revivido después de los desastres de Dunkerque y la capitulación de Francia. Era el mago de la batalla de Inglaterra y la personificación cabal de John Bull.

"Con ese tono y ademanes familiares tan suyos, el Presidente nos dio la bienvenida y, después de extenderse en consideraciones generales sobre el momento álgido que atravesaba el país por su entrada en la guerra, hacía apenas veinte días, pidióle al líder británico que nos dirigiera la palabra. Churchill, tras una cordial salutación, empezó lentamente a explicarnos las peripecias de la guerra marítima y lo que significaba la amenaza submarina, entonces gravísima, insistiendo en ciertos aspectos que denotaban un positivo optimismo y, cuando creíamos que esta exposición de tema limitado ocultaba, sin duda, sus pocos deseos de abordar otros, nos sorprendió de súbito el grande hombre al cambiar de acento. Orador nato y luchador de fuste, fue animándose con el eco de sus propias palabras que proclamaban su fe inmovible en el triunfo de los ideales por los cuales, a cada minuto, morían soldados de su patria. Su patético voto por la victoria de las democracias nos sacudió a todos. El hombre crecía a medida que hablaba y una como fuerza dinámica emanaba de su poderosa personalidad. Electrizzaba. Recién en ese momento comprendimos lo que, por esos días se decía en Washington acerca de su oportuna visita que tuvo la virtud de confortar los corazones oprimidos por el alevoso ataque a la Bahía de las Perlas el 7 de diciembre.

"El espíritu de la democracia... sí, este hombre que hablaba a nuestro lado con tan honda sinceridad, era capaz de levantar un mundo con su inmensa fe y digno de velar por los destinos de la humanidad. Pequeño de estatura, cargado de hombros, una expresión de fina ironía en la comisura de los labios y, por sobre todo, una sensación de serenidad enorme que se advertía en la mirada fría pero alerta. Le vimos por encima de la tempestad porque la domina y porque al avecinarse las semanas del mayor peligro, en junio de 1940 ya caída Francia, díjoles a sus compatriotas, exhortándoles a bien morir: "conduzcámonos en forma tal que si aun el Imperio Británico y su comunidad duraran mil años, los hombres dirán: esa fue su hora más hermosa". Este auténtico Marlborough, tenaz y lleno de recursos, hace pensar en aquel otro conductor de pueblos: Clemenceau, cuyo programa al llegar a la Presidencia del Consejo resumíase en esta frase: "ganar la guerra". Churchill, hombre representativo de Inglaterra, madre de parlamentos y de cartas magnas, cruzó los mares en días aciagos para los Estados Unidos y vino a sumar su fe y sus energías a las de ese recio gobernante, campeón de un pueblo que tiene por tradición su juventud y su dinamismo. De esa visita y de otras posteriores nacieron los entendimientos militares que van acercando la hora de la victoria y también surgieron los acuerdos básicos para acometer la reconstrucción moral y material del mundo, apenas caigan aplastados el nazifascismo y el desvarío militar del Japón.

"Existe la experiencia de la postguerra de hace un cuarto de siglo. No hay autor, publicista y aun político que ahora pretenda restablecer después de la contienda, sin modificaciones, el orden reinante antes del 2 de septiembre de 1939. La unanimidad a este respecto es un hecho. Sin embargo, esta disposición comprensiva por sí sola no salva el cúmulo de problemas y de interrogaciones que, a diario, se presentan ante quienes, en otros países y con plausible previsión, han empezado su estudio. El mundo de mañana, amasado en el dolor de esta segunda catástrofe universal, buscará su natural equilibrio entre dos puntos, irreconciliables en apariencia: el individualismo y el socialismo, uno y otro analizados en sus diversas modalidades. Huelga decir que sobran las tesis y las posturas extremas como aquella que predica el fracaso de las ideas dominantes del siglo XIX, en su triple manifestación: la democracia representativa en política interna, la libre iniciativa en economía y la soberanía del Estado en el campo internacional. De consecuencia, el siglo nuestro debe formar otras normativas. El punto neurálgico de toda la controversia —dejando de lado el enjambre de doctrinas y de filosofías políticas que confunden en vez de aclarar el panorama— parece

consistir en la medida de contralor que el Estado ejercerá en la vida económica y social de la colectividad. La guerra ha traído a todas partes, en grado mayor o menor, ciertas prácticas de un socialismo de Estado, empirismo perfecto, sin que por ello se haya roto el marco jurídico de un orden de cosas contrario, teórico, al socialismo. Esta contradicción deberá desaparecer como tal para dar lugar a un equilibrio racional entre las opuestas tendencias, y de la excelencia de ese equilibrio dependerá el buen éxito, toda vez que la planificación excesiva conduce al totalitarismo y el individualismo cerrado a la práctica culpable del *laissez faire*.

"Es ciertamente absurdo pretender aplicar una ley común en ésta como en tantas otras cuestiones de política social y económica cuando la diversidad es precisamente la característica entre países, pueblos y continentes. Cada núcleo humano tiene su alma propia y sus modos de asimilar el progreso; luego, las adaptaciones de postguerra deberán cuidar mucho de las limitaciones, ese vicio de civilizaciones incipientes, aceptables a veces si viene mezclado *con* alguna inspiración vernácula. Con todo, lo fundamental no ha de estar en los matices de los regímenes futuros sino, primariamente, en la subsistencia real y magnífica de la inmutable libertad y dignidad humana como base granítica de la sociedad que luchamos por establecer.

"La carta del Atlántico, criticada de indecisa y vaga, proclama sin embargo, por boca de Roosevelt y de Churchill, espíritus de la democracia, que es propósito "lograr en el campo de la economía la colaboración más estrecha entre todas las naciones, con el objeto de conseguir para todos mejoras en las normas de trabajo, prosperidad económica y seguridad social", y agregar que" después de la destrucción completa de la tiranía nazista, esperan se establezca una paz que proporcione a todas las naciones los medios de vivir seguras dentro de sus propias fronteras y que garantice a todos los hombres, en todas partes del mundo, una vida exenta de temor y de privaciones". Bolivia ha dado su adhesión plena a esa Carta, cuyos postulados de cumplirse asegurarán, hasta donde lo permite la imperfección humana, una próxima era de felicidad."

"La Razón", sábado 13 de agosto de 1944.

"UNA CONCIENCIA CONTRA LA TIRANÍA"

"Buscar la verdad y propagarla, tal como uno la concibe, jamás puede ser un hecho delictuoso. A nadie se le puede imponer una conciencia. La conciencia es libre".

"En estas palabras, de admirable precisión, que Sebastián Castellio, humanista y profesor de la Universidad de Basilea, escribiera en 1551, está resumida la tesis de su célebre controversia con Juan Calvino, el terrible predicador de Ginebra y jefe de su Iglesia reformada. Para quien quiera seguir de cerca el drama de esta lucha de gigantes, caracterizada por la implacabilidad de Calvino, impotente, sin embargo, ante la divina tolerancia de Castellio, Stéfan Zweig, el maravilloso resucitador de hombres y épocas fenecidos, ofrece un regalo único en su bello libro "Una conciencia contra la tiranía". Libro apasionante y documentado, convincente porque es también un alegato por la libertad espiritual y, como pocos, de sorprendente actualidad frente a la tragedia de odios y de incomprendiones desencadenada en el mundo por el inevitable choque entre el nazifacismo y las democracias. Sin la menor pretensión de interpretar la obra de Zweig, tarea superior a mis fuerzas, pero inspirándome en ella y glosándola rectamente, ocurrenseme algunas reflexiones que subrayan mis propias convicciones un tanto añejas, acaso, para una sociedad en plena transformación.

"Para Stéfan Zweig, Castellio merece la gratitud de los hombres de pensamiento por haberlos defendido, solo y sin recursos, contra el "error mundial" de la intolerancia y de la tiranía. y dice el genial vienés a este propósito: "Siempre, dada la perenne cobardía del género humano, contará con pocos adeptos aquél que ose tomar la palabra contra los poderosos y los actuales mandatarios; fue así como Sebastián Castellio, en la hora decisiva, no tuvo a su lado sino a su sombra y no poseyó otro caudal que el único e inalienable patrimonio del artista combatiente: una conciencia inflexible en un alma intrépida."

"Poco importan las denominaciones que se den a este encuentro de voluntades inquebrantables, cuya significación traspasa el marco de la controversia religiosa, pues estamos en presencia —lo dice Zweig— de algo permanente que implica "decisión íntima y

personal", es decir, lo que es más importante para cada uno: "lo humano o lo político, el "ethos" o el "logos", la personalidad o la universalidad". De esta suerte, la polémica de toda una vida entre Calvino y Castellio, no es otra cosa que un episodio de la lucha eterna entre las fuerzas del bien y del mal, de la libertad y del despotismo, de la igualdad y de la injusticia; y los hombres de esta inmortal discusión aparecen señalados por el destino para magnificarla, en los albores del Renacimiento y de la Reforma.

"Como muchos de los grandes dramas de la historia, éste que Zweig analiza, emerge y toma cuerpo por causa de la victimación de un ser humano, Miguel Servet, ese extraño médico español, quemado vivo por hereje sin otra culpa que la de no haberse conformado con la exégesis calvinista que el dictador de Ginebra imponía con rigidez implacable. La crítica de Castellio hizo inmortal a Servet y le dio rango de mártir excelso entre los miles que pagaron tributo a la intolerancia religiosa y a las fieras inquisiciones. Quemado vivo por hereje, y "¿qué es en verdad un hereje?", pregunta Castellio en su "manifiesto de la tolerancia" o pública acusación contra Calvino por el asesinato de Servet. Después de comentar con agudeza uno y otro aspecto de la cuestión, Castellio llega a una conclusión profunda por su sencillez y atrevida —para su tiempo— por sus consecuencias y afirma: "Si pienso en lo que en verdad es un hereje, no encuentro sino el hecho de que por tal designamos a todo el que no concuerda con nuestras opiniones". Deduce, por tanto, que el perseguirlo es un atropello y el darle muerte un crimen contra la bondad y la misericordia infinitas de Dios. Para este hombre de principios y de conciencia, tipo fundamentalmente intelectual, monstruoso debió parecerle que la violencia pura fuese la llamada a resolver los conflictos de ideas y las diferencias de opinión, con menosprecio de la dialéctica y del silogismo.

"Y la raza no ha cambiado. Es verdad que en el transcurso de los siglos se ha desplazado la razón motriz de la intransigencia humana. La religión pertenece al fuero interno del individuo y para el Estado carecen de sentido las pugnas de credos y sectas de una y otra fe. Sin embargo, aún no ha desaparecido esa animosidad milenaria del hombre contra el hombre, ya que tan solo ha mudado de escenario. La política, con todas sus pasiones y durezas y también sus sacrificios, agita y perturba el espíritu ciudadano y lo vuelve intolerante como antaño lo ofuscara, hasta decretar la muerte, toda ofensa al dogma. El hereje de hoy, en las dictaduras, es el disidente político, el opositor, el que no concuerda con la opinión del que manda. La filosofía totalitaria ha perfeccionado, en nuestros días, las modalidades de la intolerancia hasta elevarla —increíble aberración— a la categoría de una virtud. Juan Calvino no pensó de otro modo y fue, sin atenuantes, un totalitario perfecto cuatrocientos años antes del nazi-fascismo. Y en 1562, Castellio escribió con indignación propia de los tiempos actuales: "La posteridad no podrá comprender jamás que de nuevo hayamos tenido que vivir en tan densas tinieblas después de haberse hecho ya la luz".

"Debemos convenir en que la experiencia no se transmite, pues apenas nace en el curso de la propia existencia. A través de las edades, explicable ha sido la porfía con que el hombre corriera en busca de sistemas y fórmulas que aportaran la felicidad al grupo social, pero singular su estéril reiteración de alcanzar el éxito por medios coercitivos, olvidando, hoy como ayer, la paradoja de que la opresión es la madre de la libertad y que cuanto más tiraniza aquella, más ancho, después e inevitablemente, el campo de los derechos ciudadanos. Ante la rara persistencia del hombre por usar métodos ajenos a la libre discusión de las ideas, vino a ser de todos los minutos la lucha por la preservación de sus instituciones protectoras, de esa democracia que es un "plebiscito de todos los días" al decir de Renan; conjunto de derechos políticos y económicos que se abren paso, irresistiblemente. En la perspectiva del tiempo, apenas si sobresale de la inmensidad de cosas insignificantes con que se rodean las generaciones humanas —esas fugaces transeúntes de la historia— el gesto autoritario e inapelable de los dictadores, ya que lo único perenne, en el derrumbe de imperios y el ruido de armas, es aquello que dignifica al hombre y vale por un avance más hacia el reino de la justicia.

"Condición curiosa la de este mundo en que el espíritu sectario y la intolerancia, de esencia provocativa, precipitan la gestación de un universo mejor por el hecho simple y grandioso de que nunca ha dejado de alzarse una voz contra sus torpes pretensiones, voz inapagable porque se dirigía a ese algo divino que duerme en todo hombre: su innata repugnancia a la opresión. De ahí que la historia sea una brega constante entre bandos opuestos por establecer la relación exacta o interesada entre el concepto y la práctica de la autoridad y el concepto y la práctica de la libertad. Ha crecido la contención en intensidad desde el último cuarto de siglo hasta culminar en la tragedia de la segunda guerra mundial; renovada enseñanza, esta vez portentosa, de que en vano son sacrificados millones de seres en empresas dictatoriales. Encontrar, después del conflicto sangriento, el equilibrio inteligente y

comprendido entre los principios de autoridad y libertad, (*) entendida ésta en su sentido ya clásico de goce de derechos económicos y sociales tanto como políticos, ha de constituir la prueba de fuego para las democracias en trance de evolución so pena de perecer. Y, para alcanzar, siquiera en alguna medida, una justa correlación entre dichos principios, supuestamente antagónicos, será menester revestirse de aquella tolerancia que Sebastián Castellio, con peligro de su vida de eterno perseguido, predicara más allá de Calvino, más allá de su siglo; en suma, para todas las edades y para todos los pueblos".

"La Razón", sábado 2 de septiembre de 1944.

"RENACERA LA LIBERTAD EN EL MUNDO"

"Cumplido el programa de conferencias políticas y militares con los hombres de Italia y con los de Yugoslavia, Winston Churchill quiso hacer públicas sus impresiones de viejo demócrata sobre la situación de la península, usando el modo expresivo de un postrer mensaje dirigido a los italianos. Transmitido fragmentariamente por el cable, algún párrafo permite juzgar el temple admirable del insigne inglés y el realismo mesurado que siempre le inspira. "Cuando una nación —les dice el Primer Ministro con franqueza pero sin torpe reproche— se ha sumergido a sí misma en un régimen tiránico, no puede ser absuelta de sus faltas por los errores y crímenes de aquel régimen..." La sentencia no traduce amenaza de castigo al vencido, pero sí una verdad sociológica a menudo menospreciada, pues el mal que hacen y el dolor que dejan las dictaduras sobreviven largamente a su efímero tránsito por el poder. Por eso el mensaje agrega que "corresponderá al propio pueblo italiano la responsabilidad de preservar aquellas libertades que le serán nuevamente concedidas al final de este duro camino de errores y sufrimientos". Y nada más cabal, ya que las libertades cívicas son vanas si no descansan en una inspiración volitiva del pueblo mismo. De ahí otra verdad o la misma dicha con otras palabras: donde exista esa voluntad de imponer el credo de los libres, jamás prevalecerá el despotismo. Esa es la advertencia de Churchill a los italianos.

"Pero donde cobra el mensaje importancia singular es en aquella parte que señala para la tierra de Manzini y para todas las naciones hoy huérfanas de Libertad, así con mayúscula, las pruebas que deben rendir ante sí mismas en honesto examen de conciencia. Discretamente, el infatigable luchador esboza el tema por medio de preguntas que los corresponsales han transmitido en la siguiente destacada forma:

— "¿Hay el derecho a la libre expresión de opiniones, a la oposición y crítica del gobierno actual?"

— "¿Participa el pueblo en el gobierno o existen recursos constitucionales con los cuales puede hacer manifiesta su Voluntad?"

— "¿Hay tribunales de justicia libres de ingerencia del poder ejecutivo, libres de toda amenaza, coerción y violencia y de vinculaciones con cualquier partido político?"

— "¿Y estos tribunales, aplican las leyes establecidas que en la mente humana se relacionan con los amplios principios humanitarios, para pobres y ricos por igual?"

— "¿Serán respetados los derechos del individuo, aparte de sus deberes hacia el Estado, exaltándolos y afirmándolos?"

"He aquí algunos de los títulos, concluye Churchill, con que podría nacer una nueva Italia".

El término real de la aventura fascista, apenas veinte años en la vida de un pueblo, ha de contarse desde el momento en que renazca el espíritu independiente y altivo que los *fasci di combattimento* pretendieron destruir en el hombre de la península, con absoluta ignorancia de la propia idiosincrasia, en beneficio de un grupo de minoría pero dueño de la fuerza,

(*) Acaso esta oposición de términos es la primera que surge en la historia de la civilización, pues nace con el Estado. Bertrand Russell plantea el problema de todos los tiempos y de todos los días con esta pregunta: "¿Cómo podemos combinar el grado de cohesión individual necesaria para el progreso con el grado de cohesión indispensable para sobrevivir?" Con este motivo, el ilustre filósofo inglés nos recuerda que "la excesiva falta de libertad trae consigo el estancamiento, y la libertad excesiva, el caos", extremos ambos que marcan la vía crucis del hombre en la lucha milenaria por la afirmación de sus derechos.

intolerante, audaz y sin escrúpulos. Ese momento, tal vez no ha llegado en todo su esplendor, pero vendrá aunque sólo fuese por el hecho inmenso de que tras la tragedia italiana levantan su sombra dos mil años de historia, cúmulo de grandezas y de miserias forjadoras de un alma nacional que ningún *condottieri* puede aprisionar so pena de fracasos verticales.

Al leer el mensaje del Primer Ministro británico, despertó en mis recuerdos un comentario que escribí, hace más de tres lustros, sobre un episodio culminante del fascismo. Dos años después del asesinato de Matteoti, todavía los fascistas y su caudillo Mussolini, eran objeto de duros ataques de lo que aún quedaba de oposición en Italia. Este crimen político, al igual que el de Dolfus, precipitó la carrera al abismo de los que se creían señores del destino. Para salvarse, el *duce* y sus áulicos implantaron la dictadura pura y simple, pues era más fácil acallar físicamente la acusación fatídica que hacerle frente con razones. De ahí al despotismo cerrado no había más que un paso. Se perdonará que me cite a mi mismo, pero deseo únicamente dejar patente que, años atrás, a nadie en Bolivia deslumbraban o engañaban los fuegos de artificio del antiguo camarada marxista y editor de "Avanti", órgano del partido socialista. En un artículo titulado "La Sombra de Matteoti", aparecido en "El Diario" del 20 de enero de 1926, hacía la siguiente apreciación pesimista sobre el fascismo, diecisiete años antes de su caída:

—"Después de un corto período de apogeo y de gobierno sin control, el fascismo ha empezado su ruta descendente y ha visto paulatinamente mermar sus filas, produciéndose en Farinacci, el más rudo de sus partidarios, un vehemente deseo de lanzar una segunda oleada, más arrolladora que la de la *marcia su Roma* y que barrería con todos los enemigos de los *fasci* en una noche de San Bartolomé. Estas vehemencias son precursoras de horas de tormenta, de próximas agitaciones políticas. Las fuerzas del *duce* se verán nuevamente cercenadas por el llamado parlamento del Aventino, dirigido por Giolitti, Criando, Salandra, Albertini, Amendola y otros prestigiosos miembros del liberalismo italiano. Los diarios anuncian que la sombra de Matteoti cobra una vez más la escena política del reino de Víctor Manuel y se alza, cual espectro de la conciencia colectiva, ante los *Fasci* y ante Mussolini, acusado de complicidad en el misterioso asesinato. Vendrán días de inquietud y de turbulencia para el pueblo, horas de desconcierto político porque en un momento dado, sin parar en las consecuencias futuras, la policía del *duce* permitió, sin que ello quiera decir que auspició, la muerte de un adversario temible, de un enemigo que constituía un obstáculo a la marcha decidida del fascismo en son de triunfo, a cualquier precio, con su exclamación de bárbaros: —Eia, Eia, Alalá!".

"La derrota de Francia en el 40 y su martirio de cuatro años, el envilecimiento de Italia bajo el puño de Mussolini y el aplastamiento de la república en España, episodios de un mismo drama mundial, produjeron hondas inquietudes en el espíritu de aquellos que siempre buscaron inspiración y consuelo en la universalidad del genio latino. En un crepúsculo de dioses a la manera de Merejkovsky, parecían hundirse los últimos destellos del humanismo latino, tan opuesto a las nebulosas concepciones de los nórdicos, cuya mística inveterada acaso se tomaría sana alegría de vivir bajo un rayo de sol, a orillas del Mediterráneo. El principio del partido único y el mito del caudillo providencial, especie de iluminado más cerca de los *starets* rusos de otrora que de los líderes de occidente, venía infiltrándose en la mente clara de los meridionales y los empujaba hacia formas de gobierno que, sin el respaldo de la fuerza, ninguna posibilidad habría tenido de perdurar frente a la tradición latina de la crítica razonada y del examen analítico.

"Ese espíritu inquieto volvía entonces la mirada hacia América, la del tronco latino, la nuestra, en demanda del retoño que respondiese por los fueros de la raza. Una como desesperanza invadía ante la aridez del panorama, pero luego advertía brotes nuevos de auténtica democracia en algunas pocas zonas privilegiadas y, tras revista más atenta, comprendía que superficiales eran los remedos nazi-fascistas en tierras del Nuevo Mundo, quizá simple manifestación de espíritus imitativos perturbados por el falso sentido que daban a la marcha de los depredadores de Europa. Al caer éstos, se desvanecerá el espejismo de los hombres predestinados, de los elegidos e incontrolables. La eterna Francia acaba de dar el magnífico ejemplo de un levantarse poderoso. Las luces que se apagaban en los Campos Eliseos brillan hoy como luminarias y disipan ya las tinieblas que oprimieron al pueblo de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad. El genio latino renace en el corazón de Lutecia!"

"DEBEMOS ACABAR CON LA VIOLENCIA"

"Después de la destrucción completa de la tiranía nazista, esperan que se establezca una paz que proporcione a todas las naciones los medios de vivir seguras dentro de sus propias fronteras y que garantice a todos los hombres, en todas partes del mundo, una vida exenta de temor y de privaciones". (Declaración Sexta de la Carta del Atlántico)

"De las cuatro libertades proclamadas por el Presidente de los Estados Unidos de América, nos interesa hoy la tercera: "vivir libres de temor", y es acerca de ella que juzgamos de nuestro deber escribir algún comentario. Cabe, desde luego, reconocer que la segunda guerra mundial tiene un contenido humano de proporciones nunca aparecidas en otras contiendas armadas. La preocupación por la suerte del hombre en el orden de cosas futuro corre pareja con la que busca un destino mejor para las naciones, pues no se trata únicamente de asegurar la vida y el normal desenvolvimiento de éstas, como corresponde a una proclamación de carácter internacional, sino que se pretende, con enorme buen sentido y sentido de básica justicia, situar a la persona humana por encima del derecho convencional y protocolar entre Estados y, sin ambages, hacerla objeto de prescripciones oportunas que le garanticen una vida exenta de temor y de privaciones. Tan interesante desdoblamiento, en verdad esbozado como simple teoría en el Covenant de Ginebra, es una resultante directa de la persecución inaudita desencadenada por el nazifascismo contra el hombre en alas de una doctrina intemperante, de tipo retrogrado.

"La Carta del Atlántico, como es sabido de todos, vino a transformarse, de simple declaración de propósitos de los des jefes de la democracia anglo-norteamericana, en estatuto general, solemnemente aceptado, de las Naciones Unidas y Asociadas, cuyos postulados han de marcar el campo y alcances de su acción internacional y aun interna. Bolivia es parte de este acuerdo casi universal y ha comprometido la fe del Estado en su leal observancia y en el apoyo que le toca prestar. Al suscribir el anterior Gobierno y refrendar el actual la Carta, en especial la Declaración Sexta, han sido —como pocas veces— interpretados con fidelidad los sentimientos de este pueblo nuestro, apegado a una tradición de derecho que, por desgracia, muchos de sus gobernantes burlaron por falta de templanza.

"Ahora bien, al lado del enunciado legal que antecede, ¿qué panorama presenta el ambiente político boliviano? Uno de perfecta contradicción. Por una parte, la República ha empeñado su palabra en respaldo de los postulados estampados en aquella Carta y, por otra, los hechos que se vienen produciendo —sin que el Estado parezca tener dominio sobre ellos— desvirtúan la efectividad de la palabra dada. y huelga agregar que las instituciones y las personas se juzgan por lo que hacen o dejan de hacer y no por sus programas o sus promesas. A cualquiera se le ocurrirá una pregunta elemental: ¿qué impresión van dejando esos hechos de violencia en el exterior? Fácil es suponer que ninguna que pueda halagarnos.

"Desde luego, no hay misterio ni secreto que valgan. Basta hojear algunas publicaciones extranjeras para cerciorarse de lo mucho que parecen informados más allá de nuestras fronteras. Es curioso, por ejemplo, la relación dada por una revista norteamericana acerca del secuestro del señor Hochschild. Se habla allí de logias, (la Convención ha creído liquidarlas de una plumada), de maquinaciones a espaldas del Poder Ejecutivo, de privaciones sin cuento sufridas por los secuestrados, de amenazas de muerte; en suma, una relación que nos ha cubierto de desprestigio. Pero aquí, entre nosotros, resulta de buen tono callarse al extremo de que vencidos dos meses desde el asesinato frustrado contra la persona del señor Arze, ningún comunicado ha sido emitido que eche un poco de luz sobre tan vergonzoso suceso. Obvio es añadir que el comentario callejero, por obra de ese juego de avestruz, se alimenta de toda suerte de rumores, propagando, sin quererlo, la inquietud y la desconfianza en el ánimo ciudadano.

"Para muchos, el cobarde ataque de que fue víctima el señor Alvarado, diputado por Sucre, significa el hecho que colma la medida. Y este juicio se basa en las rotundas expresiones de repudio vertidas en el Congreso, expresiones que han sido como un alivio para el abatido patriotismo. No hubo jefe de sector político que callara. Al contrario, rivalizaron en frases condenatorias y no faltaron ciertas sindicaciones de gravedad suma que, no podríamos dudarlo, han sido recogidas por el gobierno para su pertinente investigación. Pero aún no se ha calmado la indignación levantada por este ataque que ya la prensa registra otro en la persona del señor Roca, diputado por Santa Cruz. ¿A qué conclusión puede llegar el pueblo boliviano? Acaso a esta única: ante aquellas sindicaciones contra la institución policíara y el misterio oficial con que se rodea todo lo acontecido, sólo queda el amparo de la defensa propia, cada uno según sus medios. Es un descenso evidente.

"Es hacia el Poder Ejecutivo que se dirigen todas las miradas, pues en él recae, inevitablemente, el conflicto creado por las violencias cometidas aunque no tenga —como muchos lo sostienen con fundamento— ni haya tenido culpa alguna. La víctima física es una, pero la víctima espiritual es el Gobierno. Según versiones fidedignas, eso es precisamente lo que el señor Tamayo, presidente de la Convención, puso de manifiesto ante el primer mandatario al comunicarle la protesta parlamentaria por el atentado del lunes último. La opinión nacional espera del Gobierno una definición que demuestre la solidez de su imperio legal sobre las arbitrariedades que se agitan en el país. Y a este propósito, oportuno se nos ocurre la cita del, punto cuarto de los catorce presentados a la Convención por su digno presidente, y que dice: "Todo poder político que no se emplee, principal aunque no exclusivamente, en servicio ajeno acaba por devorar a su poseedor". En síntesis, lo que espera el pueblo boliviano, sin distinción de partidos, si nos atenemos a lo declarado en el Congreso, es un leal pronunciamiento del Gobierno "en servicio ajeno", base y cimiento de la democracia que pretendemos vivir.

"La gravedad de los hechos que comentamos está en la quiebra de la unidad nacional juzgada ésta en un sentido fundamental y al margen de las divisiones ideológicas o interesadas de grupos políticos. La familia boliviana parece coexistir en estado de beligerancia, alimentando un clima propicio a todos los desmanes, con la circunstancia desconcertante de que se ignora, o se dice ignorar, de dónde proceden esas inspiraciones a la violencia. Admirable forma de preparar a la nación para el futuro incierto de la postguerra, toda vez que en el debate internacional —la experiencia lo prueba a diario— pesan tanto como los buenos argumentos, la cohesión del sentimiento colectivo, la firmeza de las instituciones y la autoridad efectiva, dentro de la ley, que ejercen los poderes del Estado.

"El tema que abordamos se presta a múltiples comentarios, pero nos ha parecido suficiente apuntalar o, mejor dicho, reiterar lo dicho por la prensa, sin excepciones, en demanda de una rectificación esencial que devuelva a la familia boliviana la tranquilidad de que hoy carece. Al Gobierno, antes que a ninguno, interesa clarificar las ambigüedades que perturban el ambiente político y social, y en esa labor de bien público contará, estamos seguros, con el apoyo de toda la ciudadanía".

Quiso el destino que pocos días después de la aparición de este artículo, me encontrara, en las gradas del Palacio Legislativo, con don Luis Calvo, a quien conocía desde la época, ya lejana, de mi mocedad en Oruro. Con su acostumbrada cordialidad, el respetado y querido amigo, me dio un estrecho abrazo y me instó a no cejar en la lucha por la libertad. No volví a verle más. Quedó entonces el abrazo, para mí, como un postrer legado del eminente patricio que procuré cumplir a lo largo de esta mi jornada cívica.

Camino del exilio

Para muchos bolivianos los golpes de Estado o las cuarteladas constituían el medio inveterado de los cambios de gobierno. Pocas veces concurría a las urnas, y jamás aceptaban, los que estaban en el poder, la revolución por el voto. De ahí que un trastorno en el mando presidencial no significaba necesariamente, para los ajenos al afán político cotidiano, una innovación que debía inquietarles seriamente. Había si un punto que tocaba a todos: las libertades ciudadanas o, dicho en lenguaje formal: el imperio de la juridicidad en el país. La ideología política, la tendencia social, el espíritu de las reformas de izquierda o de derecha, constituían ciertamente, materias de amplia discusión, justificativas de una oposición dentro de la ley y no de una prédica subversiva con la que frecuentemente se la confundía. Empero, el capítulo de las libertades públicas y de los derechos humanos era otra

cosa. Cualquiera que fuese el gobierno y su composición, sus ideas y sus planes, exponíanse al ataque y a la protesta —que podía conducir a la rebelión— si conculcaba el precepto constitucional y en particular, lo que en éste se decía sobre los derechos humanos y garantías del ciudadano.

A medida que pasaban los días, el 1944, la atmósfera política del país se hacía más pesada. No era, en el fondo, el cambio súbito de gobierno o de hombres lo que preocupaba básicamente a la opinión sino la violencia policiaria que arreciaba y que pretendía erigirse en sistema. Algunas denuncias en la prensa interpretaban la inquietud ambiente y el deseo general de que hubiese paz entre los bolivianos por encima de reformas políticas, económicas y sociales. Y así, lo que al principio fuera cierta aceptación del nuevo orden de cosas y vaga esperanza de que individuos de nuevo cuño pudiesen mejorar la situación, empezó pronto a tornarse resistencia con ribetes de alzamiento que no tardaría en dar sus ratos amargos. Algunas revelaciones avivaban la resistencia: Una logia militar en la cual Villarroel era un simple juramentado. Se afirmaba que la Logia iba a imponerse por el terror y que tenía listas de ciudadanos opositores para apresarlos y aun "liquidar los". Años después, un respetado amigo que tuvo ocasión de conocer esas listas me aseguró que mi nombre figuraba con negros colores.

Todavía era posible que el gobierno del Tcnl. Gualberto Villarroel corrigiera los abusos de fuerza que, a diario se cometían. Nada irremisible había ocurrido que le impidiese deshacerse de los elementos perturbadores. Un gobierno, en cualquier emergencia, posee siempre medios honorables para rectificar una situación equívoca si hay voluntad de hacerlo, a menos que se interponga un falso amor propio o un primitivo concepto de autoridad. Toda esperanza no estaba perdida, pues realizadas las elecciones parlamentarias, existía un núcleo responsable de oposición que, si se le respetaba, coadyuvaría a enmendar el rumbo. La ilusión fue despedazada con sangre el 20 de noviembre.

"Hasta el momento han sido fusilados..." Así empezaba el comunicado de la Dirección de Policías, publicado en los matutinos del martes 21. Cayeron asesinados, Carlos Salinas Aramayo, Rubén Terrazas, y el General Demetrio Ramos, en La Paz; en Oruro: los Coroneles Fernando Garrón y Eduardo Paccieri, el profesor Fernando Loayza Beltrán y el Ingeniero Miguel Brito. Nada se decía aun de los senadores Luis Calvo y Félix Capriles, cuya muerte ni se sospechaba. Fuertemente impresionado corrí a casa de Carlos Salinas sobre la Plaza Abaroa. Un mozo me informó que muy de mañana la familia había sido llevada a la residencia de don Sebastián Estenssoro. Fui allí. Encontré demudados a don Sebastián y a Armando Salinas. El primero me dijo que apenas anoticiado del crimen, al amanecer, llamó por teléfono a su sobrino Víctor Paz, Ministro de Hacienda, quien lo confirmó. "Han cometido la temeridad de matarlos" declarole éste al protestar de su inocencia.

Aun en esta sima trágica a la que el nuevo régimen lanzaba al país, cabía una rectificación. Para ello era necesario que en el Poder Ejecutivo no hubiese ni miedo, ni complicidad, ni debilidad y que la justicia, inflexible, cumpliera su deber. Desde entonces quedó el gobierno envuelto en los crímenes de noviembre, sin posibilidad de renovación saludable —esencia de la democracia— de hombres y de métodos. Surgía entonces un emplazamiento y todo era cuestión de tiempo.

En la Cámara de Diputados alguien (Hinojosa) pidió mi arresto bajo la imputación de que yo era el "instigador intelectual" de la fracasada intentona revolucionaria de Oruro! Mi protesta fue el asilo. Recibíome con su habitual gentileza don Rafael León Larrea, Ministro del Ecuador. En esta Legación encontré a Ricardo Anaya, Ernesto Sanjinés, Néstor Galindo, Álvaro Bedegral. Dos días después llegó un señor Bals, catalán y revolucionario, que nos sorprendió con la noticia de una proyectada Junta en la cual yo debía ocupar la cartera de Relaciones Exteriores! Rechacé las garantías ofrecidas por el Gobierno del Tcnl. Villarroel. Una vez asilado debía salir al destierro, pues yo no tenía otro medio de exteriorizar, en mi carácter de ex-Embajador en Washington, mi condenación por los atentados y crímenes perpetrados. Salí de La Paz el 14 de diciembre en viaje a Santiago de Chile.

Dos cartas, escritas poco después, dan cuenta de mis inquietudes. A Carlos Dorado Chopitea, todavía en Washington, le escribí el 10 de enero de 1945:

"Las cosas por la tierra andan mal. No me refiero precisamente a la obra administrativa del gobierno y a ciertas reformas que se desea introducir, las cuales pueden ser oportunas y necesarias. Me refiero a algo de fondo. Sin odios ni rencores que no los tengo, afirmo que ningún gobierno, en parte alguna, puede hacer obra perdurable basado en la violencia y en el

crimen. Entenderás que hablo de gobierno en marco democrático y no de dictadura, de izquierda o de derecha. El de nuestra patria se titula democrático, pero esto sólo parece un título. La situación, básicamente, es contradictoria. Se trata de una revolución que se proclama en todos los tonos, y hay algo de cierto en esto, pero se pretende que ella se mueva en su marco de perfecta democracia porque ese es el clima del continente y, en consecuencia, a cada rato salta la contradicción, la necesidad del engaño, de las obligadas explicaciones. La lógica, en el campo de la teoría, consistiría en que la revolución, proclamada como tal, obrase revolucionariamente, al margen de congresos y de estatutos políticos, esto es, anticonstitucionalmente. Empero, la conciencia colectiva, dentro y fuera del país, no está para esta clase de aventuras y ello explica por qué se hace una revolución con ropaje de democracia. En resumen, se puede concluir que la revolución es un hecho y la democracia una ficción y un simple expediente, a menos que se quiera concluir en que la democracia es un hecho, en cuyo caso la revolución sería la ficción. Los sucesos ocurridos y la sangre corrida desde el 20 de noviembre desmienten la segunda conclusión.

"Estas sencillas deducciones nos revelan algo importante: que en Bolivia se vive un clima genuino de ficción y de simulaciones. El gobierno mismo es una patente prueba. Tu sabes que hay tres cabezas: la logia militar, el partido único o Nacionalista y el propio Ejército, ¿Quién manda a quién? Este clima forzado tiene, a mi juicio, proyecciones graves toda vez que incita y fomenta las formas simuladas, la hipocresía. En Bolivia se vive, pues, con careta. El mal moral es enorme y agrava la dolencia mental de que siempre hemos padecido. (Incapacidad de vivir democráticamente).

"Verás, mi buen hermano, que mis comentarios procuran colocarse en el terreno de las apreciaciones morales, desnudas de pasiones. Lo que me aflige e inquieta es que toda una juventud vive en ese clima de engaños, se acostumbra a él y cobra, por natural gravitación, una como segunda naturaleza donde brillan la desaprensión, la simulación y, luego, las bajas ambiciones toda vez que la frágil naturaleza del hombre sólo necesita de malsanos abonos para dar frutos amargos. ¿Qué trascendencia tienen, hablando en conciencia, las reformas administrativas y políticas que pueda traer una revolución que así pervierte el sentido moral? Escasísima.

"Después de un año de tribulaciones, se inicia otro para mí de incertidumbre y de pobreza. Debo recurrir a mis reservas espirituales para no flaquear y créeme que me siento fuerte en mi soledad de hoy. Acabo de empezar un estudio sobre la condición del hombre, diré su posición en el derecho internacional. Debemos volver a los viejos enunciados de libertad, de dignidad humana, de respeto a la vida. ¿Qué ganarían los pueblos de América en perfeccionar sus instituciones de intercambio comercial y de entendimiento político si la vida misma del hombre es amenaza y menospreciada? Hay que remontarse a los orígenes del derecho moderno y releer a los excelsos maestros como Francisco de Vitoria o Sebastián Castellio".

En carta del 27 de enero, dirigida al querido y malogrado amigo Laurence Duggan, entonces al servicio de la UNRRA, acentuaba yo el sentido profundo de la crisis boliviana, tal cual yo la entendía, continuando o, más bien, cerrando, de mi parte, una discusión iniciada pocos meses antes, durante una larga caminata que juntos hiciéramos hasta Obrajes. Mi definición de aquella crisis era la siguiente:

(Carta a Duggan)

"Tengo vivo el recuerdo de nuestra grata entrevista en La Paz y la impresión de haberle anticipado elementos de juicio que, acaso, le hayan ayudado a comprender mejor la crisis de violencia producida en mi país hace pocos meses. A mi modo de ver, se trata de una crisis moral bastante honda antes que un antagonismo de programas políticos, pues no hay gobierno que pueda ganar la confianza pública si basa su acción en el menosprecio de la vida y de la dignidad humana y, sin confianza pública ninguna labor es estable. Se vive en estado de latente repulsa entre gobernantes y gobernados, a pesar de ciertas apariencias externas, tan fáciles de simular. Nuestros pueblos latinos son movidos por la emoción antes que por el frío raciocinio, y jamás aceptan ventajas a costa del asesinato político. El hecho de estos asesinatos define hoy toda la situación de mi patria y no creo que se regrese a la normalidad sin ciertos cambios que, desde luego, signifiquen un sano restablecimiento de la ley moral".

La respuesta de Duggan, del 13 de abril de 1945, no ocultaba la duda que ya se filtraba en su espíritu por el "endurecido desprecio" de la vida que mostraba el régimen boliviano, pero

aun quería mantener su optimismo y hacía votos por el mejoramiento de las cosas en un sentido progresista.

El 21 de febrero inauguró sus sesiones, en ciudad de México, la Conferencia Interamericana sobre problemas de la Guerra y de la Paz. Con este motivo, los representantes en el destierro de los partidos políticos de oposición —Enrique Hertzog, del republicano genuino; Julio Alvarado, del Liberal; Alfredo Arratia, de la Izquierda Revolucionaria; Max Atristaín, del socialista, a los cuales se sumaría Waldo Belmonte, en Arica, y que por un tiempo actuaría como comité político— juzgaron necesario dirigirse al Canciller Exequiel Padilla, presidente de ese cónclave, denunciando la violencia que imperaba en Bolivia. Se me pidió que suscribiera el proyectado mensaje; me negué a ello porque no aceptaba gestiones de esta índole ante gobiernos y organismos oficiales sino ante la opinión pública. A este efecto, di a conocer mi punto de vista a estos amigos en la siguiente nota que les entregué:

"Soy contrario a dirigir un mensaje o carta a la Conferencia de México, pues nada práctico obtendremos. Si esa Conferencia, con precauciones infinitas se ve compelida a tratar el caso argentino, no querrá agravarlo con el caso boliviano, distinto —en la forma— por el hecho del reconocimiento de junio de 1944. Los bolivianos debemos, más que nunca, eludir la búsqueda de apoyos de gobiernos extranjeros o instituciones internacionales oficiales o políticas. Pero sí, debemos hacer pública nuestra posición, pues nos asiste el derecho de apelar a la opinión del Continente, a la vez —y esto es lo importante— que a la de nuestros compatriotas, fuera y dentro de Bolivia."

Acorde con este criterio, preparé unas declaraciones que Ostría Gutiérrez y yo entregaríamos a la prensa y cuyo tema central era el siguiente:

"Por encima de las conveniencias materiales y de los intereses partidarios, más allá de las ambiciones puramente económicas y de los beneficios del lucro, está la ley moral que los pueblos no pueden olvidar sin riesgo de caer en el oprobio. La democracia y su fundamental sentido social son letra muerta y burla sangrienta donde impera el menosprecio por la dignidad del hombre, por su vida y sus libertades. Es la supervivencia de esa ley moral en Bolivia que buscamos por sobre todas las cosas, pues tienen carácter secundario los programas y promesas de gobiernos y partidos políticos sobre realizaciones de exclusivo materialismo".

Mi proyecto quedó en nada y hube de acceder al envío de un cablegrama a Exequiel Padilla, adhiriéndome, con Ostría, al mensaje del Comité Político de Santiago. El mensaje y nuestra adhesión causaron algún revuelo en el país. Un amigo muy nuestro, Joaquín Larrain, Secretario de la Legación de Chile, en carta me informaba que, en La Paz, se decía que yo era jefe de la oposición, "y con esto —añadía— presumo que sus bonos ante la gente del Gobierno deben estar muy bajos", "Además —concluía— el telegrama a México cayó como bombazo sensacional".

La referida comunicación de los partidos, del 27 de febrero, contenía el siguiente párrafo, síntesis del pensamiento de la oposición:

"La democracia es una e indivisible, y el deber de defenderla es solidario, como son solidarias las responsabilidades de quienes la sostienen desde el gobierno y la exaltan desde el campo político, la cátedra, la prensa y las instituciones obreras. De ahí que los jefes y personeros de los partidos políticos de Bolivia, reunidos en el exilio, y que representan la unánime oposición democrática de su patria, consideran inaplazable hacer llegar esta voz de acusación y de alerta ante los pueblos del continente, por intermedio de sus representantes congregados en la ciudad de México, en conferencia histórica que no puede desentenderse de resguardar el imperio del derecho y el respeto a la vida y a la dignidad humana, sin cuya base nada significan los beneficios económicos en el orden jurídico establecido o en el que se quiera establecer".

Huelga decir que la Conferencia de México, como lo había yo anticipado, ignoró el llamado de los líderes bolivianos; apenas si el Secretario de esa asamblea nos hizo saber, a Ostría y a mi, que nuestro cablegrama sería puesto en conocimiento del Canciller Padilla. En cuanto a los Gobiernos, mantuviéronse herméticos. Es que éstos siempre buscan la línea del menor esfuerzo y se disculpan con el dogma de la no intervención, a menos que se trate de una cuestión que de cerca pueda afectarles.

Pero había algo más relacionado con el mensaje de Santiago: refrendado por los cuatro jefes y personeros de las agrupaciones en el exilio, al que se adhirió después el del republicanismo socialista desde Tacna, importaba un significativo comienzo de concierto

político con miras al establecimiento de un frente opositor organizado que, en Bolivia y fuera de Bolivia, lucharía por el restablecimiento de las libertades públicas, lo que, a mi juicio, obligaría a unos y a otros, a poner de lado ambiciones de bandería o exigencias programáticas que no fueran esenciales para una campaña de conjunto bajo una sola insignia. El momento se presentaba auspicioso y todos nos hacíamos ilusiones sobre el desenvolvimiento de nuestras actividades, aunque en ciernes, suponiendo que no sería difícil vencer los obstáculos del interés partidario y, más delicado aún, los de la ambición y amor propio personales. En proyección sobre el futuro político del país, el mensaje-manifiesto del 27 de febrero, despertó muchas esperanzas y fue saludado con alborozo, más por lo que auguraba para bien de la democracia boliviana, constructiva y organizada, que por sus ataques sin eufemismos contra el Gobierno del Tcnl. Villarroel.

Aquello era, sin duda, lo más importante y lo que preocupaba a muchos antes que una campaña y un empeño exclusivamente dedicados a criticar los actos de los gobernantes bolivianos, ya pues semejante actitud tenía cierta fase negativa que acabaría por esterilizar las mejores iniciativas. De otro lado, iba a ponerse a prueba la capacidad organizativa de los dirigentes de la oposición o, dicho con más exactitud, el espíritu de cohesión de fuerzas y de objetivos. Ya antes, un amigo predilecto, Eduardo Anze Matienzo, obsesionado por el recuerdo de la desunión de los partidos en las postrimerías del gobierno Peña randa y, al parecer, subsistente en algunas tiendas políticas, me escribía desde Arequipa que, a su juicio, era muy grave "la falta de resolución, de energía y de abnegación de los partidos responsables que han preferido mantenerse en la sombra, al margen de los acontecimientos, esperando la oportunidad de acomodarse en el porvenir, sin parar mientes en que la única salvación dependía de su coraje y de su desinterés".

En cierto modo, el mensaje a México venía a ser una respuesta al desasosiego del querido camarada, exteriorizado en términos acaso injustos porque la impaciencia hacía concebir un cuadro por demás sombrío de la realidad boliviana. La carta, al final, traíame su confianza: "Quisiera que el destino me deparara el bien de colaborar contigo como en tiempos idos cuyo recuerdo llena mi corazón de nostalgias". Era ésta la evocación de los días de Asunción y del Chaco, inolvidables para ambos, sobre todo porque fueron juventud —divino tesoro— sin bastardas ambiciones. Mas quiso el destino que no volviéramos a trabajar juntos, pues entonces, como ahora, hubimos de vivir en voluntario exilio.

Conversaciones en Santiago y Buenos Aires

I

A principios de 1945, en Santiago, surgió la idea de constituir un comité central de oposición con los jefes y personas de partidos que se encontraban en esa ciudad, procurando que otros líderes se juntaran a aquellos. Posiblemente, los que mostraban un criterio más político eran Julio Alvarado y Ricardo Anaya. Acaso por mis años de residencia en el exterior se creyó que podía servir de elemento de unión, presidiendo las deliberaciones de Santiago. Desde el comienzo fue patente que había puntos de vista encontrados para ir hacia un mando único. Invitado Manuel Carrasco por el liberalismo (residía en Buenos Aires), contestó el 7 de febrero que juzgaba prematura toda reunión en Santiago y, en cambio, hacia la siguiente pregunta: "Por de pronto, deseamos saber si todos allí se someten a la dirección del teniente coronel David Terrazas que asume la responsabilidad del comando de toda futura acción dentro y fuera del país". "Desea él —agregaba Carrasco— estar en correspondencia con ustedes, pues ha de requerir sus consejos, sobre todo cuando reciba las noticias que espera". La pregunta fue recibida con frialdad, pues se juzgó que no era aceptable estregar la dirección de la política opositora a un militar. En el hecho, no hubo correspondencia con Terrazas, cuyas actividades quedaron para nosotros en el misterio.

De otro lado, David Toro desde Arica, informaba que la oposición en La Paz deseaba que "la cabeza conductora" fuese el General Lanza, jefe del partido liberal. Su carta del 13 de febrero añadía que Lanza había dado su asentimiento y que, en síntesis, se propugnaba, siempre en el plano subversivo, la constitución de una Junta netamente civil en la que Lanza actuaría como jefe de los liberales y no como militar; Junta que, en el plazo de 60 días, convocaría a elecciones generales para la organización de los poderes del Estado. Toro se refería, por último, a noticias de Buenos Aires sobre alguna acción que el Tcnl. Terrazas intentaría por el Chaco, fantasía a la que no dimos importancia.

El grupo de Santiago, con ánimo de organizar a la oposición antes que de plantear una acción revolucionaria para la que no tenía ni contactos, ni medios y tampoco inclinación,

buscaba apresurar la constitución de un comité que todos acatarían. Para mí, desde el primer momento, se presentaba como indispensable que los jefes y personeros de los partidos llegasen a un acuerdo sobre las bases de su futura actividad política y que de ese acuerdo debía recién nacer el comité que otros deseaban hacer público, sin mayor preparación, inmediatamente. Al General Toro, que indagaba por noticias, le escribí a fines de marzo que "nuestros amigos aquí se encuentran ocupados en redactar bases de entendimiento político más con miras a una acción futura y permanente que a una de inmediata realización". "En realidad —añadía— siempre he pensado que mayor importancia tiene el delinear la acción política que se seguirá después de un provisorio de 60 o 90 días que el plan para ese provisorio mismo, ya que éste no sería más que el paso obligado para llegar al restablecimiento de las libertades públicas, normales y perdurables". "Entiendo —finalizaba— que este trabajo durará unos pocos días más y, logrado el compromiso entre los jefes y representantes políticos, será dado organizar positivamente el Comité, al que se me ha invitado presidir".

En una segunda carta, del 7 de abril, le decía algo que marcaría, cada día más, el norte de mi conducta: "Mi posición es distinta a la de los jefes políticos por el simple hecho de que no pertenezco a partido alguno y tengo un criterio que, a muchos, puede parecer tolerante. Pero es que nuestro primer deber es lograr, con dignidad, la unidad en la familia boliviana y evitar las posturas extremas que, inevitablemente, traen reacciones, también extremas".

Deseo patriótico más que realismo hizo, sin embargo, que los líderes políticos, antes de concluir sus acuerdos, me designaran Presidente de la Unión Democrática de Bolivia, entidad que había nacido en la patria el año anterior. A continuación transcribo la honrosa carta que recibí:

"Santiago, 23 de marzo de 1945,

"Al señor don

Luis Fernando Guachalla

Presente. "Señor:

En fecha 15 de marzo, los jefes y personeros de los partidos democráticos de Bolivia, en el exilio, acordamos designar a usted Presidente de la Unión Democrática de Bolivia. A este acuerdo se adhirió el jefe del Partido Republicano Socialista, señor Waldo Belmonte Pool, mediante telegrama de fecha 21 de marzo.

"Al comunicar a usted que ha sido logrado, así, el acuerdo unánime de los jefes y personeros de los partidos políticos en el exilio, le invitamos a asumir sus funciones y presidir, en adelante, las deliberaciones de nuestro Comité.

"Queda usted, de esta manera, autorizado para desenvolver la actividad política que juzgue más conveniente para la consecución de los fines que perseguimos.

"En su persona que es la representación de virtudes cívicas, y en sus luces y experiencia confiamos el buen éxito de los patrióticos fines que persigue la alianza de partidos.

"Nos es grato ofrecerle, con este motivo, los sentimientos de nuestra consideración muy distinguida."

(fdo) Enrique Hertzog
Presidente del Comité Central
del Partido Republicano Genuino

(fdo) Max Atristain
Jefe del Partido Socialista

(fdo) Ricardo Anaya
Jefe del Partido de la Izquierda Revolucionaria

(fdo) Julio Alvarado
por el Partido Liberal

En verdad, la idea primera fue ofrecerme la jefatura política de los partidos de oposición, lo que importaba una supeditación de éstos a mis directivas. Waldo Belmonte, en carta a Alvarado, hizo reparos y expuso que tal designación requeriría, para ser válida, el

pronunciamiento expreso de los directorios nacionales de los respectivos partidos, cosa imposible en las circunstancias actuales, motivo por el cual él sugería que yo sólo asumiese la presidencia del Comité de Santiago para dirigir sus deliberaciones, ya que, de otro lado, los jefes de partido no estaban autorizados para nombrar a un jefe político que ejercitase funciones que disminuyesen las confiadas a aquellos.

Belmonte estaba en la razón. El Comité de Santiago cambió entonces el sentido de su invitación, pero quedó un párrafo de la carta original, aquél que me autorizaba a "desenvolver la actividad política" que juzgase más conveniente, donde aparecía la contradicción. No era, sin embargo, este punto, a pesar de su importancia, lo que me detenía a dar mi aceptación formal, pues sostenía yo que la simple constitución del Comité, bajo mi presidencia, nada vendría a resolver y, por el contrario, podría resultar una decepción, si antes no adoptaran los jefes de partido las bases de su entendimiento y acción futura. Y este acuerdo tardaba en producirse. De otro lado, el Comité, así sin programa, venía funcionando bajo la presidencia de Ostria o la mía, sin manifestaciones concretas, precisamente por carecer de un plan de acción y una meta definida.

Encontrándose en esos días, en Antofagasta, Javier Paz Campero, indiscutible valor de la intelectualidad y de la política bolivianas, creí necesario conocer su criterio sobre las cuestiones que nos preocupaban y me apresuré en escribirle, con fecha 4 de abril, en vista de su excusa de trasladarse a Santiago. Reproduzco a continuación los párrafos principales de mi carta:

"Nació entre los jefes y representantes de los mencionados partidos aquí presentes, la idea de constituirse en Comité Político permanente, el que de hecho ya existe si bien no se ha dado formal anuncio en espera de concreciones programáticas y concordancia de propósitos, actualmente en estudio. Con fines de una mayor unidad operativa, han creído útil esos jefes y representantes invitarme a presidirlos. He aceptado tan honroso cometido, sujeto a la formalización de ese ofrecimiento apenas queden terminadas las bases de la acción política de alianza o entendimientos.

"El propósito esencial que se abriga aquí es el de buscar un cambio fundamental de la situación boliviana, insostenible a nuestro juicio, por elementales consideraciones de orden moral. Esto no implica la preparación, simple y llana, de una revolución y el reemplazo de unos hombres por otros. En una u otra forma, debemos propugnar una mutación de fondo que permita ir hacia reformas de verdad, entre las cuales ocupan lugar preferente la reorganización de las fuerzas armadas y el advenimiento del régimen civil. De lo contrario, entraríamos en el terreno de los compromisos, siempre frágiles, si no se apoyan en principios morales.

"Es preciso una rectificación honda y sincera, diría una rehabilitación completa, de los rumbos del actual gobierno. No puede perdurar tal como hoy existe, pues carga con el peso tremendo de crímenes políticos. De ahí el deber de los partidos de oposición, de todas las fuerzas vivas, de luchar —con los medios a que se vean constreñidos— por ese cambio y esa rectificación fundamentales.

La tarea es dura, sin duda, ya que la oposición se encuentra sin recursos y dispersa en tierra extranjera y, en el país, amedrentada. Pero el deber es inexcusable por larga que sea la jornada".

La respuesta de Javier Paz, del día 9, fue la siguiente:

"Nuestro amigo Alfonso, me entregó tu interesante carta del 4. Celebro que se te hubiera encomendado la Presidencia del Comité Político constituido en Santiago, por los jefes o personeros de los partidos de oposición, estoy seguro de que sabrás darle una orientación cabal, inteligente y patriótica. Es un primer paso de gran significación para la política boliviana.

"Contrario a los golpes de cuartel, después de muy amargas experiencias, creo un primer deber del civilismo, acabar con ellos, mostrando a los militares, desde la oposición, que es grave delito, un crimen, su intervención en movimientos subversivos. Por otra parte, considero que no se realizarán los planes revolucionarios, por falta de valor y decisión. El alarde revolucionario, sólo servirá para afianzar el ascendiente de la logia militar y del MNR sobre Villarroel y su gabinete, con beneficio de unos cuantos bribones, que explotan hábilmente la ignorancia, el temor o la codicia de los militares, sin tomar en cuenta el interés del país.

"Prefiero que hagamos juego político, en forma honorable, por cierto, buscando el interés nacional, y no satisfacer simples ambiciones o intereses personales, como vulgares logreros. Para ello es indispensable conseguir que el gobierno devuelva al país sus garantías, -asegurándole que la oposición no conspira.

"Cabría una observación muy natural: los hombres del gobierno, están satisfechos con la actual situación, pues les permite seguir disfrutando del poder, y no consentirán que la oposición se reorganice o que los ciudadanos gocen de garantías.

"Tal vez sea así, pero ello no quita la obligación de señalarles el error de tal actitud. Además, entiendo que varios Ministros —me atrevo a pensar de Pinto, Chacón, Nogales, Calero— estiman patriótico rectificar la conducta del gobierno. ¿Por qué no aprovechar esa circunstancia y discriminar en forma inteligente la campaña opositora, salvando de la censura a los bien intencionados?

"Pienso viajar a La Paz en breve para atender compromisos profesionales y de familia. Aunque me encuentro desvinculado de organizaciones políticas, no es un inconveniente para que de modo personal, sin atribuirme representación, procure conversar con algunos personeros del gobierno, sobre el grave daño que viene sufriendo Bolivia, con el régimen de asesinatos, persecuciones y latrocinios, que han establecido la logia y el MNR, a fin de procurar un cambio de actitud, honrosa y rehabilitante, para los elementos que no están comprometidos en las matanzas de noviembre. Ojalá mi concurso contribuyera a aliviar la angustiosa situación de tantos hogares y pudiera facilitar la enorme e importante labor que tienes entre manos.

"Tus indicaciones y sugerencias, me serían de una gran utilidad, tanto por su valor intelectual y moral, como para orientarme respecto del estado de ánimo de los opositores y del sentido de su acción política. Desde La Paz te haré conocer las novedades que ocurran".

La carta de Paz Campero, en el primer momento, no fue bien recibida por los componentes del Comité de Santiago. No se trataba del repudio que en ella se hacía al recurso revolucionario, repudio en el que coincidían los del Comité. La tacha poníase sobre la idea de entendimientos con elementos militares de la Logia, lo que moralmente parecía inaceptable y políticamente peligroso. Pasado un tiempo y, especialmente, gracias a la prédica de Atristaín, el Comité de Santiago, como se verá más adelante, dio un pronunciamiento favorable a las gestiones que pudiera realizar en La Paz el respetado amigo.

Por mi viaje a Buenos Aires y el de Javier Paz a Bolivia no pudimos, en esos días, proseguir nuestro cambio de puntos de vista. Alguna información me llegó después, narrando los fracasos de Paz Campero por entrevistarse con el Coronel Villarroel. "No lo dejan acercarse al Presidente" escribía me mi informante y agregaba: "ahora ha abandonado su propósito de hacer conocer sus impresiones y de realizar gestiones especiales de acercamiento, dentro del programa que conoces". No puede subestimarse, sin embargo, que la influencia de Javier Paz debió ser de bastante peso en la crisis de 1946, anterior al levantamiento del 21 de julio, crisis que culminó en el distanciamiento y ruptura entre el Ejército y el MNR, pues en esto basaba aquel camarada la posibilidad de una rehabilitación.

En los días en que los jefes y personeros de los partidos de oposición me invitaban a presidir sus conversaciones, creí útil resumir, en un memorándum explicativo, mi posición y mis ideas, junto con exhortarles a que formalizasen, sin pérdida de tiempo, las bases de su entendimiento. Transcribo a continuación los puntos salientes de ese documento:

"Debemos estudiar cuidadosamente el programa del MNR y lo que ha realizado en el gobierno. Aunque hace demagogía, muchas de sus prédicas pasadas y presentes han impresionado, sin duda, a las masas. De ahí la conveniencia de no descartar de una plumada, por el simple hecho de tratarse del MNR, todas sus ideas y planteamientos que, por otra parte, tampoco chocan —en cierto número— con programas de otros partidos, aunque el primero los haya explotado más ruidosamente, haciendo consentir a muchos que él y sólo él los había prolijado.

"Tal vez llevamos un peso muerto con la leyenda de los "partidos tradicionales". Para la superficialidad de nuestras emociones, veinte años o poco menos de existencia de un partido político es una tradición! ¿Cómo vencer esto? Quizás reorganizando los partidos, acercándolos a la realidad y reagrupando sus fuerzas en nuevo molde, refundiéndolos en un solo grupo. Dos básicas tendencias se perfilan en el mundo: la democracia liberal y la democracia social.

Bastará ceñirse a esta división con los tradicionales de un lado y los socialistas o socializantes del otro. Si se lograra limitar a esas dos fuerzas la lucha política, con las alternativas periódicas, se habría humanizado, simplificando y robustecido el sentido de la pugna política en Bolivia.

"Conviene apuntar propósitos o finalidades de política social, como la protección de la libertad sindical. Mucho de esto corresponderá, sin duda, a un gobierno constitucional. Empero, un régimen provisorio que llegara a establecerse — cosa siempre posible en las situaciones de grave crisis— no puede excusarse de tener líneas definidas en lo social, y los partidos de oposición, al suscribir acuerdos de alta política, deben dar a conocer, al respecto, sus puntos de vista.

"Debe siempre pensarse en situaciones inesperadas que alcancen a sobrevenir por obra de desacuerdos o quiebras en la estructura del Gobierno Villarroel. Hay rumores a este efecto, sin que podamos comprobar su grado de veracidad. Los partidos de oposición deben estar prevenidos y tener una solución para el caso.

Después de todo, el Comité existe fuera de Bolivia y su línea, más que de acción, ha de ser de previsión.

"Constituye, para todos, un interés superior lograr que los partidos democráticos, en esta ocasión, finiquiten su entendimiento sobre puntos básicos para el futuro, de modo que producido un cambio de gobierno o una enmienda seria en el rumbo de la política oficial, aquel entendimiento cobre fuerza y venga a ser una salvaguardia para las libertades públicas".

El memorándum, además, establecía claramente que al ser invitado a presidir el Comité, procuraría interpretar a sus integrantes, servirles de nexo de unión "pero no de instrumento". Y terminaba con esta declaración: "No aspiro a situación alguna y aceptaría la presidencia del Comité con desinterés absoluto personal. Por lo mismo, guardaré toda libertad de criterio para juzgar los acontecimientos."

Después de varias reuniones, habidas generalmente en la residencia de Julio Alvarado, cuatro jefes políticos formularon un pliego de acuerdos sobre su acción futura, fechado el 4 de abril de 1945. Si bien no era lo que algunos esperaban. Traducía un principio de cohesión pactada, más valiosa que los verbales propósitos de acción conjunta. Va aquí este documento:

"Los partidos políticos tienen, entre, otras esenciales, la misión de asegurar la regularidad de la vida institucional de la Nación.

Entendiéndolo así, los partidos democráticos concurrieron a las elecciones del 2 de julio de 1944, convocadas por el gobierno provisional emanado del golpe de Estado del 20 de diciembre de 1943, convencidos de que colaboraban, de esta manera, a la restauración del sistema institucional quebrantado por este movimiento subversivo.

"En elecciones festinatorias, el Gobierno provisional se aseguró una considerable mayoría mediante la fuerza y el dinero fiscal. Pero a ello, los representantes parlamentarios de la oposición se limitaron a dejar constancia —en el momento en que la Convención Nacional elegía al Presidente de la República—, de que los terminantes preceptos de la Constitución Política establecían la elección del Jefe del Poder Ejecutivo por el voto directo del pueblo.

"Inaugurado el régimen constitucional, la serie de actos de violencia y de terror que han culminado con las matanzas de noviembre de 1944, ha colocado al gobierno que preside el Teniente Coronel Gualberto Villarroel al margen de la ley.

"Al frente de esta situación, cuya gravedad amenaza la vida de la Nación, los jefes y personeros de los partidos políticos que suscriben el presente convenio, adquieren los siguientes compromisos:

"1° Después del retiro del actual personal del Gobierno, asumirá la Presidencia provisional de la República, en su calidad de Presidente del Comité de los partidos democráticos de Bolivia, el ciudadano Luis Fernando Guachalla, quien constituirá un gabinete con representación de los partidos políticos.

"2° Apenas constituido, el Gobierno provisional convocará a elecciones generales para Presidente y Vicepresidente de la República y para senadores y diputados, las que se realizarán dentro de los ciento veinte días.

"3° El Gobierno provisional durará en sus funciones seis meses, al cabo de los cuales se reunirán los senadores y diputados en Asamblea Constituyente, encargada de practicar el escrutinio de las elecciones de Presidente y Vicepresidente de la República, así como la de introducir las reformas constitucionales que hayan sido previamente acordadas por los partidos. La Asamblea durará sesenta días improrrogables, al cabo de los que se convertirá en congreso ordinario.

"4° El Gobierno provisional confeccionará un nuevo reglamento electoral a base del proyecto que, en conjunto, presentarán los partidos políticos que intervienen en el presente acuerdo. Dicho reglamento determinará la apertura de nuevos registros electorales, la necesidad de figurar como candidato en la lista oficial de cualesquiera de los partidos políticos, quedando prohibidas, por consiguiente, las candidaturas independientes, la concesión de efectivas libertades y garantías en el proceso electoral y la constitución de un Tribunal de Honor que calificará las credenciales y entenderá de todas las contenciones electorales.

"5° El Gobierno provisional ordenará el levantamiento de los respectivos sumarios contra los autores de los crímenes contra la vida, la seguridad y las garantías de las personas, sometiendo a los culpables a la jurisdicción que, con anterioridad a la perpetración de los delitos, fueron señalados por ley. En el caso de los criminales que gocen de fuero, se tramitarán sumarios informativos, los que serán concluidos antes de la inauguración de la Asamblea, permaneciendo los culpables, entre tanto, en detención e incomunicación, pero exentos de todo ataque físico a sus personas.

"6° En sus ocho primeras sesiones, la Asamblea Constituyente practicará el escrutinio de la elección presidencial y posesionará al Presidente y Vicepresidente de la República. En las diez sesiones subsiguientes, conocerá de las acusaciones contra los funcionarios del actual régimen y, dentro de ese plazo de diez sesiones, decidirá si hay lugar o no para acusarlos ante la Excm. Corte Suprema de Justicia. En las diez sesiones subsiguientes, la Asamblea estudiará y aprobará el Presupuesto Nacional proyectado por el Ejecutivo. Luego, procederá a las reformas constitucionales.

"7° El ciudadano que se halle en ejercicio de la Presidencia provisional de la República, bajo ningún concepto podrá ser elegido Presidente Constitucional para el período inmediato.

"8° Quedan empeñados el honor de los partidos y la fe de sus jefes y personeros para el riguroso cumplimiento de este compromiso solemne, cuyas cláusulas sólo podrán ser modificadas por acuerdo unánime de las entidades pactantes.

"Es firmado en cinco ejemplares, en la ciudad de Santiago, a los diez días del mes de abril de mil novecientos cuarenta y cinco años".

(fdo) E. Hertzog
(fdo) Max Atristain
(fdo) R. Anaya
(fdo) Julio Alvarado

En las discusiones que precedieron a la firma del acuerdo arriba reproducido, pudo notarse lo difícil que se hacía la labor de armonizar los puntos programáticos de los partidos interesados, particularmente frente a las reformas económicas y sociales de que venía ocupándose el Gobierno Villarroel. Me pareció, sin embargo, absurdo diferir la suscripción de algún pacto de unión, de algún primer entendimiento entre las fuerzas de la oposición por el solo obstáculo de no lograrse todavía una plena concordancia sobre programa común de realizaciones políticas. Por otra parte, el Comité de Santiago no era un Comité revolucionario; por eso su primer acuerdo no contenía plan alguno de esta naturaleza. Por último, llegaban más y más noticias sobre desquiciamientos de la situación boliviana que podían provocar una crisis de fondo en cualquier momento. Se explicaba así el contenido, diré reglamentario, del documento de 10 de abril, un tanto revestido de ingenuidad porque anticipaba soluciones a problemas que el Comité no controlaba.

En el deseo de no entorpecer este primer convenio político entre los partidos, hube de aceptar que en él no se hicieron mención de cuestiones sociales —como pedía Anaya— ni de

un programa de acción democrática, como lo había recomendado en mi memorándum. Para todos este compromiso inicial, que se juzgaba urgente vistas las informaciones que se recibían en La Paz, obligaba a ir hacia un pacto de realizaciones inmediatas y de afianzamiento institucional, cualquiera que fuese la posición futura de los partidos. Di, pues, mi conformidad al pliego y no excusé mi nombre para una presidencia provisoria, ciertamente de sacrificio, si llegara a materializarse. Con todo, mantuve pendiente mi aceptación formal hasta tanto no se conociese la respuesta de Belmonte Pool, consultado al efecto en Arica, y la reacción de los amigos de Buenos Aires, quienes acababan de invitarme a visitarles. Celebré que el acuerdo hubiese dado paso a una condición indicada por mi: la no elegibilidad del Presidente Provisorio a la presidencia constitucional para el período inmediato.

Con aquel documento en manos, partí a la capital del Plata a mediados de abril y permanecí en ella tres semanas.

Conversaciones en Santiago y Buenos Aires

II

En Buenos Aires comprobé, en mis primeras conversaciones, que existía igual desorientación que en Santiago sobre la mejor forma de encarar la realidad boliviana. Como suele ocurrir en estos trances, predominaban dos criterios: el que fundaba un cambio de cosas en Bolivia, a su debido tiempo, por descomposición en las filas del Gobierno, que el antagonismo entre militares y miembros del MNR precipitaría, lo que, en suma, daría campo a la maniobra política y aun al golpe de Estado sin la revolución propiamente dicha; y el criterio claramente subversivo que sólo consideraba posible y deseable una lucha de frente que limpiase la casa a fondo, criterio que rechazaba toda aproximación hacia los hombres de gobierno. Además presentábase un aditamento de forma: al caso de derrocamiento o dimisión, debía seguir una Junta Civil; otros creían que la Junta requería estar integrada exclusivamente por militares.

Según mis informaciones, no había entonces revolución alguna en marcha y tampoco existían recursos disponibles. Sobre este particular, interpretando a muchos, mi respetado amigo Joaquín Espada me había escrito que "eso nos libra de compromisos con los caudillos militares que nunca dejan de ser peligrosos y también de los industriales monopolizadores que saben cobrar con creces sus contribuciones a las cajas políticas o revolucionarias".

Ante el Comité de Buenos Aires, organizado hacia poco con Manuel Carrasco, Pedro Zilveti Arce, Arturo Pinto Escalier, Eduardo Anze Matienzo y David Terrazas, y que representaba a la ciudadanía opositora y no a partidos políticos, expuse el pensamiento del grupo de Santiago e hice entrega de su pliego del 10 de abril, aportando algunas aclaraciones y, desde luego, de que no se diera mayor significación a mi nombre inserto en dicho pliego, si bien existía en mí la voluntad suficiente para servir en el puesto que se me señalase.

El primer planteamiento de los de Buenos Aires consistió en la fusión de los partidos liberal, republicano genuino, republicano socialista y socialista, y un pacto entre la nueva entidad y el Partido de la Izquierda Revolucionaria, pacto si posible de largo alcance. Se recordó la penosa experiencia de las "concordancias" y se habló del divisionismo partidario que contribuyó a la caída del gobierno Peñaranda. El nombre de Luis Calvo, mártir de la libertad, fue invocado como el del campeón de esta causa unitaria. Quedó en claro que la fusión misma sólo podía ser recomendada por los jefes de partido a los Comités nacionales de sus respectivas agrupaciones.

Debí, sin embargo, hacer una salvedad: entendía yo que la fusión cabía únicamente por razón de ideología. En consecuencia, podía vislumbrarse tal conjunción entre liberales, republicanos genuinos y republicanos socialistas, y del otro lado, entre socialistas, piristas y gente nueva que se inclinaba hacia las soluciones de izquierda. La aconsejada fusión terminaría entonces en dos grandes entidades políticas, lo que traería ventaja para el juego de la democracia boliviana y su enfrentamiento con los movimientos extremistas en patente minoría.

En Buenos Aires, los más eran partidarios de la idea revolucionaria y la alentaba la presencia del Teniente Coronel David Terrazas, joven jefe de méritos indiscutibles. Esta posición nos llevaba a una separación de labores poco cómoda: en Santiago funcionaría el Comité de Organización Política y en la capital porteña el de Acción Revolucionaria. Para los

principales líderes de Buenos Aires, tal acción revolucionaria habría de ser confiada exclusivamente a militares, 10 que importaba el rechazo de toda sugestión de una Junta Civil de Gobierno y, más aun, de una presidencia provisoria igualmente civil como lo auspiciaban los de Santiago. Así, con relación a mi persona, se aceptaba que dirigiera los trabajos del Comité en Chile, encaminados hacia la conjunción de partidos, pero se eludía un pronunciamiento a más largo plazo. Zilveti Arce, sin embargo, en un arranque muy suyo, expresó su deseo de que, en su oportunidad, fuese yo el candidato único a la primera magistratura!

En los primeros días de mayo ví a Enrique Baldivieso. Díjome haber venido a Buenos Aires por motivos de salud. Es un amigo al que nunca dejé de estimar. Me confirma lo que muchos cuentan: es efectivo el distanciamiento entre militares y el MNR; la ruptura puede producirse en cualquier momento y, a su juicio, ahí está "la línea de operaciones". Es el plan de Paz Campero con limitaciones. Baldivieso cree que, alejado el MNR, los militares llamarán a civiles independientes, pero no a políticos de partidos desplazados y menos a los del PIR.

Me encontré después, casualmente, con el senador Justino Daza Ondarza. Aseguróme que renunciaría a su banca parlamentaria y me informó que el senador Abel Pacheco y él instaron a sus colegas a visitar al Presidente Villarroel para pedir el regreso de Calvo y Capriles. Todos fueron, menos tres. Villarroel les dijo que Calvo y Capriles se encontraban en Conzata y que vería forma de que pronto fuesen puestos en libertad. "Hacía tiempo que los habían muerto" concluyó Daza Ondarza.

Para orientarme busqué al Tcnl. Terrazas. En una larga conversación a solas cambiamos puntos de vista. Se mostró en extremo reservado sobre los trabajos revolucionarios que le atribuían, sin negar que no veía otra solución que la subversiva. Interesóle mucho la compactación de fuerzas políticas que respaldaría a una Junta eventual de Gobierno y, en esto, se mostró también partidario de una fusión de partidos, sin el PIR que no le inspiraba confianza. A pesar de su reserva, se advertía que Terrazas era el jefe de una acción de vastos alcances que procuraba operar en Bolivia y no desde fuera, como algunos propugnaban. Presentábase resuelto aunque cauteloso tal vez porque creyera que yo pretendía asumir la futura jefatura política en Bolivia. Quedé con la impresión de que él sería uno de los principales jefes de la revolución que tantos anunciaban.

El 8 de mayo tuvo lugar una reunión general. Numerosos compatriotas se hicieron presentes. Quedó aprobado el memorándum que llevaría a Santiago; también quedó reconocida la autoridad de Hertzog y Belmonte que algunos de sus correligionarios pretendían discutir. Asimismo, confirmóse el poder ad-referendum para que siguiese actuando Alvarado en nombre de los liberales. Al final, adquirí el compromiso de redactar un documento político que contuviese nuestra protesta por la violencia desatada en Bolivia y señalase el camino de la rehabilitación. Uno de los concurrentes resumió este momento de sincera comprensión con estas palabras: "Vivimos una nueva época que presenta nuevos problemas y exige nuevos hombres".

Había concluido mi labor en Buenos Aires. Regresaba a Santiago con un bagaje escaso en conclusiones para una acción inmediata, pero satisfecho al ver que en todos anidaba igual espíritu de sacrificio por la causa democrática y, lo que era importante, no había constatado impaciencia en los líderes. Esto permitiría trabajar con método en el proceso de organización política de la oposición sin descuidar, empero, lo que venía sucediendo en el país.

Partía penosamente impresionado por la Argentina de Fárrel, régimen típicamente policiario como lo definía Juan Valenzuela, ex-Ministro en La Paz. Lo que alarmaba eran las posibilidades de contagio hacia otras zonas de América. La democracia en el continente sur corría el trance de verse acorralada.

Como documento, llevaba la respuesta al nuestro de 10 de abril, ocupado como éste de cosas menores. Sería menester vencer esta etapa de discrepancias bizantinas y regresar al estudio de los problemas nacionales. La oposición necesitaba dar a conocer públicamente las soluciones que prohijaba frente a la crisis boliviana y, en este sentido, el grupo de Buenos Aires aceptaba mi pedido de preparar un programa mínimo que los partidos harían suyo mediante el pacto que formalizaríamos en Santiago. Espiritualmente estábamos unidos, en el hecho todo quedaba por hacer. El "memorándum de Buenos Aires" estaba concebido así:

"El Comité de Buenos Aires, informado del compromiso alcanzado por el Comité de Santiago, en abril del corriente año, expresa:

"1° Presta su adhesión completa al propósito de restaurar y asegurar la vida constitucional de la Nación, dando a cada institución las funciones que específicamente le correspondan.

"2° Declara su complacencia por la designación del señor D. Luis Fernando Guachalla como presidente de las deliberaciones del Comité de Santiago, y deposita en él su confianza para que sea intérprete de su pensamiento.

"Pasando al examen de los siete puntos que contiene el compromiso de Santiago, el Comité de Buenos Aires cree de su deber manifestar, y someter a la consideración del Comité de Santiago, los siguientes puntos de vista:

"1° Considera prematuro designar desde ahora la persona que asumirá la presidencia provisional de la República;

a) porque esa designación puede ser modificada por imperio de los acontecimientos tendientes a restaurar la normalidad constitucional de la Nación;

b) porque atenta a lo establecido en el punto 7 del compromiso de Santiago, parece inconveniente invalidar, por anticipado, la candidatura de un ciudadano a la Presidencia de la República.

"2° y 3° Estima que no es posible fijar plazos rígidos para la duración de ninguna de las funciones o cometidos del futuro gobierno provisional que, debe sobreentenderse, serán cumplidos en el más breve plazo posible. Cuando más, puede limitarse a sesenta días útiles la duración de la Asamblea Constituyente.

"4° Propendiéndose a la restauración de la normalidad institucional, no parece acertado crear un "Tribunal de Honor", encargado de calificar credenciales que deben ser calificadas conforme la Constitución lo establece.

"5° Bastaría consignar la primera parte de este punto: "El gobierno provisional ordenará el levantamiento de los respectivos sumarios contra los autores de los crímenes contra la vida, la seguridad y las garantías de las personas, sometiendo a los culpables a la jurisdicción de los tribunales que, con anterioridad a la perpetración de los delitos, fueren señalados por ley". Pero convendría dejar sentado que, siendo de consenso público la anómala organización de la actual Corte Suprema de Justicia, el Gobierno provisional, con cargo de aprobación legislativa, repondrá en sus dignidades a los ministros que la integraban antes del 20 de diciembre de 1943, con la o las excepciones que, por razones morales, puedan ser necesarias.

"6° Juzga inconducente la enumeración de los cometidos de la Asamblea Constituyente y es aventurado fijar plazos perentorios a la duración de cada uno de ellos.

"7° Expresa su completa conformidad.

"Aparte de lo que antecede, el Comité de Buenos Aires considera necesario manifestar francamente su convicción de que el total aflojamiento de la organización de los partidos políticos, su creciente fragmentación en grupos cada vez más reducidos y la conveniencia de dar acceso al ejercicio de la vida cívica a gran número de espectables ciudadanos, maduros y jóvenes, que no están enrolados en los partidos existentes, aconseja propender a la organización de un nuevo gran partido democrático que concilie tendencias y propósitos afines, y sea centro de atracción de fuerzas, cuyo concurso el país demanda imperiosamente para la mejor conducción de sus intereses. La unidad nacional democrática dentro de la Constitución política del Estado, podría ser el lema rector de la nueva agrupación.

"Es un hecho, por otra parte, que esa unidad nacional dentro de la Constitución, informa ya la acción de los partidos democráticos ! actualmente existentes, cuyo entendimiento debe estrecharse más aun como requisito ineludible para alcanzar el restablecimiento de la legalidad en Bolivia, pero sin perder de vista la suprema necesidad de ir hacia la organización de un nuevo partido de proyecciones amplias.

"Finalmente, el Comité de Buenos Aires estima de su deber expresar también su convicción de que, por razones morales y políticas, no es dado considerar la posibilidad de llegar a acuerdo o transacción alguno con los hombres del régimen gobernante".

"Buenos Aires, 10 de mayo de 1945".

En Santiago encontré las objeciones de Belmonte Pool al pliego de abril. Coincidió conmigo en la necesidad previa de un programa político, económico y social en el que todos estuviesen de acuerdo. Según carta de 19 de abril de mi informante de Arica, el jefe republicano socialista juzgaba prematuro señalar nombre alguno para una presidencia provisoria. Por lo conversado en Buenos Aires y por las observaciones de Belmonte creí, pues de utilidad dirigir al Comité la carta siguiente:

"Santiago, junio 10 de 1945,

" A los señores

Enrique Hertzog, Presidente del Comité Central del Partido Republicano Genuino,

Max E. Atristáin, Jefe del Partido Socialista,

Ricardo Anaya, Jefe del Partido de la Izquierda Revolucionaria,

Julio Alvarado, por el Partido Liberal.

Presente.

Señores:

"Poco antes de mi viaje a Buenos Aires, recibí vuestra atenta carta de fecha 23 de marzo último, por la que os dignásteis poner en mi conocimiento que los jefes y personeros de los partidos democráticos de Bolivia habían acordado designarme Presidente de la Unión Democrática de Bolivia, concurriendo a este acuerdo el Jefe del Partido Republicano Socialista, señor Waldo Belmonte Pool, mediante telegrama de 21 de marzo. Con esta comunicación, para mi honra, me invitábais a presidir, en adelante, las deliberaciones de vuestro Comité.

"En esos mismos días recibí vuestra segunda carta de 11 de abril próximo pasado, adjunta a la cual encontré el texto firmado por vosotros el 10 del mismo mes y en el que se uniformaba vuestro criterio político con relación a determinada situación por crearse en Bolivia. En esta carta, me pedíais que, a mi vez, suscribiera el acuerdo con el fin de que éste constituyese el pacto de honor que, en el futuro, determinase mi conducta y la de los miembros del Comité, así como sus recíprocas relaciones.

"No creí oportuno dar respuesta a vuestras dos cartas ni suscribir el acuerdo de 10 de abril antes de mi regreso de Buenos Aires, toda vez que me parecía esencial buscar un cabal entendimiento con el grupo de compatriotas exilado en la Argentina, tanto para aunar esfuerzos encaminados hacia una causa común como para arbitrar los recursos que fueren necesarios. Sin esta acumulación de voluntades y de medios, era obvio pensar que los proyectos de vuestro Comité se verían seriamente limitados y, quizá, desbaratados.

"Os he informado del resultado de mi visita a la capital argentina y procede ahora un examen de la situación en que nos encontramos.

"1° El acuerdo de 10 de abril, a mi juicio, ha quedado invalidado, pues se basaba en la condición de retiro del actual personal del Gobierno de Bolivia, retiro que se suponía iba a ser primordialmente controlado por el Comité de Santiago, si se le proporcionaba los medios operativos adecuados. De ahí que en el punto 1° de dicho acuerdo, se designa ya al ciudadano que, producido aquel cambio, asumiría la presidencia provisional de la República, organizando un Gabinete con representantes de los partidos políticos concurrentes al citado acuerdo. Toda la estructura del acuerdo descansaba en el cumplimiento del punto 1°, de tal modo que si éste resultaba de realización imposible, el resto del compromiso carecía de significación por inoperante.

"2° Las gestiones practicadas en Buenos Aires han demostrado que un cambio de situación en Bolivia, tal cual lo prohijaba el Comité de Santiago, no ha tenido acogida alguna en el sentido de permitir a este Comité hacerse responsable de la dirección suprema y, en consecuencia, dar aplicación, cuando llegare el momento, al acuerdo básico de 10 de abril y a los que obligadamente debían completarlo con objeto de coordinar específicamente los propósitos y la acción de los partidos en el futuro gobierno. El Comité de Buenos Aires se ha limitado a sugerir una reorganización política de fondo sobre la base de un nuevo partido que

agrupe tendencias afines. No cabe desconocer la importancia de esta sugestión y es altamente aconsejable buscar los medios apropiados para ir hacia una fusión de fuerzas afines, previas las consultas pertinentes, si a ello se avienen los jefes y dirigentes políticos que se consideren interesados en tal reorganización.

"3° Debemos confesar que la presidencia del Comité de Santiago ha sido constituida con alguna precipitación, ya que en estricta lógica, como cree haberlo expresado más de una vez quien la ejerce, su organización debiera haber representado la etapa final de un entendimiento completo entre los partidos integrantes de dicho Comité. Tal entendimiento no existe al presente, aunque es general en todos el sentimiento patriótico de ver restaurado, en Bolivia, el imperio de la ley moral y la ley escrita. Van pasando las semanas sin que avance este trabajo fundamental, y huelga añadir que presidencia alguna puede desenvolverse y aun subsistir, si entre los componentes de la entidad interesada, no se ha trazado el cuadro de sus aspiraciones y compromisos, de su posición militante, de sus recíprocas concesiones y de su programa de acción.

"4° En esta situación de impasse, si se permite la palabra, uno de los partidos componentes del Comité ha juzgado procedente dirigir a la presidencia de la Convención Nacional un mensaje por el que solicita garantías para el regreso de sus diputados al país con el fin de que reasuman el libre ejercicio de sus funciones políticas en la Asamblea próxima a reabrir sus puertas. Esta solicitud no ha sido conocida previamente por el Comité de Santiago, lo que importa, a mi juicio, una quiebra de la unidad de acción pactada, y representa un paso político de la mayor importancia, cuyas proyecciones no son fáciles de prever y que, acaso, signifique la desintegración del Comité mismo.

"Dados estos antecedentes, faltaría a mi deber si no os expresara que, en opinión mía, nos encontramos en el punto de partida, esto es, en aquel momento en que se proyectó la creación, en Santiago, de un Comité de partidos democráticos con miras al restablecimiento de la vida institucional en la Nación. Corresponde a los jefes y representantes de esos partidos democráticos elaborar, desde luego, la carta constitutiva de la entidad que persiguen, inexistente hasta la fecha y complementarla con los pactos de alianza y de acción política futura que fijen los alcances y duración de su patriótico entendimiento. Encontraréis, pues, justificado que decline el honor de presidir vuestro Comité.

"Al agradeceros por la confianza que me habéis dispensado, os reitero las seguridades de mi consideración distinguida".

(fdo) Luis F. Guachalla.

Dejé así exteriorizada mi disconformidad con la jefatura de un Comité que no estaba en condiciones de dirigir la acción que hiciese posible lo que él se proponía: el cambio de gobierno y mi presidencia provisoria de la Nación. Políticamente, después de la repulsa de Buenos Aires a sus planteamientos, el Comité de Santiago no podía subsistir en su escueta forma de momento. Precisaba más consistencia y esto, sólo lo conseguiría con un estatuto orgánico y con un acuerdo programático. "Un programa, después un Jefe", era mi divisa, pero otros pensaban lo contrario.

Es que, fundamentalmente, renegábamos del caudillismo porque lo esperábamos todo de la idea y no puramente de los actos, aunque reconocíamos que los pueblos menores habíanse acostumbrado al mando de mano enérgica. Creíamos y seguimos creyendo que era menester, sobre el particular, una rectificación sincera y el ejemplo debía partir de los que, por una u otra circunstancia, encontrábanse en sitio prominente.

Existía otro problema: el de la fusión de partidos. El 15 de mayo, a mi regreso de la Argentina, escribí a David Toro en Arica, que la sugestión de Buenos Aires no había encontrado mucho ambiente en Santiago. "La situación no es fácil —agregaba— pues los amigos de Buenos Aires casi condicionan todo a esa unidad política". y resumiendo lo que sucedía, concluía con este párrafo: "El temor es que siendo la acción a emprenderse en gran parte militar, estamos en la obligación de respaldarla con un frente político sólido y ello se puede obtener con la fusión de los partidos. De lo contrario, dice Buenos Aires, hay el peligro de suscitar, una vez más, las luchas enconadas de grupos y de jefaturas, una de las causas de la debilidad y caída del Gobierno del Gral. Peñaranda y, por ende, de fomentar dudas en los nuevos militares que han de actuar sobre la conveniencia de desprenderse totalmente del nuevo gobierno, ya que el civilismo anda siempre dividido y antagónico."

En resumen, todo aconsejaba apresurar la concertación de nuevos acuerdos y su difusión. La oposición necesitaba dar comienzo a su prédica constructiva, estas diversas consideraciones y otras más llevaron a los firmantes del pliego de 10 de abril a suscribir otro acuerdo que, con fecha 26 de junio me dieron a conocer con la siguiente carta:

"Señor:

"Recibimos, oportunamente, su atenta comunicación de fecha 1° de junio, en la cual se sirvió usted formular algunas consideraciones relativas a la organización del Comité de la Unión Democrática Boliviana en esta ciudad.

"Hemos compulsado, detenidamente, sus observaciones, así como las que contenían el "Memorándum" de nuestros amigos de Buenos Aires y la carta del jefe del Partido Republicano Socialista, Dr. Waldo Belmonte Pool. Después de cuidadoso estudio, hemos venido en firmar el acuerdo de esta fecha, cuya copia le enviamos adjunta, en virtud del cual queda constituido el "Comité Político" de la U.D.B.

"Con esta misma fecha, nos dirigimos al jefe del Partido Republicano Socialista solicitando la adhesión de su partido a este acuerdo; y al Comité Nacional del Partido Liberal, a fin de que dicho organismo preste su ratificación al compromiso que, en su nombre, ha contraído el señor Julio Alvarado.

"Entendiendo que, de esta, manera, quedan salvadas las objeciones anotadas, le invitamos a usted a volver a presidir, en adelante, nuestras deliberaciones.

"Le renovamos nuestras consideraciones muy respetuosas".

La carta venía firmada por Enrique Hertzog, Ricardo Anaya, Max Atristáin y Julio Alvarado, y el acuerdo a que hacía referencia venía redactado en estos términos:

"El régimen de terror y de violencia implantado por el gobierno que preside el teniente coronel Gualberto Villarroel, determinó el exilio de los jefes de los partidos políticos Republicanos Genuino, Republicano Socialista, Socialista y Partido de la Izquierda Revolucionaria (P.I.R.), quienes reconstituyeron, en el destierro, el Comité Político de la Unión Democrática Boliviana (U.D.B.). A este acto se adhirió el diputado Julio Alvarado —también en el exilio—, en representación del Partido Liberal.

"Subsistentes, al presente, las causas que dieron lugar a la formación de este organismo y con objeto de buscar una solución que devuelva al país su normalidad institucional y le permita volver al orden jurídico e ingresar, en todos los aspectos de su existencia a un pleno y eficaz régimen de progreso, de acuerdo con los ideales de respeto y dignidad humanos que, en medio de la hecatombe actual, constituyen principios universalmente proclamados y reconocidos, los jefes y personeros de dichos partidos políticos, resuelven lo siguiente:

"PRIMERO. Declaran subsistente el "Comité Político" de la U. D. B., el que seguirá funcionando en la ciudad de Santiago mientras dure el destierro de sus componentes.

"SEGUNDO. Los cinco partidos pactantes tendrán iguales derechos, deberes y responsabilidades en el seno del Comité.

"TERCERO. Invitan al ciudadano Luis Fernando Guachalla a presidir el "Comité Político" de la U. D. B.

"CUARTO. Las determinaciones del Comité serán tomadas por unanimidad.

"QUINTO. Los partidos políticos pactantes convienen en no aceptar compromisos, alianza ni ninguna clase de obligaciones con el actual Gobierno de la República. Pueden negociar acuerdos con sectores que persigan los mismos objetivos que la U. D. B., ya sea en el propósito de incorporarlos a ésta o de coordinar su labor. Los partidos que realicen estas gestiones, deberán informar acerca de ellas al Comité Político.

"SEXTO. Los partidos pactantes se comprometen a trabajar aisladamente y en conjunto por los objetivos de U. D. B. ya cumplir las directivas impartidas por el Comité Político.

"SÉPTIMO. Adquieren, finalmente, el compromiso de mantener la unidad de los partidos aun después de que se haya logrado la transformación democrática en el país, y de colaborar en un gobierno de unión nacional que persiga consolidar la obra de restauración institucional. Las modalidades de esta colaboración serán fijadas en un documento especial.

"El Comité Nacional del Partido Liberal deberá prestar su ratificación al compromiso que, mediante el presente documento, ha contraído en su nombre el diputado Julio Alvarado.

Santiago de Chile, a 26 de junio de 1945".

(fdo) E. Hertzog

(fdo) R. Anaya

(fdo) Julio Alvarado

(fdo) M. Atristaín

A este acuerdo y con las mismas firmas e igual fecha, se había agregado, con la indicación de "muy reservada", la siguiente resolución: "Los componentes del Comité Político de la U. D. B., firmantes del compromiso de esta misma fecha, excluyen de las prohibiciones contenidas en el documento en referencia, la gestión política del señor Javier Paz Campero, tendiente a la normalización institucional y democrática del país".

Esta resolución reservada patentizaba que el Comité no era revolucionario y sí de organización política, cuyo buen éxito o fracaso dependería más de la normativa programática que lograra que de una inicial declaración de solidaridad —siempre relativa— entre los grupos que lo integraban.

Conversaciones en Santiago y Buenos Aires

III

El acuerdo de 26 de junio no era una innovación sino una reiteración. Se trataba de mantener en funciones a la Unión Democrática Boliviana, creada por convencionales de la oposición en 1944, organizando un Comité Político con jefes en el destierro. Nada más legítimo. Había puntos que aclarar: la UDB parecía subsistir en Bolivia y aunque el partido liberal no había ingresado a ella, ahora, bajo la jefatura de Lanza, daba la impresión de revivir, acaso con modalidad nueva, lo que a mi juicio, nos obligaba a una consulta. En este sentido, el 8 de agosto escribí al General Peñaranda:

"Sin embargo, he diferido la formalización de este entendimiento (la presidencia del Comité) por diversas razones, entre ellas la que me parece de mayor peso: la presidencia de la UDB debe ser proclamada en Bolivia y no en Chile; el jefe de la oposición -como usted me llama- no debe ser públicamente designado en Santiago y es ésta una cuestión de escrúpulo que requiere ser salvada para el bien de todos. Debemos buscar la oportunidad para realizar esta proclamación en Bolivia aunque yo me encuentre ausente, pues lo que conviene evitar es la sombra siquiera de la malévola sindicación de que el Comité de la UDB, es decir este máximo organismo político y su jefatura han sido establecidos al amparo de la autoridad chilena y de sus insinuaciones. No debemos permitir que falsas acusaciones e interesadas tergiversaciones vengán, en un futuro próximo, a enervar nuestra acción del más puro bolivianismo".

A Eduardo Anze, en Buenos Aires, con fecha 14 del mismo mes, le informaba que los jefes de la UDB habían aceptado mi punto de vista y escribían a sus Comités Políticos en La Paz, "a efecto de que, por acta resolutive, conste la elección de mi nombre". "Esto —añadía— tendría además la ventaja de dar mayor unanimidad y apoyo a mi designación". Mas las consultas quedaron sin respuesta con lo que la seriedad del acuerdo, en lo que a mi persona se refería, resultó en entredicho.

Para mí, lo fundamental del acuerdo de Junio estaba en la cláusula séptima: la colaboración mutua en un gobierno de unión nacional. Era una unión a largo plazo; luego, lo esencial consistía en fijar en un "documento especial", "las modalidades de esta colaboración". Es decir, el entendimiento programático que tanto venía yo reclamando. A David Toro, en carta

de 23 de junio, le confiaba que "lo importante, a mi juicio, es la cohesión de partidos por razones de convicción y no por motivos de adhesión a una persona, ya que esto sería dar a esa cohesión una base artificial, personalista y precaria".

La UDB, pactada en 1944 en La Paz (24 de mayo), había concretado así su programa: "1. Por la extirpación del nazifascismo y por la completa solidaridad con la causa de las Naciones Unidas. 2. Por la constitucionalización del país y por la efectividad de las libertades políticas. 3. Por la más amplia protección a las clases trabajadoras y por el efectivo respeto a sus libertades sindicales. 4. Por un plan inmediato y práctico para el abaratamiento de la vida. 5. Por la organización de un Comité de Economía Planeada que ponga las riquezas nacionales al servicio del país". El Comité de Santiago creyó que se hacía necesario un pronunciamiento más claro sobre diversos problemas económicos y sociales que la crisis de postguerra suscitaba y que el Gobierno de Villarroel inclinó a resolver, demagógicamente, de una plumada. De ahí que el programa de 1944 fuese tenido por insuficiente. En Buenos Aires se pensó de igual manera, pues organizáronse varias comisiones para estudio de aquellos problemas, cuyas conclusiones nunca fueron remitidas a Santiago, a pesar de nuestros requerimientos.

Nos preocupaba la situación de Julio Alvarado, personero del Partido Liberal que actuaba con una autorización muy limitada. En mi citada carta al coronel Toro, le informaba que Alvarado aun no había recibido respuesta de Lanza y, con algún acento profético agregaba: "Yo tengo mis dudas sobre aceptación del liberalismo a ingresar a la UDB". "Este partido —continuaba— ha iniciado ya una acción interesante y no creo que quiera reatarse a compromisos con una organización que funciona fuera del país y con la cual no puede tener un contacto directo y diario". Estaba yo en lo cierto. En noviembre dí aviso a Anze Matienzo que el Partido Liberal acababa de "comunicar a Alvarado que no desea entendimientos con la UDB y que actuaría por su cuenta".

El aislamiento de los liberales probaba renuencia a organizar y dirigir la lucha desde fuera, mientras contase en el país con sus principales líderes. Tan cierto es esto que el liberalismo fue una de las fuerzas que impulsó la formación del Frente Democrático Antifascista, en La Paz, apenas los líderes de otros partidos regresaron a la patria. Y surgió el programa de ese Frente (14 de abril de 1946), amplio y con inspiración social, que mereció el apoyo público de los trabajadores.

Nosotros en Santiago avanzábamos poco. Ante alguna incitación para que yo asumiera una actitud, llamémosla dictatorial, respondí de acuerdo con este punto de vista que había resumido en mi citada carta a Anze Matienzo, de 14 de agosto: "Cabría, indudablemente, la acción individual. Pero, por sobre toda ambición personal —ambición en su noble sentido— yo persigo la unión de los bolivianos, y mientras los hechos no me demuestren que esto es imposible, me tienta muy poco convertirme en autólíder predicando en el vacío. Con todo, en Bolivia muchos hablan de mí y esto me conforta, me obliga y abre ya el capítulo de mis responsabilidades. Por eso mismo, juzgo que no puedo obrar precipitadamente, pero sí con perseverancia y fe inquebrantable. Estoy de acuerdo contigo en que debemos proseguir la lucha a través de todas las vicisitudes, sin estar necesariamente ligados a los compromisos políticos del momento, en el sentido de que el fracaso de éstos no debe afectar la línea que nos hemos trazado. y si esto es así mayor motivo para proceder con cautela en este campo de entendimientos partidistas. Tengo la impresión de que el liberalismo no ha de entrar a integrar la UDB y, desde luego, el Socialismo opositor ya se retrae. Prácticamente la UDB la componen las dos fracciones Republicanas y el PIR".

Siempre habré de recordar aquí la valiosa contribución, en nuestros afanes, de Ostria Gutiérrez y de Hertzog. Eran los dos elementos más conciliadores, a los que yo unía mis esfuerzos. Existía el acta de reorganización del Comité de la UDB, en Santiago, que obligaba a los pactantes a proceder unidos en la oposición y, más tarde, en el gobierno, pero no se habían formulado procedimientos para lograr el éxito de la causa proclamada. El grupo de Santiago se encontraba a oscuras de lo que se hacía en Buenos Aires, vale decir de las actividades del Tcnl. Terrazas. Nuestras indagaciones quedaban sin respuesta aclaratoria. En estas condiciones y sin saberse si en Bolivia se preparaba algún movimiento de significación, a muchos se nos ocurría que, en Santiago, correspondía reexaminar la situación y, acaso, señalar nuevas posiciones.

Traía yo al Comité material de discusión. Desde luego, se volvía urgente dar con la fórmula política de solución del problema boliviano. El Comité no era revolucionario, lo que le obligaba a lanzar una fórmula jurídicamente defendible. Algunos se inclinaban —entre ellos yo

mismo— por una base asentada en razones de alta moral: la dimisión de Villarroel. La dificultad surgía en la complementación. ¿Debía entregarse el gobierno a una Junta Militar Provisional, como lo sugería Zilveti Arce en su Carta Abierta? En una misiva que éste me enviara el 30 de junio (1945), concretaba así su pensamiento:

"Me afirmo en la idea de un provisoriato exclusivamente militar. Haciendo memoria se ve en 10 que va del siglo que la única Junta de Gobierno que devolvió a la República su plenitud institucional fue la del año 1930, en la que hubo un solo ministro civil. En las Juntas mixtas, los militares dueños de la fuerza usaron de los civiles para arrojarlos cuando les plugo cual limones exprimidos. A las Juntas mixtas van ciudadanos pertenecientes a distintas corrientes partidarias y en el empeño desdichado, pero humano y sempiterno, que cada uno pone por obtener ventajas de grupo o personales radica su desprestigio. Desprestigio que alienta las ambiciones de los caudillos militares en potencia, con el consabido argumento de que los civiles no podemos entendemos y para evitar la anarquía "debe sacrificarse un miembro del Ejército asumiendo la presidencia". Fatalmente tenemos que ir librados a la buena o mala fe de los militares. Mas para evitar o disminuir contingencias, existe el recurso de la unión, tal se hizo el año treinta, posponiendo intereses de banderío o personales y en su caso sacrificando derechos".

A renglón seguido, Zilveti Arce ofrecía su resignación de la actividad política y me decía: "Si fuera preciso mi alejamiento de la acción, estoy dispuesto a sustraerme transitoria o definitivamente cuando lo reclame el interés patrio, que es la única fuerza que me mueve". El criterio del convencional por Sucre no tuvo acogida en el grupo de Santiago y en otros sectores. Desde Arica, David Toro me transmitía así su opinión: "Se ha levantado la bandera del civilismo y es preciso sostenerla con entereza y energía, ya que lo contrario sería chocar contra la unanimidad de la opinión pública y del sector mayoritario del propio ejército.

El punto de vista del Comité que yo presidía informalmente quedó consignado en una anotación del tenor siguiente que le entregué: "El Ejército debe ser trabajado pero por prédica y labor de convencimiento y no por sobornos y a trueque de granjerías. La tragedia de Bolivia nos obliga a buscar tesoneramente una solución digna y duradera sobre base civilista. Mezclar al Ejército en nuestras aventuras es peligroso; es someterse a sus dictados; es contemporizar con el mal endémico: el Ejército político. Es lamentable que los partidos, cada vez que han planeado llegar al poder no han encontrado otro medio que el de ocurrir al Ejército. No podemos recaer en el mismo vicio y menos buscar componendas con algún Jefe ahora en el gobierno, incitándole a la traición. Si como partidos políticos, los que integran el Comité no son capaces de arrastrar masas, inspirar confianza, señalar rumbos, despertar del escepticismo a la ciudadanía y levantar una oposición fuerte y disciplinada, perseverante e incorruptible, entonces quiere decir que, políticamente, esos partidos no han enraizado en la conciencia del pueblo o han perdido sus pasadas influencias". Y concluía mi apunte del 17 de agosto, con estas palabras: "Desde enero, no han logrado sus jefes, acosados en el destierro, la concertación de un acuerdo básico de puntos programáticos. Hay aquí desconcierto, debilidad, vacilaciones; y todos, sin excepción, cargamos con nuestra parte de culpa. No sabemos lo que se piensa en Bolivia de estos jefes de partido ausentes. ¿Les reconocen todavía su calidad de mentores? Obramos por hoy académicamente; por eso nuestra acción es limitada aunque la intención sea sana".

Para nosotros, en caso de un trastorno revolucionario y siempre que estuviera en manos de los partidos controlar la situación, el gobierno debiera corresponder a una Junta de la UDB, ampliada con todos los sectores de oposición. Esto es, una Junta Civil que vigilase las elecciones de un presidente civil. El caso revolucionario no era, sin embargo, el único posible; antes bien, nos preocupaba el de una evolución. Las fórmulas aquí proliferaban: el General Peñaranda (carta de 4 de julio) sugería hacer contacto con "el menos malo" entre los hombres de gobierno para producir un cambio que permitiera, después, ir a elecciones populares libres; esto parecía guardar alguna concomitancia con las ideas de Javier Paz Campero aunque la rectificación de rumbos que éste buscaba no ponía de lado al Presidente Villarroel. Mi respuesta a Peñaranda (carta de 8 de agosto) marcaba bien mi posición y la resumía en este párrafo:

"Yo no comparto su idea de trabajar por medio del "menos malo" entre los hombres que gobiernan. Caeríamos, nuevamente, en el círculo de los engaños y de las traiciones cuando de 10 que se trata, a mi juicio, es promover una rectificación de profundo sentido moral. No soy, indudablemente, un político y veo nuestras cuestiones desde un ángulo ético antes que positivista. Me preocupa más el futuro que el presente, sin que ello implique la menor indiferencia por lo que hoy sucede. Pero no quisiera que, por alcanzar inmediatas soluciones,

olvidásemos la purificación que el país ansía. Pero entiendo que algún amigo, en La Paz, está trabajando en el sentido que usted indica y, sin que tengamos conexión con él, se le atribuyen ciertas manifestaciones de conciencia, últimamente aparecidas, como la moción del diputado Bilbao".

Otros aconsejaban hacer campaña para lograr la dimisión del Coronel Villarroel y la toma del mando temporal por el presidente de la convención, como paso obligado hacia nuevas elecciones, esta vez directas. Y los había que creían factible la elección de un Vicepresidente civil por la Convención, racaída en persona de alta imparcialidad, a quien Villarroel traspasaría el mando. Yo me encontraba entre estos últimos y sostuve dicha tesis en mi Carta Abierta al presidente de la República, de 30 de septiembre de 1945. Con todo, lo decisivo, en esta materia, dependía de lo que se pensaba y hacía en la patria. El nombre del General Lanza seguía figurando como el del líder de los partidos de oposición, lo que parecía restar toda importancia a las actuaciones de Alvarado entre nosotros. Junto a este liderato respetable, la información confidencial nos traía la noticia de movimientos de juventud que pugnaban por sacudir la coyunda de los viejos partidos, movimientos a los cuales el PIR prestaba especial importancia, al extremo de imponer el regreso al país de sus diputados exilados, con excepción de Arze y Anaya, aquél todavía en los Estados Unidos.

Encontrándonos a principios de agosto con nuestro programa estancado, entregué, con fecha 11 de ese mes, a mis amigos del Comité unas notas mías, resumen de conversaciones sobre el tema político que a todos nos preocupaba, notas que pensé pudieran servir de alguna orientación. Decía en ellas:

"El problema de Bolivia es, básicamente, moral. Sin embargo, no podemos considerar la moral en abstracto, pues caeríamos en el error de una actitud contemplativa y estática. La simple prédica del moralista es arma de combate a medias y, desde luego, no es política. La moral, como fuerza de progreso, requiere estar cimentada en la conciencia de los más, de las mayorías, y esto nos lleva al terreno de la obra educativa que, a nuestro juicio, es integral cuando comprende la satisfacción de necesidades tanto físicas como espirituales.

"Un programa político debe, pues, partir de esta base: satisfacción de necesidades físicas y espirituales de las masas, lo que, comúnmente, se llama "elevación del nivel de vida". Sólo cuando ese nivel llega a determinado grado es posible advertir signos de una conciencia o moral pública que permita construir sólidamente un sistema político avanzado y estable. Los motines y cuarteladas han nacido de nuestra incultura ambiente, del egoísmo de los pudientes y del defectuoso y lamentable entendimiento entre civiles y militares. En suma: de una pobrísima moral colectiva.

"El cambio fundamental de la situación patria que, sin duda, está en la intención de todo buen boliviano, no puede limitarse a enunciados sobre preservación de las libertades públicas, respeto a la ley, imperio de la justicia, etc., toda vez que esas actitudes o posturas son negativas. Requiérense afirmaciones positivas o de hacer, y éstas deben tener en cuenta, primariamente, a la masa demográfica boliviana.

" Al unirse los partidos de oposición en contra del actual gobierno militar del Coronel Villarroel parecen exclusivamente movidos por el anhelo —patriótico, desde luego— de alcanzar la caída de ese régimen y su reemplazo por ellos mismos, de acuerdo con un entendimiento transaccional de buena fe, pero circunstancial. No se vé, sin embargo, en todo esto, un examen de fondo de lo que esos partidos o algunos de ellos han significado en la vida política del país, lo que han hecho o dejado de hacer, sus errores y omisiones, su culpa en la caída vertical que la patria acaba de sufrir.

"Hay voluntad para enmendar pasados desaciertos, pero esto debe exteriorizarse en una concertación clara y, acaso, en ciertas inhibiciones. Por el momento, tal vez no quepa otra cosa que un pacto político encaminado al desplazamiento de los hombres que hoy gobiernan a Bolivia. Empero, logrado eso, de uno u otro modo, surge la gran pregunta: ¿quiénes deberán ocupar los puestos vacíos? No habría mayor error que singularizar en una persona, por virtuosa que fuere, el anhelo general de mejoramiento. Lo individual tiene apenas fuerza interpretativa de lo general y la experiencia nos demuestra, frecuentemente, que las interpretaciones unilaterales arrastran equívocos lamentables. Un partido o un grupo de partidos parece ser la respuesta. Con todo, aquél o éste poco significan si no traducen, a su vez, el sentir de las mayorías, convencidas y perseverantes. Llegamos, pues, al pueblo mismo, olvidado casi siempre en las decisiones que le afectan mayormente.

"Preferimos un partido popular a un partido del pueblo para evitar perjudiciales exclusivismos de clase. Además, el liderato intelectual no está precisamente en el pueblo, aunque se inspira en él y le sirve.

"El grupo de Santiago ha sido descartado o se ha descartado de toda acción revolucionaria. Sólo está en espera de lo que acontezca en el país, y sus trabajos parten de la suposición de que algo sucederá. Pero, ¿y si nada fundamental sucede? En la larga espera, tememos que el entusiasmo se enfríe y la obra quede paralizada, ya que se trabajaría para un futuro incierto y circunstancias desconocidas. A todos no se puede exigir igual abnegación, máxime si las estrecheces económicas ponen una angustiosa valla a más de un empeño.

"La búsqueda de métodos de paz para normalizar la situación boliviana —ya que no estamos en Santiago en trájín revolucionario— impone el estudio de ciertos tópicos de nuestra actualidad política. Señalaríamos, desde luego, los siguientes:

"Análisis de lo que es el Movimiento Nacionalista Revolucionario. Sería un error juzgar ligeramente lo que el MNR significa en la vida política de Bolivia, y comprimirlo en una despectiva fórmula que señale a sus partidarios como audaces y demagogos encaramados en el poder. El MNR tiene raíces en la derrota del sudeste, y alguna intención de fondo que pudo ser justificable. Antes de ser gobierno, fue aplaudido por más de un desplazado de hoy. Es necesario, una vez más, remontarse a la guerra del Chaco, a la guerra absurda, y al florecimiento de una moral del vencido, apenas concluido el armisticio. Tener en vista el profundo rencor de las nuevas generaciones contra los políticos que hicieron esa guerra y tuvieron la desgracia de perderla, y la concomitancia de aquellos con los militares jóvenes, víctimas también de la contienda bélica. No cabe ignorar que la baja moral ambiente sufrió quebrantos peligrosos por efecto de la guerra y produjo un caldo donde fermentaron aquellos complejos que hacen de los resentidos sociales y de los eternos fracasados agentes de disolución y corifeos de la dictadura. La penuria económica y la falta de oportunidades que, desgraciadamente, son características del medio boliviano, fueron también factores de descomposición. y vino ese fenómeno de la imitación, tan arraigado en el hombre en todas las latitudes; la imitación del nazismo, entonces ascendente, como sistema de gobierno, como filosofía de la fuerza, del nacionalismo cerrado, del oportunismo que se afana por su menosprecio del pasado. Para muchos afiliados hubo, seguramente, un renacer de esperanzas, palanca poderosa para la acción.

"Al lado de esto, es preciso estudiar el proceso de la intervención del militar en la política. La cuartelada y la traición como armas de lucha. La compra de conciencias en que fueron más culpables los civiles que los hombres de armas.

"Además, ¿qué es en verdad el pirismo y cuáles sus proyecciones? No se molestarán mis amigos si pregunto esto, y si agrego que es menester reexaminar la situación de los partidos llamados tradicionales, y aun de los grupos socialistas, que arribaron demasiado temprano al poder.

"Hay en Bolivia una contradicción de generaciones y ésta es la raíz de intransigencias, a veces insalvables por más que vayan contra la razón y la prudencia".

Estas cuestiones, suscitadas por mi pliego, quedaron sin respuesta porque no se quiso prestarles la suficiente atención gracias a esa indolencia, tan boliviana, de pasar el problema de hoy a un incierto mañana. En el Comité, que era más una academia sin fuerza política, unos y otros llevábamos nuestros papeles que nos servían de temas de discusión pero raramente llegábamos a conclusiones. Tal vez se debía esto a que no éramos una entidad ejecutiva.

Encontrándonos en esos días con nuestros proyectos de programas estancados, los preparativos de viaje de Atristaín, ya alejado del Comité, y la situación incómoda de Julio Alvarado, prodújose un incidente ingrato que vino a demostrar lo débil de nuestros planes de unión. Al hacer el Coronel Toro algunas declaraciones para la revista Chilena "Vea", desde Arica, elogiando la labor de resistencia del PIR, "y a la cabeza Pedro Zilveti Arce", tal cual se publicó en dicha revista, en vez del nombre de José Antonio Arze, confusión debido a que Toro entregó al reportero un ejemplar de la carta Abierta de Zilveti a Villarroel, el PIR, sorprendentemente, publicó en "El Siglo" de Santiago una protesta airada en la que afirmaba que Zilveti Arze "... facilitó indirectamente el encumbramiento de las facciones nazis que ahora oprimen a Bolivia..." Y concluía anunciando que ese partido rechazaba "terminantemente todo contacto con las personas que tiene cuentas que saldar con el pueblo boliviano".

Después de una larga discusión en el seno del Comité y produciéndose firmeza en la reprobación de la actitud pirista, juzgué de mi deber, consecuente con mis manifestaciones de censura, alejarme de una presidencia nugatoria que, acaso, había hecho nacer falsas esperanzas. Me ví, pues, llevado necesariamente a dirigir a los cuatro integrantes del referido Comité, con fecha 21 de agosto, la carta que sigue:

"Señores: "Con motivo de un reportaje hecho al General David Toro por la revista "Vea" y que aparece en su último número, "un líder pirista" ha tenido a bien informarnos ayer que ha publicado una rectificación a cierto párrafo de aquel reportaje, relacionado con supuestas actividades del señor Pedro Zilveti Arce y del Partido de la Izquierda Revolucionaria, actividades que, sin lugar a dudas, por deficiente interpretación de lo que pudo haber dicho el General Toro, aparecen estrechamente coordinadas como si obedecieran a un entendimiento directo entre esa entidad política y el diputado-convencional por Sucre.

" Al leer la citada rectificación, con sorpresa me he encontrado ante un violento repudio de la persona del señor Zilveti Arce y una acusación grave contra él. No pretendo, ni mucho menos, señalar normas a ningún partido político y tampoco defender o condenar la pasada actuación política del ex-Ministro de Gobierno porque la conozco apenas a través de comentarios contradictorios, pero no puedo menos que exteriorizar mi protesta formal por la forma en que "aquél líder" ha creído oportuno dejar de manifiesto el hecho simple de que su partido no mantiene contacto alguno con el señor Zilveti Arce. La pública declaración de este jefe de la Izquierda Revolucionaria, en estricta lógica y moralmente, atañe al gobierno del Presidente Peñaranda y viene a dar casi título popular a la revolución del 20 de diciembre de 1943. Este es, tal vez, su mayor desacierto.

"Entiendo que se me ha buscado para presidir una labor política de unión leal entre todos los bolivianos de bien con el fin de luchar por el restablecimiento de las libertades públicas en Bolivia. Y no ha sido ni pudo ser otro el impulso que me ha movido a trabajar con ustedes. Sin embargo, los términos y conceptos de la rectificación a que me refiero, se presentan, a mi juicio, como un obstáculo para afianzar la unión ciudadana que se propugna. Nos encontramos en la misma trinchera —y el señor Zilveti Arce ocupa virilmente su puesto— con ideologías distintas si se quiere, con nuestros errores y defectos pero, asimismo, con nuestra devoción por la causa democrática. El señor Zilveti ha sufrido por ella más que muchos de nosotros y, esto solo, debe merecer respeto.

"Este ingrato incidente me lleva al convencimiento de que yo no soy el llamado a presidir el Comité que ustedes integran, pues les consta que me asaltan diversos escrúpulos sobre modalidades de procedimiento que, posiblemente, restan fuerza ejecutiva a los propósitos que el Comité desea realizar. Mi indeclinable renuncia no implica, en forma alguna, la menor desviación de la línea de conducta que, por convicción y por conciencia, me he trazado al frente de la tragedia institucional que vive nuestra patria. Seré un soldado de la causa que todos servimos, leal e incansablemente.

"Al agradecer a ustedes por la confianza con que quisieron honrarme, les reitero las seguridades de mi consideración distinguida".

(fdo) Luis F. Guachalla"

Mi renuncia no fue desaprobada por los Comités de Santiago y de Buenos Aires en mérito a su fundamento moral. Para muchos amigos era más significativo un gesto así que una callada presidencia de un comité inactivo, pues juzgaban que mi autoridad no había disminuido. Enrique Hertzog, que ya en agosto hablaba de regresar a Bolivia, lo pensaba así y, desde Arica, días antes de su entrada al país, me lo ratificaba en términos generosos. En las filas del PIR prodújose cierto resentimiento pasajero. Faltaba la presencia de José Antonio Arze, todavía en Nueva York, y que llegaría a Santiago dos o tres días antes de mi viaje a Londres, en diciembre. Por carta de 12 de noviembre Arze me informaba que el MNR venía manteniendo entendimientos con algunos líderes del aprismo y que a Haya de la Torre se le invitaba a visitar La Paz. "Creo —agregaba— que la mejor respuesta de Haya fue el haberme invitado a ir con él a Trujillo, en su gira política".

Aquella dimisión de mi presidencia no significaba el fin del Comité. A Toro, infatigable corresponsal, le escribía yo el 31 de agosto: "Mi impresión es que, debido a este incidente, el Comité trabajará mejor. Desde luego, enviará en estos días instrucciones a los Comités políticos centrales y departamentales de los distintos partidos para que se organice la UDB y busque contactos con todos los sectores de opinión". Pero no se fue más allá, pues el fin del

Comité se produjo por el desbande de sus miembros. Primero Max Atristain, después Enrique Hertzog y Waldo Belmonte, luego la desautorización a Alvarado y al final mi partida a Londres. Todo esto probaba que fue prudente mi conducta al no oficializar mi jefatura de la UDB en Santiago, es decir al no hacerme de un título que no respondía a una realidad y era sólo un halago a mi vanidad.

En estos anhelos de la oposición, y de toda oposición en igual trance, presentábanse dos cuestiones distintas aunque entrelazadas: 1. pactos de unión limitados al restablecimiento de las libertades conculcadas, sin enfoque programático ni ligaduras posteriores entre los partidos concertantes; 2. pactos de unión con miras a cierta coordinada actividad después de la liberación, lo que, necesariamente, exigía un programa mínimo y un sentido de tregua entre las ideologías encontradas. En Santiago, es hidalgo confesarlo, no se logró ni lo uno ni lo otro y la culpa fue de todos. La desconfianza recóndita, poco justificable, entre individuos que pensaban distintamente en materia política, no dejaba de estar en el fondo del nugatorio resultado alcanzado hasta ese momento.

No existía madurez —como quedó patente más tarde— en los comités políticos para emprender una obra de alta previsión que demandaba olvido de las impacencias en los grupos rivales.

Mi dejación oficial de la jefatura ineficaz de la UDB santiaguina, no me desligaba del deber de hacer escuchar mi voz y de cumplir con mi promesa. Acaso en mejores condiciones, como ciudadano independiente, podría decir mi pequeña verdad. Apresuré, pues, la redacción de mi carta abierta al Coronel Villarroel. Apareció ésta en "El Diario" de La Paz que, pocas semanas después obligóme a regresar de Londres con las manos vacías. A manera de epitafio de la UDB, nada más cabal que un párrafo de la carta que el 2 de diciembre me escribiera un dilecto amigo, Arturo Pinto Escalier. Era un reproche dicho con altura y que recibí con humildad:

"Estas letras han de encontrarle con el pie en el estribo. Siendo así no hay para qué volver sobre las circunstancias que le llevaron a dejar la presidencia del Comité de la UDB y que, finalmente, han determinado la casi liquidación de ésta. Duele comprobar nuestra incapacidad para unimos, ni aun en el infortunio del país. Parece que confiáramos más en acontecimientos providenciales que en el resultado de nuestro propio esfuerzo. Por nuestra incapacidad para organizar un frente único, que ya tenía la buena base de la UDB, hemos dado al gobierno de Villarroel una muestra de impotencia que le permite creer que cuenta con el beneplácito de la opinión. Lo que yo quería que se hiciera, lo que todos queríamos, en realidad, es lo que aquí se ha hecho y aun sigue haciéndose, pese a todos los esfuerzos contrarios: la unión democrática de todos los partidos, sin espíritu ventajero. Ojalá se llegue a este desiderátum insustituible ahora que tenemos a la vista un nuevo proceso electoral que podrán encauzar los dirigentes políticos que ya han regresado al país. A mi juicio, el porvenir no ofrece más que un dilema perentorio: o se va a una lucha electoral decidida y abierta, para la cual la unión de los partidos es condición indispensable, o se va a la abstención cuyo carácter debe ser también unánime para no dar al sector oficialista la impresión de un triunfo obtenido en buena lid. Si no hay unión o garantías suficientes, hay que dejarlos que hagan sus elecciones a la portuguesa o la búlgara que son las de última moda. y allá ellos con su responsabilidad".

Carta Abierta al Presidente Villarroel

Fiel a mi promesa dada al Comité de Buenos Aires y al de Santiago, resolví entregar a publicidad mi repudio al régimen imperante en Bolivia. Una carta abierta al Jefe del Poder Ejecutivo me pareció el medio más apropiado, y me puse a escribirla, tratando de resumir en ella, más que duro reproche por los males desencadenados, la fórmula que, a mi juicio, podría devolver a la nación el goce de sus instituciones republicanas. No faltaron y acaso sobraron las reflexiones sobre ética que puse para apoyar el pequeño bagaje de mi filosofía política, asentada en dos estados: el de paz y el de derecho.

Despachada mi carta, redacté la siguiente breve explicación para mis amigos:

"Santiago, 3 de octubre de 1945,

"Por mi carta al Tcnl. Villarroel, de 30 de septiembre último, me he colocado en posición de crítica y condenación de todo movimiento revolucionario. Yo creo que el vicio de nuestra deficiente organización democrática es, precisamente, la impaciencia por llegar al poder y la irreal porfía de mantenerse arriba. No discurren los líderes nuestros en la necesidad

de educar políticamente a las masas. Cada vez que la ocasión se presenta, los partidos de oposición asaltan el poder. Sin contar las veces que el Ejército mismo toma la iniciativa.

"Tales procedimientos explican esa perenne desazón en que vive Bolivia. El factor confianza ha desaparecido, pues es siempre posible una sublevación. Estamos aun sufriendo una de las consecuencias más profundas de la guerra del Chaco. La derrota ha quebrantado todos los resortes morales. El civilismo ha visto disminuidas sus aptitudes de lucha y una como apatía ha cubierto el campo de sus antiguas actividades patrióticas. Divisionismo y afán pequeño de crítica; insatisfacción por todo; mengua de verdaderos líderes. De ahí que el Ejército, donde también hay inquietudes e impacencias, pudo sentirse dueño de nuestros destinos.

"Estamos, pues, frente a una crisis honda que no puede salvarse con un simple cambio de hombres o un golpe de fuerza. Es menester: no olvidar que en el ambiente hay ansias de renovación; hay resistencia a los hombres que actuaron y no trajeron mudanzas saludables, y nos recuerdan a diario la pérdida del Chaco. La caída de Peñaranda se debe, psicológicamente, a esos factores. Por eso, la tarea de los jóvenes oficiales y de los jóvenes políticos fue fácil, de ahí que no se vislumbre reacción de fondo.

"Es el último capítulo de la guerra del sudeste el que estamos viviendo y para salir de él ha de ser menester una reconciliación a base de justicia y de dignidad, pero no de un simple desplazamiento de hombres por la fuerza".

En carta de 19 de noviembre daba a Eduardo Diez de Medina, entonces exilado en Buenos Aires, las razones de mi actitud en estas frases:

"Comprendo que algunos amigos hubiesen deseado que mi actitud fuese más de combate o de reto o, en suma, de propaganda agresiva; comprendo que se tachará la referencia al mal endémico de las revoluciones que alcanza a todos o casi todos los partidos; comprendo que las soluciones propuestas parecerán ingenuas e inoperantes. Sin embargo, creo de buena fe que para decir una verdad hay que despojarse de eufemismos. Me he colocado en una postura que no busca precipitados remedios sino rectificaciones a base de convicción.

"No advierto el beneficio real de cambios que no dicen relación con la conciencia de los hombres, porque cambios siempre son posibles, sea por descomposición interna o por golpes de fuerza, pero su trascendencia está en el impulso moral que mueve a los ciudadanos. Las soluciones violentas, en Bolivia, han sido práctica política y pobres sus resultados, precisamente por no haber existido conciencia colectiva contraria a los métodos de fuerza y una comprensión general de lo que significan la libertad y el derecho. Cuando han llegado al poder caudillos por obra de una cuartedala, ha sido siempre dura la tarea de desalojarlos porque cierto conformismo ambiente hacía pesadísima la labor de los auténticos luchadores que, por fortuna, nunca faltaron. Pero, repito, sólo se pensaba en la fuerza. No la critico cuando la causa es santa; con todo, acaso sea ya tiempo de pensar en soluciones de derecho, desarrollando al efecto una enseñanza que llegue a las masas, una prédica constante que haga conciencia."

Y a Manuel Carrasco, por misiva de 22 del mismo mes, le daba a conocer otro aspecto de mis propósitos con estas palabras:

"He tomado una posición exclusivamente moral para condenar al régimen. No he buscado soluciones concretas e inmediatas ni he pretendido que mis conclusiones tengan aceptación. Pero he creído útil dejar sentado un antecedente, pues mi llamado es consejo desinteresado. En un llamado a la razón, a la cordura, y es una invocación al patriotismo de todos los bolivianos. Me he revestido de serenidad y, por encima de las pasiones, he procurado alzar una voz de justicia y de tolerancia, pero también de dignidad. Muchos no me comprenderán en estas horas de dura prueba pero creo que el tiempo justificará mi actitud. No hablo en nombre de los partidos políticos y éstos quedan en libertad para apartarse de mi consejo, si lo conceptúan inocuo; pero yo quedo en un plano más espiritual que de cierto positivismo político, no siempre conveniente. Y digo esto sin el menor asomo de orgullo o vanidad; tal vez, modestamente, un poco a la manera de Erasmo."

Por último, con fecha 20 de noviembre, sobre el tema de las responsabilidades futuras que recaerían sobre el Presidente Villarreal, decía le a Eduardo Anze Matienzo lo que iba a constituir el motivo principal de mis actuaciones políticas:

"He creído oportuno que una voz, la de quien nada apetece, se alzase en medio de las pasiones y diera una orientación, la cual no podía romper con la ley y el orden jurídico. Mi carta entonces es un antecedente que deslinda responsabilidades por lo que, más tarde, ha de suceder. Los que se hallan al margen de la pugna partidaria deben procurar que la violencia sea desterrada como medio de obtener cambios políticos. Una solución de fuerza es siempre posible; cuesta algo de dinero y otro tanto de audacia, pero es funesta cuando no se .. apoya en convicciones colectivas y en la conciencia ciudadana, que busca el imperio del derecho y de la justicia. Tal estado espiritual es débil en Bolivia y es ahí donde, por ahora, deben ir nuestros empeños. Cada vez que la ocasión se me presente, insistiré sobre mi tema."

Tal vez mis comentarios y aclaraciones sobre el tenor de mi carta al Jefe del Ejército parezcan superfluas, pero lo cierto es que buscaba —y quien puede reprochármelo— apoyo a mi actitud, precisamente porque ella se apartaba de nuestros cánones revolucionarios. A continuación inserto el texto de mi referida Carta Abierta que "un hombre de extraordinario valor civil", Julio César Canelas, según expresión de Alberto Ostria, publicó en "El Diario" de La Paz, al comenzar el año de 1946. Suprimo de la transcripción únicamente las largas citas sobre la libertad y los derechos del hombre, tomadas de declaraciones de las conferencias de Chapultepec y de San Francisco. Entregué mi carta al correo certificado de Santiago el 9 de octubre y fue marcada en el registro con el Numero 159111.

"Santiago, 30 de septiembre de 1945.

"Al señor Teniente Coronel

"D. Gualberto Villarroel,

"Presidente de la República,

"La Paz.

"Señor Presidente:

"Han transcurrido diez meses desde los luctuosos sucesos de noviembre de 1944 sin que la nación boliviana haya recibido la reparación moral que le debe el gobierno presidido por usted. Esta omisión no puede atribuirse a un deliberado propósito de apartarse de las normas elementales de ética pública que todo gobierno ha de cumplir para ser respetado, ni a un desmezurado menosprecio de los superiores dictados de la justicia, cuya severa observancia es garantía de civilizada convivencia social, pues ambas suposiciones entrañarían una monstruosidad de orden moral y jurídico de que no creo capaz a ningún boliviano. Se debe, sin que ahora quepa duda, a la persistencia de un conflicto que inhibe a usted y a sus inmediatos colaboradores ir más allá de lo que le permiten las determinaciones de esos organismos político-militares que asumen, en grado mayor de lo que se piensa, la dirección de la cosa pública sin sus responsabilidades, que recaen sobre usted y su Gabinete.

"Tan anómala situación permite apuntar tres factores dominantes que pesan negativamente sobre ella: el vicio de origen de su gobierno, la intervención desmesurada, luego sin contralor, de un solo partido, y la participación activa y prepotente de las instituciones armadas en la política. Al llegar al poder por un golpe de fuerza, repitió usted lo que otros, desgraciadamente, habían realizado antes que usted, pero perjudicó la causa que le movió a actuar, el haber aceptado la quiebra de la jerarquía y de la unidad en el Ejército y, más aun, el compromiso de secretas connivencias que hicieron de usted un prisionero, al extremo de hacerle incurrir en una falla moral inexcusable. Y diez meses constituyen un plazo más que suficiente para sentar alguna conclusión que, acaso, ayude a salvar esta-nefasta contradicción entre los principios y la conducta.

" Ajeno a compromisos políticos y a consignas partidistas, sin más título que mi independencia ciudadana y, por lo tanto, mi desinterés por todo lo que no sea la felicidad de la patria, su prestigio y su honra, me dirijo a usted, con el inalienable derecho que me asiste como a hombre libre para ocurrir ante quien ocupa la jefatura del gobierno y exponerle, con entera sinceridad, mi pensamiento sobre aquella situación y las medidas que, a mi juicio, son aconsejables para enderezarla sin mengua de la dignidad y sí con aplauso de un bien entendido patriotismo.

"Bolivia ha sufrido del mal de las revoluciones. Un trágico afán de desplazarse los unos a los otros, por golpes de fuerza, ha caracterizado la lucha política en el curso de su historia, aunque debamos reconocer la sana intención de algunas, muy contadísimas, revoluciones. Puestos frente a frente, los grupos que gobernaban y los que fueran arrojados a la oposición, se han gastado en una estéril contienda, los primeros, por mantenerse en el poder a cualquier precio y como razón suprema de supervivencia, dada la crueldad de los antagonismos; los segundos, por derrocar a quienes asumían la dirección de los negocios públicos, valiéndose de todo arbitrio. Programas y propósitos de buen gobierno, previsiones patrióticas y planes de largo alcance, quedaban supeditados lastimosamente por este conflicto irreductible, repleto de enconos y de un primitivismo despiadado. Ahí fueron desperdiciadas las energías de los bolivianos, y de ahí nació esa leyenda negra que nos tuvo y nos tiene como a pueblo bárbaro, sin orientaciones y carente de aptitudes cívicas. Pudo más el ruido de las asonadas y de los motines que la callada virtud de nuestros héroes civiles, acosadas tantas veces por la brega contra la opresión, para cubrirnos de un descrédito que no merecemos.

"La oposición, las más de veces, ha sido combatida con la mordaza, con el garrote y con destierro, pretendiéndose después por quienes ejercían tan rudo mando, que reinara la conformidad y que brotara la comprensión. La intolerancia de los de arriba producía, por simple ley de causalidad, la intolerancia de los de abajo, y así el círculo de las pasiones desencadenadas cerraba el horizonte a todo anhelo de libre superación y de digna convivencia. Porfiado empeño pusieron los déspotas en desconocer lo que el adversario hubiera realizado y de difamarlo sin descanso por una prensa que era más esa institución del libelo de que hablara René-Moreno que la intérprete y conductora de la opinión pública. Por táctica serrana, el pasado era vilipendiado torpemente con ciego sentido materialista del minuto que se vivía y con desconocimiento de las leyes biológicas que sólo permiten el paulatino crecimiento de las agrupaciones humanas, y sobre aquella premisa falsa, se quería construir al margen de la experiencia, improvisadamente.

"En el correr de nuestra agitada existencia como nación, no se puede propiamente hablar de revoluciones si se las entiende en su recto sentido de radical y repentino cambio de las instituciones fundamentales del Estado y de la sociedad. Han sido típicamente cuarteladas o "pronunciamientos" los ocurridos en Bolivia, toda vez que se fisonomizaban por la indebida ingerencia del Ejército en la pugna violenta contra las autoridades constituidas. Nuestra patología política señalaba, pues, un mal de fondo: el derecho ciudadano a merced del hombre de armas, con evidente perversión de sus funciones específicas. Aun más, tratábase de un contrasentido de orden moral que ya apuntaba con estas palabras, refiriéndose a su país, un ilustre Presidente argentino: "El militar está armado en medio de los ciudadanos desarmados; a él le damos las llaves de nuestras fortalezas y de nuestros arsenales; a él confiamos nuestra bandera; con una señal de su espada se mueven los batallones de nuestros conscriptos; sube o baja la enseña patria. ¡Y toda esa autoridad y privilegio se lo damos bajo una sola y única garantía, bajo la garantía de su honor y de su palabra!".

"¡Cuántas veces, en Bolivia, esa palabra ha sido burlada y mancillado ese honor en ciento veinte años de vida republicana!

"En el dominio del espíritu, tremendo ha sido el daño causado por las dictaduras o por los llamados "gobiernos providenciales", pues mordidos por la intolerancia y celos aun de sus propios partidarios, apagaron toda manifestación libre del pensamiento; fincaron la grandeza de la patria exclusivamente en el acometimiento de vastos planes de obras públicas de subido costo; hicieron obra material, en el mejor de los casos, pero a un precio que se tradujo en el achatamiento de la conciencia ciudadana y en la caída de los valores humanos. El resultado no pudo ser otro que el de restar capacidad viril a la colectividad para enfrentarse valerosamente a los peligros en las horas de crisis.

"El primer centenario de la República debió marcar —y cuántos así lo soñaron— una era de progreso moral y de predominio de las ideas sobre la fuerza. Pero sucedió lo contrario. Ningún Presidente, desde 1925, dejó el mando por sucesión legal y antes bien, fue violentado para resignarlo. Juntas Militares, sin mandato popular alguno, tomaron a su cargo la tarea de canalizar, a su antojo, el proceso político, dándose así el Ejército la categoría de partido o, mejor dicho, de facción política. Fue un retroceso patente y, desde luego, una incapacidad notoria para alcanzar una ordenada evolución. Gobiernos legalistas, respetuosos de los derechos ciudadanos, que los hubo antes y después de la primera centuria, fueron pequeños claros que apenas iluminaron el panorama sombrío de las revueltas y sediciones.

"Si hubiera existido un clima de libertades y un cabal sentido de lo que es y debe ser la institución armada, si la educación cívica hubiera penetrado en todos los ámbitos gracias al ejemplo y empuje de los gobernantes, si la práctica de la democracia hubiera sido honesta y sobre amplia base representativa, los intereses del pueblo hubieran sido mejor precautelados, evitándose las caídas y las inevitables enmiendas posteriores. Se ha querido hacer democracia a golpes y, en realidad, se ha hecho escuela de la violencia, arraigándose la extraña costumbre de que el Ejército sea el supremo dirimidor, esto es, la espada por encima del espíritu, el derecho apéndice de la fuerza.

"El fin victorioso de la segunda guerra mundial ha traído una fervorosa reafirmación de los principios democráticos. Bolivia, con tiempo y a despecho de críticas interesadas, se colocó en la buena causa y es miembro de las Naciones Unidas. Esto implica ciertos beneficios, pero asimismo ciertas obligaciones ineludibles. Ahí están Chapultepec y San Francisco, y basta citar estas dos etapas porque en ellas viene a resumirse el nuevo derecho y lo que el gobierno que usted encabeza ha aceptado, comprometiendo en ello la fe de la República.

"La Carta de las Naciones Unidas, esencialmente realista, se ocupa principalmente de la organización internacional llamada a desterrar la guerra del trato entre Estados y de los métodos para lograr tan alta finalidad. Sin embargo, hubo de reconocer, clara y terminantemente, que las libertades públicas y los derechos humanos, en todas las latitudes, constituyen la base sobre la que cimentase y constrúyese esa paz universal.

"Estas sentencias (omitidas aquí por brevedad), reiteradas hasta el cansancio, revelan una preocupación cardinal por los derechos esenciales del hombre, por su vida y su dignificación, y tanto es así que la nueva organización mundial asume aquí una actitud vigilante que puede llevarla al estudio de casos concretos con el fin de resolverlos. El concepto de la interdependencia, antes puramente económico, toma, pues, una amplitud notable y abarca al hombre en sus relaciones con el medio político al que pertenece, pero sin olvidar su calidad de miembro de una Magna Civitas, solemnemente consagrada a la realización del derecho y observancia de la justicia entre los pueblos. La Carta exige fidelidad a los compromisos pactados y su gobierno así lo ha reconocido al suscribir públicamente esta última sentencia: "Todos los miembros, a fin de asegurar a todos los derechos y beneficios resultantes de su calidad de tales, cumplirán con toda buena fe las obligaciones contraídas por ellos, de acuerdo con la presente Acta". Consecuentemente, los beneficios que Bolivia puede reclamar de su calidad de miembro de las Naciones Unidas están condicionados a la honrada observancia de la Carta, en todas sus partes.

"Y es que la práctica de la democracia es una e indivisible. Es inoperante y termina por desnaturalizarla cuando se intenta darle doble finalidad, ensalzando sus virtudes en el campo de las relaciones externas, pero desvirtuándolas, en el hecho, en la esfera interna o doméstica. Esta contradicción, frecuente en tierras de América, no pasa ya inadvertida en un mundo que ha reducido pasmosamente sus dimensiones por el aumento de los medios de comunicación y por la interdependencia de múltiples facetas. La política interna es hoy la base de la política exterior y ésta, a su vez, imprime a aquellas modalidades inexcusables. Solamente si se considera ambas actividades de la mente política como expresión de un todo que propugna, en esencia, el bienestar del ser humano, es posible llegar a soluciones perfectas, hasta donde la imperfectibilidad del hombre lo permite. Y la democracia es, ante todo, reconocimiento de la libertad de pensamiento, lo que políticamente se entiende por derecho de oposición y de crítica. La oposición es institución de derecho público, parte integrante de la mecánica del Estado, pues no se concibe, entre hombres libres, la unanimidad en el ámbito de las ideas. El totalitarismo quiso implantar esa unanimidad, el partido único bajo el principio del *führer* y caudillo, y no ha logrado otra cosa que un cesarismo bárbaro que hizo palidecer a los de la Roma imperial. Intento efímero que ha fracasado sobre millones de cadáveres.

"La oposición es la válvula de escape del eterno agitar humano en tomo a sus pasiones, a sus intereses y a sus ideales. Donde ella no existe, hay un conformismo que trasunta pobreza espiritual y donde ella es perseguida y aplastada, queda abierto el camino a la rebelión.

"Lo que se ha escrito sobre este tema, siempre de actualidad, suma montañas de papel. Me limito a una cita de estos días. El primer Ministro Clement Attlee acaba de decir lo siguiente en el Congreso de las Uniones Gremiales Británicas: "La democracia no es solamente el dominio de la mayoría, sino el dominio de la mayoría con el debido respeto a los derechos de la minoría. Significa que aun cuando la voluntad de la mayoría debe prevalecer, debe haber amplia oportunidad para que todos los puntos de vista encuentren expresión.

Significa tolerancia para la opinión de la oposición. Cada vez que veáis la supresión de la opinión de la minoría, ésa no es una verdadera democracia. A menos que tengamos un concepto de la justicia, no como la voluntad de un sector, sino como algo absoluto, no construiremos nuestra sociedad sobre firmes fundamentos. A menos que tengamos un concepto de los derechos humanos pertenecientes a todos los seres humanos, no solamente de nuestra raza, sino de todos los pueblos, fracasaremos".

"Aunque el totalitarismo ha pretendido vanamente erigir al Estado en árbitro supremo del hombre, de su vida, de sus actividades y de su pensamiento, en monstruo de irresponsabilidad ilimitada que, después de todo, se reducía a un puñado de sectarios atenazados por el fanatismo, millares de muertos han probado que el Estado no es el amo y que su expresión ejecutiva, el Gobierno, es el servidor de la comunidad. Está para guiarla y protegerla, no para coaccionar la y oprimirla. Por su naturaleza y sus funciones, es institución eminentemente civil que debe presidir, sin confusionismos equívocos, al desenvolvimiento armónico de todas las entidades y corporaciones, de orden público o privado, que sirven, defienden, educan y protegen a la nación. Así el Ejército no es ni puede ser el Estado, como no pueden serlo, por ejemplo, la judicatura, el magisterio o el sacerdocio, so pena de romper todo equilibrio en el proceso social. Y son desequilibrios de este carácter los que han perturbado el avance en muchos países.

"La correlación eterna entre derechos y obligaciones en la esfera de la moral y de la política, en la relación pública y en la relación privada, entre gobernantes y gobernados, requiere ser preservada celosamente, pues en ella descansa la paz social y el orden jurídico. y en ella también se inspira la justicia. Los pueblos son grandes, a pesar de su estrechez territorial o económica, por el imperio de la justicia. La justicia es el crisol donde se mezclan nuestras posibilidades de vivir como hombres libres, y cuando es vejada o políticamente intervenida, no hay concordia, no hay seguridad ni libertad. Sin justicia no hay patria y, al decir de Alfredo Palacios, no cabe "concebir siquiera que pueda contraponerse ambos conceptos ni menos aun que la patria deba sobreponerse a la justicia". Es esa patria justa la que debemos, los bolivianos, edificar y engrandecer y en ello no nos será difícil entendernos, si hablamos el mismo lenguaje moral.

"Tenemos el deber de irrumpir del círculo trágico en que hemos vivido. Debemos proponernos, como ley suprema de nuestra existencia social no alcanzar jamás el poder por la violencia y mantenemos en él solamente por la voluntad del pueblo. Debemos reconocer como verdad sociológica que un golpe revolucionario, un motín o un "pronunciamiento" engendran climas de fuerza y preparan la revolución siguiente. Debemos renunciar a alentar perniciosos entendimientos con miembros de las instituciones armadas para derribar gobiernos o para constituir connivencias secretas de predominio, pues únicamente un enemigo del Ejército, ese hijo fuerte del pueblo, puede desear y auspiciar su perversión, lanzándole a la aventura política. Este repudio de los métodos de violencia debe informar toda acción ciudadana y debe ser el juramento cívico de todos los bolivianos, cualesquiera que sean sus actividades, su profesión y su clave.

"No pretendo que un propósito ideal así enunciado y aunque aceptado de modo general por instituciones militares e instituciones civiles, pueda curarnos del mal de las revoluciones; pero me parece premioso que exista un punto de partida, una iniciación honrada y desinteresada, en alguna parte. Y ningún momento más indicado que el actual.

"Nos asiste el derecho, a los bolivianos, de vivir libres de temor, que no es sólo seguridad económica sino también seguridad física. Como ciudadanos, gobernantes y gobernados, estamos reata dos a nuestra Constitución, base de nuestros derechos y de nuestros deberes. y como miembros de una América republicana, de régimen constitucional y representativo, estamos constreñidos, por compromisos formales, a dar positivo sentido a nuestra democracia, a ese "orden interior" al que Salvador de Madariaga señala estas tres garantías mínimas: "respeto a la personalidad humana, libertad de pensamiento y gobierno por consentimiento de los gobernados, periódicamente renovado por medios pacíficos".

"Debemos habituarnos a la libertad para escapar del libertinaje y en ello incumbe parte decisiva tanto a quienes gobiernan como a ese cuarto poder del Estado que es la prensa. Debemos cuidar de que la prensa no sea jamás un instrumento dócil en manos de los gobiernos o de intereses privados no supeditados al interés colectivo, y sí una institución respaldada por severa ética profesional al servicio de la verdad. En Bolivia más que en otros países, por deficiencia de mejores medios de difusión cultural, es trascendental la misión de la prensa y más visible el daño que acarrea cuando se la disminuye con la censura. Al silenciarla,

se abren las puertas de la imaginación y del recelo. La prensa aherrojada es pues, la primera enemiga de la estabilidad de un gobierno y el más grave síntoma de la salud política de un pueblo. Menester es, entonces, dignificarla, otorgándole auténtica libertad.

"La revolución del 20 de diciembre de 1943, secuela de tantos otros movimientos que registra nuestra historia, ha sido analizada desde diversos ángulos, por adversarios y partidarios, insistiéndose en su contenido ideológico. Se le discute su calidad revolucionaria, alegándose que no muestra a su haber cambios repentinos y de fondo de las instituciones fundamentales de la República. Ese análisis adverso reduce su acción reformadora a cambios de hombres y de modos de entender las cosas, sin profundizaciones institucionales, sosteniendo que en casi dos años de plazo no se vislumbra ninguna transmutación seria de valores ni una modificación esencial en el status jurídico, social y económico del país. Sin duda, corresponde de preferencia a los partidos políticos, de una y otra tendencia, examinar el programa de realizaciones que propicia su gobierno. En este capítulo serán siempre posibles las discusiones y las disconformidades, ya que sólo por los resultados es dado saber, al final de cuentas, si una reforma o una innovación ha interpretado fielmente las necesidades del medio y el grado de su capacidad de progreso. Pero no es éste el punto capital de mis preocupaciones. Mi crítica es puramente de orden moral y bajo esta perspectiva, es forzoso catalogar a la revolución de diciembre como una imposición de fuerza que, sin aportar a la patria renovado prestigio en el exterior ni paz espiritual entre sus hijos, pudo, sin embargo, haber pasado a la Historia como un movimiento acaso defendible: en el terreno de nuestro inveterado pragmatismo político, si no hubiera traspuesto trágicamente el umbral de la ley moral y de la norma cristiana hasta un límite que aun nuestras más enconadas luchas respetaron.

"Y llegamos, señor Presidente, al tremendo cargo que las generaciones de hoy y las de mañana levantarán contra el gobierno que no pudo detener la violencia inaudita, la tortura y el asesinato para combatir a quienes se creyó adversarios, y no pudo dar paso a la justicia frente al atropello y el crimen. La patria ha sido rebajada y usted no lo ignora, toda vez que sería aberración concebir que un Presidente de Bolivia, el ciudadano que lleva sobre el pecho la medalla del Libertador y que ocupa el sitial de Sucre, de Santa Cruz, de Ballivián, de Linares, de Frías, de Campero y de Arce, puede permanecer impassible ante la caída de los Mártires de noviembre, ante el silencio impuesto alrededor del drama y el olvido con que se quiere cubrirlo. La conciencia de los bolivianos está sublevada y usted lo sabe. Viven ellos en el oprobio, ante propios y extraños, por obra de esos crímenes dejados impunes, y eso lo advierte usted en el ambiente hostil que le rodea y en la desconfianza que crece junto a su gobierno.

"El pueblo de Bolivia tiene derecho a la verdad total sobre la tragedia de noviembre. Exige saber quiénes fueron los instigadores, cómplices y ejecutores de la matanza, qué móviles inconfesables perseguían, cómo fueron sacrificados, sin proceso, ilustres ciudadanos, qué ha hecho el gobierno para castigar a los delincuentes y por qué se refugia en un extraño mutismo frente al dolor y a la indignación de los bolivianos. El pueblo exige la verdad y por la verdad, justicia. Justicia por los manes de Luis Calvo y de Félix Capriles, de Carlos Salinas Aramayo y de Rubén Terrazas, de Demetrio Ramos y de Fernando Garrón, de Melitón Brito, de Humberto Loayza Beltrán, de Eduardo Paccieri, de Edmundo Soto y de Germán Reinaga. Justicia para las víctimas dejadas en el más espantoso desconsuelo y en el desamparo, justicia por el buen nombre de Bolivia. El gobierno que usted preside dará vueltas sin encontrar salida hasta el día en que se decida a reparar el mal que no pudo atajar, y ese día no será otro que el del proceso: público por los crímenes de noviembre y el castigo de quienes, conforme a nuestras leyes penales, resulten culpables.

"Junto a esta urgencia de justicia, se yergue imperioso el devolver a los bolivianos la fe en su propio destino, de probarles, una vez más, que constituyen una asociación de hombres libres que, a través de todas las vicisitudes, ha aprendido a vivir sin mancha. Para ello, no percibo otro procedimiento que el de una evolución política, huérfana de odios y de represalias, pero moralmente ejemplar, evolución que aleje para siempre las soluciones de fuerzas a que han recurrido los bolivianos, a todo lo largo de su historia, cuando han creído cercenadas sus libertades y conculcados sus derechos.

"En los siguientes ocho puntos me permito someter a su meditación la fórmula, a mi juicio viable, de esta evolución pacífica:

"1° Vigencia integral de la Constitución Política del Estado, lo que importa el efectivo y pleno restablecimiento de los derechos ciudadanos, de la libertad política, de pensamiento, de prensa, de asociación que no excluye la sindical y de reunión.

"2° Proclamación del estado jurídico de paz y, en consecuencia, abrogación de las leyes especiales sobre seguridad del Estado y otras similares que la terminación de la guerra hace ya innecesarias. Asimismo, supresión de los tribunales militares o especiales que esas leyes establecieron.

"3° Proceso público por los asesinatos de noviembre de 1944 y por los hechos delictuosos perpetrados en el curso de ese año. Sanción correlativa, de acuerdo con nuestra legislación penal vigente.

"4° Pública manifestación de los partidos políticos, de oposición y de gobierno, sobre repudio categórico de la violencia, de los golpes de fuerza y de la incitación a las instituciones armadas para alcanzar el poder y mantenerse en él.

"5° Pública manifestación del cuerpo de jefes y oficiales del Ejército sobre reintegración de la institución a sus funciones específicas: defensa del territorio patrio y resguardo del orden público con arreglo a la ley.

"6° Elección directa y libre de Vicepresidente de la República, como manda la Constitución, dando oportunidad amplia y garantías efectivas a los partidos políticos para designar candidatos civiles.

"7° Resignación del mando del Presidente Teniente Coronel Gualberto Villarroel en manos del Vicepresidente civil que resulte electo en este acto plebiscitario, el que debe ser revestido de todas las garantías que la ley consagra.

"8° Disolución de la Convención Nacional y convocatoria a elecciones verazmente libres para constituir el nuevo Congreso, sin exclusión de partido alguno, con el propósito plausible de conseguir una más exacta y justa representación del pueblo en el Legislativo y como requisito indispensable para alcanzar la unión moral y patriótica de los bolivianos.

"Los hechos consumados no pueden servir de modo de interpretar la política ni argumento para gobernar a espaldas del derecho sin peligro de negar todo impulso creador, todo ideal y toda gestación renovadora. La Historia es, en sus más bellas páginas, una contención entre el espíritu y la materia, y es por el triunfo del primero que la revolución de las ideas ha movido al mundo hacia un plano superior. La rectificación moral, jurídica o política, se contraponen al hecho consumado, y es por la rectificación del propio error, suprema prueba espiritual, que el hombre se supera a sí mismo, se ennoblece y conquista el respeto de sus semejantes. Y esa rectificación conduce, a veces, a renunciaciones que honran a quienes las hacen porque presupone en ellos un elevado concepto de responsabilidad y una prenda de desinterés cívico. De ahí mi referencia a la persona de usted y a su resignación del mando, ya que moralmente sobre usted recae el mal que causaron sus subordinados y que usted no pudo evitar ni reparar.

"El desplazamiento de personas, así miradas las cosas, viene a ser secundario. Habrán, seguramente, determinados alejamientos voluntarios, de quienes han actuado o actúan, para bien de esa paz espiritual y de esa concordia que, desgraciadamente, no existe hoy, pues tal se infiere de públicas declaraciones ministeriales. Se hace, entonces, inaplazable el deber de restablecer la confianza entre gobernantes y gobernados, y dejar que los bolivianos busquen sin trabas el camino de su felicidad, pues solamente a ellos compete labrarla y a ellos culpar de sus desgracias. Pero el ejemplo debe venir de arriba. No hay ideales ni puntos de vista que sean obstáculos insuperables al buen entendimiento ciudadano si se los debate en un clima de libertades, de buena fe y con fervor patriótico.

"Estamos cruelmente divididos y problemas trascendentales nos acosan. La incertidumbre que prevalece en el mundo, la inseguridad económica y las graves cuestiones que atañen a nuestra población campesina y obrera, como las de alimentación, salubridad y educación que, por su complejidad, no se satisfacen con remedios precipitados, piden a gritos la comprensión de nuestras deficiencias para lograr la unión de los bolivianos de todas las tendencias y hacer patria de verdad; piden su cohesión disciplinada por propio consenso, para franquear ventajosamente esta etapa de postguerra, salvar aquellas cuestiones con beneficio, acometer otras empresas igualmente premiosas e ir hacia una evolución abierta que se inspire en la imagen divina de la patria, sin sectarismos y sin malsanas pasiones.

"Yo invoco el patriotismo de usted y de sus colaboradores, apelo al honor de los miembros del Ejército, me dirijo al civismo de los líderes políticos —ajeno como soya toda filiación partidista y a toda jefatura de grupo— para encontrar la solución más decorosa a la crisis que nos aflige y, honestamente, no encuentro otra que la señalada porque no prescinde de la norma constitucional y, por el contrario, la fortalece.

"Esta carta que escribo a usted, señor Presidente, es la de un hombre libre que cumple con su conciencia; la de un boliviano que ambiciona para sus conciudadanos una digna convivencia bajo la égida de la justicia y del derecho y al amparo de las libertades por las que murieron nuestros próceres y los Mártires de noviembre.

"Válgame la ocasión para reiterarle las seguridades de mi atenta consideración."

(fdo) Luis Fernando Guachalla"

En octubre, la Convención Nacional designó Vicepresidente al doctor Julián V. Montellano. Esto me llevó a escribir un "Obligado Post Scriptum", con fecha 19 de noviembre, que remití también al Presidente de la República, redactado en estos términos:

"La elección de Vicepresidente de la República, llevada a cabo por la Convención Nacional en octubre recién pasado, no constituye, a mi juicio, una solución del problema político que, con ella, se quiso liquidar por que le ha faltado un elemento esencial; el de la consulta popular, directa y libre. Tiene, pues, un vicio de origen que aleja en vez de aproximar entre sí a los bolivianos, con proyecciones cuya gravedad no es posible anticipar. Y si tal es el caso, subsisten, con toda su fuerza, las consideraciones de orden moral que inspiraron mi carta al Presidente Villarroel, y las conclusiones allí consignadas no se ven afectadas por la designación recaída en el señor Julián Montellano.

"La ordenada evolución política por mi sugerida como medio de alcanzar dignamente la pacificación de los espíritus en Bolivia y destruir —quiera Dios para siempre— el hábito de las soluciones de fuerza, incide ahora en la persona del Presidente de la Convención Nacional. Ha de corresponder al Señor Montellano, primero, dar ejemplo de desinterés cívico y de ponderación patriótica mediante la renuncia de la Vicepresidencia que, de modo tan singular y con protesta de los partidos de oposición, le ha sido encomendada al margen de la Constitución. Este paso previo señalaría una loable rectificación de procedimientos de intransigencia partidista y de unilateralismo político con los que, erradamente, se cree alentar la ¡ solidaridad entre los bolivianos y, sobre ella, construir una patria mejor.

"No me guía razón alguna de partidismo político ni pretendo abogar por uno u otro de los grupos en que se encuentra particularizada la opinión boliviana. Mi intervención es desinteresada en absoluto. Se la juzgará inoportuna e impertinente o acertada y cabal, según el ángulo desde el cual se la mire y, posiblemente, nada positivo resulte ahora de ella. No importa. Los fundamentos morales que la sostienen no son ocurrencias del momento y sí verdades que la conciencia expone en un afán de contribución ciudadana. A medida que pase el tiempo se irá comprendiendo, así lo espero, la justeza de mis observaciones Y la sana intención de mi consejo, expuestos en mi carta de 30 de septiembre al Teniente Coronel Villarroel, la que ha quedado sin respuesta".

(fdo) Luis Fernando Guachalla"

El Presidente Gualberto Villarroel cobró agravios, como se verá en el capítulo siguiente. "Hemos quemado nuestras naves y no podemos retroceder" habría exclamado, según me escribiera Manuel Carrasco, lo que, a su juicio, imposibilitaba que mi requisitoria abriera, de inmediato, el "buen camino". Concepto pobre el del Tcnl. Villarroel que probaba más que una quema de naves, su condición de prisionero de ajenas voluntades, implacables porque no cargaban con la responsabilidad del mal gobierno!

Cartas con palabras generosas recibí de viejos y probados amigos y otras de desconocidos, a quienes mi Carta Abierta había "estimulado mucho". Guardo esos mensajes para mí, pues forman parte de ese bagaje de cosas íntimas que uno va acumulando en la vida y cuyo encanto se desvanece si se rompe la reserva. Con todo, no puedo dejar, de reproducir párrafos de una carta del grande y respetado amigo, Arturo Pinto Escalier, con los que pongo punto final a este capítulo:

"He leído con placer su magnífica carta a Villarroel, documento en el que la precisión del análisis está realizada por la noble serenidad de las palabras. y al saber que esa carta no ha merecido respuesta, he tenido una impresión cabal del desamparo en que vive el hombre: no hay quien quiera o se atreva a darle un buen consejo. Por difícil que fuera la contestación —y lo era y lo es, en verdad— Villarroel ha debido aprovechar la coyuntura de ese documento para reconocer sus errores y para abrir las ventanas del Palacio Quemado a fin de que una ráfaga de aire nuevo despeje el ambiente mefítico en que se ha sumido o lo han sumido. Esto habría sido lo inteligente, lo honesto, lo patriótico, la oportunidad propicia para intentar una reconciliación con la opinión pública que, siempre propensa a la generosidad, habría tenido, quizá, un gesto de benevolencia que permita abrir un compás de espera a la angustia y a la miseria en que se debate el país. Villarroel no ha dado ese paso noble, tal vez no han dejado que lo dé quienes allí, creen que es un signo de "machismo" empeñarse en el error. De nuevo diré: allá ellos con su responsabilidad. Usted ha cumplido un deber de ciudadano que todos hemos aplaudido cordialmente".

Un viaje a Londres (*)

Llegué a la capital inglesa el lunes 17 de diciembre de 1945, a las 4 de la madrugada, después de rodar cuatro horas en autobús desde el aeródromo de Hurl, a cien millas de la metrópoli, por la hermosa campiña de la isla —viejas aldeas y lomas de suaves curvas— bajo la luz de una maravillosa luna, sin frío y sin sueño, a pesar del cruce del Atlántico, por aire, desde Nueva York.

No había mensaje alguno para mí en el aeropuerto de mi destino y no sabía a qué hotel dirigirme. Londres, al igual que Nueva York, estaba repleto de gente por la desmovilización. Tras muchos llamados conseguí pieza en un albergue de mala muerte, el Polygon Hotel, en Kensington. Descansé dos horas. Bajé temprano al comedor; atendía un mozo de frac y dos medallas de guerra, socialista y frondista pero respetuoso de la autoridad.

A las 9 llamé a las oficinas del Comité Intergubernamental de Refugiados y hablé con Harold Dehn, encargado de recibirme. Díome la bienvenida y me indicó la dirección del lugar donde tenía reservada habitación: Principia Hotel, Granville Place, a una cuadra de Oxford Street. Me presenté en el Comité después de un ligero almuerzo. Me esperaba Dehn, Wing-Commander de la RAF durante la guerra, con una enorme cicatriz en la mejilla derecha, simpático por su sencillez y su yerba. Cordial apretón de manos. El Comité tenía arrendado un viejo caserón, fachada de ladrillo sin adornos, hermosos decorados interiores y tallados que son un primor; mansión señorial otrora, convertida hoy en oficinas como tantas otras en las capitales europeas. Este barrio de Hill Street y de la plaza Berkeley, la de la famosa canción, será un rincón que iré conociendo, poco a poco, en mis recorridos diarios.

Fui presentado a Sir Herbert Emerson, Director. Primer contacto oficial: amable recibimiento, parquedad. Conversación general, problemas de inmigración, ambiente en América para el refugiado, ligera mención del caso judío. Debo esperar el regreso del Subdirector, Patrick Malin, americano, en estos momentos de inspección en Alemania.

Hallábame en Santiago cuando recibí carta de Laurence Duggan, el recordado ex-Asesor Político del Departamento de Estado, preguntándome, a principios de junio de 1945, si aceptaría un cargo en el Comité Intergubernamental de Refugiados, pues Sumer Welles y él, en caso afirmativo, cursarían las gestiones pertinentes. Consultados mis amigos, di una respuesta favorable Y quedé a la espera. El 11 de noviembre llegó un cable de Sir Herbert Emerson ofreciéndome el puesto de Asesor del Comité y Jefe en Latino América. Acepté y en contacto con la Panagra preparé viaje a Washington, donde el Comité tenía una pequeña oficina de correspondencia.

Salí de Santiago el 10 de diciembre. Hube de quedar en Lima 24 horas por mala combinación de avión. Mi amigo de muchos años, el Embajador Correa Elías, informó de mi viaje a don José Luis Bustamante. El Presidente y dilecto amigo tuvo la gentileza de invitarme a su mesa. Conversación de circunstancias entre unos 16 convidados, pero después del almuerzo el Presidente me llevó hacia una ventana y ahí charlamos sobre Bolivia, país que tanto quiere. Pesimismo de momento, noticias poco alentadoras, esperanza en el futuro porque nuestros pueblos son rebeldes por naturaleza y aunque indisciplinados y hasta anárquicos,

(*) Estas páginas fueron escritas en Londres en diciembre de 1945, enero y febrero de 1946. Las reproduzco aquí resumidas.

aman la libertad. Muy discretamente, el Presidente se queja del aprismo que le viene suscitando dificultades; en esos días agita una cuestión de libertad de prensa y el Presidente está resuelto a no ceder. Encuentro a Bustamante pálido y más delgado, con muestras de evidente cansancio. Tengo la impresión de que el hombre se siente solo.

Washington: llegué al amanecer; frío intenso. En la tarde visité a Spruille Braden, conocido mío de tiempo atrás, quien se encontraba con Durán, el célebre republicano español, ahora ciudadano americano. Me preguntaron sobre Cosas de Bolivia y hablamos sin profundizar el tema. Encuentro a Braden algo *detaché* sobre noticias de Bolivia. Este amigo es persona de ideas definidas y opiniones concretas; tiene temperamento de luchador y sus razones, a veces, son valederas, pero falla en la forma por ignorar el lado psicológico del problema en su trato con los latinoamericanos. Fue, se recordará, uno de los promotores de la paz del Chaco.

Dejé Nueva York, aeropuerto de La Guardia, a las once de la noche; pasamos sobre Boston, vista admirable y, después, Terra Nova, un frío espantoso, pues pasando del avión a un refugio casi quedamos congelados! Irlanda, recibimiento muy cordial, ligera cena. Hurl, aeropuerto comercial de Londres durante la guerra. En todo, precisión británica. Muchas Cosas son viejas, gastadas, pero la limpieza es impecable. Es el mundo de la disciplina individual. En suma: un viaje físicamente pesado pero estimulante porque es un ir a la aventura y un regreso a Europa después de 30 años! Y no me siento un extraño en estas tierras tan distantes de las nuestras.

En Washington, un amigo generalmente bien informado me dijo que el Gobierno Villarroel estaba indagando cuáles serían mis funciones en el Comité Intergubernamental y, al parecer, se adelantaba a manifestar que caso de confirmarse mi designación, se retiraría del Comité. Con esta inquietud encima, podía casi estar seguro que la determinación de La Paz no era ya ignorada en Londres mediante canales americanos. Esta posibilidad se había discutido en Santiago antes de mi aceptación del cargo, y se opinó que no cabía acción contraria por la naturaleza de la función que desempeñaría, pues prohibido estaría yo de toda acción política. Mi primera preocupación se relacionaba con el anunciado retiro de Bolivia de un organismo internacional de protección a seres humanos perseguidos y encontraba incongruente, en mi caso y en seno del Comité especializado en dar amparo a esos perseguidos, la posición que se pretendía adoptar en La Paz. Indudablemente la misión boliviana en Santiago, al dar aviso a la Cancillería de mi viaje, la alertó, moviéndola a sentar su queja en Washington, de donde fuera pasada al Comité de Londres. Ante esta ofensiva del Gobierno del Coronel Villarroel no me quedaba sino esperar lo que adviniera, sin perjuicio de tratar este asunto con Sir Herbert en la primera oportunidad.

Mi camarada Harold Dehn con quien debo trabajar a diario, es un simpático exponente de su raza. Enmudece cuando se habla de sus hazañas. Ha sido un héroe de la RAF y en los días de Dunquerque y la batalla de Inglaterra peleó como pocos; cayó al mar dos veces; ostenta tres heridas y la enorme de su mejilla y lleva varias condecoraciones. Es modesto; no ha perdido su buen humor; vive con su familia en medio de estrecheces económicas y ahora está empeñado en aprender el ruso pues, me dijo, que la próxima la tendremos con Moscú y que conviene saber el idioma del contrario para mejor conocerlo y vencerlo! Le comunico que todos mis cupones, y particularmente los de chocolates, tan buscados, se los entregaré. Todo está racionado y nadie burla las regulaciones igualitarias. El agradecimiento de Dehn es un fuerte apretón de manos. Con este cordial amigo vengo interiorizándome de las cosas de la oficina con objeto de preparar un trabajo para la extensión de los servicios de emigración a la América Latina.

El jueves 20 de diciembre conversé con Sir Herbert Emerson por tercera vez. Le dije que había pensado mucho sobre lo que habíamos hablado el día anterior y que venía a poner mi renuncia en sus manos, pues juzgaba que honorablemente eso era lo que me correspondía hacer. El gesto le sorprendió. Le expresé que mi renuncia tenía dos causas: que no podía ver con indiferencia que recayera un desprestigio sobre mi patria si el gobierno de La Paz resolvía retirarse del Comité, sobre todo porque se trataba de una institución internacional humanitaria, mundialmente conocida; y que estaba profundamente agradecido a él por haberme distinguido entre varios candidatos para el cargo que me ofrecía y, en consecuencia, no deseaba, ni me era permitido, que por cuestiones suscitadas entre el actual gobierno boliviano y mi persona, pudiera Sir Herbert pasar molestias y contratiempos, y mucho menos el Comité, razones por las cuales le anticipaba mi dimisión y podía hacer de ella el uso que viera por conveniente, ya que me había avisado que pondría mi caso en conocimiento de dicho Comité.

Me respondió no sin cierto calor que el primer punto, de no herir en esta emergencia a mi país, era todo en mi honor y lo respetaba sinceramente. En cuanto al segundo, era asunto que a él le competía, y que él se había granjeado fama, en sus 33 años de *Civil Service* en la India, de saber defender a sus subordinados. Obvio es decir que Sir Herbert entendía mal lo que pasaba en mi caso y se le ocurría, sin duda, que en La Paz mediante influencias americana e inglesa, todo se arreglaría. Me confió que no era solamente el buen amigo Duggan que me recomendara calurosamente, sino el propio gobierno de los Estados Unidos mediante cartas del Embajador Winant a sir Herbert. Esta noticia era la primera que llegaba a mi conocimiento de alguna *démarche* del gobierno de Washington a mi favor. Me halagaba particularmente la referencia sobre Winant, Embajador en Londres. Yo le había conocido cuando dirigía la Oficina Internacional del Trabajo en Montreal y, a veces venía a Washington. Mis preocupaciones por las cuestiones sociales, coincidentes con las de él, nos acercaron y mi actuación decidida acerca del viaje de la misión MaGruder a Bolivia hizo que viniera a verme y me testimoniara sus simpatías. Yo lo respetaba, pues se le señalaba como un segundo Lincoln por la austeridad de su vida, la profundidad de su espíritu y su modestia. Me hice el propósito de buscarle, una vez terminado el enojoso asunto, para agradecerle su amistoso gesto.

Venía interesándome el trabajo que me confiara el Comité. Creada esta organización intergubernamental, para ayuda de refugiados, en la Conferencia de Evián de 1937, a iniciativa del Presidente Roosevelt, todas las naciones de Occidente y algunas de Oriente la aceptaron. Se trataba de acordar protección a los miles expatriados del nazifascismo que, desde la Europa Central y después desde España, invadían todas las fronteras y todos los caminos en busca de amparo. Los países de la América Latina, a la sola invitación de Roosevelt, ingresaron al Comité Intergubernamental y, para hacer más fácil su "cooperación" con las grandes potencias, se les fijó una cuota de pura apariencia. Bolivia contribuye con menos de 20 libras esterlinas al año!

La organización es gobernada por un Comité Ejecutivo de nueve naciones: Estados Unidos, Gran Bretaña, el Soviético y Francia como miembros permanentes y, actualmente, Canadá, Checoslovaquia, Holanda, Brasil y México como miembros rotativos. El grueso de los fondos es provisto por Washington. De ahí que Malin maneja los principales hilos a pesar de la recia personalidad de Sir Herbert. Iniciadas las funciones del Comité en 1938, poco pudo hacer debido al estallido de la guerra en 1939. Su labor atendió casos aislados, de salvamentos desesperados, de preparación más que de acción. Impuesta la rendición incondicional al Tercer Reich, tomó su lugar entre las instituciones que, pasada la tragedia, habían de aliviar el sufrimiento de cientos de miles de desplazados, de apátridas.

Fue entonces que, aparte de lo que se podía hacer en Europa y Asia, se pensó en Latino América como tierra de promisión y de albergue para esos refugiados. Las naciones latinoamericanas eran todas componentes del Comité y, en principio, no podían rehusar su concurso en la medida de sus posibilidades. Se hizo preciso en consecuencia, dar con la persona, de preferencia latinoamericana, que se pusiera en contacto con los gobiernos del Hemisferio Occidental, excepción hecha de Washington y de Ottawa, para la recepción de refugiados, ciñéndose a las regulaciones mínimas sobre condiciones sanitarias, pecuniarias, de transportes, habitacionales, etc.

El punto que, de inmediato, pareció un tanto difícil de soslayar se refería a la inmigración semita. Así les manifesté francamente a Sir Herbert y a Malin. Algo conocían de los fracasos de esta inmigración a América del Sur. Hablamos sin prejuicios raciales, como hombres de buena voluntad cuyo deber consistía en salvar a seres humanos perseguidos y sumidos en la miseria. Nos encontrábamos, sin embargo, ante una situación contradictoria: de un lado, se buscaba colocar en Latinoamérica el mayor número posible de refugiados y esto sólo era dable en labores agrícolas; del otro, el judío no era hombre de campo y acababa por volverse ciudadano.

Yo me interesaba particularmente por la noticia sobre expatriados españoles en el sur de Francia. Según Dehn y el suizo Chervin, quienes habían recorrido algunos campamentos, eran más de 200.000, entre Burdeos, Tolosa, Marcella y otros centros. Y como yo apuntara que ahí sí existían buenas posibilidades para una labor fructífera, se formó el proyecto de una nueva inspección ocular —ya con fines concretos— en aquellas zonas, a la que yo concurriría, después de las festividades de Navidad y Año Nuevo.

Entre mis preocupaciones también estaba la de financiar debidamente una inmigración de refugiados escogidos. El Comité contaba con escasos recursos para una obra en grande. La

intención era abrir una oficina en Washington para lograr créditos a largo plazo e interés bajísimo que el Gobierno de los Estados Unidos facilitaría, sin duda, a cada uno de los de Latinoamérica, de acuerdo con planes y estudios previamente concertados. Por ahí se presentaban perspectivas favorables y, de antemano, me hacía ilusiones de obtener para Bolivia lo mejor de esta emigración española y en las condiciones más llevaderas. Chervin se preciaba de hombre meticulado y de cifras; por él me daba cuenta del por qué de tanta labor estéril y de tantos fracasos en nuestros países cada vez que se pretendía hacer obra "colonizadora". La inmigración planeada era costosa y muchas las exigencias de todo orden. Pasaba yo enfrascado en la lectura de obras especializadas, monografías y estadísticas.

Me había hecho ya el ánimo de pasar una Navidad solitaria y fue grande mi sorpresa -y no menos la de mis compañeros de trabajo- cuando sir Herbert me preguntó, el día 23, si quería ser su huésped en la noche buena. Acepté gustoso. Me dio sus instrucciones para llegar a su casa en Kent, sobre la ruta a Dover. Estuve puntual en la mañana del 24 con mi gran ramo de flores para Lady Emerson. Mi jefe cordialísimo; su mujer enferma del corazón. Casa típicamente inglesa, jardín y huerta interiores, grandes chimeneas para el hogar. Almorzamos solos una dieta medida. Después de una somnolencia a la lumbre, me sacude sir Herbert y nos vamos de paseo.

Llovizna y bruma. Con mi paraguas, abrigo largo y zapatones de goma, hago triste figura al lado de mi anfitrión envuelto en un raído impermeable, sólidas botas y sombrero de lona. Como el viento arrecia, sir Herbert se ríe de mis esfuerzos por vencer a las ráfagas que estremecen el paraguas. Fue una caminata larga por caminos barrocos. Para mi amigo, el día es espléndido, no cae nieve, el frío es saludable, la lluvia insignificante Y el viento no cuenta! Yo simple ciudadano, juzgo horrible el día para andar empapado por una campiña brumosa, cuya belleza ni siquiera se sospecha, pero la ancha sonrisa de mi Director borra toda queja.

De vuelta, nos sirven un buen té. La única habitación en la que se prende fuego, la sala, es grande y acogedora. Cretones en anchos muebles y retratos de familia, recuerdos de Asia. De excelente humor, sir Herbert me fue narrando sus experiencias en el servicio civil de la India. Llegó a gobernador del Punjab, esa provincia brava. Sirvió bajo Lord Irving, virrey amigo de Gandhi. Para él, el éxito de Irving se debió, en buena parte, a la profunda religiosidad de éste, y el líder indú era, ante todo ferviente creyente. En más de un conflicto, algunos graves, el virrey y el Mahatma oraban juntos y de esta inusitada práctica, salieron los buenos entendimientos, preservada la paz. Sir Herbert tuvo para mí un gesto de afectuosa simpatía cuando le dije que conocí a Lord Irving en Washington. Embajador de Gran Bretaña y a la vez miembro del Gabinete de Guerra de Churchill, Lord Halifaz por su nuevo título, fue mi vecino en la avenida Massachusetts. Conservaba viva la imagen de este célebre político. Escaso el contacto oficial, mi conocimiento del Embajador provenía de nuestros frecuentes encuentros en los límites de los jardines de nuestras residencias, separados por una baja cerca de arbustos. Más de una vez hablamos como dos vecinos, ajenos al mundo protocolar, y recogí de él la impresión de una persona llena de bondad, puritana y sencilla. Todo un pastor protestante de cara ascética y ojos grises de mirada triste. Había perdido un hijo en la guerra y el otro, aviador, sufría de invalidez total.

Sir Herbert me recuerda el *manor* que vimos durante nuestra caminata, magnífica propiedad de campo que sus dueños debieron donar al Estado ante la imposibilidad de seguir pagando los impuestos territoriales. Ahora es una escuela de artes y oficios. y así me va enumerando lo sucedido a muchas grandes mansiones en todo el país. Esto me trae a la memoria la apariencia de casa vieja y sin pretensiones que, por fuera, presentan casi todas las de Hill Street, y sin embargo, en su interior se ve que la del Comité fue una residencia de calidad. ¿Cómo es posible —concluyo yo— que la fachada de ladrillo contraste tanto con lo que es la casa misma? Sir Herbert, con sonrisa maliciosa, me contesta: "nosotros construimos para vivir adentro".

Cenamos con Lady Emerson. Enferma desde la muerte de su hijo único en combate sobre el Canal, parece una eterna cansada a la que nada interesa. Se extraña que haya conocido Londres de niño. Refiero que mi padre fue Ministro ante la corte de Eduardo VII. Para estas gentes educadas en el respeto a las jerarquías y a la tradición, el hecho de que mi padre y yo hayamos formado parte del servicio diplomático implica una afirmación de cierta categoría social. Tengo la impresión de que me juzgan su igual.

El día 25, por la mañana, hice un largo paseo por el pueblo vecino: Sevenoaks. La quinta de Sir Herbert quedaba a cinco cuadras, Belle Orchard. Una quietud admirable y un aburrimiento típico de un domingo inglés. Después de almuerzo, mi anfitrión me lleva a su club

de golf. Mientras él juega, hice otro paseo por los alrededores. Felizmente no llovía. Esta región que se encuentra en la ruta de Dover a Londres, ha visto pasar a las innumerables flotas de los bombarderos alemanes. Hay señales de destrucción en muchas partes. A pesar del invierno y de un sol destefido, esta campiña de Kent tiene un encanto de cosa muy cuidada, muy íntima, que hace olvidar el drama reciente.

Al atardecer me despedí de mis encantadores amigos. Sabía que no volvería más, en mi vida, a este rincón de la milenaria Inglaterra, y que no volvería a ver el rostro de Lady Emerson que se apagaba. En el umbral de Belle Orchard, la figura erguida de *Baronet* de sir Herbert, alto y cejijunto, despidiéndose con un brazo en alto y una palabra afectuosa.

Otra vez al barullo de la urbe inmensa y a la inseguridad lacerante del mañana.

El 3 de enero tuvo lugar la reunión del Comité Ejecutivo y el Director dio cuenta de mi caso. Su memorándum sobre el particular es honrosísimo para mí. Si hubiera sido por sir Herbert el asunto terminaba ahí; se me incorporaba al Comité Intergubernamental y se aceptaba el retiro de Bolivia.

En el Comité Ejecutivo no hubo discusión. El Embajador del Brasil y Decano del Cuerpo Diplomático, Muñiz de Aragao, informado del entredicho como sus demás colegas por el memorándum de sir Herbert, expresó que el caso merecía detenido estudio y, en consecuencia, sugirió la designación de un Subcomité que pudiera pulsar antecedentes sobre mi renuncia, ya que el asunto recién llegaba a conocimiento del Comité. El Embajador de México, mi viejo amigo Alfonso Rosenzweig Díaz, apoyó la moción que fue aprobada.

El lunes 7 se reunió el Subcomité, presidido por el Embajador brasileño y los personeros de Estados Unidos, México y Francia. Sir Herbert me informó, confidencialmente, que en realidad se trataba de ganar tiempo con el fin de permitir a Río de Janeiro, México, Francia y Washington cursar una amistosa gestión, por medio de sus Embajadores en La Paz.

El memorándum de sir Herbert, de fecha 28 de diciembre, en parte principal, exponía el origen de la creación del cargo y mi nombramiento en estos términos: (traducción)

"Como se ha informado al Comité Ejecutivo en varias ocasiones, la creación de un Departamento con el propósito de tratar específicamente cuestiones de migración y colonización, ha estado bajo consideración por algún tiempo. El plan, tal cual surgió finalmente, consistía en tener un funcionario con experiencia en cuestiones de colonización aquí en la oficina central y que haría giras ocasionales, y tener otro funcionario que quedaría particularmente ocupado de las condiciones y facilidades de inmigración en los Estados del Sur y Centro América, y que, en consecuencia, tendría que realizar numerosas giras en esos Estados. Este último funcionario sería, en el hecho y en muchos respectos, el representante del Comité en Centro y Sud América. Se decidió que debía ser un nacional de algún Estado de Centro o Sud América. Después de obtener el mejor consejo que se , pudo conseguir, fue recomendado en los términos más vigorosos el Dr. Luis Fernando Guachalla. Es un ciudadano de Bolivia que fue en un tiempo Ministro de Relaciones Exteriores de ese país y fue Embajador boliviano en Washington por unos seis años (1937-1943)". El documento de sir Herbert, después de referirse a los datos que le dieron sobre mi persona, en los que, bondadosamente, mezcla conceptos de integridad, carácter y otros igualmente halagadores, continúa en esta forma: "Después de confirmada esta opinión, se llevaron a cabo negociaciones por intermedio del Sr. Earl Harrison, quien actuaba en su capacidad personal y fue lo suficientemente gentil para ocuparse del asunto, y el Dr. Guachalla aceptó el nombramiento el 10 de noviembre último".

El memorándum sigue informando que a la vuelta de sir Herbert del Continente, tuvo noticia de que el gobierno de Bolivia me consideraba "persona no grata" por haber formulado críticas de índole política en su contra. y después de otras consideraciones de sir Herbert, que busca ser acucioso para mejor exponer el caso, sin duda porque le parece extraña la situación producida bajo el ángulo de un Comité pro-refugiados políticos que viene a tener en su propio seno un caso que precisamente cae bajo su jurisdicción, termina su memorándum con este párrafo:

"He visto mucho al Dr. Guachalla desde que ha llegado a Londres y he formado una muy alta opinión de él. Dice él que no pertenece a ningún partido político, pero que ha escrito cartas al Presidente de Bolivia, como ciudadano de ese país, criticando algunos actos del Gobierno. Se encuentra naturalmente desolado por la actitud de su Gobierno respecto del

nombramiento. El puso espontáneamente su renuncia en mis manos, no porque reconociera, como ha explicado, ningún acto de su parte que justificara la actitud del Gobierno boliviano pero porque él cree que el retiro de su Gobierno del Comité, en esta circunstancia, ha de hacer daño a su país. No he creído justo aceptar la renuncia sin colocar los hechos ante el Comité Ejecutivo y recibir sus instrucciones. Personalmente, por la información disponible y por el juicio que he formado del Dr. Guachalla mismo, yo siento fuertemente que sería injusto tomar ventaja de su ofrecimiento. Me doy cuenta, sin embargo, que los intereses del Comité constituyen la primaria consideración. El retiro del Gobierno de Bolivia ha de causar algún daño al Comité, pero si es cierto, como yo creo que es el caso, que el Dr. Guachalla tiene una alta reputación de integridad en Sud América, pudiera ser que el dispensarse de sus servicios, en las presentes circunstancias, causaría al Comité más daño aún".

(fdo.) H. W. Emerson, Director".

Las palabras con que sir Herbert hablaba de mi persona nacidas de su generosidad de gran señor, movió a los miembros del Comité Ejecutivo a realizar ciertas gestiones confidenciales que nos dieron un compás de espera y alguna esperanza de arreglo del ingrato embrollo. Por de pronto, Rosenzweig se apercibió de mi presencia en Londres y por teléfono dio conmigo, quejoso de que no le hubiera llamado desde el primer momento. Fui a visitarle. Hablamos de mil y un recuerdos de La Paz donde había pasado, según confesó, una de las temporadas más gratas de su vida. Someramente le informé de mi situación y del tenor de mi larga carta a Villarreal. Los asesinatos de noviembre le habían conmovido profundamente e hizo una mención muy afectuosa de Carlos Salinas. Le confirmé lo de mi renuncia y su sentido. Me manifestó que haría cable a Castilla Nájera, Canciller de México y excolega mío en Washington, y me dijo que había hablado con Muñiz de Aragao y con Johnson, representante de los Estados Unidos en el Comité, quienes, según me aseguraba, dirigirían cables similares a sus Cancillerías.

Habíase inaugurado en la capital británica la reunión preparatoria de la futura organización de las Naciones Unidas y, en momentos libres me encontraba con amigos en los pasillos del Albert Hall donde comentábamos las incidencias del gran debate, pero me mantenía hermético en lo de mi caso. Sólo visitaba a Rosenzweig que me llamaba con afectuosa insistencia y se preocupaba del trance en que me encontraba con una solicitud que me conmovía. El día 23 me preguntó si había visto a Muñiz de Aragao con el fin de agradecerle por su amistosa intervención en el seno del Comité. Como le respondiera negativamente, por teléfono concertó una cita para esa misma tarde. Entre tanto, supe que en La Paz se acababa de rechazar las gestiones de los Embajadores allí acreditados.

Mi visita a Muñiz fue, por tanto, algo inoportuna. Al agradecerle por su amable interés, me dijo que alentaba optimismo respecto de mi caso que él llamaba "un simple mal entendido". Me fue penoso informarle que en La Paz el gobierno había dado respuesta negativa a los pasos dados por él y sus colegas con intervención de sus Cancillerías, lo que importaba un gratuito desaire al Brasil y a los otros países. En pocas palabras me ví constreñido a referirle, vista su profunda sorpresa y sus preguntas, cual era la situación de mi patria. El hombre se desconcertó y, al momento, cambió la conversación. Hablamos de la lucha, ya visible, de Eslavos y Occidentales y de la necesidad de apretar filas en nuestro mundo paramericano. Muñiz de Aragao hizo gratos recuerdos de mi padre, pues le había tocado actuar, muy joven de Secretario del barón de Río Branco durante las negociaciones de 1903.

No me quedaba más que esperar el llamado de sir Herbert. Debía reiterarle la irrevocabilidad de mi renuncia, pues era mejor para el Comité que fundara su dictámen en esa irrevocabilidad, salvando así su responsabilidad, antes que dejar un mal precedente que otros gobiernos buscarían aprovechar. Por lo menos en esta forma pagaba yo mi deuda de gratitud a sir Herbert y al Comité.

En todos esos días de incertidumbre y escaso de recursos, me dediqué a grandes caminatas. Recorrí plazas y calles de las que guardaba un vago recuerdo del pasado: las calles de Bond y Old Bond, Regent y Oxford, la vieja Tottenham Court Road, el enorme y desolado Hyde Park invernal y, sin embargo, lleno de londinenses que, los domingos, lo cruzaban a grandes trancos, y el celebre Hyde Park Comer con sus oradores dominicales, a pocos metros el uno del otro, predicando teosofía o ciencias ocultas aquí, fustigando al gobierno más allá, bajo la mirada tolerante de los guardianes del orden; la majestuosa catedral de San Pablo; y Fleet Street, la vieja calle de la prensa, casi arrasada por los demonios de Goering y sobre la cual daba el callejón de la famosa taverna de Dickens, conservada tal cual y siempre frecuentada por los hombres de letras; y los bellos jardines de Hampstead Court cercanos a

Hampstead Road .donde pasara yo unas vacaciones de verano, y los muelles del Tmesis, destruidos en parte por los bombardeos, Y la típica Picadilly al atardecer y el histórico Trafalgar Square con la columna de Nelson, en cuya base unos leones mansos sirven de pedestal a los oradores políticos; y el famoso White Hall donde se abriera una puerta en alto para que pasara al cadalso Carlos I; y esas callejas de la enorme City que visité un día de neblina atroz, mezcla de hollín y ácidos, y la soberana Westminster y la pequeña Abadía donde yacen ilustres hombres del imperio, y el puente levadizo de la Torre que de niño admiraba, y Baker Street, calle donde vaga la sombra de Sherlock Holmes y, en medio de todo esto, enormes sitios atestiguan lo que habían destruido los aeronautas de la Luftwaffe.

Compañero de algunas de mis caminatas era Adolfo Costa du Rels, que llegaba de París para "liquidar" la Sociedad de las Naciones ahora que nacía acaso con menores ilusiones, las Naciones Unidas bajo el patrocinio de Washington y Moscú, los dos polos del mundo de la Postguerra. El gobierno de Villarreal buscaba molestar a Costa con toda suerte de pequeñas intrigas con las que se pretendía enervar su acción diplomática, pero él venía a Londres por mandato del Consejo de la Sociedad ginebrina, pues había sido su último Presidente. Costa du Rels es un incansable andarín y un "causeur" ideal, y del mundo de sus recuerdos siempre brota la enseñanza o moraleja que orienta el camino.

De noche salía yo a deambular por Oxford Street, cercano a mi residencia. Cuántas veces he protestado en mis adentros, junto al transeúnte inglés, por el espectáculo con que nos regalaban soldados americanos, algo bebidos, del brazo de una o dos muchachas. Al londinense indignaba el desplante de esos grandes mocetones que ostentaban abundancia y derroche, plenitud de vida en medio de unas gentes que aun no salían de sus prolongadas privaciones. Por doquier, trajes raídos, parvidad en el comer, sobriedad en la conducta. Cómo no iban a despertar cólera y ocultas envidias esos muchachotes de Kansas, de Tennessee, de Montana o de Arizona, bien nutridos, bien vestidos y bien bebidos, que exhudaban salud, plétora y demasia, con aires de grandes señores que han ganado la guerra! Es, sin duda, el soldado americano el mejor atendido de todos estos ejércitos que se desmovilizan por cientos de miles. Recuerdo que en una ocasión, en el Senado hubo una queja porque desde el frente del Pacífico protestaban los combatientes por la carencia de cigarrillos, cosa inaudita. Fue tal el alboroto en el Capitolio que más de un barco zarpó con el tabaco apetecido hacia las lejanas islas! La opinión se sintió satisfecha porque los "boys" merecían todo.

El día 29 de enero me llama sir Herbert. Después de una conversación agradable de varios minutos, me comunica que es mejor dar paso a mi renuncia, simplificando procedimientos, para que jamás se diga que fui "dado de baja" u obligado a renunciar. Le expreso mi absoluta conformidad, recordándole que, desde el primer momento, mi dimisión tuvo ese objeto. Según aviso que me dé formalizaré mi retiro por escrito.

Se queja amargamente de los americanos y del Departamento de Estado que, a su juicio, nada hicieron por la persona que tanto recomendaron. Tal vez tenga razón. Yo he venido observando, desde hace unos quince días, las evasivas de Malin y su figura escurridiza en mi presencia.

Sir Herbert me ofrece espontáneamente una indemnización que salva una de mis peores preocupaciones: la falta de dinero. Debo empezar a preparar maletas para el regreso a Santiago con las manos vacías pero con una experiencia más y el espíritu sereno.

4 de febrero. Voy al despacho del Director a su llamado. Me refiere que habló con Muñiz de Aragao y los del subcomité y que todos lamentan mi alejamiento y me asegura, tomando afectuosamente mi mano entre las suyas, que el buen nombre de Bolivia ha sido preservado por mi actitud. Debo presentar mi renuncia por escrito a la que dará respuesta inmediata.

Rota la tensión de varios días. Sir Herbert me habla de la organización de una nueva asociación de naciones, cuya suerte se discute en Londres y donde se perfilan ya rivalidades y campos opuestos. Sir Herbert es un viejo británico con innata desconfianza de todo lo moscovita, diré de todo lo que importa innovaciones y quiebra de las jerarquías.

Para mi respetado jefe, el continente americano es un todo disciplinado que sigue firmemente la línea de Washington; es, en cierto modo, un "commonwealth" de naciones libres que, como el británico desde Londres, este otro desde Washington, se gobierna a sí mismo. Cuando le hago mención de las diversas razones y motivos que impiden aquella cohesión por él soñada, me parece que produzco una desilusión en mi interlocutor, pues exclama, varias

veces: Bad, very bad! Refiriéndose a la desunión que él cree advertir en una gran unidad del mundo cristiano.

Mi noble amigo deja el tono serio y me confiesa que los americanos son estrafalarios. Me cuenta que a su ingreso a la guerra y aun antes, invadieron Gran Bretaña con miles de oficiales y funcionarios, arrendaron casas y palacios, adquirieron toneladas de muebles y enseres y trajeron otras tantas de papeles y, una vez instaladas las oficinas, conectados todos los teléfonos y listo el enorme aparato burocrático, se reunieron los jefes y se preguntaron: "y ahora qué hacemos?". Nosotros aquí, me dice sir Herbert con aire de autoridad, vamos paso a paso; ahorramos dinero y ahorramos esfuerzo, pero cuando agregamos algo a una cosa, ahí queda de firme y subraya con una ancha sonrisa: el Imperio no se construyó en un día!

8 de febrero. Presenté mi carta de renuncia el día 4 del tenor siguiente (traducción):

"Mi querido amigo Herbert:

"En diciembre 21 de 1945, creí de mi deber poner en sus manos la renuncia del cargo que usted tuvo la bondad de ofrecerme en el Comité Intergubernamental de Refugiados, debido al hecho de haber: amenazado el Gobierno de Bolivia con retirarse del Comité en caso de i que mi nombramiento fuera ratificado. En esa ocasión, tuve el honor de hacer presente a usted que aunque la petición del Gobierno boliviano era, a mi juicio, enteramente injustificada, intentaba yo mediante mi renuncia evitar no sólo un posible contratempo al Comité sino también un daño a mi país, como vendría a ser el caso si el Gobierno boliviano llegase a retirarse del Comité.

"Habiendo sido informado hoy por usted de que el Gobierno boliviano ha rechazado la solicitud espontánea del Subcomité, presidido por el Embajador del Brasil, a efecto de que dicho Gobierno no insista en su demanda, deseo ahora confirmarle mi renuncia. Le pediría aceptarla, de informar al Subcomité y de expresar a sus miembros mi profundo reconocimiento por su bondadosa intervención.

"Es con hondo pesar que me separo del Comité Intergubernamental de Refugiados, cuyas remarcables realizaciones humanitarias bajo la dirección prestigiosa de usted y con la valiosa colaboración de su personal, merecen todo elogio y apoyo. Nada me hubiera agradado más que añadir mi modesta contribución a esta gran empresa, pero los sucesos a los que se ha hecho referencia me privan del honor de servir bajo su dirección.

"Estoy especialmente en deuda con usted, Señor, por todo lo que ha hecho por mi y por su bondadosa asistencia en estas circunstancias de prueba.

"Créame, Señor, su agradecido y muy atento servidor".

(fdo) Luis Fernando Guachalla"

La respuesta de Sir Herbert, de 6 de febrero, fue la que sigue (traducción):

"Querido Dr. Guachalla:

"Le escribo para agradecerle por su carta de Febrero 4, 1946 y para expresar lo que aprecio su acción al extender su renuncia del Comité Intergubernamental De Refugiados y los motivos que la han inspirado. Esto me lleva a lamentar grandemente que hayan surgido circunstancias que privarán al Comité de sus valiosos servicios, pues se que usted, de todo corazón, habría aportado su gran experiencia y su capacidad a la causa de los refugiados y que ello hubiera sido de particular valor en Sud América. Deseo agradecerle por el valioso trabajo que ha hecho usted durante el período que estuvo con el Comité y, en particular, por su Memorándum, fechado el 31 de diciembre, 1945, en el cual usted discute las posibilidades de migración de refugiados a Sud América y los medios con que mejor pueden realizarse esas posibilidades.

"Si, como entiendo, puede haber un pequeño retardo en procurarle medios de transporte para su regreso, estoy dando instrucciones para que su renuncia tenga efecto desde la fecha de su llegada a Washington. Adjunto una copia de ordenes que he dado referentes a sus haberes y gastos".

"Suyo sinceramente,

(fdo) H. W. Emerson, KGSL GCIE, CHE,

Director"

No quise dejar las acogedoras oficinas de Hill Street sin entregar un extenso memorándum donde venía compilando datos sobre el vasto problema de los refugiados y desplazados y su establecimiento en países de América. Mi papel, que sería largo reproducir, se refería a antecedentes diplomáticos, a proclamaciones sobre los derechos del hombre, a la necesidad básica de armonizar labores entre el Comité y cada uno de los gobiernos interesados, en vez de pretender imponer soluciones —como era de práctica— a las dificultades que se habían producido y se producirían en cuanto a la inmigración semita y, el seguro éxito de migraciones de razas latinas o afines, cuyos individuos fueran agricultores, a la urgencia de completar los registros del Comité sobre el material humano con que se contaba, procurando que los cuadros fuesen minuciosos, particularmente en cuanto a la capacidad del individuo y estado de salud, a las formas de buscar financiamiento adecuados, desde luego con apoyo de Washington, con el fin de proyectar emigraciones en vasta escala y dar realidad a esquemas completos, eminentemente reproductivos, y a varios otros tópicos, de orden y rutina, que iban hasta la instalación de las oficinas en América.

En proporción modesta creía haber cumplido con mi deber. Dije lo que pensaba del problema de refugiados que apenas empezaba a conocer. Y el tema era apasionante.

Mis últimos días en Londres los dediqué a despedirme de mis amigos. Particularmente hice una larga visita al Embajador Resenzweig Díaz y su encantadora señora. El ex-Ministro en La Paz se muestra sorprendido por la violencia de que hace gala el gobierno Villarroel, y recuerda que "en su tiempo", un cambio de régimen no iba más allá de algunos destierros y confinamientos, todo esto con ciertas consideraciones hacia los detenidos, pero jamás se recurría a la supresión física del adversario, como aconteciera el 20 de noviembre. Y vuelve a expresar que él no admite que un gobierno esté facultado para exigir, por motivos de desafecto político, el retiro de un funcionario de organismos internacionales, y que son los rusos, según me informa, los que pelean por esta facultad liberticida en las actuales sesiones preparatorias de las Naciones Unidas. Agrega el noble amigo que el Coronel Villarroel y sus colaboradores pueden haberse sugestionado con la idea de que yo llevaría el caso boliviano a conocimiento de otros gobiernos, fundándome en la defensa de los derechos del hombre, lo cual, a su juicio, era totalmente improcedente porque el Estatuto del Comité, que es severamente observado, lo prohíbe y porque no existe comisión o mecanismo alguno establecido para ocuparse formalmente de esta clase de cuestiones. Mi explicación sobre la dureza que viene caracterizando al gobierno de La Paz es que la guerra del Chaco, es decir la derrota, ha aflojado los resortes morales en todas las esferas de actividad y mayormente en el mundo militar. No parece convencido. Hombre de sano juicio y de larga experiencia, su pronóstico es pesimista sobre la estabilidad y duración del régimen imperante en Bolivia. Entrando al terreno personal y recordando la caída de Tejada y la mía en 1936, y su porfía por llevarme de asilado a su Legación, lo que rehusé, su afecto le hace decir que la persecución de que hoy soy objeto determinará algún día una posible candidatura mía a la presidencia de la República! Todos reímos de esta peregrina ocurrencia, brote sentimental del dilecto amigo, a quien digo adiós con pena y para siempre.

Recibo carta de Costa du Rels, quien divide su tiempo entre París y Londres. Compañero ideal de largas caminatas, me fue dado apreciar su fino espíritu y su constante preocupación por la patria lejana, a la cual dedica un culto envuelto en *saudades*, inspirado en esas duras jornadas, allá en sus mocedades, en tierras del altiplano. No creo que muchos sepan, de esta fibra bolivianista en Costa, pues si hay algo que él repudia es la exhibición. Su carta contiene frases generosas para mí, mezcla de afecto y de bondad, y un algo de queja por el abandono en que le tienen. La transcribo:

"Experimento una doble tristeza al verle partir de nuevo hacia nuestras tierras americanas; digo doble, pues en mi candidez no alcanzo a comprender las pasiones políticas que se ensañan sobre Ud., que ha servido y honrado al país como ningún otro, y esa enfermiza insistencia en perseguirle allende los mares. En seguida, tristeza también por no encontrarlo ya en ésa cuando vaya allí en abril próximo. Siento que nuestra mutua simpatía se ha consolidado a lo largo de nuestras charlas y emociones comunes en esa tierra de bruma, de las colas y de los conciliábulos internacionales actuales. Me sentiré muy solo, pues no he hallado en ningún compatriota esa similitud de ideales, de cuitas y de recuerdos que es la base de toda duradera amistad. A medida que uno envejece, experimenta la sensación atroz de ver a los demás como a extraños e indiferentes. La amistad es el oro que quedó en el Klondyke del pasado. Aunque pertenece Ud., a una generación posterior, nosotros los llamados "viejos" lo hemos anexado

con cariño y estimación, aquilatando todo lo que Ud. vale y todo lo que valdrá aun más en el futuro, cuando el sol brille de nuevo. Se, y me consta, que Ud. mira con grandeza de alma todos estos incidentes de nuestra vida nacional. Le deseo un feliz retorno sin amarguras inútiles. Empeñe Ud. el ostracismo en preparar al futuro y en acrecentar su bagaje espiritual. El ostracismo así habrá sido un beneficio para Ud.

"Yo quedo aquí, ultimando mi tarea. La Asamblea de la SDN tendrá lugar el día 8 (marzo) y siguientes. Siendo Presidente del Consejo, deberán forzosamente considerarme como delegado de Bolivia, a menos que asistamos a una comedia que me obligaría a asumir una actitud firme que pondría en descubierto el prestigio de la pobre patria. No creo que ello ocurra, ya que se me considera como embajador en servicio, sin sueldo. Entiendo que la liquidación tardará, como ya le dije, unos ocho a diez meses. Entonces pensaré en volver a América, tal vez a la Argentina si es que no a Bolivia. Mientras tanto, aprovecharé de mi estada en Europa para dar cima a mis proyectos literarios, publicar dos libros e "intentar" hacer representar mi pieza de teatro: "L'Intouchable". Como entiendo que se me ha apartado de la carrera diplomática, tal vez para siempre, buscaré en las letras otro *job*, procurando en dicho terreno hacer conocer al país y honrarlo, a la vez, dentro del marco de mis modestas posibilidades, ya que el destino me ha dado el idioma. Sea lo que fuere, mi obra literaria, buena o mala, será el oasis donde hallaré la paz y la felicidad que los hombres nos niegan".

Una mirada retrospectiva: dejé Londres en 1915, casi al año del estallido de la primera guerra mundial, estudiante entonces en Bélgica. Partía de regreso a la patria, adolescente repleto de ilusiones y en alas de un universo de fantasías. Después de seis lustros, vuelvo a dejar Londres, hombre que la experiencia ha predispuesto a la tolerancia. Es que el tiempo echa su pátina sobre las cosas y los seres; lima aristas y da aquel pulimento invalorable que nos coloca, si damos prioridad al espíritu, por encima de las pequeñeces del cotidiano vivir.

Sin embargo, en el fondo de mi alma anida un sentimiento de frustración: no poder asirse a algo, un momento siquiera, y ser nuestro destino caminar sin reposo hasta la última etapa, inexorablemente! Del cofre de mis recuerdos de colegial brotan esos versos inmortales de Lamartine, tan acordes con mis pensamientos y, tal vez, con mi situación:

" Ainsi, toujours poussés vers de nouveaux rivages

Dans la nuit éternelle emportés sans retour,

Ne pourrons-nous jamais sur l'océan des âges

Jeter l'ancre un seul jour?"

Pongo punto final a estas notas. 23 de febrero. Esta noche viajo a Liverpool, y mañana zarpo, en barco de carga, clase única y dormitorio común, para Halifax, en el Canadá. Y después, otra vez Santiago de Chile. Adiós a un sueño y rumbo a nuevas realidades.

Incertidumbre

En Nueva York visité a mi buen amigo Laurence Duggan. Conversamos sobre lo sucedido en Londres. Retirado ya de la UNRRA y asociado a un estudio de abogados, estaba de regreso de sus primeras ilusiones sobre la revolución del 20 de diciembre. Juntos viajamos a Washington y las horas pasadas en tren fueron de grata recordación de los años que habíamos laborado por una América mejor, un poco en el vacío. Nos despedimos con estrecho abrazo en la incertidumbre de no saber que nos depararía el destino. Para él fue la muerte trágica, dos años después. Envuelto su nombre en pesquisas sobre actividades comunistas, el accidente que costó la vida fue motivo de torpes comentarios. Dolido, escribí a Sumner Welles, seguro de que la investigación en curso daría resultados que alejarían "para siempre —decíale— toda maliciosa suposición sobre la conducta del querido amigo, ejemplo de lealtad, de corrección, de elevado patriotismo y de nobleza de sentimientos".

A mi regreso, encontré que el Comité Político de Santiago ya no existía. En su lugar había una agrupación de exiliados que no tenía función directiva ni peso para imponer algún programa de acción a los grupos de Buenos Aires y de Lima. Esto se explicaba fácilmente: los jefes de partido, a excepción de Juan Antonio Arze, se encontraban ya en Bolivia. Se había llegado, después de todo, a la conclusión de que la acción política sólo cabía desenvolverla en el país, y que en el exterior apenas si correspondía un trabajo de propaganda según fueran los recursos disponibles.

Debíamos contar con nuestras propias fuerzas, lo que era natural, pero sentíamos la horfandad de un sano estímulo que, sin interferir en cuestiones de soberanía, fuera capaz de abrir los ojos a los que gobernaban. Advertíamos que lo básico era la libertad de pensamiento y, luego, la de expresión, lo que importaba reconocer el derecho de oposición o, como lo declarara el Congreso de la Cultura, en Berlín, "el derecho a disentir".

En esa época produjo sensación y muchas esperanzas la tesis del Canciller uruguayo, Eduardo Rodríguez Larreta, sobre "intervención colectiva", frase que en mala hora ocurriósele usar, para la mejor defensa de los derechos del hombre. Hubo él de explicar después que el término "intervención" significaba "una conjunta, pacífica, fraternal, defensiva, de mera presencia en muchos casos y jamás armada". El error de Rodríguez Larrea estuvo en dar cabida a Gobiernos, movidos necesariamente por razones políticas, en vez de tribunales de Justicia para la preservación de los derechos humanos. No podíamos negar que algún avance se había notado a impulsos de experiencias de la segunda guerra mundial, dando entrada en el ámbito de la interdependencia a ciertas cuestiones que antes se consideraban intangibles cuando de aquellos derechos se trataba. Pero ¿podía decirse lo mismo de la defensa de la democracia representativa? La guerra nos llevó a no aceptar, en América, el establecimiento de gobiernos nazifascistas, mas existía duda si este repudio se limitaba a condiciones de seguridad hemisférica o a un expediente político-militar de emergencia. Chapultepec y San Francisco contenían un abundante material sobre solidaria defensa de la libertad y del hombre, pero su aplicación quedaba en el plano de las cosas inmaduras. De ahí las dudas y las contradicciones.

El mal radicaba, era preciso reconocer, en que más de un gobierno abusaba de la práctica de ir a reuniones internacionales con el ánimo de aceptar todo compromiso, aun los más avanzados, pero con la reserva mental de cumplir los según conviniera al dueño del poder. Semejante práctica deshonesto no podía, sin duda, justificar la intervención; sin embargo, debía estimular el estudio de los medios que garantizaran un mínimo de consecuencia en esta clase de compromisos. De lo contrario, burlados quedaban los pueblos, teóricamente co-firmantes, en cuyo nombre se prometía libertades que no se otorgaban.

Entre tanto, en Bolivia renacía la libertad de prensa. De La Paz se me escribía, el 27 de marzo, que había "más libertad de palabra, más firmeza en la expresión de las ideas", pero a renglón seguido se me confiaba que "según cómo se están presentando' las cosas, parece que la situación crítica en que nos encontramos continuará por un largo tiempo más, tal vez hasta fines de 1947". La prensa salía a la palestra con vigor. En "El Diario" tomaba relieves de paladín de la libertad un hombre austero y valiente. Julio César Canelas, que daba curso a lo que venía de fuera sin importarle el peligro que le amenazaba. Así se dieron noticias sobre el libro de Ostria "Una Revolución tras los Andes", las Cartas Abiertas a Villaruel de Zilveti y su libro "Bajo el Signo de la Barbarie", el Mensaje de Anaya "Unidos Venceremos", el llamado de Julio Alvarado a Franz Tamayo, Presidente de la Convención, la comunicación de David Terrazas a los militares, las advertencias del General Peñaranda y de José Antonio Arze, Y otros papeles más entre los cuales podía contarse mi Carta Abierta al Jefe del Poder Ejecutivo. Con razón escribía Ostria: "Ha renacido el coraje popular y la opinión ha pasado de la defensiva a la ofensiva, por lo menos en el terreno de la prensa".

En Bolivia, decididamente, llegó a organizarse la oposición que no estuvo en nuestro poder constituir la en el exterior. El 14 de abril (1946) suscribióse el programa del Frente Democrático Anti-Fascista que, en síntesis, significaba vencer la incertidumbre y señalar un rumbo. Desde ese momento existían objetivos bien señalados de política democrática convenidos entre hombres de distintas corrientes, lo que era un éxito rotundo que, si no mediaban esas impacencias de que tanto padecían los bolivianos, podía llevar al gobierno hacia un régimen de derecho. El cuerpo social estaba en posibilidades de volver a encontrar sus bases de sus tentación: gobierno y oposición, con puntos definidos que la opinión compulsaría, en un marco de legalidad.

El histórico documento, firmado en La Paz por José L. Lanza, jefe de los liberales; Enrique Hertzog, jefe de los republicanos genuinos; Waldo Belmonte, jefe de los republicanos socialistas; Francisco Lazcano Soruco, jefe de los socialistas; Alfredo Arratia, jefe-delegado de los piristas; Alberto Trujillo, secretario general de la Federación Universitaria Boliviana, y José Orellana, delegado de la Confederación Sindical de Trabajadores Bolivianos, tenía sentido político porque agrupaba y comprometía a cuatro partidos de oposición y tenía dinámica por la adhesión de la juventud universitaria y del obrerismo sindicalizado.

El pliego estaba concebido como sigue: "Restauración del goce amplio y efectivo de los derechos, libertades y garantías que la Constitución Política del Estado consagra en favor de la persona y del ciudadano.

"Incorporación en el Estatuto Constitucional de preceptos que garanticen, a los bolivianos y habitantes de la República, una existencia libre de temor y de miseria.

"Otorgamiento a los Partidos Políticos de garantías para sus actividades y, en especial, para la difusión oral y escrita de sus campañas democráticas. Inserción en la Carta Constitucional del siguiente principio: "Los partidos políticos son órganos de expresión de la voluntad popular, siendo su desenvolvimiento y acción esenciales para la subsistencia del régimen democrático.

"Reconocimiento en la Constitución Política de plenos derechos políticos a la mujer.

"Nueva Ley Electoral que garantice, con mayor eficiencia, la libertad de sufragio y extirpe el cohecho, el fraude y otros vicios electorales.

"Cumplimiento de los preceptos constitucionales relativos a la elección de Presidente y Vicepresidente de la República, y a la organización del Poder Comunal, mediante elecciones populares directas.

"Restablecimiento de la autonomía integral de los municipios.

"Lucha sistemática contra toda actividad antidemocrática y declaración constitucional de ilegalidad de la existencia de partidos políticos y otras organizaciones de tendencias nazifascistas."

Nada había aquí de nuevo, pero resultaba una reiteración solemne, oportunísima en aquellos momentos. La preocupación del día estaba en el peligro nazi-fascista. En cuanto al programa sobre política económica, financiera, social, administrativa, educativa, sanitaria, indigenista y de defensa nacional e internacional, acaso excesiva en el detalle, cobraba importancia por tratarse de un entendimiento multilateral entre fuerzas de tendencias dispares. Basta copiar los principales puntos del programa para darse cuenta de lo mucho que se habría avanzado en Bolivia, por medios pacíficos, en un ordenamiento jurídico de cierta envergadura, si no sobreviene, después, la desunión y los antagonismos.

"a) Creación de un Consejo de Economía Planeada para poner las riquezas nacionales al servicio del país;

"b) Unificación y organización del sistema tributario bajo la norma de gravar las rentas y utilidades con preferencia a los consumos;

"c) Recuperación del crédito público mediante el servicio de las deudas externas e internas contraídas por el Estado, previo reajuste de sus condiciones;

"d) Enseñanza profesional, técnica y vocacional para formar un artesanado apto y un obrerismo industrial eficiente, en escuelas e institutos fiscales y municipales a crearse en todas las capitales de Departamento;

"e) Mantenimiento de todas las conquistas económicas, políticas y sociales alcanzadas hasta ahora por las clases trabajadoras;

"f) Protección a las industrias que empleen materias primas nacionales. Revisión de las condiciones en que se desenvuelve la industria artificial;

"g) Legislación orientada hacia una progresiva nacionalización de las minas;

"h) Reversión integral del valor de las exportaciones mineras y régimen de divisas encaminado a satisfacer las necesidades del país, evitando la fuga de capitales;

"i) Implantación de un régimen agrario, en conformidad a las siguientes bases: 1. Expropiación, por cuenta del Estado, de los latifundios que no llenen una función social, para su transferencia a los trabajadores del campo; 2. Explotación de la tierra, en las comunidades indígenas, mediante el establecimiento de granjas colectivas y de cooperativas de tipo integral,

agrícolas y pecuarias, bajo la dirección técnica del Estado y la ayuda de éste; 3. Instalación, por el Estado, de granjas de experimentación agrícola, de escuelas granjas y de establecimientos forestales; 4. Creación de cooperativas de producción, de distribución, de consumo y de créditos agrícolas entre los pequeños propietarios rurales, con ayuda del Estado.

"j) Creación de un Consejo de Economía Rural, con representación de los trabajadores organizados del campo;

"k) Estabilización de la moneda, con proyecciones a aumentar su poder adquisitivo, mediante un proceso científico de deflación que combata el inflacionismo y prevenga los efectos de una violenta revaluación. Disminución de los gastos públicos; revisión del régimen de control de cambios; eliminación de la influencia gubernativa en la contratación de empréstitos en el Banco Central y en la emisión de papel moneda; regulación del crédito bancario;

"l) Reforma integral de la educación de acuerdo con los principios de la escuela unificada democrática, de manera que la enseñanza ofrezca iguales oportunidades a todos y se oriente hacia la satisfacción de las necesidades productivas y culturales del país;

"m) Liquidación del analfabetismo, como primordial deber del Estado y la sociedad;

"n) Creación de un Departamento Autónomo de Asuntos Indígenas, encargado de la dirección y realización de lo siguiente: 1. Intensificación, de acuerdo a un plan, del sistema educativo ensayado en Warisata y otros centros de educación campesina; 2. Creación, en los núcleos de educación campesina, de escuelas rurales normales; 3. Defensa de las Comunidades Indígenas e introducción en ellas de los sistemas de cooperativismo; 4. Oficinas Jurídicas para la defensa gratuita de los campesinos, en todas las capitales de Departamento y en los centros provinciales donde sea mayor la afluencia de población indígena; 5. Multiplicación de núcleos de educación para los selvícolas; 6. Alfabetización intensiva de adultos en el campo.

"o) Retorno de los militares a sus cuarteles, con la prohibición absoluta de participar en la vida política del país, mientras se encuentran en servicio activo. Restablecimiento de la jerarquía militar.

"p) Leal adhesión de Bolivia a los postulados de democracia internacional, de solidaridad y cooperación interamericana, contenidos en el Acta de Chapultepec, así como a los principios de libertad humana, de paz, de justicia social y de seguridad internacionales, aprobados en la Conferencia de San Francisco.

"q) Solidaridad con las conclusiones aprobadas por el Congreso Internacional de las Democracias de América, reunido en Montevideo y, especialmente, con la defensa de la democracia y la lucha antifascista."

El Frente Democrático Anti-Fascista, en opinión de la mayoría, era una salvación, desde luego, apagaba la queja que surgía de todas partes por la inacción de los políticos de oposición. En carta de 29 de octubre del año anterior, Eduardo Anze me había confiado así su pensamiento: "Hay una considerable opinión que no quiere compromisos con el pasado. Tengo la impresión de que la UDB (Unión Democrática Boliviana) era nada más que una ilusión acariciada por nuestros anhelos patrióticos. Lo efectivo es que el país espera una fuerza nueva que trille el sendero abierto por la realidad mundial de la hora presente. Espera ese partido de izquierda moderada y prudente, que equivalga al laborismo inglés, a los demócratas de Roosevelt y al Partido Republicano Popular de Bidault". Mi respuesta, de 24 de noviembre, le llevaba mi conformidad con su planteamiento. Creía yo de necesidad "dar forma y vida a un fuerza nueva, fuerza de centro con inclinación hacia la izquierda, como la definía el propio Roosevelt. Para ello —añadía— servirán los grupos de la UDB, pero no la UDB misma".

Esto no era precisamente la Estrella de Hierro en la que militara Anze Matienzo, junto con elementos de diversa filiación, unidos aun por la tragedia del Chaco. La guerra parecía haber transmitido un mandato a las nuevas generaciones ciudadanas, al "hombre del Chaco", como se diera en llamar al combatiente desmovilizado y dispuesto a intervenir, en política. El mandato consistía en innovar, con poco o ningún miramiento con el pasado, y sustituir unos hombres por otros, con criterio de generación antes que de partido. Nadie dudó de la sana intención, pero los métodos aconsejados por algunos desanimaron a muchos. Entre los que se

alejaron estuvo Anze, quien no escatimó sus críticas contra los apologistas de la violencia, compañeros de la víspera.

El Frente Democrático Anti-Fascista, más que una cohesión de fuerzas bajo una determinada jefatura, presentábase como un entendimiento de amplios contornos que no inculcaba la obligación de ir juntos hacia el cumplimiento, en el futuro, de los puntos programados, sobre los cuales esas fuerzas parecían coincidir. Acaso aquí estuvo una de las causas de su fracaso cuando la ocasión se tomó propicia para una labor de proyecciones hacia el mañana. Es que el documento de 14 de abril era un pacto político en apariencia pero, en el fondo, era una concordancia revolucionaria.

Fue en medio de aquella incertidumbre, que empezaba a despejarse con la naciente libertad de prensa, el pacto de 14 de abril y la rebeldía de los estudiantes, cada día más acentuada, que irrumpió el golpe del 13 de junio. Una vez más, como en tantos episodios de nuestra historia, nos veíamos frente a un drama de violencias y de muerte, representado por tres personajes: la precipitación, la temeridad y la desesperación, sobre todo la desesperación, que se movían alrededor de la figura central: la tiranía. Menudo papel jugaban aquí los programas de bien público. En rigor de verdad nada habíamos avanzado; nos encontrábamos como en los albores de la independencia, asidos a la proclama de la Junta Tuitiva: "Hasta aquí hemos tolerado una especie de destierro en el seno mismo de nuestra patria". Empero, lo que sucedía en el país, desde el 20 de diciembre de 1943, equivalía a un trastrueque de valores. En carta de 10 de julio confesábale mi inquietud a Eduardo Anze con estas palabras: "En mi opinión, las cosas en la patria han sido subvertidas y cambiadas en tal forma que se necesitarán perseverantes esfuerzos para encauzarlas. En ello perderán fama y entereza los primeros que tomen a su cargo tal empresa, y pasará el país por varias crisis, de hombres y de hechos, hasta encontrar el camino de la ponderación y de la decencia. La crisis moral —concluía— es profunda, y de ahí se desprenden crisis de instituciones, como la militar y la de partidos políticos".

Como a muchos, me preocupaba la intervención del Ejército en política, y no ocultaba mi desilusión al respecto. ¿Pudo ello restarme simpatías entre los componentes de la institución armada, llegada la hora de las decisiones electorales? Creo tener motivos para suponer que sí. Mas no estaba en mi callar la verdad si buscaba un enderezamiento que, en el hecho, reflejaba mi cariño por el Ejército, el buen Ejército democrático. En cuanto a los partidos, mi actitud no había variado. A despecho de mi malhadada aventura de Londres, del "veto brutal" que se me impusiera para servir en una organización humanitaria, seguía condenando la violencia y la cuartelada y anhelaba constituirme, en punto de unión entre los hombres de distintos credos partidistas. Así a mi regreso de Inglaterra, en carta 2 de abril, a mi hermano Carlos, consejero y amigo incomparable, decíale: "Si algo puedo hacer en una oportunidad dada, será servir de elemento de moderación y de concordia. Nada hay —subrayaba— que odie más que los rencores y la venganza en nuestra pobre vida política; alguna vez hay que humanizarla". Y de esta posición, sinceramente adoptada, nació acaso la idea, en mentes interesadas, de mi carencia de energías conductoras. Tampoco estaba en mí, por ganarme seguidores —que no los buscaba— fingir aptitudes de caudillo contrarias a mi condición de hombre de derecho.

Seguro de aplastar toda resistencia, destrozada la intentona del 13 de junio, el Ejecutivo, a las pocas horas, dio un traspie de proporciones: decretó la expropiación de "La Razón" y "Última Hora", que agravó después con un asalto a "El Diario". Para la opinión opositora no había mejor arma, y huelga decir que ella supo usarla. Dentro y fuera del país, brotaron airadas voces de protesta. Desde Santiago, el 15 de julio, enviamos el siguiente cablegrama al doctor Tomás Monje Gutiérrez, Presidente de la Corte Superior de Distrito de La Paz.

"En conocimiento decreto expedido por gobierno Villarroel, confiscando diarios "La Razón" y "Última Hora", que ejercitaron imprescriptible derecho constitucional de crítica política, protestamos como ciudadanos bolivianos ante esa alta Corte, símbolo instituciones jurídicas país, por este atentado contra fundamental libertad de pensamiento que América, y con ella Bolivia, reiteraron solemnemente en Conferencia México, cuya Resolución XXVII expresa textualmente:

—"La verdad es enemiga de la tiranía, la cual no puede subsistir donde prevalece ésta y, por tal razón, los que intentan implantar tiranía se ven compelidos a suprimir la verdad o a levantar obstáculos contra ella".

(f) "Luis Fernando Guachalla, Alberto Ostría Gutiérrez, José Antonio Arze, Dr. Eduardo Campero, diputado Eduardo Anaya, diputado Julio Alvarado".

Estábamos al frente de algo que, por su naturaleza, traspasaba las fronteras y que en la sociedad moderna había adquirido ya carta de ciudadanía universal: la libertad de información. Me acordé entonces de Summer Welles. Alejado del Departamento de estado y de toda función oficial por su rivalidad con Cordell Hull, hallábase dedicado, con innegable prestigio y autoridad, a la divulgación de palpitantes problemas de actualidad internacional, mediante una importante cadena radiodifusora. El 23 de junio le escribí dándole los antecedentes del caso y expresándole ser "necesario que por una campaña de opinión llevemos al gobierno boliviano a desistir del atentado", y agregaba "es menester aconsejar, con noble espíritu, a hombres que se encuentran extraviados y que van a su propia ruina. No se trata aquí de una cuestión de gobiernos ni de gestiones oficiales o de Cancillería, las que lastimarían conceptos de soberanía interna; se trata de una cuestión fundamental de opinión pública, de prensa libre y, como tal, que interesa a todos, pues todos los que escriben o dan conferencias en América, todos los guías de la intelectualidad son solidarios en este caso, como en cualquier otro en que la libertad de expresión es suprimida".

El noble amigo cumplió con altura su cometido. Sus comentarios del 7 de julio, por cadena radial conectada con la United y la Associated Press, presentaban hábilmente la oposición entre una acción de gobierno y una a cargo de iniciativa privada, condenando la primera por su carácter intervencionista, aplaudiendo la segunda por lo que significaba en el ancho campo de la solidaridad humana. Entre otras cosas, Welles expresó lo siguiente:

"La democracia en las Américas sólo quedará firmemente establecida cuando la libertad de expresión y la libertad de información se hayan vuelto la regla y no la excepción. Yo espero, en consecuencia, que en el presente caso, la opinión democrática y libre en todas partes ha de urgir que los pasos tomados por Bolivia puedan ser modificados a fin de que la libertad de prensa sea nuevamente restablecida en ese gran país, y así los procesos democráticos, en los que cree la mayoría en las Américas, tenga, una vez más, plena oportunidad para desarrollarse en beneficio de todos los pueblos del mundo".

En su respuesta a mi llamado, el ex-Subsecretario de Estado dejó que se filtrara una nota pesimista que, años después, vino a ser una nota profética. Su confidencia era ésta: "Me perturba y me inquieta más y más el rumbo general de los acontecimientos en nuestro Hemisferio Occidental. El liderato tal cual se presenta, parece ser de un carácter que usted y yo no podríamos aprobar y, desgraciadamente, en aquellos países que permanecen verdaderamente democráticos, el liderato en control parece débil y desorientado, o tristemente incapaz. A menos que pronto tenga lugar un cambio radical para mejor, me temo que presenciemos sucesos más desastrosos en su significado de los que hasta ahora hemos sido testigos".

Como en toda empresa que fracasa, menudearon las críticas y las acusaciones sobre la jornada del 13 de junio. Se denunciaba, desde luego, la deserción de los partidos opositores al decretar éstos la abstención electoral en los recientes comicios que renovaron el parlamento, dando paso a la desesperación. De otro lado, los hombres del golpe revolucionario abortado no ocultaban su contrariedad por la consulta retirada del Frente Anti-Fascista en el momento de la prueba máxima. En carta a Eduardo Anze, de 10 de julio, confiábale lo siguiente sobre ese episodio malamente enhebrado:

"Es el divisionismo a que te referes. A costa de tragedias irán los bolivianos aprendiendo a unirse. Demás está decirte que los que nos encontramos en Santiago, ignorábamos en absoluto estos proyectos y que los sucesos del 13 nos sorprendieron completamente. El clima de la patria es siempre revolucionario. Podrán ahora estar dispersos los líderes y desarticulada la oposición, pero lo evidente es que el descontento, el encono y la rebeldía crecen y penetran en todas las conciencias". Y concluía: "Hay que dar tiempo al tiempo, sin que ello implique indiferencia o indolencia. Las precipitaciones acarrearán más males que bienes".

El alzamiento del 13 de junio vino a confirmar algo que, desvanecida la sorpresa, merecía ser anotado: ninguno de los principales promotores pertenecía a los partidos organizados, ni siquiera a los nuevos: Izquierda Revolucionaria, Falange Socialista o la naciente Acción Social Democrática. Estos hombres y sus seguidores eran novatos en la pugna política. Reaparecía, pues, con ellos, ese brote que ya se hiciera patente en la Estrella de Hierro, brote de renovación y desplazamiento que diera forma, anteriormente, al Movimiento

Nacionalista Revolucionario y después a los otros, y cuya intención cabía en una frase: el poder para las nuevas generaciones, sin compromiso con los viejos partidos. A éstos, se pretendía identificarlos con ese extraño mundo de frustraciones colectivas e individuales de las últimas décadas, que subió a la superficie y culminó en la pérdida del Chaco.

Sensiblemente, aquel grupo joven y temerario, como otros en su hora, probó su inexperiencia. Acaso su mal mayor estuvo en su impaciente arrojó. El golpe que quiso dar constituyó una derrota, sobre todo porque la vida, ofrecida generosamente, iba a acrecentar la persecución. Quedaba, claro está, proclamar que sin aquella ofrenda máxima, cerrado estaba el camino de la libertad. Nosotros, los de Santiago, ajenos a estas acciones heroicas, seguíamos en nuestros conciliábulos, discutiendo proyectos constitucionales, como aquél de Julio Alvarado sobre implantación de un Tribunal Electoral que parecía lejano e inoperante. La auténtica directiva política residía en La Paz, y nadie podía negarlo.

Aunque aplastada la rebelión, todos esperábamos que, allá en la patria, surgiera, en el momento oportuno, el conductor.

La figura del Rector de San Andrés, Héctor Ormachea Zalles, empezaba a destacarse vigorosa. Se le señalaba como el nervio de la resistencia varonil de los estudiantes. Como nunca, en esas semanas tensas, estuvimos pendientes de lo que aconteciera en Bolivia, mordidos por una curiosidad que se satisfacía apenas por la deficiencia de las comunicaciones. De ahí que la irrupción de las trágicas jornadas de julio nos dejó con el alma en suspenso. Como subiera de punto el conflicto entre profesores, universitarios y Gobierno, resolvimos hacer oír nuestra voz de protesta. El 20 de julio, por vía del Estado, para hacerlos bien presentes, enviamos un telegrama a los presidentes de la Asociación Nacional de Maestros, Federación Universitaria y Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia, concebido en estos términos:

—"Los ciudadanos bolivianos demócratas, residentes en Chile, les expresamos nuestra solidaridad y admiración por la lucha emprendida por ustedes contra la tiranía y rendimos homenaje a la memoria de los hombres, mujeres y niños que han escrito con su sangre una página más de la gloriosa historia de nuestra patria.

"Rechazamos las tendenciosas versiones del gobierno boliviano, difundidas por agencias oficiales, que atribuyen la huelga de profesores y la solidaridad de obreros y estudiantes con ella, a las inspiraciones extranjeras o maniobras políticas, y estamos seguros de que la heroica jornada que libran en estos momentos, se inspira en nuestra tradición nacional y afirma los derechos esenciales del hombre, consagrados por América en solemnes pactos internacionales y por la conciencia mundial que acaba de levantarse triunfalmente sobre la barbarie".

(f) Luis Fernando Guachalla, Alberto Ostría Gutiérrez, José Antonio Arze, Ricardo Anaya, David Toro, Roberto Bilbao La Vieja, Eduardo Campero, Humberto Illanes, José Villarreal, Felipe Iñiguez, Alfredo Peñaranda, José Antonio Camacho, Alfredo Valdéz, Alberto Brito, Armando Rengel, Luis Lucsik, Jorge Ovando, Julio C. Benavides, Jorge Giacoman, Samuel Moscoso".

¿Cuál sería el desenlace de la grave crisis, desconectados como aparecían los elementos de la oposición? El Ejército, firmemente unido en torno al Gobierno, asumía ahora la totalidad del poder con la salida del partido que acaudillaba Víctor Paz Estenssoro. Según encontrados juicios, recién se materializaban perspectivas o de mejoramiento o de descomposición. No faltaron, en efecto, los que lamentaron la actitud de la institución armada, opinando que la lucha, esencialmente revolucionaria para ellos, se haría más dura y más larga. Otros, tal vez aleccionados por el acontecer histórico, creyeron que la presencia del Ejército era plausible. Para éstos, volvíase posible el viraje de regreso a la ley, vale decir la evolución política y social, sin odios ni desquites. Más, sólo el futuro podía disipar la duda que en muchas mentes surgía por esta disparidad de criterios.

Nos sostenía nuestra fe en el pueblo, que era fe en nosotros mismos. Había caído el velo de la incertidumbre porque se advertía que el gobierno Villarroel estaba en la pendiente, pero se ignoraba cómo y cuándo advendría la liberación. y en esta ansiedad, cuyo término no atinábamos a predecir, ansiedad de la hora y del minuto, amaneció el 21 de julio.

Retorno al país

En carta a mi hermano Carlos, veinticuatro horas después de la caída del Gobierno Villarroel, dábale mi impresión primera sobre lo que significaba, juzgaba desde lejos, la gesta del 21 de julio: "Lo admirable es la reacción netamente civilista y el heroísmo de nuestros estudiantes, obreros y mujeres. Esto da alguna esperanza de que cabe reconstruir el país sobre bases morales y de justicia y con sentido civil, por muchos años. Dios quiera que la cordura, el desinterés político y la legalidad reinen ahora y que podamos los bolivianos, sentimos orgullosos de nuestras instituciones". El decurso de los años echó por tierra mucho del optimismo de las horas iniciales, pero en 1946 todos vivían con euforia republicana, saludable después del lapso sombrío que acababa de fenecer.

No pretendo, en estas páginas de recordación personal, escribir una reseña histórica de lo que fue el 21 de julio, tanto porque no poseo los elementos de juicio suficientes como por no haber intervenido en esa jornada. Otros, con ventaja, se han encargado y se encargarán de esta tarea. En verdad, lo repito una vez más, es desde mi ángulo, por cierto bastante reducido y de limitado interés para otros, que trazo estas rememoraciones y sólo tengo como excusa, acaso con algo de vanidad, de que con ello cumplo un deber ya que merecí la confianza de mis conciudadanos en una lucha plebiscitaria que, me atrevo a afirmar, honró a Bolivia.

Asediados por reporteros de la prensa santiaguina, unos y otros expresamos con franqueza nuestro pensamiento. Resumí el mío en esta frase: "La voz del orden, que en esta hora de exaltación patriótica debe unir a todos los bolivianos, acaso pueda traducirse así: "gobierno civil, ejército apolítico, libertad".

La preocupación del momento, calmado el desasosiego de las primeras horas, era volver a la patria. En reunión de consulta, se resolvió que los políticamente interesados y requeridos, retornasen de inmediato, aprovechando una especial facilidad de transporte que se nos ofrecía para dos o tres viajeros. El 23 de julio, partieron Arze y Roberto Bilbao y, luego, otros más. Se pensó entre nosotros, que aquellos que habían ocupado altas situaciones, no debían precipitar su regreso. A Eduardo Anze, el 7 de agosto, le dije que no viajé "para no dar la impresión de que uno se hacía presente y andaba en busca de nuevas posiciones, por lo mismo que hay amigos que "agitan" mi nombre".

Días antes, el 29 de julio, había recibido invitación cablegráfica del Canciller de la Junta, don Aniceto Solares, para jefaturizar la Embajada en Río de Janeiro. Contesté que aceptaba y anunciaba mi próximo regreso. En mi caso había una reserva y la expresaba a Anze Matienzo, en esta misma carta de Agosto: "En La Paz veré qué se dice, qué se piensa, qué se puede hacer, después de conversar con amigos y líderes políticos. Voy sin ambiciones, pero no rehuiré responsabilidades si, después de estudiadas honestamente las cosas, es preciso asumirlas. Pero, fundamentalmente, mi propósito será el de unir fuerzas y voluntades; cohesionar ambiciones, si así puede hablarse". Lo de Río, dicho sea de paso, quedó en nada, un mes después. El Ministerio de Relaciones Exteriores emitió un comunicado, el 29 de agosto, informando que, por "razones de estricto carácter particular", explicadas por mi "larga ausencia del país", declinaba la misión que, a última hora, se quiso fuera en Buenos Aires.

Desorientado todavía por los acontecimientos del 21 de julio, buscaba darme cuenta, con serenidad, del significado de esos sucesos. En una carta de mi hermano Carlos, de 25 de julio, encontré, en pocas palabras, una primera claridad objetiva, en los siguientes párrafos:

"Ante todo, debo decirte que la revolución libertadora ha sido espontáneamente llevada a cabo por toda la población civil de La Paz: estudiantes, mujeres, niños, empleados y pueblo en general. La jornada del domingo 21 del actual, es difícil de describirla. Lo que te puedo afirmar es que nadie apoyaba a ningún partido político. Se trataba de defender a la población atacada la víspera. Los ataques al Cuartel del Calama, a la Alcaldía, al Cuartel del Tránsito, a la Policía Central y, en fin, al Palacio de Gobierno, fueron llevados a cabo con una bravura y coraje jamás sospechados. Los saqueos fueron evitados. El orden público fue rápidamente restablecido, merced a la inmediata y muy activa intervención de los estudiantes y del regimiento Loa, el único que intervino en favor de la revolución. La huelga del comercio y de la industria, iniciada el miércoles 17, terminó el lunes 22. Aquí la juventud y el pueblo en general, repudian a los políticos y a aquellos hombres que ya han actuado en otros gobiernos. No se los molesta, pero tan poco se los acepta, al menos por ahora".

En Santiago, interesó a todos el último párrafo de la carta, pues confirmaba que un fuerte anhelo de renovación de valores se perfilaba en el horizonte político del país. Los hombres del PIR y de los grupos socialistas podían considerarse, junto con otros elementos nuevos, herederos de los liderazgos pasados. Esto era, sin duda, una apertura hacia esas ansias de progreso y de libertad, sentidas por todos. Sólo cabía una observación; semejante impulso renovador podía sufrir tropiezos si los nuevos cuadros directivos tomaran el camino de las improvisaciones con menosprecio de la experiencia acumulada por otros.

No podemos ocultar que los tres años de la guerra del Chaco habían sacudido fuertemente a las nuevas generaciones. Salieron ellas del "infierno verde", envejecidas y desilusionadas. Ciertos sectores creyeron encontrar un derrotero en cambios violentos porque así lo aconsejaba la impaciencia. Aunque en muchos casos hubo buena fe e intención patriótica, los ideales que algunos sostenían fueron empequeñecidos por quienes, sin descubrirse, manejaban los hilos de la aventura revolucionaria. y es así que cayó ésta en el crimen, pudiendo haber sido un gobierno más, nacido de la fuerza como tantos otros.

Era preciso considerar que la crisis mundial —la económica de 1930 y la política después de Versalles— vino a empobrecer el acervo espiritual de los pueblos, dando paso a un materialismo enervante, en el cual unos y otros pugnaban por llegar pronto a la meta. En todas partes, frente al caos moral y económico, millares de hombres entregaban su libertad por algo que juzgaban perdido: la seguridad. El despotismo ofrecía seguridad pero cobraba el precio en el tesoro de la libertad. América, continente de luz y de esperanza, como nos complacemos tanto en llamarlo, no escapó al contagio y creyeron la falsa nueva los explotados y, como suele suceder, aprovecharon de ello los audaces. De ahí brotó un nazismo criollo en más de una república. Todo esto, en síntesis, representaba un proceso psicológico que daba al golpe de diciembre de 1943 los caracteres de un desquiciamiento moral.

Antes de dejar Santiago, recibí carta de Summer Welles, de 25 de julio, en la que este buen amigo, con franqueza, me comunicaba una de sus preocupaciones con estas palabras: "Como usted sabe, he vivido en algunas repúblicas americanas durante el período transitorio, después del derrocamiento de la dictadura. El peligro, invariablemente, ha consistido en que el control del gobierno cayera en manos de gente, con frecuencia bien intencionada y sincera, pero visionaria y nada práctica y, pronto se hacía responsable de implantar una administración desordenada e ineficiente, lo que suscitaba la oposición de la opinión pública y, en consecuencia, inclinaba nuevamente el péndulo del gobierno hacia el autoritarismo".

Las informaciones de La Paz, daban realce a la intervención de Héctor Ormachea Zalles, Rector eminente de San Andrés. En los conflictos de maestros y estudiantes, su presencia y sus conversaciones con el Presidente habían sido decisivas. Se corría que era el hombre de la resistencia aunque jamás empujaba al derramamiento de sangre.

El 18 de agosto llegué a mi ciudad natal. La atmósfera era distinta de lo imaginado. A Ostría, en carta del 29, confiábale mis primeras impresiones así: "Esta nuestra tierra, única por la violencia de sus contrastes, ha pasado de la tiranía a la más pura de las democracias, en veinticuatro horas. No diría que se respira aires de libertad; diría que se "masca" libertad, pues tal es la profundidad del cambio producido. Puedo asegurarte que el ambiente se ha purificado y que los bolivianos levantan la cabeza como no lo hicieron desde hace décadas".

La gigantesca manifestación del 21 de agosto vino a significar un apoyo macizo a la junta de Gobierno. Algunos, sin embargo, hicieron notar la ausencia, en parte, del obrero propiamente hablando y, agregaban que en las luchas de julio, tampoco estuvo presente con todos sus cuadros. En esos días la observación pasó inadvertida. Los partidos se mantenían en la sombra y también los militares, a pesar de que el General Ángel Rodríguez, último ministro de Defensa de Villarroel, declarara, en su discurso de toma de posesión del cargo, que el Ejército no dispararía un solo tiro contra el pueblo y no saldría de sus cuarteles, lo que ocurrió y fue, sin duda, un factor importante en el triunfo del 21.

Lo interesante del levantamiento de julio vino a ser la ausencia de demagogia. El hecho de que el pueblo buscara la jefatura de la institución jurídica por excelencia: la Corte de Distrito antes que al caudillo, evidenciaba una cordura que no por efímera era menos significativa. Se dijo de aquél levantamiento que en él "nadie mandaba y todos obedecían". Ni saqueos, ni atropellos pasada la exasperación sangrienta y jamás excusable de los colgamientos. El 21 de julio fue un movimiento genuinamente de liberación, con visibles puntos de referencia: antimilitarismo, juridicidad, no violencia y, lo que volvíamos a comprobar: una marcada

.tendencia a marginarse del partidismo político. Reapareció aquí una fase del conflicto de generaciones surgido de la guerra del Chaco.

La gesta del 21 dio nacimiento a unas agrupaciones antes no vistas: las "legiones revolucionarias". El hecho merecía un cuidadoso estudio que, en ese entonces, nadie hizo, acaso porque las legiones eran un elemento de orden y de seguridad y eso bastaba. Estas agrupaciones de combate, constituídas casi simultáneamente con la revolución de julio, representaban la oposición al margen de los partidos aunque muchos de sus militantes pertenecían a una u otra tienda organizada. Fueron, al principio, una fuerza efectiva de orden, mas les faltó un liderazgo constante y resuelto para persistir y tomarse fuerza política, a pesar de la valía de sus jefes.

Por aquellos días tomaba proporciones un problema apremiante: el de los refugiados en misiones extranjeras. De un lado estaba el derecho de asilo político intangible y al que Bolivia siempre había respetado, del otro, un explicable aunque no justificable sentimiento de vindicta pública contra quienes habían gobernado insensibles al dolor ajeno. La controversia se prolongaba entre la Cancillería y las Embajadas. No se discutía el principio, pero se buscaba la excepción. Ante el peligro de violencias siempre posibles y después de alguna agitación periodística, con algunos amigos defendimos el buen derecho que supedita el delito común a la acción política y en vez de la quiebra del asilo deja en gobiernos extranjeros la decisión ante un pedido de extradición. El Ministro de Relaciones puso punto final a la polémica y otorgó los salvoconductos.

La junta, con Néstor Guillén primero y, después, con el doctor Tomás Monje Gutiérrez, fue un gobierno aferrado al precepto legal hasta donde se lo permitía su condición de régimen de facto, pero no fue un gobierno revolucionario. Esto constituyó su título de orgullo, pero resultó su debilidad. Las rectificaciones o enmiendas de fondo, que merecían haberse llevado a cabo, "para limpiar el camino", como alguien dijera, pesaron después sobre el gobierno constitucional que, por ser tal, tenía limitaciones impuestas por la ley. Además, la Junta no ocultaba su deseo de apresurar el proceso electoral. En aquellos días muy pocos analizaban estos aspectos de la inestable situación boliviana. La libertad existía como un hecho rotundo y era mucho pedir que se prestara oídos a los escasos profetas que vaticinaban calamidades. Transcurrido un mes, los grupos políticos, las legiones y los sindicatos empezaron a moverse, produciendo distanciamientos o buscando contactos. *En* carta a Alberto Ostria, de 29 de agosto, le informaba de estos primeros pasos, junto con algún comentario sobre mi persona:

"En estos últimos días y como era de esperarse, el PIR ha iniciado sus actividades. Es el partido del día y hay general curiosidad por ver cómo se desenvuelve. Ha resuelto ir a las elecciones presidenciales y legislativas con listas propias. Esto ha producido revuelo en otros círculos y algo de desconcierto. A mi me parece que hay algo de exageración en los temores que se exteriorizan por las actividades partidistas del PIR. Era menester que un partido tomara la delantera y el PIR lo ha hecho; pero esto no quiere decir, a mi juicio, que estén descartadas las posibilidades de entendimientos patrióticos entre todos los partidos democráticos, si ello es necesario. Yo no veo con inquietud el provenir inmediato, pues la hora maravillosa que vive Bolivia impondrá, seguramente, soluciones conciliatorias que signifiquen cohesión entre los bolivianos de bien para preparar el clima de futuras contiendas ideológicas. Desgraciadamente, debemos acostumbrarnos de nuevo a la libertad, y eso no se logra en pocos días".

En lo personal, le decía:

"No ignorarás que se viene citando mi nombre, junto con el de otros compatriotas, para una posible candidatura de conciliación. Es un simple rumor. Otros nombres son los de Héctor Ormachea, Enrique Hertzog, Aniceto Solares, Roberto Bilbao y, desde luego, José Antonio Arze, si el PIR decide, a la postre, ir solo. Yo mantengo la postura discreta de aquel que no busca honores. Como lo supondrás, el país ha sido desorganizado y anarquizado. Hay que reconstruir con paciencia, con técnica y con prudencia, sin precipitaciones que sería seguir los pasos de regímenes anteriores".

La iniciativa del PIR, alentado por su popularidad de esos días, vino a significar, en el hecho, la ruptura del Frente Antifascista, cargo al cual el PIR contestaba que su separación no descartaba acuerdos siempre posibles y que, mas bien, serviría para mover a todos hacia definiciones siempre saludables en una democracia. La candidatura de José Antonio Arze no era, pues una definición; en realidad era un tanteo o maniobra para medir fuerzas. Además, se aducía que el Frente tuvo siempre un significado revolucionario más que de cohesión política para una etapa de plena democracia. Pero en el Frente habían fincado muchos la ilusión de

una candidatura única, motivo por el cual increparon duramente al que la había desinflado. El doctor Enrique Hertzog sufrió, sin duda, un contratiempo con el alejamiento del PIR, ya que en su destierro de Santiago trabó amistad con Anaya y otros líderes de esta agrupación y sabía que le estimaban. A decir verdad, el PIR no rechazaba a Hertzog, hombre de bien sino al grueso de sus seguidores. Únicamente en las postrimerías de su gobierno, el Presidente Hertzog sufrió los ataques del partido de Arze.

Mi amistad con el jefe del PIR, que databa de Washington, y con sus lugartenientes durante nuestro exilio en Chile, hizo que esta agrupación buscara mi apoyo para la candidatura de José Antonio Arze. El 28 de agosto recibí la visita de Villagómez, joven al que llegué a querer sinceramente por sus dotes de inteligencia y su caballerosidad y cuya muerte trágica fue una pérdida para todos. Venía a verme en nombre de Arze y de Anaya para preparar una entrevista con éstos, siempre que estuviese yo dispuesto a aceptar la candidatura a la vicepresidencia. En un apunte mío de ese día, resumí así mi respuesta:

"Le dije que ello me era imposible, pues si mi nombre podía ser usado alguna vez, sólo sería para unir a los bolivianos y no para ir en una candidatura exclusivista de un partido. Le hice presente que, a mi juicio, Arze y sus amigos cometían un error psicológico al no propiciar una candidatura de paceño, y que si bien yo no daba transcendencia a este aspecto de la lucha política, entendía que el sentimiento del norte era acentuado sobre este punto después de las jornadas de julio. Le dije que más prudente sería para el PIR aceptar ir en cooperación con otras fuerzas para permitir la organización de un futuro gobierno de administración, de tregua política, de transición, período que beneficiaría mas al PIR que a otros partidos."

Dos días después redacté una nota sobre la candidatura aislada del PIR que hice conocer a mis amigos. Decía:

"Si el PIR va solo a las elecciones y llega al poder, se verá obligado a realizar, en forma bastante amplia y profunda, su programa de contenido social. y sus aspiraciones político-económicas de izquierda. Si no procediera así, se desacreditaría en pocos meses y perdería gente y prestigio. Pero si se comportara en el otro sentido, también se desacreditaría pronto por el hecho simple y visible de que el país no está en condiciones políticas, económicas, financieras y técnicas para dar paso y hacer fructificar proyectos avanzados de tipo socialista, y los fracasos serían desastrosos para el PIR. De otro lado, sería extraño que Bolivia fuera punta de lanza de un régimen socialista, sola y sin apoyos, rodeada de vecinos recelosos los unos de los otros, y recelosos del "vecino-nuclear" o tierra de contactos.

"Lo mejor para el PIR es prepararse, entrenar a sus dirigentes y crecer. Formar parte de un gobierno de transición o de realizaciones prudentes en materia social y económica, y mantener siempre a la vista de sus bases la esperanza de futuras conquistas. El mejor modo de disminuir al PIR es empujarlo a que vaya solo al gobierno".

Vino a dar nuevos impulsos al acomodo de candidaturas el rechazo que Héctor Ormachea Zalles hizo de la que le ofreciera el Partido Liberal. Hombre de convicciones profundas y de una integridad ejemplar, era difícil suponerle en componendas con grupos de opuesta ideología para alcanzar una nominación comicial. Siempre entendí que el nombre de Ormachea fue tachado, por algunos que propiciaban una posible combinación electoral, porque se sabía que era hombre de principios. La repulsa honraba al ilustre Rector de la Universidad. y si hubo cierto veto de varios genuinos y saavedristas, fue contrariedad que nunca amargó su recio espíritu de luchador. Auténtico representante de la intelectual boliviana, pudo ser el Presidente de la Junta, mas prefirió inclinar su influencia, todopoderosa en la tarde del 21 de julio, para que fuera designado el Presidente de la Corte Superior de Justicia. Un escrúpulo moral, más aun, una lealtad poco común al compromiso de honor adquirido por los miembros del Comité de maestros, estudiantes y obreros, la noche de la pedrea a la casa universitaria, para no sacar provecho personal de la revolución ya decretada, hizo que fuera fugaz, aunque decisiva, su presencia en el Palacio Quemado. El maestro regresó a su cátedra, declinando la invitación que le extendiera el doctor Solares para hacerse cargo de la Embajada en Lima. El caso de Héctor Ormachea Zalles era el triunfo de la conciencia sobre la humana ambición.

Para demostrar a Tiros y Troyanos que la situación continuaba delicada, fue menester que una poblada diera el incalificable y macabro espectáculo del día 27 de septiembre con los colgamientos de dos repudiados elementos del régimen caído y de un pobre extraviado que amenazara victimar al jefe de la Junta, ninguna excusa era válida ante la criminal venganza de las masas y ante la impotencia de las autoridades. Frente a estos actos bochornosos me pareció de urgencia apuntalar la posición del doctor Monje Gutiérrez. Con esto en mira,

propuse en reportaje de "Última Hora" del 29, que el distinguido patricio fuera llevado a la presidencia constitucional de la República. Omisión hecha de que el doctor Monje aceptara o no la candidatura, pensé que mi sugestión suscitaría alrededor del gobernante un movimiento general de apoyo, a mi juicio necesario en esos días. El partido Liberal coincidió con esta proposición. Durante una quincena la cosa metió bastante ruido hasta que unas declaraciones del jefe de la Junta desbarataron la iniciativa. Y como yo había hecho pública la idea de aquella candidatura, juzgué oportuno congratular a don Tomás Monje por su ejemplar desinterés. El 14 de octubre le manifesté, por carta, que "su decisión de alejarse, una vez cumplida con dignidad su alta misión en la jefatura de la H. Junta de Gobierno, es de significación histórica por el grande precedente que marca, y por lo que importa ratificar procedimientos hasta aquí seguidos".

En su mensaje, el Presidente de la Junta (12 de octubre) al declinar la candidatura, insertó esta verdad tantas veces ignorada: "No quiero, por otra parte, quebrantar la promesa que hice al país, prolongando indefinidamente mi presencia en el Gobierno, dando insensiblemente margen a la entronización del caudillaje, y a la equívoca imprecisión de ocultar ambiciones desenfrenadas, cercanas al absolutismo, que han pervertido nuestro dominio republicano".

Descartada así la idea de una candidatura única y faltando bases de entendimiento entre los que venían auspiciando mi nombre, en estos párrafos confié mis inquietudes a Ostria Gutiérrez en carta de 20 de Octubre:

"Políticamente hablando, el país se encuentra un tanto desorientado. Sin embargo, esto obedece más a un fenómeno de aflojamiento que a otra cosa. La libertad ha venido tan súbitamente y de modo tan amplio que existe una euforia general, unas ansias de hacer y de obrar, de decir esta boca es mía, de actuar y hacerse sentir. De ahí la confusión de voces y de actitudes. Pero si uno observa con más cuidado, llega a la conclusión de que todo el proceso va encaminado hacia un mismo rumbo: la reintegración jurídica de la nación con sentido eminentemente civilista. No soy, pues, de los pesimistas".

Y refiriéndome a mi caso le dije:

"Jamás he pretendido que me vengan a ofrecer una situación política en "bandeja de plata". Si yo hubiera seguido tu consejo y el de varios amigos, habría quemado mi nombre. Hay un ambiente de agudas susceptibilidades, de pequeñas rivalidades, de desconfianzas, y luego, de dimes y diretes, que obligan a quien no tiene ambiciones pero está dispuesto a servir, a proceder con altura, con cautela, con suma discreción. Tengo para mí que es necesario que el hombre de la conciliación, de la llamada fórmula única, debe nacer de una convicción y no de maniobras políticas y componendas".

Aunque el General Lanza había sido reconocido candidato de los liberales y Arze de los piristas, tenía esto un valor entendido. Ambos parecían estar dispuestos a descartar su nombre en favor de otro, de transacción, pero el problema surgía frente a la candidatura vicepresidencial. El PIR aducía que sólo le era dable aceptar una fórmula con otro líder que le concediese la vicepresidencia, pues de lo contrario sus bases quedarían con la impresión de haberse rendido a las derechas, con peligro de que surgiesen entonces los trotskistas, visto el debilitamiento pirista. Pero los liberales nada concedían. Si no presentaban "gallito", como dijera uno de ellos, tampoco aceptaban que los hiciera el PIR. No quedaba otro recurso que buscar, como para el caso presidencial, a un independiente que inspirase confianza. y así venía yo sugiriéndolo.

La susceptibilidad política crecía de punto. Los piristas insistían, por ser para ellos "cuestión de táctica de primera importancia", en que, si ellos no procedían primero a la proclamación de candidatos, lo efectuara una entidad apolítica, obrera o legionaria, pero no los liberales u otro grupo de derecha; además, el PIR debía ser el primero en adherirse a la proclamación independiente! A cambio de esa sutil combinación, los hombres de Arze y de Anaya estaban dispuestos a dejar de lado varios de sus puntos programáticos, convencidos, por otra parte, de que no bastaba ponerse de acuerdo sobre ciertas aspiraciones si no existían las condiciones para llevarlas a la realidad.

Los liberales, por encima de todo grandes señores de la política boliviana, aunque se fastidiaban por estas menudas exigencias, no las tomaban mayormente en cuenta. Faltaba, con todo, un medio para hacer más fructíferas las conversaciones entre los dos partidos que, por el momento, se valían, separadamente, de mi persona. Aunque logré mejorar las

condiciones de nuestro entendimiento, nunca pude formar una directiva común, como lo deseaba, con capacidad suficiente para borrar susceptibilidades y vencer ese eterno "veremos mañana" que alargaba las cosas, aminoraba los entusiasmos, aplazaba las iniciativas y anulaba tantas buenas intenciones.

En medio de mis conversaciones con líderes políticos y ciudadanos independientes sobre el problema presidencial, hízose necesario para mí difundir mis planteamientos básicos y programas de realizaciones que, desde luego, se venía pidiéndome con insistencia. Esto me llevó a publicar en "La Razón", de 10 de noviembre, un extenso documento que resultó el antecedente de mi postulación, y así los que propiciaban mi nombre y los que estuvieren tentados de hacerlo, sabrían anteladamente cuál era mi pensamiento político:

"El sentido de una candidatura de conciliación"

"Aunque la candidatura de un ciudadano apartidista a la presidencia constitucional de la República fuese proclamada únicamente por dos o tres partidos, aquél no podría considerarse candidato exclusivo de esos partidos y, más bien, debería dar a esa proclamación el carácter de una proposición que se somete a la soberana decisión del electorado, sin distinción de colores políticos, de tendencias y de clase.

"Y no cabría pensar de otro modo. Una candidatura apartidista pide ser colocada por encima de las usuales definiciones de partido, porque ella es, básica y fundamentalmente, candidatura de conciliación y de unión nacionales. No de otra manera es posible explicar por qué se recurre a un ciudadano no inscrito en partido alguno y, por consiguiente, imparcial con relación al juego natural, pero necesariamente delimitado de la competencia partidista.

"En consecuencia, aquel candidato iría a la primera magistratura, caso de recibir el voto de la mayoría del electorado, libre de compromisos unilaterales, aunque es obvio suponer que los partidos que le hubiesen prestado su apoyo, constituirían la base de su gobierno, base que, por otra parte, estaría asentada en un amplio espíritu de concordia que no excluiría el concurso de boliviano alguno, moralmente capacitado. En una palabra, sería el presidente de los bolivianos, y no el jefe de una combinación política por respetable que ella resultase, y con mayor razón si esos partidos fuesen de ideología dispar.

"Con todo, no bastaría, en modo alguno, que el acuerdo entre aquellos partidos y otras entidades que se adheriesen a su iniciativa, se limitase sólo al nombre de las personas escogidas para presidente y vicepresidente, ya que al hacerlo así se desconocería toda realidad política y se expondría al fracaso la estructura, también política, que mediante aquel acuerdo se creyese haber asegurado. El convenio en cuanto a nombres debería constituir la segunda fase del entendimiento entre las fuerzas combinadas; la primera sería, lógica e inexcusablemente, la concordancia de voluntades y de criterios sobre bases que definan el sentido de la buscada candidatura de conciliación y sobre puntos de programa que guarden relación con aquellas bases.

"Y esto es de tal importancia que, logrado un entendimiento como el sugerido, nada se opondría a que el candidato fuese el jefe de cualquier partido, toda vez que la anhelada conciliación emergería de ciertas definiciones políticas, y no de determinadas condiciones personales del supuesto candidato. ¿Y cuáles podrían ser esas definiciones políticas? Acaso las siguientes porque emanan naturalmente de cualquier entendimiento que persiga la conciliación y unión nacionales:

"I. Reconocimiento de que Bolivia se encuentra en un período de recuperación moral, política y económica y, por tanto, distinto de un período normal que permite el amplio y libérrimo juego del partidismo político, esencialmente alimentado de antagonismo y, en nuestro medio, personalista, agresivo e intolerante y, luego, capaz, en cualquier momento, de desquiciar la pacífica convivencia de la familia boliviana.

"Bolivia ha sido malamente sacudida desde la guerra del Chaco. Los resortes morales y las disciplinas jurídicas se han relajado y, desde hace diez o más años, reina la incertidumbre y la desconfianza generales y, como resultado, un enervante materialismo que no conoce de jerarquías, de perseverancia en el esfuerzo y de méritos, para lograr sus fines. La tragedia del Chaco ha venido a terminar en la tragedia de un gobierno de Logia Militar, régimen antidemocrático y antisocial porque menosprecia el concepto de responsabilidad y ahuyenta las moderaciones éticas. Ha sido una caída hacia el abismo y el 21 de julio es, inconfundiblemente, el primer día de la ascensión de Bolivia hacia su nuevo destino, hacia su

recuperación, después de la noche triste del Chaco y la lobreguez del despotismo aplastado en esa gloriosa jornada.

"El formidable levantamiento del 21 de julio demuestra que la etapa que ahora cruza Bolivia es de prueba y de transición, y se estaría en un error si se creyera que, por existir un clima de efectivas libertades, ha llegado el momento de alinear, frente a frente, a derechas e izquierdas y aun a grupos de derecha contra grupos de derecha y a grupos de izquierda contra grupos de izquierda, con resolución irrevocable de deslindar posiciones. Mal avisado estaría quien tal aconsejase. Esta etapa de recuperación, de otro lado, no importa un estancamiento; es apenas un alto en el camino del progreso para hacer acopio de fuerzas e ingresar, con paso firme y capacidad comprobada, a la próxima etapa, cuyo perfil ya se esboza en el universo a la luz de las transformaciones profundas que, en el campo político y en el económico, han traído las dos guerras mundiales, transformaciones que cada país debe adaptar a sus peculiares condiciones y a su idiosincrasia, evitando las imitaciones inasimilables.

"Y mirando de cerca el milagro de las jornadas de julio, nace natural esta pregunta: ¿de dónde ha surgido la inaudita violencia popular, esa santa cólera incontenible, ese heroísmo insospechado? La respuesta es, acaso, una sola: del fondo de un sufrimiento que venía acumulándose desde las horas crueles del Chaco y a través de diez años de inquietudes y vacilaciones y que floreció terrible en los treinta meses de la sangrienta tiranía. En ese sufrimiento hubo dolor de vencido y hubo también humillación. De ahí la furia incontenible de su estallido y la implacabilidad de su impulso. No fermentó en el pueblo paceño, y al decir paceño se tiene en mente a los miles de esforzados bolivianos de todos los centros de la República que viven en la ciudad de Murillo, ansia alguna de venganza ni de represalias. Lo que hubo fue, genuina y magníficamente, un sacudimiento de hombres libres que hacen justicia soberana para que nunca más se alce entre ellos el despotismo, el gobierno militar y el crimen político. Ese agosto sacudimiento vibra aun en las conciencias y todavía nos preserva de todo mal.

"Parece, pues, evidente que la presente etapa, se llame de recuperación, de reajuste general, de transición o de emergencia. Consecuentemente, exige métodos adecuados para enderezar rumbos, métodos apoyados firmemente en las libertades reconquistadas para siempre y que aporten la pacificación espiritual, la solidaridad en la obra común y el aplacamiento de los antagonismos políticos, pero que también signifiquen el imperio de la justicia en toda su majestad, ya que sin justicia, con sentido jurídico y con sentido social, no hay patria que valga, ni hombres que puedan vivir en paz y en concordia".

No transcribo a continuación los puntos programáticos que sugería en este documento porque ellos quedaban consignados en mi programa de candidato poco después. El documento de 10 de noviembre proseguía así:

"El presente comentario pretende alcanzar este propósito (estabilidad de un gobierno de conciliación), por cierto modestamente, y suscitar el interés político acerca de algo que es capital: no cabe concebir la idea de una candidatura de conciliación sin un previo acuerdo entre las fuerzas que la prohíjan, sobre el pensamiento dominante que explique y sostenga dicha idea y, por tanto, la haga viable en el terreno de las realizaciones políticas. El simple acuerdo sobre la persona del candidato es, en suma, un corolario de lo anterior. y aun más importante resulta el requisito si se considera que la acción parlamentaria, con relación a un gobierno de conciliación —que es, desde luego, un gobierno necesariamente de combinación política— debe ser paralela y coordinada entre quienes lo apoyen, so pena de introducir la anarquía y llevar al fracaso al gobierno que se quiere organizar como expresión de la solidaridad nacional. Un pacto entre los partidos concordes, aclararía toda duda ulterior y daría sentido de realidad a los buenos propósitos. Lo contrario sería edificar en el vacío."

Y terminaba con estas palabras el largo documento.

"La situación aun revolucionaria que impera hoy en Bolivia, demanda de los líderes políticos esta patriótica aproximación, que no es renunciamiento a principios aunque se acalle un tanto la exclusividad partidista".

Para mi, después del pronunciamiento del día 10, no cabía retroceso. Es así que, con fecha 9, tras breve meditación, decliné el ofrecimiento de Sir Herbert Emerson, exactamente al año del primero, en el que argumentaba haber "desaparecido las observaciones del caso anterior", y me pedía acompañarle, con el rango de Director Adjunto, en el manejo del Comité Intergubernamental de Refugiados, con sede en Washington, como había yo sugerido en mi

informe de Londres. Mi resolución de no alejarme del país después de tantas ausencias, hízome rehusar la importante función a la que se me llamaba y que más tarde me abriría sin duda las puertas a los altos cargos de las Naciones Unidas, ya que el Comité vino a formar parte de los organismos especializados de la entidad mundial. No sin cierta aprensión por el incierto futuro, transmití al noble amigo —que quiso defenderme contra mi propio gobierno— mi negativa en un largo y afectuoso mensaje.

Frente a esta bifurcación de caminos, escogí el del deber cívico y jamás me arrepentí de la decisión tomada.

Candidaturas

Desde mediados de noviembre, la actividad preelectoral tomó acelerado ritmo porque la nueva entidad, recién constituida entre saavedristas, genuinos y fracciones socialistas, colocóse a la delantera, proclamando a Enrique Hertzog, descartados ya los nombres de Waldo Belmonte y de Gabriel Gozávez. Una breve insinuación mía, en "Última Hora", sobre aplazamiento de la fecha de las elecciones aunque no de la transmisión del mando, no tuvo acogida. Las exigencias de amigos y simpatizantes se volvían perentorias, y la junta sólo anhelaba irse lo más pronto posible.

Con el fin de señalar un camino, entregué el 13 de noviembre, a José Antonio Arze y a Julio Alvarado, para conocimiento de sus partidos, un memorándum titulado "Cuestiones Previas", donde introducía ciertas previsiones que, desgraciadamente, fueron olvidadas:

"Una candidatura de conciliación, sostenida por dos o más partidos, impone ciertos acuerdos y pide determinadas aclaraciones sobre los siguientes puntos:

"a) Si están, aquellos partidos, dispuestos a concertar una alianza política, con proyecciones a la consiguiente acción parlamentaria o, sólo desean pactar un acuerdo electoral.

"Si se me preguntara mi opinión, bajo la hipótesis de ser yo ese candidato, diría que, en el segundo caso, difícilmente podría aceptar la honrosa invitación, ya que ella traduciría una patente contradicción con todo lo que he venido sosteniendo en conversaciones con amigos políticos y en mi comentario de prensa del domingo. ("La Razón", 10 del presente).

"Además, un simple pacto electoral, disminuiría sensiblemente las posibilidades de que tal candidatura y su esperada consecuencia, la presidencia, pudiesen realmente hacer obra de conciliación; ella estaría demasiado expuesta al juego contradictorio de los partidos que la sostuvieran y a una rivalidad permanente, nugatoria y enervante. Prácticamente, sería un caso de personalismo —entendimiento exclusivo sobre la persona— que todo aconseja no consagrar.

"Cabe suponer que los partidos, en este momento, estarían conformes con celebrar acuerdos políticos con relación a su actual y futura actividad. En este caso debiera corresponder a una comisión mixta, de pocos miembros, estudiar el tema y redactar sus conclusiones. Como antecedentes, pueden presentarse los programas de esos partidos, mi comentario aparecido en "La Razón" y el programa del Frente Antifascista de 14 de abril último.

"Me parece que, salvando escrupulosamente la ideología y los principios de cada partido, es posible concertar un cuerpo de declaraciones, a emitirse conjunta o separadamente por cada entidad, donde se condensarían los puntos generales de orientación, de propósitos y de aspiraciones que resulten comunes a todos, bajo la inspiración conciliatoria que, por otra parte, vendría a ser la base de la candidatura que se propicia.

"Estas declaraciones tendrían el sentido de fundamentos de la alianza y, por consiguiente, se referirían a puntos de derecho, a normas jurídicas esenciales y a ciertas definiciones políticas que, de modo positivo, signifiquen conciliación y, por tanto, recíproca moderación del exclusivismo partidista.

"Pero, aparte de tales declaraciones, sería necesario un acuerdo sobre puntos de programa mínimo. No se podría dejar librada a la sola iniciativa de cada partido, por lo menos en cuestiones de importancia, la acción parlamentaria que se viese por conveniente desenvolver. Una candidatura de conciliación y, más propiamente hablando, una presidencia de conciliación, demanda tal acuerdo, de modo que entre Ejecutivo y Parlamento haya la

correlación suficiente que permita emprender obra constructiva, en lo material, y obra de pacificación, en lo espiritual. Ha de ser fácil encontrar, entre los puntos programáticos ya consignados en los documentos partidistas y en mi comentario de 10 del presente, aquellos que sean susceptibles de recibir general aceptación y que sean, positivamente, de realización practicable, de beneficio nacional y de urgencia.

"Nuevamente, si se me pidiese opinión, en el caso hipotético de una candidatura mía, diría que sólo después de la concertación de aquellas declaraciones y de estos puntos, me sería dado aceptarla.

"b) Debería quedar bien entendido que, siendo la fórmula presidencial una de conciliación, no podría quedar restringido el nombramiento de dignatarios y de funcionarios a los solos miembros de los partidos que la prohijaran. En esto, la presidencia tendría cierta libertad de acción, sin que ello importase no buscar principal apoyo en esos partidos.

"c) Se presenta de tal modo grave la situación política, social y económica del país y está a tal punto disminuido el concepto de autoridad, que la cuestión de distribución de cargos ministeriales no puede prescindir de todos los partidos que han formado el Frente Antifascista. Debe haber una base proporcional al respecto. Podría indicarse la conveniencia de que los partidos Liberal, de la Izquierda Revolucionaria y de la Unión Socialista Republicana tuviesen dos carteras, cada uno, en el gabinete de esa anhelada presidencia de conciliación. Por lo menos así debería iniciarse la futura administración, con un gabinete de concentración.

"d) El pacto electoral (parte del pacto político sobre bases y puntos de programa), podría ser total o parcial. Parece más aconsejable que sea parcial, para ciertos distritos donde hay peligro de competencia inútiles. Empero, sería de gran ventaja hacer un examen conjunto y general de toda la situación electoral con el fin de asegurar mejor la mayoría parlamentaria.

"e) Convendría organizar un Comité de pocos miembros, número igual por partidos, que bajo la dirección del vicepresidente, por ejemplo, tuviese función de vigilar el cumplimiento de los acuerdos, allanar dificultades, adaptar la línea trazada a las circunstancias del momento, si fuere menester. Este Comité ocurriría ante el presidente en casos de divergencia y el fundamento de su razón de solidaridad política: la conciliación “.

No se logró lo aconsejado por mí y, durante mi corta campaña electoral aun contando con la amistad sincera de Lanza, Arze y Arduz, sintió se la falta de un organismo coordinador, de orden superior, entre los partidos y elementos que me seguían. Las dispares ideologías y, sobre todo, el miedo a perder adherentes, hicieron que la aproximación entre liberales y piristas y aun de acción social fuese obstaculizada de continuo.

El día 15, el Partido de la Izquierda Revolucionaria, después de reiterar que mantenía su independencia política en materia electoral y doctrinal en un “último esfuerzo para conseguir un período de tregua en la lucha entre los sectores de probada tendencia antifascista”, proclamaba nuevamente las candidaturas de Arze y de Ibáñez Benavente, pero proponía, en este orden, los nombres de Luis Fernando Guachalla, Félix Veintemillas o Roberto Arce para presidente. El voto finalizaba estableciendo que el PIR acordaría, por escrito, un programa con los candidatos. No era nueva esta forma de limitar candidaturas; entre liberales y pursistas se hacía lo mismo.

El 18 de noviembre, se puso fin “a las gestiones de conciliación”, según calificara la prensa a la Declaración del PURS, que acusaba a los liberales de planteamientos “antidemocráticos e inadmisiblemente impositivos”, porque deseaban circunscribir a sólo dos nombres la solución del problema presidencial. La Declaración concluía proclamando, una vez más, la candidatura de Enrique Hertzog, hecha ya días antes por las fuerzas fusionadas, y recomendaba al Consejo del Partido que procediera “a designar a un dirigente de la entidad, candidato a la Vicepresidencia”. No se admitía ya la cooperación con nadie.

A los otros sectores no les restaba sino apresurar sus decisiones. Fracasados los tanteos liberales del lado pursista, fueron abiertos conmigo. Existía, empero, en el campo liberal una sorda oposición por la presencia del PIR y otros núcleos de izquierda, lo que iría a ser una rémora en la campaña futura. Únicamente el prestigio de Lanza —y el temor de quedar solos— venció la resistencia, sin desbaratar, del todo, la rebelión en el ala conservadora del liberalismo y su parcial defección después.

Preocupado por estas disidencias, comuniqué mis inquietudes a Pedro Zilveti Arce, a quien casualmente encontré en el Prado. Me dirigí a él porque este empeñoso dirigente político, hallándonos ambos en Buenos Aires en mayo de 1945, díjome ser un convencido de la necesidad de aunar voluntades alrededor de un solo nombre, cuando llegara la hora de reintegramos a la patria. Recordaba una carta suya, de aquel año, en la que me decía: "Hay que ir a elecciones, fundamentalmente, del poder ejecutivo, con candidatura única. y al llegar a este extremo, le expreso categóricamente —subrayaba— que mi candidato para la presidencia constitucional es usted". Y más lejos agregaba: "Entre otros argumentos, por haber permanecido ausente de las luchas de banderío los últimos lustros y porque no se le puede tildar de extremismos de izquierda ni de estar al servicio de determinados intereses económicos nacionales o extranjeros. Oividirnos —afirmaba con acento de hombre de Estado— en las elecciones presidenciales, anularía todo propósito restaurador, porque la división entre civiles fomentaría las apetencias militares, que tenemos que considerar siempre latentes, o surgirían insospechadas pretensiones sobre la base de dar tiempo al tiempo para acabar con nuestros desacuerdos". El último párrafo de su carta de 26 de junio del 45, que no fue la única, contenía esta hidalga declaración: "Además, apasionadamente entregado, como me encuentro, al restablecimiento de la normalidad institucional del país, no quiero ver mermado mi fervor con la falaz interpretación de que busco privilegios personales o predominio de grupo, tal aconteció en las postrimerías del régimen Peñaranda".

Si bien Zilveti me había confiado, pocas semanas antes con esa franqueza que le caracterizaba, que él permanecía fiel a su idea de la candidatura única pero que su partido, al votar otra solución, obligábase disciplinadamente a desistir de su anterior propósito, me acerque a él porque me inspiraba confianza y le sabía hombre de sanos impulsos. Además, tenía presente mis conversaciones, en Santiago, con Enrique Hertzog, y una cariñosa carta suya, de Arica, ya camino a La Paz, en la que me declaraba esto: "Veo por la prensa que su nombre ha sido mencionado varias veces en el parlamento boliviano como jefe de la oposición, y me parece que poco a poco se irá imponiendo su figura como la del hombre sin tacha y sin ambiciones, alrededor de la cual se agrupará la ciudadanía". Y añadía generosamente: "Si usted toma con fe y decisión el cargo que le hemos dado y que a pesar de sus negativas (la espera del pronunciamiento en Bolivia), yo se lo ratifico sinceramente, y asumo la responsabilidad de mi partido en ello, tengo la esperanza de que pronto su nombre será una luz de esperanza". Y si bien es cierto que una vez en La Paz no fui buscado por ningún líder pursista, juzgué que estos dos ciudadanos y respetados amigos míos, con quienes deseaba hablar, eran los llamados a discutir conmigo la postrer posibilidad de llegar a la fórmula única. Zilveti Arce captó mi idea y para el día siguiente —esto debió ser el 21 de noviembre— me invitó a una cena en compañía del que habría de ser mi contendor.

La comida en mesa redonda sin cabecera, se desarrolló en un ambiente cordial. Yo propuse al doctor Hertzog, después de comentarios sobre la urgencia de unimos todos los bolivianos, que él y yo renunciáramos públicamente a nuestras candidaturas, explicando al país la intención desinteresada de ese gesto y, con la autoridad que ello nos daría, presentáramos conjuntamente cinco nombres a los partidos y agrupaciones cívicas que nos acompañaban para que eligieran el del candidato único.

El doctor Hertzog observó que, para él, venía a ser demasiado tarde mi proposición para ser considerada, ya que los compromisos adquiridos con sus correligionarios le reataban de modo insalvable pues su proclamación equivalía a un convenio de honor. Pedro Zilveti Arce hizo alusión a las ideas que prohiara en Buenos Aires, inclinándose ahora a pensar que ya no habían cambios tan radicales como los que yo sugería. No podía yo negar que mi demanda llegaba a deshora aunque no era imposible acogerla y, en consecuencia, no insistí. De esa reunión nació, sin embargo, el compromiso de llevar la campaña plebiscitaria con dignidad y altura. Hertzog y yo debíamos dar la muestra diaria de tal determinación. Ser contendores y no enemigos, como lo subyara yo. Zilveti fue el testigo de este pacto de caballeros.

Resueltas ya las dos candidaturas, fracasaron los esfuerzos de José Antonio Arce —siguiendo mis deseos— de lograr un compromiso escrito entre el candidato y todas las fuerzas que le apoyaban. Arratia encabezó (PIR) la corriente contraria, oponiéndose a todo entendimiento formal con lo que él llamaba las derechas. La controversia entre piristas llegó a la violencia verbal y casi a la ruptura de filas. En el campo liberal, sin aspavientos, se rechazaba también la idea de un convenio con la izquierda. Existía coincidencia en mi nombre y mi esbozo de programa, publicado el día 10. No negaba yo la sinceridad con que se procedía, pero advertía —y esto iría acentuándose a medida que transcurriera el tiempo— que la preocupación preferente de estos partidos era ganar bancas parlamentarias y que la candidatura presidencial venía después.

En una asamblea, convocada por el PIR el 22, fue proclamado el binomio Guachalla-Arce. La moción la introdujo la Unión Popular Libertadora, cuyo Secretario General, Pacífico Luna, era amigo de una lealtad a toda prueba. Firmaron el documento por la Acción Social Democrática: Gastón Arduz Egúía, Renft Ballivian, Miguel Guisbert; por la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia: Donato Flores Girona, Juan Quiroga Galvarro; por la Unión Popular Libertadora: Pacífico Luna, Arturo Vilela, Coronel Santalla Estrella; por el Partido de la Izquierda Revolucionaria: José Antonio Arce, Ricardo Anaya, Alfredo Mendizábal.

Entrevistado por "La Razón", reiteré lo que vendría a ser el *leitmotiv* de mi campaña: "organizar un gobierno de conciliación y unidad nacionales, con el fin patriótico de que Bolivia con la ayuda de todos sus hijos, se recuperara de los males que había sufrido durante el pasado régimen". y concluí con este párrafo con el cual cumplía, de mi parte, con el pacto de caballeros de días antes: "Ingreso a esta campaña política libre de prejuicios y sin el menor asomo de soberbia. y voy con tan amplio espíritu de bolivianismo, que en mi primera declaración quiero hacer referencia a mi buen amigo el doctor Enrique Hertzog, candidato de otro respetable sector de opinión, hombre patriota que honra a sus conciudadanos. No existe ni existirá entre nosotros lucha y sí una competencia cívica, elevada y ejemplar".

No me referí, en este reportaje, a Roberto Arce porque amigos comunes ya me habían informado que rehusaba la Vicepresidencia, lo que vino él mismo a confirmarme al día siguiente, restando a la fórmula lanzada el concurso valioso de un prestigioso líder de los social-demócratas.

No fue difícil el entendimiento con los líderes piristas, social- democráticos, liberales después y los personeros de las entidades cívicas y obreras, por haber éstos reducido considerablemente sus demandas. Se tomó como base mi exposición del 10 de noviembre y mi programa política que, revisado, acababa de enviar a la imprenta. Descartada quedaba la alianza entre las fuerzas que irían a apoyarme, pero se había logrado impedir la división, a mi juicio inoportuna, entre derechas e izquierdas, en esta etapa de transición en que vivíamos. Juzgando este momento histórico, decía "La Razón" entre otras cosas, en su editorial del 23:

"Algo más de cuatro meses han sido necesarios para que las fuerzas políticas fijen posiciones definitivas para la próxima elección presidencial y parlamentaria. Tal vez es posible afirmar que ha sido el país mismo el que ha precisado este lapso para recuperar el pleno ejercicio de sus libertades democráticas y adoptar una orientación definitiva". Y refiriéndose a mi declaración sobre la personalidad de Hertzog, la celebraba con este comentario:

"El país puede felicitarse porque los dos ciudadanos que reclaman para sí el honor y la responsabilidad que significa aspirar a dirigir sus destinos, están animados de tan alto espíritu. Es con tan buenos auspicios que se inicia una campaña que está llamada a constituir —así lo espera y lo desea el pueblo todo— paradigma de altísimas virtudes democráticas y auténtico patriotismo".

Subsistía todavía un punto débil en esta presentación de mi candidatura, la de Roberto Arce a la Vicepresidencia. Fue en medio de esta preocupación que Arce me anunció su visita con Juan Lechín. En unas anotaciones de esa época, dejé estampadas estas impresiones mías sobre este encuentro (23/11/46):

"Esta tarde conocí a Juan Lechín. Lo trajo mi amigo Roberto Arce y vino junto con Numa Romero, y otro señor, cuyo nombre no retuve. Hablamos media hora. Sin tapujos dí a conocer al líder minero mi modo de ver las cosas y lo errado que parecía estar acerca de mi persona. Le hice conocer aspectos poco divulgados de mi misión en Washington y lo de la misión Mcgruder a Bolivia.

"Lechín me expresó que, indudablemente, estaban mal informados. Fue cordial y me confesó que muchos políticos les hacen sinnúmero de ofrecimientos y después olvidan sus promesas y aun contradicen la palabra dada. Le respondí que nada les ofrecía pero que podía asegurarles que siempre estaría dispuesto a ayudarles, a escucharles, pues hablando se entienden los hombres; agregué que en Bolivia parece ser un vicio el evitar los diálogos. Cada parte se queda con su pequeña verdad y de ahí nacen los malentendidos.

"Tocamos lo de la Vicepresidencia de Roberto Arce. Manifestó éste que aun seguía en su posición de ayer, no inclinado a aceptar aunque no había llegado a una conclusión final, y

subrayó que no había sido invitado oficialmente. Tampoco lo había sido yo, aclaré, pues sólo tenía noticia verbal.

"Lechín expuso que él y sus amigos no aceptaban el concepto pirista de la unidad nacional, pues era contrario a sus principios. Le repliqué que todas las ideas son respetables y que, a mi juicio, esta aparente diferencia principista sería susceptible de entendimientos si llegásemos a conversar a fondo y sinceramente. No pareció interesarse en penetrar el punto.

"Habló Numa Romero, a quien también recién conocí. Hizo recuerdos de mi padre, amigo de don Lino. Comentó partes de su programa publicado hacia algunos días. Le informé que no diferíamos mucho, pero que él, a mi entender, acentuaba un marxismo fuera de realidad por excesivamente teórico; le dije que había tomado buena nota de su coincidencia respecto a mi idea de que estábamos en un período de transición política que justificaba una candidatura de Unidad nacional y conciliación.

"Roberto Arce, dirigiéndose a Lechín y sus acompañantes, les expresó que debía tener absoluta confianza en mí y mis actos e hizo un bondadoso elogio de mi persona. Al agradecerle, manifesté a mis oyentes, devolviendo la alabanza, que en vez de un hombre al que brindaren su confianza, podrían tener dos; que en Roberto contarían con su mejor personero en el Gobierno. Lechín objetó que lo de Vicepresidente era una función sin importancia, sin autoridad y sin actividad efectiva. Le repliqué que eso dependía de la persona y, en el hecho, del binomio mismo, una vez que se trataba de una labor delicadísima de enlace entre el Ejecutivo y el Legislativo, la que, políticamente, era de capital importancia si se quería asentar debidamente un régimen democrático y no autoritario.

"Mi impresión: no aceptan, en particular Lechín, que Roberto Arce vaya a la Vicepresidencia y esto —se me ocurre— no por el hecho en sí mismo sino para retener a su lado a un hombre de apellido ilustre, de influencia y que juzgan un líder de su causa y aspiraciones que ya se perfila nítidamente. Roberto no parece tampoco asequible a la nominación, tal vez por no perder este significativo apoyo minero que lo juzga importante y decisivo —como que lo es— y que le dará más de una carta-triunfo en el futuro, si sabe conservar su predominio sobre ese sector.

"Lechín se presenta como un hombre seguro de sí mismo, diríase forzado. Exhibe cierta suficiencia aunque se explica con sencillez; por joven demuestra carencia de ductibilidad. Con todo, revela al individuo que tiene una meta acorde con sus intereses y que no se dejará fácilmente vencer".

Horas después de esta entrevista, nuevamente con Roberto Arce y en presencia de José Antonio Arze y Álvaro Bedregal, le ofrecí al primero la candidatura a la presidencia, estando yo dispuesto a acompañarle de Vice. La oferta quedó pendiente. El gesto sorprende al jefe del PIR y a su secretario, que guardan silencio. Al día siguiente, conforme lo convenido, visité a Roberto Arce. Termina rechazando la invitación con palabras de cordial afecto.

El 26 de noviembre, Roberto Arce declinó oficialmente la candidatura a la Vicepresidencia. En carta al Partido de la Izquierda Revolucionaria puso la explicación de fondo de su actitud en la siguiente frase: "De otro lado, pesa fundamentalmente en mi ánimo el hecho de haber negado los trabajadores mineros su apoyo a la fórmula del Dr. Guachalla, creo de mi deber ser consecuente con el sector que, de tiempo atrás, me ha distinguido con su confianza". En mis apuntes de esos días puse lo siguiente. "La excusa de Arce es legítima. El joven líder de los social-demócratas tiene derecho, nadie le discute, a preservar la confianza y el apoyo de un importante sector obrero. Esto es lealtad. Falta ver si en el transcurso del tiempo, habrá igual lealtad de la otra parte".

El problema volvíase agudo. Hacíase indispensable una revisión de las bases de nuestros entendimientos políticos, amenazados por una triza dura inquietante. Entrevistado por "Última Hora", di a conocer estas conclusiones a las que llegué después de algunas consideraciones:

"1° Que la renuncia del señor Roberto Arce fractura la fórmula de unión nacional y es más grave de lo que se piensa, puesto que ya no se trata aquí meramente de personas, sino de la corriente de opinión que ese nombre atraía al binomio de conciliación.

"2° Que los complejos problemas de orden económico y social, agudizados por la reciente crisis minera y la atomización creciente de las fuerzas de opinión, imponen un nuevo

estudio general de la situación política, buscando —como he sostenido desde el primer momento— soluciones, no a base de personas sino de principios".

Mis declaraciones causaron más de un disgusto que vino a acentuar el editorial del diario que dirigía Jorge Canedo Reyes, el de mi reportaje, aparecido el día 27. El comentario de "Última Hora" estaba en lo real cuando sostenía, entre otras cosas, lo siguiente:

"...frente al grave planteamiento moral y realista hecho por el Dr. Guachalla, corresponde a los jefes de Partido y agrupaciones cívicas que suscribieron el acuerdo de conciliación, resolver francamente el dilema: o se va a un pacto electoral y gubernativo de verdadera unión nacional, sobre bases firmes y concretas que todos respetarían lealmente, en las urnas, en el parlamento y en el juego político en todas sus modalidades; o se declara la artificiosidad de ese acuerdo y se va a la verdadera definición política, planteada ya por "Última Hora": la agrupación de la ciudadanía en dos grandes sectores: izquierdas y derechas".

Era precisamente esta definición —raíz de seguros antagonismos— la que, a mi entender, convenía evitar si se deseaba dar al país un período de tregua saludable. De ahí que yo no abandonaba la lucha, pero insistía ante Lanza, Arze y Arduz sobre la necesidad de concretar nuestros entendimientos políticos. Lo que existía, y lo dije y lo repito, era la "coincidencia" sobre el nombre y el programa. Yo buscaba algo más sólido pero mis esfuerzos parecían no llegar a parte alguna. Discutiendo los alcances del editorial de "Última Hora" con estos amigos, decíales que no nos era posible callar las diferencias con tal de llegar al poder y "maniobrar" después, como algunos aconsejaban. Todo lo contrario. Me daban nuevamente la razón y aceptaban revisar la situación cambiante, particularmente la ausencia del apoyo minero.

Nos acosaba, de otra parte, la urgencia de encontrar un candidato a la vicepresidencia. Igual cosa ocurría al PURS. Con mi beneplácito, algunos piristas lanzaron el nombre de Enrique Finot, mas una inmediata oposición de los liberales, de que tuvo noticia este gran amigo, hizo imposible contar con su concurso. También del sector pirista vino la sugestión de invitar a Mamerto Urriolagoitia, que el PURS luchaba por conquistar, pues se recordaba que en la convención de 1944, había votado por José Antonio Arze, declarando al depositar su papeleta que él sólo podía votar por un demócrata. Fueron los social-demócratas los que rompieron el impasse, presentando el nombre del ilustre Rector de San Francisco Javier, Guillermo Francovich. El 28, por telefonía inalámbrica, Arduz comprometió la desinteresada colaboración de aquél. La satisfacción de todos fue sincera; se nos quitaba un peso de encima.

El 28, el Partido Liberal formalizó su invitación. En el voto que me remitió se decía que la "designación recaída en persona ajena al partido, no implica pacto ni alianza con ningún otro partido político, ni tampoco transacción alguna de los principios doctrinales, manteniendo invariables sus normas de ideología política". No era otro el lenguaje del PIR o de Acción Social Democrática y de cada una de las agrupaciones o Legiones. Había como un temor de parecer tráfuga o de perder adherentes y la razón de partido o de bandería ofuscaba la mente, pero todos hablaban de unidad, de conciliación, de tregua política.

El 30 reuní a los tres jefes: Lanza, Arze y Arduz y obtuve su aprobación sobre mis "Puntos de Acuerdo" que, si bien no eran un pacto solemne, significaban un entendimiento librado a la buena fe.

Estos eran los "puntos" principales:

"Entendimiento electoral. Los tres partidos, de modo confidencial, harán un estudio general de sus listas de candidatos a diputados y senadores con el triple objeto de: a) evitar que por ir unos en contra de otros, obtenga la victoria el adversario; b) asegurar, unidos, una mayoría parlamentaria; c) aminorar, en todo lo posible, los motivos de choque que puedan debilitar la candidatura de unidad y conciliación. En este entendimiento, se aplicará el principio de la reciprocidad.

"Entendimiento político. Quedaba aceptado que, sobre la base de la aprobación de la Declaración y Programa del candidato, y por nota separada mediante comunicación directa entre el candidato y cada uno de los jefes de los tres partidos, se dejará establecido que el respectivo partido asumirá sus consiguientes responsabilidades de gobierno, tanto en su concurrencia a la formación del Gabinete, como en su acción parlamentaria. Esto no implica quebranto alguno doctrinal para ninguno de los tres partidos, pero si una coordinación disciplinada en la labor de gobierno (Ejecutivo y Parlamento), sobre la base del Programa y

Declaración del candidato. En el Gabinete habrá representación proporcional de los tres partidos, quedando entendido que tres carteras, por lo menos, se considerarán como técnicas y su provisión dejada al criterio del presidente (Gobierno, Hacienda, Defensa). También queda entendido que el presidente tendrá plena facultad para constituir un Gabinete de concentración nacional si así lo aconsejaban las circunstancias.

"Comité de los tres jefes. Queda aceptado que los jefes de los tres partidos o sus sustitutos, deberán constituir, sin necesidad de pacto especial un comité encargado de velar porque la fórmula de unidad y conciliación, ya en el gobierno, se desenvuelva acorde con el espíritu del entendimiento. Toda divergencia o amenaza de divergencia, será estudiada por este comité, el que, asimismo, podrá conocer los proyectos de leyes y otras cuestiones importantes que requieren de este examen previo con el fin de mantener la unidad. El Comité armonizará criterios, limará asperezas y recurrirá ante el Presidente, en casos de conflicto en su propio seno, recabando su arbitraje.

"Legiones Cívicas. Aunque las legiones cívicas, organizadas por los revolucionarios de Julio, no constituyen partido político, debe tenérselas en cuenta como fuerza de opinión y asegurar su concurso, procurando interpretar sus aspiraciones en todo lo que esté acorde con la Declaración y Programa de Gobierno del candidato. Es aceptada su participación en el gobierno si fuere necesaria".

Quedó, pues, sellada mi candidatura a la Presidencia de la República. A la invitación de los tres citados partidos y de la legión Unión Popular Libertadora y de la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia, se sumaron, en pocos días, la Agrupación Socio-Cultural Interamericana de Mujeres, que presidía doña Etelvina Villanueva; la Legión Revolucionaria 21 de Julio, con Humberto Mendizabal de Secretario General; la Acción Civil Revolucionaria que encabezaba Numa Romero, líder con ambición y sentido políticos; la Agrupación Democrática Revolucionaria de ex-Combatientes, guiados por Rafael Salinas y Luis Betancourt; la Mujeres Bolivianas de Izquierda con doña Paz Nery Nava; la Unión Nacional Femenina presidida por doña Emma Alina Ballón de Córdova; la Agrupación Socio-Cultural Femenina Boliviana, dirigida por doña Esther R. de Mariaca, y las secciones femeninas de la Legión 21 de Julio y de la Unión Popular Libertadora, que servían con abnegación doña Esperanza de Borda y doña Enriqueta Ruiz, respectivamente, y no faltaron las proclamaciones de centros regionales.

Para los hombres del PIR, fuerza agresiva y disciplinada entonces en su apogeo, el binomio Guachalla-Francovich significaba una coincidencia de partidos e instituciones con una fórmula que garantizaría el cumplimiento de la etapa "democrático-burguesa", —según lo subrayaba Ricardo Anaya— "dentro de la cual el PIR planteará, en cada momento, las conquistas socialistas susceptibles de conducir los a la victoria". Estas declaraciones de Anaya traducían la tesis que los dirigentes de ese partido habían sostenido en Santiago. Bolivia, a juicio de ellos, no estaba preparada para asimilar reformas de avanzada, no estaba lo suficientemente industrializada para dar paso a transformaciones sociales de fondo. La etapa democrática, de tipo liberal más que socialista, debía perdurar por años todavía, pero, y en esto radicaba el punto básico del PIR, era menester garantizar, al mismo tiempo, el efectivo y pleno imperio de la libertad política, dentro de la ley, lo que, a la larga, estaban seguros, daría el triunfo a las fuerzas de izquierda. Era la tesis de Harold Laski. Fue esta posición, lógica a la vez que prudente, la que me indujo a seguir con el PIR un camino paralelo, en busca de una más amplia democracia y de ciertas renovaciones que hacían falta.

En esos primeros días de diciembre conocí físicamente a Guillermo Francovich. Por cartas y comunicaciones oficiales habíamos mantenido contacto a través de los años, llegando a la recíproca estimación. Al verle y escucharle, comprendí que se podía confiar en él en forma absoluta, lo que no tenía precio. Su claro talento, su amplísima cultura ennoblecida por la modestia, su acrisolada honestidad y su sencillez le hacían un asociado ideal. De otro lado, representaba a Chuquisaca y, acaso más importante aun, al mundo universitario de Bolivia. Su lado flaco —como el mío— estaba en un apartidismo. Esto nos señalaba ante el electorado, al decir de interesados comentarios, como dos novicios que jamás se aclimatarían al ambiente de nuestra turbulenta política. Francovich y yo no descontábamos que tal podía suceder, pero creíamos que era inexcusable el sacrificio que se nos pedía. Para nosotros, no cabían aquí titubeos, aunque la aventura se perfilaba incierta.

Yo me presenté ante mis conciudadanos con una Declaración y un Programa políticos, resumen de ideas anteriormente expuestas. Lo básico resultaba el precepto moral, el marco severo de nuestro sistema jurídico. Lo demás había de atenderse conforme a nuestras posibilidades económicas y técnicas. Así, el ángulo material que alimentaba nuestra vida

colectiva se asentaba en la norma espiritual que, sin mayores pretensiones, había introducido en mi Declaración. Y, en todo esto, por cierto que me acompaña el ejemplo de mi padre, en su Programa de Gobierno, de 1908, declaraba él:

"No prometo sino lo que sea de posible realización, en mi estrecho plazo del mandato, a la medida de los recursos del País, sin comprometer nuestro naciente crédito en operaciones fantásticas, y dentro de estos principios fundamentales, que serán el eje sobre el que ha de girar mi administración: Vías de comunicación, Instrucción Popular, Unidad nacional". Más lejos, en su Programa, mi padre hacía esta profesión de fe: "Y como la patria es de todos, y todos tienen el deber y el derecho de tomar parte en los negocios públicos, ninguno de sus hijos puede negarle sus servicios, en el Gobierno o en la oposición, porque "la Patria es como Dios: todo le debemos a ella y ella nada nos debe a nosotros".

Mi padre había luchado mucho por la libertad de prensa. En su Memoria a la Convención de 1899, buen compendio de su esforzada labor, había estampado estas frases que nunca olvidaba:

"No se concibe un pueblo libre si no puede hablar todos los días bien alto y aun con la vehemencia y exaltación propias de sus nobles propósitos o de sus febriles apasionamientos, en esa lucha incesante, pero necesaria, de ideas y opiniones, que se disputan el predominio político y social. Los pueblos que enmudecen, carecen de todo derecho; no tienen ni el de quejarse; y no merecen el respeto de los demás, porque su silencio los hace esclavos. La palabra hablada o escrita debe ser tan libre como el pensamiento, que abarca el infinito; como la conciencia, que no tiene más correctivo que la conciencia misma. Sólo así la tribuna y la prensa pueden ser los grandes motores del bienestar y progreso de los pueblos, los celosos guardianes de sus derechos y garantías, y la base sólida del orden público".

Se me excusará aquí no silenciar una bella lección de tolerancia que diera mi padre al señalar, en una carta política de 12 de diciembre de 1907, la pauta que era menester seguir durante los meses venideros de su actividad comicial, y últimos que fueron de su vida. A la distancia de varias décadas, mi padre -viéndome yo en trance igual- parecía aconsejarme con sus palabras de otrora:

"Para sostener con éxito nuestro programa, debemos sujetarnos, en la prensa, a estas reglas invariables: Discusión serena sobre asuntos de política general y cuestiones de interés nacional sin referirse jamás a las personas sino a las ideas; comentario razonado de mis propósitos y actos políticos, cuando sea preciso; respeto al adversario; tolerancia con los exaltados; silencio absoluto para las injurias personales que se me dirijan. Sobre estas bases —concluía ese espíritu superior— levantaremos la prensa libre dentro del derecho propio y ajeno, a fin de suavizar las asperezas consiguientes a toda lucha electoral".

Durante mi campaña, la inspiración que me venía de mi padre en trance igual, constituyó para mi un poderoso aliciente para no desfallecer en el cumplimiento del deber, colocando a Bolivia siempre, por encima de toda ambición y de todo interés personal.

Declaración y Programa de Gobierno

Había llegado el momento de dar a conocer mi Declaración y Programa de Gobierno, cuyo contenido iba a servir, necesariamente y hasta donde lo permitiera la imperfección humana, de compromiso entre el candidato y los que le apoyaban. Impreso este documento el 1° de diciembre, corresponde reproducirlo aquí en su integridad:

"Declaración"

"I. Reconocimiento de que Bolivia se encuentra en un período de recuperación moral, político y económico, lo que impone:

a) En el orden moral; el restablecimiento del principio de autoridad con rigurosa sujeción a la Constitución y a las leyes, esto es, el restablecimiento de la Ley y la dignificación de la función pública. El imperio del Derecho y el culto a la Justicia.

b) En el orden político: la introducción de un período de pacificación en la libre competencia partidista, con el fin de dar efectividad a un programa mínimo de un Gobierno de conciliación y de unidad nacionales; la implantación del principio de la tolerancia en el terreno de la controversia política; el formal reconocimiento de los derechos y libertades que la

Constitución otorga a todos los partidos democráticos, a las organizaciones sindicales, obreras y campesinas y, en general, a toda entidad legalmente constituida.

c) En el orden económico: el severísimo cercenamiento de los gastos públicos; obras públicas únicamente de naturaleza reproductiva; reajuste de sueldos y salarios, cuando haya lugar, por vía legal y acorde con la capacidad económica de la colectividad, en su caso; poder regulador del Estado en la organización económica del país.

"II. Profesión de fe democrática, opuesta a todo totalitarismo y a todo gobierno que se maneje por logias o asociaciones secretas. Efectiva realización de las cuatro libertades proclamadas por el Presidente Roosevelt, las que envuelven el respeto a la vida humana y a la dignidad del hombre, con sentido hondamente cristiano. Definición positiva de la libertad, lo que apareja igualdad de oportunidades para todos, según sus méritos.

"III. Correlativamente, repudio a todo sistema de violencia, de coacciones y de modos totalitarios, en la conducción de los negocios públicos o con referencia a ellos, de parte de gobernantes y de gobernados, de dirigentes políticos y de conductores de opinión. No intervención estatal en el régimen sindical. Vigilante patriotismo contra todo peligro totalitario y permanente acción preventiva, ajustada a derecho.

"IV. Reconocimiento formal de los derechos de la oposición política y de la libre crítica, impresa u oral, por constituir su honesto ejercicio una función pública de naturaleza constructiva, aparte de su esencia democrática.

"V. Procurar, por todos los medios acordes con la capacidad del país y su régimen jurídico, la independencia económica de Bolivia, especialmente en el capítulo de sus abastecimientos de materias alimenticias, y la debida protección a las riquezas del subsuelo para beneficio de la colectividad.

"VI. Apoliticismo del Ejército, lo que implica su dignificación democrática; afirmación de su espíritu de institución técnica y especializada, que se rige por un severo código de honor, dedicada a las exclusivas funciones que le señala la Constitución.

"VII. Reafirmación de los derechos y garantías fundamentales de la personalidad humana, y de aquellas que emanan de los regímenes social, económico y financiero que consagra la Constitución Política de 1945.

"VIII. Política internacional esencialmente boliviana y en armonía con los pactos panamericanos y la Carta de las Naciones Unidas, apoyada básicamente en el arbitraje obligatorio, la seguridad colectiva, la igualdad jurídica de los Estados y la Justicia Internacional. Reintegración marítima de la República por la vía pacífica y en tratos directos. Acatamiento a la política del Buen Vecino, si es respeto mutuo en el campo jurídico, solidaridad en el campo político y cooperación, sobre base de equidad, en el campo social y económico.

"IX. Inflexible moralidad administrativa; respeto a la jerarquía y al escalafón. Honestidad, capacidad y dedicación para merecer cargos públicos.

"X. Preservación de la autonomía administrativa; restablecimiento de la autonomía educacional y del Consejo Nacional de Educación.

"XI. Política orientada hacia la protección del obrero y del campesino, y al mejoramiento de sus condiciones de vida, particularmente en los aspectos alimenticio, de vivienda, de salubridad, de educación y de seguro social. Fomento del cooperativismo en el país, especialmente en los centros mineros y agrarios.

"XII. La materialización de todo programa de gobierno está en relación directa con las posibilidades de crédito y la capacidad de trabajo, económica y financiera del país. Conservar saneado el crédito público; mantener la estabilidad de la moneda y de los precios, procurando el abaratamiento de éstos; remunerar apropiadamente el trabajo para su mejor rendimiento; nivelar el Presupuesto; cancelar los gastos supérfluos; estimular la producción industrial y agropecuaria, con facilidades y garantías adecuadas, extensivas al comercio nacional; mejor y más equitativa distribución de la carga impositiva; regular la política crediticia con miras al fomento de la producción y de los transportes, son las condiciones esenciales, entre otras, que pueden asegurar la ejecución de un programa de realizaciones bajo el poder regulador del Estado.

Programa

"I. Impulso a fondo de la educación popular e indígena, esta última en su medio campesino, dedicando a este programa trascendental un porcentaje importante de las rentas y economías disponibles del Erario. Alfabetización y capacitación de las masas para la producción. Construcción de locales escolares.

"II. Dignificación de la carrera judicial y la del magisterio, revisando, con criterio de equidad, las condiciones económicas en que se desenvuelven.

"III. Restablecimiento del poder municipal, cuya constitución sólo debe emanar del sufragio libre.

IV. Política de fomento industrial y agropecuario, otorgando facilidades y garantías adecuadas, en el marco de la conveniencia política y social, a capitales privados, nacionales y extranjeros; fomento de sociedades mixtas con este fin. Política de créditos con fines exclusivamente reproductivos o de beneficio social. Aumento de la producción y su estímulo, como medio de abaratar el costo de vida; saneamiento del crédito del Estado y de la moneda. Economía regulada por el Estado, que no excluye la libre competencia ni la libre iniciativa, encuadradas a la ley y sin sentido monopolista. Abolición de gastos reservados.

"V. Política de fomento de vías de comunicación, camineras, ferroviarias, aéreas y fluviales, sobre la base de rutas troncales con sentido nacional. Concentración de recursos para las obras camineras de carácter departamental. Atención preferente a la vinculación del Oriente con las zonas andinas y subandinas, con el fin de apresurar el ritmo de su progreso industrial y agropecuario.

"VI. Educación política y administrativa de la clase trabajadora mediante su participación, con representantes calificados y responsabilidad propia, en organizaciones estatales. Misiones obreras al exterior en contacto con las representaciones diplomáticas de la República.

"VII. Creación de un Consejo de Economía Nacional que organice la producción, la distribución y el consumo nacionales, con representantes del Estado, de la industria, de la agricultura, del comercio y de la clase trabajadora.

"VIII. Revisión de las condiciones en que se desenvuelve la Corporación Boliviana de Fomento, con miras a su mejor rendimiento, especialmente en el capítulo caminero y el agropecuario, y la ampliación de sus posibilidades de crédito.

"IX. Apoyo a una apolítica de explotación petrolífera que resguarde la soberanía económica de la nación y que, junto con beneficiar a la colectividad, aporte también beneficio a la zona geográfica respectiva.

"X. Extensión de funciones del Banco Agrícola, dotándole de mayor capital, con el fin de intensificar la producción agrícola, el fomento ganadero, mejorando y modernizando las formas de trabajo, y con miras a disminuir, progresivamente, la salida de oro para la adquisición de productos agropecuarios. Protección más acentuada a los pequeños y medianos agricultores.

"XI. Estudio de las posibilidades de crear un Banco de Fomento Industrial con capital del Estado y privado, con finalidades, en el campo industrial, análogas a las señaladas en el número X, con relación a la producción agropecuaria.

"XII. Creación de Cajas Fiscales de Crédito Popular.

"XIII. Estudio de las condiciones de capacitación jurídica, política y cultural de la mujer con el objeto de concederle la igualdad de derechos políticos y civiles.

"XIV. Estudio de la realidad sanitaria nacional, en las distintas regiones del país, para encarar sus problemas. Protección efectiva a la Madre y al Niño.

"XV Fomento de una política inmigratoria acorde con factores de asimilación étnica, de economía agrícola y de capacidad financiera. Política tendiente a conseguir el retorno de las masas indígenas al agro.

"XVI. Estudio de un posible reajuste de la deuda externa, con miras a la reanudación de su servicio.

"XVII. Estudio del sistema impositivo en general, con el propósito de unificarlo y simplificarlo y gravar las rentas y utilidades con preferencia a los consumos".

La Declaración y Programa fueron aceptados por los partidos y entidades que sustentaban la candidatura presidencial porque abordaban los problemas desde un ángulo que no amparaba ningún extremismo. Junto a la juridicidad estaba la paz social. Así lo comprendieron todos y, por eso, se presentó el curioso fenómeno de que los programas de realización inmediata, de liberales, pursistas, piristas, socialistas o legionarios, de trabajadores y de candidatos al parlamento, no exhibieron diferencias mayores, salvada, se entiende, la parte ideológica que cada bando sostenía con vigor. En todo esto, debía reconocerse, sin embargo, que los puntos tocados en la Declaración y en el Programa estaban en la mente de unos y de otros y, que lo resumido por mí no era otra cosa que una discreta, aunque mal hilvanada interpretación del pensamiento general.

A este propósito, Numa Romero, en un Declaración de la Acción Civil Revolucionaria, puso cierta claridad a aquel pensamiento de las fuerzas nuevas que no cabía desconocer. En este párrafo resumía Romero el enfoque de una realidad política bien interpretada:

"Económicamente, la mayoría de la población boliviana pertenece a la clase media. Políticamente, no puede ubicarse en los partidos de derecha, por no ser la expresión ni la defensa de intereses económicos que no detenta. Tampoco halla su lugar en la extrema izquierda, por su específico rol de clase media. Esta ciudadanía, a la que buscan afanosamente los partidos políticos, no ha descubierto aun su contenido ideológico en forma clara y precisa. Sin negar esta realidad, reconocemos que el proceso económico llevará a muchos sectores de esa clase media a proletarizarse rápidamente, cuando el desarrollo industrial los desplace con su producción racionalizada. Por ello, apoyados en un sentido dinámico y dialéctico a la par, buscaremos el entronque de la clase media con el proletariado boliviano, vanguardia económica de una situación a la que llegarán numerosos sectores de la pequeña burguesía".

Lamentable resultó que esa masa ciudadana de las legiones, por no lograr, más tarde, consistencia orgánica de partido, fue paulatinamente perdiendo influencia y significación políticas hasta dejar un vacío entre las agrupaciones civiles llamadas tradicionales y las nuevas fuerzas partidistas, particularmente en el caso de los hombres que conducía Numa Romero.

En Campaña

I

Anunciadas ya las proclamaciones de la candidatura para el 5 de diciembre y días sucesivos, urgía dar forma a la recaudación de fondos. Escogí de Tesoro de nuestra campaña a Jaime Gutiérrez Guerra, amigo leal y organizador inteligente. Se resolvió aceptar únicamente aportes individuales y no de empresas o consorcios. Se produjo aquí un incidente: un pariente mío al que poco había tratado, de propia iniciativa, despachó un mensaje a don Mauricio Hochschild, entonces en París, sugiriéndole la conveniencia de que ordenara se me prestara colaboración económica. Con sorpresa mía, recibí la visita del señor Jorge Littmann, a quien no conocía. Recién por éste me informé de aquella gestión y de la buena disposición del señor Hochschild hacia mi persona. Hube de rechazar la colaboración ofrecida, pedida sin mi consentimiento, lo que obligó al señor Littmann a enviar a París el siguiente cablegrama: "Señor Guachalla desautoriza telegrama su pariente por haberse mandado sin su autorización opinando además que empresas deben estar margen lucha política". Esta actitud era la única que podía resguardar a un Presidente de la disyuntiva o de mantener su lealtad hacia quienes le ayudaron interesadamente o de quebrar esa lealtad para dedicarse al servicio de la colectividad. Que andaríamos escasos de fondos, lo sabíamos, pero no estaba en nuestro poder satisfacer los pedidos de dinero a trueque de enajenar nuestra libertad de acción.

Febrilmente empezaron los preparativos para nuestra gira por el interior del país. El 2 cursé invitaciones al jefe de los liberales, José L. Lanza; al de los piristas, José Antonio Arze, y al de los social-demócratas, Gastón Arduz Eguía.

La diferencia de edad no fue óbice para que naciera entre el General Lanza y yo, de tiempo atrás, una sólida amistad. Desde mis primeras armas en el periodismo, y a través de los años, había recibido yo la palabra alentadora de este ejemplar ciudadano, en quien admiraba dos excelsas virtudes republicanas: el desinterés y la incorruptibilidad. Hombre de maneras sencillas y de suave voz, José L. Lanza engañaba a quienes le suponían blando o plegadizo. Precisamente uno de los rasgos más acentuados de su personalidad nacía de la severa rectitud de su conciencia. Para él no existía las desviaciones claudicantes, tan comunes en el campo de la política y aun en el vasto y diverso de la vida. Fino el rostro, alto y magro el cuerpo, Lanza era, sin duda, la figura más noble del Ejército. y como no se avenía con ese mundo complaciente que tan a menudo bordea la inmoralidad, la indisciplina y, a veces, la ilegalidad, se le marginaba y se desacreditaba su comando. Atraído desde joven por la doctrina liberal, cuyos máximos exponentes en Bolivia supieron reconstituir un Ejército sobre todo porque le inculcaron el respeto a las normas éticas, terció en las luchas políticas cuando colgó el uniforme. No era, desde luego, orador brillante ni tribuno que buscara recursos populacheros; tampoco era caudillo de masas, pero éstas le respetaban porque su honestidad, ya proverbial, valía más que toda la verba de los políticos. Descendiente de ilustres varones, pudo ser conductor de pueblos, pues poseía carácter, determinación y coraje, mas se oponían a ello su modestia inhibitoria y su amplitud de miras para juzgar las flaquezas humanas. De Lanza cabía decir lo que mi padre escribiera de Aníbal Capriles: "Se le creía débil porque era bueno". A mi nunca se me ocurrió identificar a Lanza con las fuerzas que jefaturizó. Podía yo no estar de acuerdo con éstas, pero sabía que siempre me sería dable concordar criterios con el pundonoroso soldado. El abanderado de los liberales, colocándose al frente de los elementos jóvenes de su partido, arrastró a los indecisos hacia mi tienda.

Así también José Antonio Arze, que venía desde otro ángulo. "Arze derrotó a Arze", fue el grito de los piristas descontentos cuando, por influencia de su jefe, se acordó propiciar mi candidatura. Espiritualmente formado después de la primera conflagración mundial, vibraba en él, como en pocos, esa inquietud social que, tras la hecatombe, invadió a la humanidad como ola incontenible. Lanza, en cierto modo, representaba la época que brillara con el liberalismo de buen cuño, y que significó orden, jerarquía, libertad y, sobre todo, obra; en tanto que Arze personificaba una etapa donde primaba un afán de igualdad antes que de libertad, de nivelaciones apuradas, a veces con mengua de los dictados de la justicia. En estos líderes erguíanse dos posturas ante la vida, dos concepciones sobre el hombre y su presencia en el universo, dos dialécticas que todavía, y por muchos lustros, seguirán enfrentándose y perturbando el arte de gobernar. Pero en ambos, ante todo, había convicción y había honestidad. Por eso pudieron estimarse como se estimaron personalmente. José Antonio Arze era un luchador social con los complejos del soñador; de ahí que en su prédica irrumpían, con frecuencia, acentos subversivos aunque él no profesaba de agitador. Habíamos trabado amistad en Estados Unidos y nos mantuvimos leales a ella, a pesar de diferencias ideológicas, particularmente al regreso de Arze de Europa, en 1948, con un rusofilismo que le reproché. Mientras el izquierdismo de Arze y su seguidores estuvo encuadrado en el ámbito boliviano, podíamos coincidir en más de un enfoque de los problemas patrios, pero no más allá. Lo primero equivalía a quedarse en un socialismo realista; lo segundo, a desembocar en el comunismo. En aquellas jornadas de 1946-47, el caudillo de los piristas se encontraba en el apogeo de su carrera y pesaba indiscutiblemente en la política nacional.

Gastón Arduz me trajo la adhesión unánime de su grupo, despejadas ya las naturales vacilaciones del primer momento. Había en él y su gente, debiera decir su promoción, un impulso saludable por rectificar el extravío marxista y la abyección del nazifascismo, mediante la práctica de un social cristianismo, a semejanza de lo que se hacía en algunos países de Europa. La aproximación a mi persona fue fácil y sencilla, pues nos encontrábamos situados en un mismo plano ideológico y ético. Los social-demócratas pretendían y pretenden, con buenos títulos, constituirse en una fuerza de equilibrio entre los extremos de la pugna política, pero sobre el basamento inmovible de la dignificación del hombre, asentada en derecho y en el hecho. No representan una tercera posición, sino una propia y definida, que da precedencia a lo social y económico, con miras hacia una nivelación para arriba, de forma evolutiva. Su jefe, Arduz, era más un pensador político que un conductor. Aunque su juventud no había atesorado todavía experiencia amplia, aportaba al estudio y solución de cualquier problema una sagacidad notable porque no estaba al servicio de pasiones o de intereses mezquinos. En él y en sus amigos se advertía una élite, compuesta de hombres sin mancha y sin reproche, profesionales los más que, sin embargo, carecían de la vocación del luchador político que, para

imponerse, ha de convivir con el pueblo y conquistar la calle. Cuando las circunstancias se vuelvan favorables, el partido en ciernes deberá corregir esta anomalía so pena de verse reducido a una respetable exhibición de cuadros directivos.

A estos tres hombres les faltaba ambición personal. Luchaban por sus ideas y no por situaciones, lo que les restaba esa calidad especiosa de los caudillos bullangueros que los pueblos, a menudo, confunden con los auténticos guías.

El día 5, por Radio Cóndor, lancé mi primera alocución electoral, titulada "Mensaje a la Ciudadanía". Algunos párrafos aquí reproducidos señalaban mi posición:

"Mi candidatura es ajena a intereses de partido. No representa ambiciones de grupo ni tendencias sectarias. No soy el intérprete de cerrados credos añejos ni de doctrinas extremistas. Antes bien, mi misión será buscar la evolución dentro del orden, procurando el bienestar de los más sobre la conveniencia de los menos. Vengo, pues, hacia vosotros, con la sola fuerza de mi amor a Bolivia, de mi decisión de servirla, de mi rectitud para honrarla. Traigo la sencillez del que nada pide y está dispuesto a darlo todo.

"Buscaremos soluciones bolivianas a problemas bolivianos, ya que todo cuanto nace y fructifica en este suelo nuestro, debe ser tratado de acuerdo a nuestra realidad ambiente, a nuestras posibilidades y a nuestra idiosincrasia, sin olvidar la experiencia ganada por otros hombres y otros pueblos, particularmente en esta América, cada vez más interdependiente y maravillosa por su diversidad dentro de la unidad.

"He medido serenamente mis deberes y si la voluntad del pueblo lo manda en las urnas, serviremos a Bolivia desde el puesto de mando. Pero si ella determina lo contrario, la serviremos también como el último soldado, porque no es en el gobierno la única forma de servir a la Patria, sino en el ejercicio constante e invariable de las virtudes republicanas, desde el fondo irreductible de cada conciencia".

Y vino la sucesión de actuaciones políticas, encabezada por la Unión Popular Libertadora, la tarde de 5 de diciembre, en el Ayacucho. Nos colocamos, con sus jefes abnegados y resueltos: Arturo Vilela, Augusto Ortiz Pinto y Pacífico Luna Quijarro, en los corredores del piso alto y los legionarios, apretadamente, en el vasto patio. En mi respuesta a los discursos de rigor, en los que afloraba cierto antagonismo contra los partidos que se juzgaba haber fracasado, hice, entre otras, las siguientes declaraciones:

"Porque no basta haber conquistado la libertad. Más difícil es saber defenderla y mantenerla contra las acechanzas de adentro y de fuera. Habéis sido dignos de una revolución que asombró a América. Debéis ser dignos, ahora, de conservarla contra todos sus adversarios que pretenden convertirla en anarquía y desconcierto.

"Vosotros, hombres de fe, hombres jóvenes, enérgicos y resueltos, queréis definiciones concretas. Yo os puedo darlas. Buscamos un gobierno de unidad y conciliación nacionales, porque Bolivia necesita de paz, de orden, de armonía para restaurarse de las heridas que le infligió el despotismo. Pero ese gobierno debe defenderse, con la misma energía, de los antiguos privilegios que siguen mirando atrás y de los desbordes extremistas que pretenden arrollarlo todo sin reparar en el peligro del caos colectivo. Necesitamos un gobierno de administración, impregnado de un fuerte sentido de justicia social, porque así lo exige la realidad y el equilibrio económico, base ésta de toda sana democracia".

"Para esta alta finalidad, para realizar estos ideales de reconstrucción, para defender y consolidar la Revolución de Julio, contaremos, en primer término, con los hombres de las Legiones, !! particularmente con la Unión Popular Libertadora, que conquistaron con su sangre el derecho a ser oídos en el debate de los negocios públicos del país. Esas Legiones deben trabajar en paz y estar listas siempre a intervenir en las horas de peligro, porque la libertad se gana en la batalla de cada día y no sólo en las grandes jornadas repletas de heroísmo".

En estos primeros afanes sufrí un contratiempo del lado de los social-demócratas. El día 7, Arduz me notificó lo siguiente: "En cuanto hace a una posterior acción de gobierno, el Comité Nacional de Acción Social Democrática, en estricta lealtad con las normas de responsabilidad que se ha impuesto, reconoce y declara que la insipiente de su organización política no la habilita para asumir un eventual compromiso de gobierno, sea independientemente o sea en colaboración con otras fuerzas políticas". De partida, el equipo joven, acaso el mejor preparado del país, se escurría bajo pretexto de "insipiente", abriendo

una seria brecha en mis planes de administración. En verdad, lo que había era l/la amenaza de un cisma en Acción Social Democrática, por andar yo con el PIR, "cosa resistida por algunos sectores de esa agrupación". No sospechaba yo, en ese momento, que tal disconformidad invadiría el campo liberal y hasta el de bandos independientes, inclinados hacia la derecha.

En la proclamación del día 7, en el Teatro Municipal, junto a la Izquierda Revolucionaria estaban: Acción Social Democrática, nuevamente la Unión Popular Libertadora, Acción Civil Revolucionaria, la Legión 21 de Julio y los representantes de organizaciones obreras. Fue una reunión con aires de fiesta, llena de voces y entusiasmo, donde se sentía palpitar el corazón revolucionario que hizo posible la liberación. Aquí actuaban fuerzas nuevas que aspiraban al poder y que, por no probadas, requerían ser guiadas con prudencia. Por eso, en parte de mi discurso, puse énfasis en las siguientes palabras:

"No haremos la revolución excluyente y destructora, sino la revolución consentida por libre determinación de las mayorías nacionales, donde a cada cual se le exigirá su parte de sacrificio en beneficio del conjunto social.

"Pero el boliviano no debe alucinarse por métodos extraños. Debe buscar soluciones propias para sus característicos problemas. Debe recordar la trágica lección del 21 de Julio: jamás la violencia es duradera. Nunca el odio ha construido. El obrero, el campesino, el estudiante, el artesano, quien quiera que sienta bullir en su sangre un ímpetu de justicia y renovación social, debe acudir serenamente a los instrumentos que la misma democracia le brinda: el sindicato que lo ampara y lo defiende, la prensa, el parlamento, la radio difusión, la conferencia pública. Debe luchar por sus derechos sin herir los ajenos, comprendiendo que patria es la suma de intereses y necesidades, sin exclusión ni restricciones.

"Frenad las impacencias. La tarea de los próximos cuatro años será de restauración moral, de reajuste económico-social, de preparación para un futuro mejor. Ese futuro vendrá por natural gravitación si tenéis la prudencia necesaria para sortear el puente de los próximos cuatro años. Bolivia está ya madura para elegir a sus gobernantes; ahora y en el porvenir buscará a los más aptos, no a los violentos. Recordad la lección del 21 de Julio! No se maneja un pueblo, un pueblo grande y justo como el boliviano, con alaridos ni con bayonetas".

Al día siguiente, domingo, en la concentración de los liberales, creí de rigor hacer una declaración más' sobre el significado de la candidatura de Francovich y mía, y manifesté:

"Si algo me ha llevado a no rehuir tan grande honra y tan inmensa responsabilidad, ha sido, precisamente, ese profundo sentido de conciliación, de solidaridad humana, de unidad que se ha invocado al perfilar los alcances de las candidaturas recién proclamadas. Porque es también sincera mi convicción de que Bolivia se halla convaleciente y requiere el concurso de todos sus hijos para rectificar rumbos y recuperarse, sin odios ni represalias, de ese espíritu de violencia y de venganza que ha sido la norma en el país en los últimos tiempos. Creo, asimismo, que nuestro mal, cuya raíz es moral, demandará curación lenta, y que requerimos métodos de sagacidad y de paciencia, una tolerancia permanente, y aun en medio de la firmeza para administrar, el reconocimiento de que la palabra nos ha sido dada para aproximarnos y entendemos."

Durante el desarrollo de esta asamblea tuve la impresión, y otros me confesaron haberla tenido también, que flotaba en todas las mentes la imagen de mi padre. Casi cuatro décadas antes, el candidato de 1908 se dirigía a los liberales de su época y les exponía sus ideales de bien público. Al hacer yo la invocación de esa imagen venerada, de ese "liberal de convicción y patriota inmaculado, a quien el destino no permitió cumplir la tarea superior que sus conciudadanos le confiaron", brotaron de la sala estruendosos aplausos a la memoria de Fernando Eloy Guachalla. Vivimos un minuto de intensa emoción que casi me arranca lágrimas.

Esa noche fui recibido por la directiva de Acción Civil Revolucionaria en casa de Numa Romero, su jefe. Hallábanse presentes unas quince personas, "dirigentes de zona" de la institución, hombres que en sus palabras de bienvenida parecían esforzarse por marcar su tendencia de izquierda, moderada por las circunstancias del momento, como se me daba a entender sin eufemismos. Para mi no era fácil, en una reunión de "comandos", darme cuenta del poderío de esta legión, cuya dialéctica, por boca de Romero, se mostraba más hábil que la de otras agrupaciones. En esto consistía, sin duda, el predicamento de que gozaba la Acción Cívica, al extremo de que muchos anunciaban ya su transformación en partido político de clase media. Yo mismo había alentado a Numa Romero en este sentido cuando me habló de ocupar

una cartera ministerial en mi gobierno. Frente a estos dirigentes reiteraré lo que venía predicando:

"Necesitamos el sentido de unidad que construye, desechando el odio que disgrega y anarquiza. Necesitamos conciliar el crecimiento nacional con las nuevas doctrinas económicas y sociales que sacuden a la humanidad; y en esto quiero ser explícito: la Nación es la suma de sus individuos. Debemos, pues, velar por el bienestar de todos cuantos habitan el territorio boliviano, sin distinciones exclusivistas de clase, porque el pueblo es la suma de todos, y no la dictadura de unos cuantos. Cuidémonos de las derechas absorbentes y de las izquierdas extremistas".

Al atardecer del día 9, por Radio Amauta, di paso a mi sentimientos, usando un lenguaje que se apartaba de la arena política e hice esta profesión de fe:

"En esta hora de confusión que vive la humanidad, de exaltaciones sin rumbo y de impaciencias que no miden el mañana, es deber de quienes, por voluntad de sus conciudadanos, asumen posición directiva, dar a conocer su pensamiento y llevar una palabra de serenidad que, acaso, pueda aminorar la pugna de los criterios encontrados.

"Los problemas que nos acosan hoy son graves, pero no hay problema que no pueda ser resultado en torno a una mesa, cuando los que intervienen para solucionarlo van animados de buena fe y de voluntad realizadora. Lo esencial es comprender que con el último tiro disparado en la guerra, ha nacido un mundo nuevo, y que mientras todas las naciones luchan para adaptarse a un nuevo orden económico y social, Bolivia no puede permanecer indiferente en medio del torbellino. Creo que el concepto exclusivista, donde los unos excluyen a los otros, debe ser sustituido por una nueva síntesis: ni la mano cerrada del capital, ni el puño apretado del obrero. Las dos manos abiertas y cordiales, a base de mutuas concesiones, bajo la tuición reguladora del Estado.

"Surgiremos por el trabajo. Para que éste rinda sus frutos será menester velar por su equitativa remuneración, y proteger al trabajador intelectual y manual, vale decir al ciudadano productor, de inseguridades y miserias. Pero no olvidemos que debemos producir si queremos progresar y si queremos abaratar el índice de los precios. El derecho al trabajo es sagrado, pero su correlación, la obligación de trabajar, no es menos una ley social ineludible.

"Y lo que necesitamos, por sobre todas las cosas, es alcanzar la pacificación de los espíritus. Bolivia ha vivido, desde la guerra del Chaco, en continuas sacudidas sin encontrar su cauce. Unámonos hoy todos los bolivianos en un apretado haz de voluntades, sin odios ni rencores, y salgamos de una vez por todas de la desgracia en la que hemos vivido".

El martes 10, en itinerario del Lloyd, salimos rumbo a Cochabamba con Lanza, Arze, Arduz y Bedregal. No habiendo alimentado nunca pretensiones de orador, llevaba yo material suficiente para mis discursos. Esto desesperaba al hijo de mi recordado amigo don Juan Francisco Bedregal, quien no se cansaba de repetirme que, en política, lo leído no servía para nada! En Santa Cruz y después en Tarija, en reuniones al aire libre, perdidos mis papeles, hube de improvisar como pude, quedándome la sospecha de que el percance se debía a una diablura de Álvaro.

A poco de nuestro arribo a la ciudad del Tunari, pudimos comprobar el hondo distanciamiento existente entre liberales y piristas, cuyo antagonismo ideológico veíase acrecentado por rivalidades personales. La asamblea liberal, con asistencia de un centenar de gente nos impresionó, a Francovich y a mi, por el ambiente de severa cordialidad que en ella prevalecía. Estábamos, en casa de Fidel Anze, entre un grupo selecto de amigos, en un amplio salón de afelpados tapices y luces amortiguadas que proyectaban pálidos reflejos, conjunto suntuoso que habría dado a la reunión un carácter adusto si no fuera por la amabilidad del trato. El cambio de opiniones, después de los discursos, se resentía de cierta reserva que afloraba a cada momento. Es que alguna gente del partido no estaba de acuerdo con Lanza sobre mi candidatura, pues detrás de mis gafas, según alguien dijera, veían agazapado al PIR. Se advertía, además, un ligero sentimiento localista de que tuve noticia anticipada, lo que me movió a no callar y decir estas palabras:

"Los pueblos suelen vivir de prejuicios. La incompreensión y la desconfianza nos acecha en el camino de la vida. Tal vez por la distancia, acaso por la incomunicación, —este mal endémico de nuestro país— los bolivianos nos ignoramos los unos a los otros. Vivimos en el aislamiento y recíproco desconocimiento. Mas los que soñamos con una patria grande,

debemos combatir los prejuicios, dando severas normas humanas a la convivencia y a la amistad mutua, que hagan posible y promisoria la existencia de nuestros pueblos".

¡Qué contraste con la proclamación del día siguiente, en el Teatro principal! La sala hervía de entusiasmo y la masa, apretada y gritona, se sentía fuerte y se sentía segura con sus líderes presentes, Arze, Anaya, Moneizábal, Henrich, Urquidi, Vaca Diez y otros no menos aplaudidos. El pleno disfrute de la libertad, después de años de persecuciones, exaltaba los ánimos. Las arengas se sucedían unas tras otras, henchidas de pasión en busca de un devenir mejor. La esperanza agitaba a estos hombres. Al final me tocó hablar. En mi discurso, di lugar especial al capítulo de los derechos del trabajador pero, a la vez, juzgué de mi deber introducir estas advertencias que, con variantes, reiterara a lo largo de mi gora, por considerarlas inexcusables en quien aspiraba ocupar el puesto de mando:

"Bolivia aparece vacilante. Ello se debe al olvido de las bases de nuestra institucionalidad, a la falta de entendimiento entre gobernantes y gobernados, a la ausencia de armonía entre derechos y deberes. Al extremo de que algunos rompieron el marco legal de sus atribuciones, sin que nadie les pusiera atajo. Todo ello ha traído un grave aflojamiento de los resortes morales y, como lo declaré en ocasión reciente, impera un clima de incertidumbre y desconfianza y, luego, un enervante materialismo que no conoce el perseverante esfuerzo ni los méritos para lograr sus fines.

"No representamos tendencias exclusivistas ni interpretaciones sectarias. Nuestra mejor defensa se apoyará en la Ley, la Justicia y el Amor a nuestro pueblo. Así la posición que adoptamos será inexpugnable y, de antemano, sabemos que, por ello, jamás nos abandonará el cariño de los humildes".

Con serenidad y mesura admirables, Guillermo Francovich, sucediéndome en la tribuna, hizo la exposición de sus ideas. Para mi y para todos, el celebrado diplomático y escritor se revelaba un orador de corte clásico, que cautivaba y convencía porque su palabra fluía desnuda de artificios y traducía su pensamiento con claridad y lógica. El candidato a la Vicepresidencia de la República fue, en esta asamblea y en otras de grata recordación, el excelso panegirista de la libertad. Docto sin pedantería, galano sin afectación, sincero y directo como pocos, Francovich conquistaba al auditorio que, sorprendido al principio por el rostro severo y la pausada de voz, acababa pronto por tributarle, con cálido y prolongado aplauso, el homenaje de su adhesión sin reservas. Nadie como él para "cerrar con broche de oro" —como se le dijera— nuestras manifestaciones.

Horas más tarde, encontrándome de descanso unos minutos en el Hotel, recibí la visita del don Demetrio Canelas, con cuya amistad me honraba desde los lejanos días de me juventud en Oruro. El gran periodista venía a averiguar lo que había detrás de mi candidatura, desconcertado como parecía estar lo por el frente liberal-pirista. Interrumpiendo mi explicación sobre el sentido de los acuerdos que me ligaban a las fuerzas de mi bando, Canelas exclamó: "Su fórmula no es política", a lo que repliqué: "Pero convendrá usted en que es patriótica". Muchas veces, después, he pensado que estas sentencias marcaron la diferencia de lo que debió ser y no fue, de lo que el país esperaba y los partidos no comprendieron; esto es, la candidatura única. De un lado la ilusión, del otro un crudo realismo!

En la noche, zafándonos de un alegre ágape pirista en Calacala, durante el cual estreché por vez primera la mano leal de un espíritu superior, Porfirio Díaz Machicao, a quien llegaría a estimar como a pocos, estuvimos con nuestros amigos de la Acción Social. Ante esta selecta concurrencia, leí algunas notas, entre éstas unas sobre la crisis del Chaco que no contenían nada nuevo pero que convenía traer a colación ante hombres que habían conocido los rigores de la campaña:

"Debemos remontar a la guerra del Chaco, la que, a su vez, es una culminación de errores e impreparación, para encontrar los orígenes de la tragedia que llegó a su término el 21 de Julio. Y quiero colocarme en un plano de absoluta imparcialidad —cosa nueva, convendréis, en quien hace o pretende hacer política— al enfocar algunos antecedentes históricos. Ha sido, para generaciones apenas salidas de la adolescencia, una sacudida que jamás se olvida la de su concurrencia a la campaña del sudeste. Tanto en el orden moral como en el físico, no puede haberse presentado desastre más hondo para esas generaciones de jóvenes conscriptos. Salieron de los candentes arenales con la fe disminuída pero con ansias de rehacerlo todo.

"Este fenómeno fue llamado, en su tiempo, la renovación socialista y su prototipo el "hombre del Chaco", vale decir, todos los que sufrieron la derrota en el infierno verde. Pero los

que actuaron al principio, de cuya sinceridad no hubo motivos para dudar, lo hicieron precipitadamente, al extremo de que hombres del Ejército llegaron a tomar el predominio, amenguando con ello las posibilidades de dar vida e impulso a un gran movimiento civilista de sana tendencia social. Aquella precipitación resultó funesta como que significó varios años de gobierno militar y, en cierta forma, vino a ser el antecedente de la dictadura derrocada hace apenas cinco meses. "Tal vez debamos anotar como causas generales de esta incapacidad de salir adelante, las siguientes: la profunda penetración de las instituciones armadas en la política del país; la indiferencia creciente del ciudadano por los problemas de bien público porque su voz cae en el vacío; la aparición de las clases obreras como fuerza de contrapeso al juego rutinario de los políticos; la tragedia de la monoproducción minera controlada desde el exterior y la insuficiencia de recursos para ir rápidamente hasta la diversificación de la producción; el enorme índice de población económicamente al margen de la vida colectiva. De ahí que no sea aventurado decir que la culpa es de todos.

"El ensayo socialista de 1936 es un antecedente del ensayo llamado nacionalista de 1946 pero, cabe afirmarlo, con una diferencia: el primero no hizo del crimen político y de la tortura medios para sostenerse en el poder. Guardan de común: la intención y el afán de renovarlo todo, de desconocer méritos y jerarquías cuando se encuentran en el campo opuesto; de precipitarse hacia soluciones inmaduras por el simple prurito, de buena fe sin duda, de realizar algo. y no olvidemos que en los Llanos de Manso fermentó un amargo caldo de frustración, que bebieron los que después fueron gobierno."

Al terminar, dejando de lado mis apuntes, me dirigí con afecto a esa brillante pléyade de hombres de la ASD, que tanto podía contribuir al resurgimiento moral del país, para pedirle que perseverase en la línea trazada por sus abnegados conductores, sin medir sacrificios ni fatigas.

Cumplidos nuestros compromisos con los tres partidos que, en Cochabamba, nos apoyaban, volamos a Santa Cruz el día 12. Del aeropuerto, ya al atardecer, nos llevaron al lugar de la concentración de liberales y social-demócratas. Me sorprendió la pujanza del liberalismo por el número de adherentes y su calidad. Ante la concurrencia que llenaba el Teatro de bote a bote, hice honestamente la siguiente confesión:

"La primera sensación que se experimenta al pisar tierra cruceña es de grata sorpresa al constatar vuestras enormes posibilidades de progreso; la segunda, de confusión por el alejamiento en que hemos vivido. Se ha dicho que el Altiplano se ha puesto en marcha demasiado tarde para llegar a los llanos. Nunca es tarde para los hombres de fe!"

Al referirme al "renacimiento de Bolivia" y "al alma intrépida de los cruceños", hice el elogio de esos pioneros de la heredad chiquitana y, después, del Beni legendario. Ahí estaba la riqueza agropecuaria y sus múltiples derivaciones industriales, y los hidrocarburos que valorizarían los créditos del exterior. Y prometí dedicar atención preferente a ese desiderátum que estaba ya en todas las mentes: la diversificación de las fuentes de producción. Recordé lo que de mi parte hice en este sentido, promoviendo la venida de la misión Bohan, cuyos estudios y recomendaciones transformarían la economía de Santa Cruz.

A los piristas, más tarde y sin mis papeles misteriosamente desaparecidos, expresé parecidas ideas, acentuando el hecho de que yo no hablaba el lenguaje de las promesas ni de las ilusiones porque sería absurdo batirme con sofismas y forjar planes sin base en la realidad de nuestro medio y en la reducidas posibilidades del país, pero les aseguré que mis esfuerzos estarían dirigidos a mejorar la suerte de los hombres del campo, de la fábrica y del taller, porque en ellos, después de todo, descansaba la salud de la patria y la patria misma.

Dejé en Francovich y en mi impresión indeleble la cena que la jefatura de los tres partidos y numerosos amigos nos ofrecieron en el Club Social. La política no penetró en el recinto. El cruceñismo se mostró allí, como en otras circunstancias, fuertemente cohesionado y con una lozanía más pujante que en otros centros. Uno se sentía confortado al recibir el aplauso de ciudadanos que, distantes unos de otros por intereses partidistas, eran una sola fuerza y una sola emoción cuando del terruño se trataba. Culminaron estas adhesiones con las palabras cordiales de apoyo del Rector don Julio Salmón y sus colaboradores.

Políticamente importante vino a ser la visita a Sucre. Debióse esto a la proclamación conjunta de liberales, piristas y social-demócratas, cosa no lograda en otras plazas, hasta ese momento, a pesar de los esfuerzos de mi compañero de lista y míos. Sentimentalmente, la visita fue gratísima para mi por el recuerdo de mi padre, egresado de la ilustre Universidad de

San Francisco Javier. Las mismas calles apacibles de los años mozos de mi padre, las mismas casonas blancas, iluminadas por la claridad sin par del cielo chuquisaqueño, atestiguaban un progreso de ritmo lento que daba razón a la queja de la ciudad capitalina.

Para la gran asamblea del día 15, compuse un discurso con el mejor de mis apuntes, volviendo necesariamente sobre aquello de la conciliación y unidad nacionales —como lo venía haciendo en todas partes— que nos obligaba "por encima de las pasiones humanas, a mantener la armonía y la solidaridad en la familia boliviana ". Agobiada Bolivia por la violencia secular de sus luchas políticas, nunca sería redundante la palabra que condenase la arbitrariedad. Sucre me pareció la tribuna apropiada para exponer mi pensamiento y lo hice en esta forma: "

"Pascal decía que" como los hombres no han podido hacer que la justicia sea fuerte, han decidido que la fuerza sea justicia". Esta constatación histórica explica los males que ha sufrido el mundo a través de las edades; explica tantas iniquidades y tan poca grandeza en el seno de las agrupaciones humanas. Es una perversión del sentido moral aquella suma de Pascal, es la base psicológica del despotismo este culto de la fuerza que la transforma en gobierno, en relaciones exteriores, en economía y —qué burla— en justicia!

"No se trata de la fuerza de opinión, de la fuerza espiritual que, antes que fuerza es consentimiento y convicción. Al hablar de regímenes de fuerza se habla, inequívocamente, de coacción e imposición como sistema donde surge la violencia para zanjar cualquier *impasse*. La fuerza sólo es aceptable para restablecer el imperio del derecho y de la justicia. De ahí que el derecho a la rebelión sea sagrado, como que representa la legítima defensa de la colectividad contra la tiranía, agotadas que sean las vías del derecho y de la persuasión.

"En el curso de nuestra historia, tan tormentosa, han existido pequeños claros, breves períodos en los cuales la justicia ha sido una realidad. Y Chuquisaca puede estar orgullosa de que haga esta salvedad. Todo nuestro empeño debe tender, pues, a que en Bolivia reine la justicia, la justicia fuerte de Pascal, y no aquella que el fanatismo o la demagogia ha pretendido imponer con lamentable frecuencia.

"A este propósito, es preciso condenar sin miramientos esas exposiciones programáticas o de principios en las cuales sus autores, al hacer un examen del pasado parecen complacerse en vilipendiarlo, en ignorarlo, juzgándolo con frases llenas de pedantería. Sin embargo es el pasado donde hay que buscar inspiración y ánimo porque está pleno de las calladas virtudes de nuestros héroes civiles, del pasado provenimos y lo que aprendemos resulta, muchas veces, un simple barniz que no borra la huella ancestral. Si el pasado encierra episodios vergonzosos, ello debe alentar propósitos de enmiendas antes que diatribas y maldiciones, puestas al servicio de una táctica política que se cubre con el ropaje de la hipocresía".

Fue en Sucre que la figura de Guillermo Francovich cobró relieves de una consagración merecida. Era el coterráneo rodeado de sus amigos y admiradores, pero más, el maestro que desde San Francisco Javier guiaba, con sabiduría y prudencia, a nuevas generaciones universitarias. Sus palabras durante nuestra actuación en la Plata, bellamente inspiradas, recibieron una ovación que refleja más que respeto al ilustre Rector, cariño al hombre de bien y al ciudadano i ejemplar.

En autocarril, la tarde del 16, nos trasladamos a Potosí. Hicimos escala en Betanzos, donde fuimos recibidos en el Cabildo por autoridades y pueblo con muestras de genuina simpatía. El recorrido era la transición del dulce valle al yermo, entre el descanso y la dura faena. y Potosí era eso: dura faena con recio perfil, como su Cerro Rico. Encontramos nuevamente la separación de bandos, aquí con marcado acento clasista. El 17, de mañana, en casa de Bonifaz, tuvo lugar la concentración presidida por Lanza, con adherentes social-demócratas. Se singularizó la reunión por su cordialidad y llaneza, pues a nadie escuché alardes de poderío fuera de realidad. Es que en este ambiente ajeno a la exuberancia, se tenía conciencia de lo que significaba la irrupción del minero en política, esto es, de Un individuo cuyo oficio hábale familiarizado con el peligro y para quien la violencia debía parecerle nimia si andaba mal aconsejado. No cabía una arenga, pues dado a conocer Mi Declaración y Programa, pasamos a Un interesante cambio de opiniones sobre los diversos aspectos de la política nacional y de los nuevos elementos que en ella intervenían, después de la guerra del Chaco. Si bien existía, en este círculo de probados liberales, fidelidad de convicciones, gustaba analizar, con amplitud y realismo, las ideas ajenas y, si fustigaba a la demagogia por prestar alas a los antagonismos de clase, reconocía el fondo de justicia de la causa popular, la que,

bien conducida, tenía asegurado el triunfo, sin desquiciar a la sociedad boliviana. Pensamiento de hombres fuertes y prudentes.

Más tarde, haciendo un rodeo por algunas calles, como se nos recomendara, ya que a este extremo llegaba el distanciamiento de los partidos, Francovich y yo nos dirigimos a la asamblea pirista. Teatro Omiste completo, pueblo en masa, efervescencia y expectación. Era otro electorado y otra tónica: la acción antes que la reflexión. Alfredo Arratia, a quien conociera en Santiago, fue el hombre del día. Auténtico luchador de clase, se presentaba adversario de las derechas por la irreductibilidad de sus ideas. Era un hombre en el cual el doctrinario no desdeñaba al agitador, pero cuya franqueza y probidad le honraba. Su discurso fue una pieza de exaltación clasista que condescendía con nuestra candidatura —de la que había sido un opositor por razón de principio—, siempre que ella no se apartara de una línea popular que él entendía con ciertas limitaciones inaceptables para un criterio genuinamente democrático.

Conociéndole inserté en mi respuesta, las siguientes frases:

"¿Quién podría decir, con entera convicción, que nos encontramos en una etapa de normalidad por el solo hecho de haber reconquistado nuestras libertades en la gesta heroica de Julio y, por tanto, que está abierto el cauce para el divisionismo político? ¿Quién podría afirmar que ha desaparecido todo peligro totalitario? Nadie estaría en condiciones de sostener tamaña incongruencia. De ahí que la unidad y conciliación nacionales sean algo más que la coincidencia de tres partidos en los nombres de los candidatos presidenciales. La verdad es que nuestra fórmula significa, fundamentalmente, un compromiso de honor para seguir luchando por el afianzamiento definitivo de nuestras instituciones democráticas, cada uno desde la plataforma de sus doctrinas, pero todos juntos como buenos bolivianos, en la tarea común de devolver a la patria la salud que iba perdiendo en meses recientes que todavía pesan sobre nosotros.

"La revolución de Julio advino para que nunca más vuelva la tiranía a ensombrecer nuestro horizonte político; para que el boliviano sea digno de sus hermanos mayores de América; para que el obrero, el artesano y el campesino se sientan el igual de sus conciudadanos dedicados a otras actividades, para que sean ciertas en Bolivia las solemnes sentencias de Chapultepec de que "el hombre americano no concibe vivir sin justicia" y "tampoco concibe vivir sin libertad". En una palabra, para que iniciemos, de hoy en adelante, la ruta ascendente de nuestro progreso, lastimosamente desviada por el sectarismo, la obsesión del partido único y las ambiciones personales".

La brillante oración de Francovich sobre la libertad y la prudente alocución de José Antonio Arze, apagaron el fuego de los audaces períodos de otros oradores y devolvieron a la sala ese mínimo de ponderación requerido para que nuestra candidatura cobrara nuevas fuerzas.

En casa de Luis Zalles, camarada de los días del Chaco, nos reunimos después en agradable almuerzo y fugaz descanso para cumplir en la tarde una visita a la mina que trabajaba la empresa Hochschild. Nos internamos con Arze en los socavones del Cerro legendario. Más que obras de ingeniería nos atraía el trabajo del hombre, magro y sudoroso, taladrando la entraña rocosa de la tierra. Algunos aplausos a nuestro paso pero más, indiferencia. Parecía existir en el minero o resentimiento o desconfianza, movida por hábil propaganda, que explicaba su actitud esquiva y hermética frente a nuestro solícito interés —de Arze y mío— por conocer sus quejas y procurar remediarlas. Arze mostróse convencido de que en meses venideros, disminuidas como estaban, a su juicio, las otras corrientes de izquierda, el pirismo conquistaría a esta dura gente de Potosí.

Al atardecer, con Armando Alba, cicerone erudito y ameno, recorrimos la Moneda, cuadrilátero macizo de líneas purísimas que hablaba de un pasado esplendoroso, incapaz ahora de comunicar calor, sin duda porque se hallaba aprisionado entre los muros fríos de un museo que debiera ser, a más de ingenio de acuñación, colmena magnificente de la gran platería altoperuana, con escudo de la Villa Imperial y sello del Cerro Rico.

Ya de noche volvimos a Sucre. Nuestra tardía llegada a la capital frustró la lectura de un trabajo mío para la Universidad que versaba sobre el cambio radical impreso al mundo por las dos guerras mundiales.

Como quien regresa al hogar, así anticipaba yo mi arribo a la acogedora Tarija, a mediados del día 18. En varias oportunidades, de paso a los llanos chaqueños, con esperas

que el Servicio de Etapas toleraba, había conocido lo que era esa tierra de señorial sencillez con rumor de campo fecundo que alimentaba el Guadalquivir; tierra tibia y apacible que la guerra había sacudido con impulsos de progreso y exigencias perentorias. Alojado en la casa hospitalaria de mi querido amigo Bernardo Navajas Trigo, no pudo mi presencia política supeditar ese aspecto familiar que para mí tomaba el retorno a un lugar de gratos recuerdos.

Sin mis papeles a mano, usé el tono de la confidencia para analizar sus problemas con mis conciudadanos de Tarija, deteniéndome en el más serio de todos: el de las comunicaciones. Recuerdo que hice el planteamiento de dar carácter nacional a toda obra local de cierta significación, lo que permitiría reunir el concurso del país entero, sin odiosas preferencias. Después de un bullicioso desfile por la plaza principal, habló desde los balcones del Club Social Alvaro Bedregal y lo hizo con tal fuerza y combatividad que se conquistó los honores del día.

Sin igual fue la fiesta en San Lorenzo, rincón donde el tiempo parece haberse detenido, lo que hace que uno se alce contra el implacable itinerario que le impone detenerse allí, unos días siquiera, en amigable plática, a la sombra de un árbol generoso.

De un vuelo, nuevamente en Cochabamba. Sin darme un minuto de respiro hube de cumplir con Radio Popular. Leí unas cuartillas en las que resumía mis ideas, en parte ya dichas, sobre la familia, la patria y el mundo exterior que juzgué apropiado exponer desde el centro geográfico de Bolivia. Aquí sólo cabe transcribir un párrafo de mi trabajo, titulado "Bolivia, asociación de hombres libres", referente a la familia, de esencia cristiana, base de la nación, y otro que sitúa la relación internacional en el engranaje de la acción política interna, dos extremos de la humana convivencia que forman un todo:

"Pero, entre estas ordenaciones menores, toma sitio singular, por su transcendencia, la familia, a su vez núcleo de la organización nacional y, entre nosotros, de constitución occidental y cristiana, cuya persistencia, defensa, protección y armónico desenvolvimiento, es primordial deber cuidar. Bolivia es, pues, fundamentalmente, una colectividad de organización familiar latina. Cualquiera que sea entonces la teoría o la doctrina: política que prediquen grupos de militantes, debe y ha de quedar en pie y ser preservado ese núcleo social primario, sobre cuya solidez moral, económica y física descansa, después de todo, el edificio nacional. Puede decirse que la suma de familias hace la patria".

"Estas ordenaciones concéntricas y conexas, explican por qué no es posible trazar una política internacional sin tomar en cuenta, obligada mente, aspectos y problemas de política interna y, correlativamente, por qué no resulta fácil definir una política interna sin medir los alcances, necesariamente, de ciertos aspectos y cuestiones de política internacional. A este recíproca influencia, a este desdoblamiento natural de fenómenos que escapan al simple contralor individual, se ha dado en llamar interdependencia, la que abarca hoy lo económico, lo político, lo social y lo cultural. De ahí que acatemos la política del Buen Vecino, si ella es respeto mutuo en el campo jurídico, solidaridad en el campo político y cooperación sobre base de equidad, en el campo social y económico".

"La Razón" publicó mi conferencia en 1° de enero de 1947 porque, a su juicio, se trataba de "una definición doctrinal" lo que, a mi entender, era sólo el encadenamiento natural del mundo unitario en el que vivimos, dentro del cual Bolivia era un eslabón de contactos esenciales sin que mi relación pudiese ser tomada como una doctrina.

En el hogar de mi fraternal amigo Carlos Aranibar Orozco estuve pendiente de un claro que me permitiera llegar a Trinidad. Espera inútil. El día de nuestra salida hacia Oruro se nos indicó que, por fin, el avión del Lloyd volaría al Beni. Demasiado tarde, atingidos como estábamos por una jornada con fecha fija y horas impostergables. Alcancé a enviar un cálido mensaje a mis partidarios de Trinidad y otro a los de Cobija, reiterando lo dicho en otras partes y con palabras de hondo afecto para esas tierras de promisión.

Durante los días de mi estada en Cochabamba debí empeñarme en aminorar las diferencias liberal-piristas con motivo de la distribución de candidaturas a diputado. El PIR a fuer de poderoso, mostróse bastante cerrado a ciertos avenimientos que hubiesen unificado, por lo menos en grado suficiente, a los dos partidos en tomo a nuestra causa. El resentimiento liberal pudo haber sido mayor a no mediar amigos probados, entre ellos aparte de Lanza, Eduardo Tardío y Joaquín Aguirre.

Escapando de agasajos visitamos la carretera a Santa Cruz, hasta la Angostura. Con genuina satisfacción vimos en ejecución la obra a cuyo estudio y financiación, desde Washington, habíamos contribuido, y que ahora se nos presentaba como una magnífica promesa que aseguraría, en parte, la estabilidad económica del país, gracias a la diversificación de su producción, punto programático fundamental de la política boliviana de la postguerra chaqueña. Se nos habló entonces del proyecto de montar una refinería de petróleo en este valle acogedor, lo que libraría al erario de las importaciones de hidrocarburos. En ese momento, no sospechaba que seis meses después me tocaría firmar los primeros decretos, como miembro del Gabinete de conciliación de 1947, que autorizarían la erección de aquella planta en la ciudad del Tunari y otra adicional en Sucre!

En Campaña

II

En el vuelo a Oruro tuvimos la impresión de que apenas pudimos pasar la cordillera, rozando las cumbres entre nubes bajas. Descendimos con amenaza de tormenta que, al aterrizar, volvióse viento huracanado. Me encontraba de nuevo en la ciudad de mis años mozos, años inolvidables envueltos en el recuerdo romántico de tiempos ya lejanos. Cuán poco había cambiado el aspecto físico de la villa y mucho el cuadro de mis viejos camaradas, idos para siempre los unos, dispersos los otros.

Los minutos contaban. En el Teatro Municipal, el 24, la asamblea liberal, sin duda una buena demostración de fuerza disciplinada, cosa típicamente orureña, nos dejó la seguridad de un apoyo sin reticencias. Leídos la Declaración y el Programa y después del saludo y elogio de rigor y las obligadas alusiones al 21 de Julio, me referí a la situación de la Villa de San Felipe de Austria en su aspecto más delicado:

"La lenta declinación de vuestras industrias extractivas ha comprometido ya la economía orureña. Necesitáis reemplazar esas fuentes productivas en declinación. Necesitáis tonificar vuestro intercambio comercial. Necesitáis establecer nuevos motivos de riqueza donde el orureño pueda concentrar sus energías creadoras. y esto debe ser, indefectiblemente, el empeño primordial de todo gobierno: que Oruro sea, no sólo el núcleo de las comunicaciones bolivianas, un centro minero, sino el ámbito donde puedan crecer y multiplicarse las industrias fabriles, en esta tierra acogedora por su digna sencillez. Vosotros, nacidos para la constancia y la intrepidez en la lucha por la vida, tenéis el genio disciplinado propio de las naciones industrializadas; hagamos, pues, del Departamento de Oruro el campo propicio para nuevas plantas manufactureras que, al levantarlos a vosotros, contribuyen a la grandeza de la patria. Esta será una cruzada por el resurgimiento de Oruro, y si a vosotros corresponde poner toda vuestra fe, toda vuestra energía para pasar del plano minero al plano industrial, estéis seguros que el nuevo gobierno, el que yo os ofrezco, prestará atención preferentísima a vuestros problemas porque es en estas tierras austeras, en este pueblo indomable, que está asentado el centro nervioso del organismo nacional".

En la concentración de tinte popular del Partido de la Izquierda Revolucionaria con social-demócratas y jefaturas sindicales, en el mismo Teatro, poco después, me presenté con estas palabras:

" Al encontrarme aquí, entre vosotros, en esta ciudad del esfuerzo constante, evoco años de un pasado feliz en el que, adolescente, me asomaba al gran espectáculo de la vida. Es entre vosotros, orureños de mi predilección, que primero he aprendido las virtudes del trabajo perseverante y honesto; es entre vosotros que he llegado a aquilatar lo que vale la rectitud y la austeridad; y es entre vosotros que he fortalecido mi amor a la patria, practicando la tolerancia en el marco de la propia dignidad y volviéndome celoso defensor de las libertades públicas a ejemplo vuestro".

Y después de referirme a los aspectos de la economía orureña, ya delineados ante el principio de divisionismo que se observaba en la escena nacional, creí un deber apuntalar nuestra causa con estas sentencias:

"Hay quienes no entienden o no quieren entender el patriótico significado de la unidad y conciliación, que la cordura y el desprendimiento cívico, han inspirado a los tres partidos que acabo de mencionar. Creen aquellos hombres, dominados por el sectarismo, que Bolivia se encuentra en el mejor de los mundos, que todo peligro de contrarrevolución ha desaparecido, que el régimen anterior nada ha destruido o pervertido, que la economía nacional es

florecente, que no hay en el universo, y luego por reflejo, entre nosotros, problema social alguno ni transformaciones de viejas concepciones políticas. Creen, en suma, que aquí nada ha pasado y que vivimos en la gloria. Están profundamente equivocados. Bolivia, ya lo dije hasta el cansancio, se encuentra en una etapa de recuperación que exige de todos sus hijos un esfuerzo común, coordinado y cordial. Es mucho lo que hay que reconstruir y muchísimo más lo que hay que edificar para que nos sea dado el lujo de destrozarnos los unos a los otros, estéril y neciamente. Por eso, la fórmula de unidad nacional que representamos es realista y es patriótica.

Y como estábamos ya al final de nuestra gira y presente en sala el General Lanza al lado de Arze, quise dar expresión a mis sentimientos de gratitud y afecto a estos dos conductores, sin olvidar al Jefe de los social-demócratas, Gastón Arduz, quien sensiblemente no pudo acompañarnos. Lo hice con emoción, evocando instantes gratos de nuestra visita al interior, que ahora tocaba a su término.

Acosados por el tiempo, del Teatro nos apresuramos a tomar el autocarril con destino a La Paz. La llegada había sido programada, con bastante anticipación, para las 18 horas y se nos recomendó puntualidad, que de esto dependía el buen éxito del recibimiento. Aunque fatigados, nos encontrábamos satisfechos y optimistas, pues hecha la crítica de nuestras actuaciones, juzgábamos que el balance nos era favorable. Tuvimos fallas de motor. A las seis recién nos encontrábamos en El Alto, pero compensaba este contratiempo la cordial bienvenida de los pueblos del trayecto.

Por fin, de golpe, la sorpresa siempre renovada: la ciudad capitana en toda su belleza serrana con el esplendor de la Montaña Mágica, en ese atardecer de verano sin nubes. Había vuelto a ella tantas veces y algunas desde lejanas tierras, en las andanzas de mi existencia, mas nunca como en este 24 de diciembre, en alas de un sueño ambicioso que representaba la aventura suprema de mi vida. La bajada la hicimos en silencio.

Se detiene el autocarril: gentío inmenso, vítores, misturas, flores, abrazos, apretones de manos, caras amigas y extrañas; un torbellino que nos lleva, casi a pulso, hasta la plazoleta de salida, donde pronuncio unas palabras de salutación que nadie escucha. Respiramos al acomodarnos, Francovich y yo de pie en el auto descubierto del amigo Cortese, con Lanza y Arze al lado del conductor. El mar humano empieza a descender hacia la ciudad en medio de una algarabía que nos ensordece. Esta "entrada" tiene para mí doble significado: la personal del triunfo bullanguero, por efímero que sea, de mis afanes políticos y la retrospectiva de la que emerge la figura del padre que, cuarenta años atrás la hiciera también en una Villa, entonces modesta en sus manifestaciones populares.

Ya en nuestra Secretaría de la calle Loayza, apenas si podemos movemos por el gentío que la había invadido. La noche ha caído sobre la urbe, pero todavía un compacto grupo de seguidores reclama nuestra presencia. Atropelladamente, con el desorden y la exaltación de las emociones profundas, cuento mis impresiones de viaje y hablo de mis esperanzas en un futuro mejor para Bolivia, un futuro de libertad y de justicia para todos, Francovich tiene expresiones parecidas, dichas con esa serenidad que aporta noble elevación a sus palabras. Y Lanza, Arze y Arduz ponen la nota positiva al realzar el sentido de la candidatura de conciliación. De súbito voces piden que hable mi mujer. Apretujada a mi lado en el balcón, ella dice: "paz y unión entre todos los bolivianos", a quienes llama "hermanos", porque lo siente, y tiene a Bolivia en el corazón, para siempre.

En nosotros prodúcese ese aflojamiento de nervios, largo tiempo en tensión, cuando cesa el esfuerzo o la prueba. Los semblantes denuncian, la brusca aparición de la fatiga, pero una gran alegría interior aun nos defiende del cansancio infinito que, sin poder atajarlo, se introduce en nosotros y va ganando terreno, ahora que la jornada del interior ha concluido.

Al día siguiente, fiesta de Navidad. Ante amigos que vienen a saber de nuestra gira, hago una larga relación interrumpida por preguntas con alguna crítica benévola de la campaña, durante la cual nada hemos ofrecido que no pudiéramos cumplir. Llegó a faltarnos dineros con destino a una mejor propaganda y para nuestras corresponsalías en el país. Cuento que en Cochabamba, al cruzamos Hertzog y yo en la Plaza, nos saludamos cordialmente con espanto de mis amigos... Se nos dijo entonces que en trances electorales es necesario enardecer los ánimos para ganar, y que el rival no es un contendor sino un enemigo! Hube de expresar a mis visitantes mi preocupación por la forma de las presentaciones de mi candidatura: liberalismo de un lado, pirismo del otro, y social-demócratas y legionarios, a veces juntos. Era menester multiplicarse, andar con cautela y tacto, pues todos merecían mi gratitud, y todo esto sin variar

la propia línea de conducta, el sentido y fondo de mis intervenciones. El trabajo no dejó de ser delicado, a ratos con el querido General Lanza, a menudo con Arze siempre deferente o con otros líderes. Debí confesar a mis oyentes que a estos dos jefes se podrá acreditar el éxito de nuestra gira basada en la armonía reinante. En ocasiones se hicieron ellos recíprocos y públicos elogios. En Santa Cruz, en reunión pirista a la que se invitó a Lanza, José Antonio Arze proclamó a aquél "el Campero de nuestros días".

Recibo la plena aprobación de los que me escuchan. Esto me mueve a decirles que en el curso de la gira hice reiteradas declaraciones sobre lo que significaba nuestra candidatura de unión entre los bolivianos porque así lo impone el momento histórico que vivimos; que la revolución del 21 de Julio pide renunciamientos partidistas para borrar los antagonismos políticos que tanto daño han causado a la nación y para encauzar al país por una senda civilizada, tan olvidada desde la guerra chaqueña. Todos concordamos en que no deben tolerarse pequeñas y bastardas 'pasiones en esta hora de recuperación moral y económica-social, sobre todo moral.

La noche del 25, por Radio Cóndor, leí un mensaje al pueblo de La Paz. Se excusará que reproduzca algunos párrafos de esa lectura que, si bien repiten lo ya dicho, acentúan concluyentemente mi ideario político y el por qué de mi presencia en la lucha electoral de esos días:

"Hay un anhelo de renovación en los espíritus. Hay luz de esperanza en los horizontes patrios. Se desea cambios saludables. Políticamente esto supone un afán de sacudirse de las viejas consignas ! partidistas, de salir del marco estrecho de las banderías y los grupos. Los bolivianos, cansados del despotismo, piden comprensión y generosidad y tolerancia. Nada de prédicas sectarias, de fanatismos anacrónicos ni de intromisiones en el fuero interno del individuo. Ancho campo sí donde los bolivianos todos se sientan, al fin, dueños de sí mismos y de su destino, señores de sus ideas y de sus actos, en el ancho límite de su Constitución y de sus Leyes.

"Hablé a nuestros compatriotas en el lenguaje sencillo de la verdad. No hice vanas promesas ni ofrecí paraísos inalcanzables. Hoy pido, una vez más, la unión de toda la ciudadanía en tomo a la enseña patria. Advierto que aun subsisten peligros latentes y que nuestras condiciones económicas no son favorables. He dicho y repito que, exento de ambiciones mezquinas, sólo deseo servir con digna austeridad a mis conciudadanos. Soy un hombre que marcha solo con su conciencia, y ésta es su fuerza.

"Que la violencia fratricida sea desterrada para siempre entre nosotros. Que la doctrina de -amor nacida en el pesebre de Belén, sea el símbolo de la convivencia entre los bolivianos. y ahora que una Feliz Navidad ha descendido sobre todos los hogares, os digo con fraternal emoción: pazeños valerosos e indomables, hermanos de todas las comarcas de Bolivia que nos ayudasteis en la Gesta de Julio, seamos dignos del sacrificio de nuestros héroes, sirviendo con humildad a la gran causa democrática. Cada boliviano debe ser un soldado del resurgimiento nacional, templado en la fe cristiana y en el cumplimiento del deber".

Ingresábamos ahora a un período de verdadera fiebre, sin tiempo libre, obligados a ocuparnos de varios asuntos a la vez, no siendo el menor recibir, a toda hora, visitantes que, en buena parte, eran aspirantes a cargos públicos. La correspondencia, aparte de la rutinaria, requería ser atendida personalmente. Recuerdo una carta del doctor Néstor Morales Villazón, desde mucho tiempo radicado en Buenos Aires, que me impresionó por la queja que contenía: "Alejado hacen muchos años —escribíame el 14 de diciembre— del suelo natal y con la amargura de comprobar que la mayor incompreensión ha esterilizado mi obra; en el voluntario destierro, nunca he dejado de preocuparme por la suerte de Bolivia, sintiendo quizá más hondamente que la generalidad de los compatriotas, el cúmulo de desventuras que en época postrera ha sembrado allí la muerte y el odio". Esta carta patética que trasuntaba el drama de *los "exiliados voluntarios"*, me traía, con frases conmovedoras, la adhesión del ilustre sabio, quien pintaba con acierto la situación en la que me encontraba, al decirme: "Ha vivido usted largo tiempo alejado de las candentes luchas de la política casera, por consiguiente su espíritu está libre de las pasiones subalternas que ciegan a nuestros gobernantes, precipitándoles por el camino de la arbitrariedad y la violencia". Al final, generosamente, asegurábame que mi Gobierno sería "remanso de paz y prosperidad, durante el cual se olviden *los* agravios y se recuerde que todos somos bolivianos".

No dejaban de aparecer demandas, cada vez más insistentes, sobre futuras combinaciones ministeriales, en las cuales, claro está, liberales y piristas formarían el núcleo

principal, pero en cuya composición yo me reservaba las carteras de Gobierno, Defensa y Hacienda. Y seguía luchando con el fin de obtener que los social-demócratas abandonasen su anterior acuerdo de no participar en gabinete alguno. Aunque el tema era todavía prematuro, no me cansaba de repetir que los primeros ministerios deberían ser de "concentración nacional", esto es, con representantes de todos los partidos. A un periodista contesté que, caso de ir yo al gobierno, "las fuerzas que apoyan a mi competidor jamás serían consideradas como derrotadas", agregando lo que estaba de tiempo atrás en mi mente, que "no habría vencedores ni vencidos, sino ciudadanos empeñados en una misma causa: la prosperidad de Bolivia y la afirmación definitiva de sus instituciones democráticas". Estas declaraciones mías fueron mal recibidas por muchos de mis partidarios. A un simpatizante que me transmitía por carta su reproche hube de expresarle que seguiría "mi ruta de altura, forzando el ritmo si fuere necesario, seguro de que así —y ésta era la razón vital de mi actitud— contribuiría, desde arriba, a lo que todos piden y exige Bolivia: la pacificación de los espíritus".

El sábado 28, en el Teatro Municipal, con asistencia más entusiasta y alborotera que la vez anterior, hizo la proclamación de los candidatos del PIR al parlamento. Nos sentimos optimistas y fuertes y los discursos reflejaban ese estado de ánimo. El mío fue una síntesis de mi pensamiento y expuse así lo que esperaba del pirismo.

"Nuevamente me hallo rodeado de vosotros, ciudadanos del Partido de la Izquierda Revolucionaria, y mi espíritu se conforta al contacto de vuestro entusiasmo, de vuestra fe democrática, de vuestra resolución de luchar por vuestros ideales. Sois, indudablemente, una fuerza en gestación, una esperanza que, cada día más, viene identificándose con la realidad boliviana. y ese es vuestro mérito, pese a campañas interesadas que pretenden mostraros como ajenos a nuestro medio, a nuestra idiosincrasia, como si el pueblo de que formáis parte no fuese médula y sangre de la bolivianidad".

Y con estas palabras resumí lo que significaba la hora del desafío:

"No estamos aislados. Hasta nosotros llegan las corrientes del pensamiento e inquietud universales. Ya no 'hay montañas ni valles. Por fuerza, si no queremos quedar estancados, tenemos que asimilar, para nuestro provecho, lo que ocurre en el mundo exterior; en política, en economía y en todos los aspectos de la cultura y damos cuenta de que un nuevo espíritu ha roto cierta tradición, lenta en dar un paso ascendente. Así, por ejemplo, en el caso de las relaciones internacionales, tiene mérito escaso lo que mira hacia el pasado, a no ser la enseñanza. Precisamente, por haber querido que nada cambiase, en este campo de la actividad externa y de la economía, es que dos grandes cataclismos azotaron a la humanidad. Acabamos de salir de la segunda guerra mundial y debemos pedir que la postguerra no se limite a estabilizar; antes bien, debe impregnarse de un noble espíritu revolucionario, capaz de absorber y orientar las inquietudes, como nunca renovadas, de los hombres".

Y puse énfasis en la necesidad de una armónica convivencia social en este párrafo:

"La igualdad es la justicia misma. Sin justicia, hay un permanente desequilibrio, hay inseguridad. Debemos reconocer, sin hacemos ilusiones, que el nuestro es un período cuya característica fundamental es la inseguridad, individual y colectiva, física y económica. El trabajador, manual o intelectual, el artesano, el pequeño empleado, estarán prontos a enajenar su libertad por la seguridad de llevar el pan de cada día a sus hijos. ¿De qué le servirá la libertad si le acecha la miseria y la incertidumbre de un mañana de desamparo? Sólo los fuertes y los espíritus guías podrán seguir luchando en tan adversas condiciones, así ha sucedido en la historia de las reivindicaciones sociales, y a ellos debe la humanidad su marcha ascendente. Es, pues, obligación de los gobernantes dar su verdadero alcance a estos conceptos y coordinarlos. En el fondo son una misma Cosa: medios para conseguir la felicidad y la superación del ser humano".

Al final de mi alocución, invocando a Pablo Neruda, les dije que "quisiera pensar que cada cien años me encuentro con Bolívar en el Regimiento y le digo: "Padre y General: Ayúdanos a vencer en esta hora en que tu pueblo sufre y pide hallar su ruta!".

Al día siguiente, en el mismo coliseo, la asamblea liberal proclamó a sus candidatos por el Departamento. La concurrencia, selecta a la vez que popular, llenaba por completo el local. El General Lanza, como nunca, derramó su bondad sobre mí y mi compañera. El doctor Tomás Manuel Elío, postulante a senador, después de un brillante exordio, púsose a "conversar", como él llamara a la prolija revisión política de los últimos años, alargándose peligrosamente. A los candidatos no se les pasaba por la mente que la verba superior del doctor Elío podía

dejarlos, a ellos, sin hablar. Eduardo Montes, impaciente a mi lado, me contagiaba su nerviosidad, pues estábamos citados luego a una concentración en Viacha.

Acortando algo mi discurso hice las siguientes reflexiones que situaban en su verdadera significación nuestra candidatura, la que había suscitado algunas resistencias en los que se aferraban demasiado al pasado:

"Y como no había de ser la causa del pueblo la que representamos, si ella está por encima de los partidos políticos, por encima del interés de grupo que, en nuestro medio, suele ser exclusivo y excluyente; cómo no había de interpretar el sentimiento popular y el revolucionario, si esa causa no obedece a consignas cerradas ni interpreta doctrinas sectarias y por el contrario, significa una patente prueba de tolerancia política que honra a los partidos y entidades que la prohíben, ya que aúna esfuerzos y voluntades con una sola y elevada finalidad: la recuperación moral, política y económica de Bolivia, su afirmación auténticamente democrática".

Más lejos sobre un punto que venía suscitando alguna duda declaré:

"En el curso de nuestra gira no hemos molestado la atención de nuestros conciudadanos con cuestiones que atañen al fuero interno del individuo. Hace cuarenta años que Bolivia vive en paz espiritual y no seremos nosotros los que, sin motivo o con motivos inconfesables, vayamos a crear artificialmente un problema de conciencia que ha sido liquidado por la cordura de nuestros padres, hace casi medio siglo. Bolivia es tierra católica desde hace cuatrocientos años y seguirá siéndolo, y es absurdo suponer que haya quien piense siquiera ir contra esa maciza realidad".

Faltaba la proclamación de candidaturas de los social-demócratas. Valiéndose de un medio moderno, usaron Radio Cóndor para difundirla la noche del 30. Invitado a pronunciar unas palabras con Arduz y los tres candidatos: Alberto Crespo Gutiérrez, Rodolfo Salamanca y Claudio Sanjinés, expuse algunas ideas que, en parte, transcribo aquí:

"Os ha tocado servir a Bolivia en su hora decisiva. Esto supone riesgos, deberes muy serios, una grave y sostenida responsabilidad. Es el combate de la fe contra el pesimismo, de la solidaridad contra los disociadores, en cuyo frente cada cual debe ocupar su puesto de lucha para terminar con los fanatismos y con los apetitos personales que han despedazado a Bolivia. El poder no será, en modo alguno, para vosotros y para mí, una ofrenda de los dioses, sino la más alta de las responsabilidades: la responsabilidad suprema de servir a la patria hasta el sacrificio, con olvido de sí mismo.

"Y es precisamente el menosprecio de este transcendental concepto de servir, en el marco de la propia dignidad, lo que ha causado el fracaso de muchas administraciones, bien inspiradas en sus comienzos. Se ha olvidado de que el funcionario es, ante todo y por sobre todo, un ciudadano que la colectividad pone para servir la, que existe para ella y por ella. De ahí que en tantas ocasiones, ese funcionario, y cuanto más elevada su jerarquía menos aceptable su soberbia, ha creído que la colectividad estaba para servirle y proteger sus pequeños intereses. Esto que parece una simpleza entraña, a mi juicio, uno de los factores de nuestra decadencia democrática de los últimos años. Es necesario reaccionar severa y resueltamente, y estoy seguro que vosotros, hombres de una promoción que toma su puesto por derecho propio en la vida pública, seréis los paladines de esta cruzada".

En unas declaraciones de 31 de diciembre, Francovich, después de analizar el significado de nuestra compañía y lo que representaba la revolución del 21 de Julio, se refirió, siempre preciso y directo, a los tres partidos que nos apoyaban. Hablando del PIR dijo: "Acaso es la única fuerza que permitirá al futuro gobierno de la Conciliación Nacional ponerse en contacto objetivo con las masas de mineros, campesinos y obreros del país y, sobre todo, evitar los extremismos demagógicos que tratarán de crear conflictos en una época que ha de ser de problemas económicos y sociales". Mejor enfoque no cabía. Aquí estaba la raíz de nuestra aproximación a los hombres de Arze y de Anaya, de nuestro empeño por ir con ellos "en el mismo bote democrático" como solía yo decirlo, con frecuencia, a mis incrédulos oyentes. Realidad o ilusión, únicamente el devenir nos traería la respuesta. Pero en aquellos momentos pocos comprendieron nuestra actitud y menudeaban las críticas y los reproches de los timoratos por el ribete pirista que suponía predominante en nuestra candidatura, tildada desde algún púlpito de "atea y extranjerizante".

Ello de enero de 1947, Guillermo Francovich, en un bello mensaje a sus conciudadanos, díjoles:

"En Bolivia hemos venido sufriendo de algo así como una apostasía del civilismo. El civilismo, desgarrado por antagonismos y sectarismos apasionados o hundido en el escepticismo, acabó cayendo bajo la zarpa del despotismo militar. Olvidando sus responsabilidades, permitió el desquiciamiento de las libertades ciudadanas.

"Por otra parte, la revolución se ha realizado para permitir a Bolivia abrirse hacia el futuro con la plenitud de sus impulsos, con la totalidad de sus energías. Estamos en una hora en que el pueblo quiere hablar y quiere ser escuchado. La revolución no se ha hecho para volver a las prácticas rutinarias, ni para andar por las antiguas y , polvorientas rutas ya demasiado recorridas. Desde el 21 de Julio aflora a la superficie de nuestra vida política una nueva realidad. Las masas, esas masas que trabajan y sufren, esas masas que sustentan la realidad boliviana y que en todas partes del mundo son ya fuerzas vivas de la sociedad, reclaman su intervención efectiva y eficaz en la vida de nuestra patria".

De mi parte, ese primer día del año nuevo, leí un llamado a la ciudadanía del cual extracto párrafos que, una vez más, resumían mi modo de pensar:

"Tiempos desapacibles, cuestiones apremiantes golpean la conciencia nacional. Hay que asegurar a todos los bolivianos hogar, alimentación, vestido. Hay que defender la raza por la nutrición, por la higiene, por la cultura. Que nadie sea perseguido en una sociedad justa y tolerante. Que Bolivia vuelva a ser el punto de confluencia y de equilibrio de la política continental. Que prospere en lo interno, dentro de una convivencia pacífica pero laboriosa. Que la pugna de clases sea superada en una síntesis unificante que proteja a todos los bolivianos.

"Bolivianos: que un año próspero y tranquilo visite vuestros hogares. Os pido vuestro voto para regir los destinos de Bolivia en el próximo período gubernativo. Prometo hacerlo con rectitud, con independencia de criterio, con firmeza inquebrantable, con devoción a mi Patria y a mi Pueblo. Pero si la voluntad nacional determina lo contrario, yo seré el primero en pedir que todos nos unamos detrás del conductor que el pueblo elija. Porque ésta no es hora de rencillas, de discutir nombres ni de disputar jerarquías; es la hora crucial de servir a Bolivia desde el puesto que el destino señale a cada uno".

Este párrafo de mi salutación de Año Nuevo fue criticado por muchos de mis partidarios. Juzgaban inaccesible que yo dudara de nuestro triunfo y, menos, que me anticipara en pedir la unión de todos alrededor del nuevo mandatario, cualquiera que éste fuera. Para mí, el asunto traducía la esencia misma de la postura moral y política que había adoptado ante mis conciudadanos, resumida en esta sentencia, repetida hasta el cansancio: pacificación del país y conciliación entre sus hijos para preservar la democracia en Bolivia. Mal podía, entonces, ser traidor a mis propias convicciones.

Francovich había vuelto ya a Sucre. Me hallaba, pues, solo para dirigir los trabajos finales de nuestra candidatura en La Paz y coordinar los con el interior del país. Los liberales, los piristas y social-demócratas, como era natural, andaban ocupados, casi exclusivamente, en asegurar sus bancas parlamentarias, lo que producía una desarticulación en el conjunto de nuestras labores. De esto también se quejaba mi compañero de lista, en su carta de 2 de enero: "No se me escapa —escribíame— que nosotros tenemos un punto débil por el hecho de que la candidatura presidencial no cuenta fuera de La Paz, con organismos que hagan la campaña por ella. Estando ésta entregada a los partidos que, lógicamente, se dedican a luchar, a veces mutuamente, por sus candidatos al Parlamento". La inexperiencia nos había llevado a confiar en los ofrecimientos de las directivas de partido y en amigos que, por escasez de recursos, poco podían hacer. Y lanzado como estaba en la lucha política, había recibido la buena cooperación de Fernando Diez de Medina, quien casi a diario me traía sus apuntes, dándome así ocasión de prestar realce y brillo a mis intervenciones. Sentí que las labores del joven escritor no le permitiesen, a mi regreso del interior, seguir colaborándome, lo que me obligaría a valerme solo en este campo nuevo de la literatura política.

La efervescencia, natural en todo proceso publicitario, venía subiendo de punto y surgían amenazas: de violencia. Más todavía: la virulencia había invadido el terreno, hasta ese momento limpio, de la propaganda política. Algunos de mi bando, sin conocimiento mío, atacaron torpemente a mis contendores, creyendo de esta manera repeler mejor la campaña mezquina que se me hacía. Para desarraigar el mal, pensé que valía la pena adoptar inmediatamente una actitud resuelta. Con fecha 2 de enero, hice publicar un comunicado de mi

oficina política en el cual dejaba constancia de mi protesta y "desautorizaba del modo más enfático la campaña de difamación que, personas no conectadas con esta Secretaría General, hacen a la candidatura del Dr. Hertzog".

Lugar es éste para testimoniar mi afecto y gratitud a dos ciudadanos que, con ejemplar dedicación, me ayudaron en las horas inciertas de mis trabajos: Arturo Prudencio Guachalla y Guillermo Céspedes Rivera. Leales como pocos, incansables en la tarea dieron prestigio a esa modesta oficina que guiaba mi campaña electoral.

Para cerrar nuestros afanes de propaganda sólo nos faltaba una exposición sobre los problemas económicos del país. Había conversado a este respecto con Alberto Crespo Gutiérrez, hombre de cualidades sobresalientes y mi candidato para Ministro de Relaciones Exteriores. Tuvo la bondad de preparar los materiales que, con algo de mi cosecha, me permitió dar una charla radial, por la estación Cóndor, en la noche del jueves 2 de enero. En este tema, árido pero de particular importancia, hube de ocuparme de una serie de cuestiones que conformaban la situación deficitaria de nuestra economía. Así hice mención de la inflación monetaria, peligrosamente acentuada desde la guerra del Chaco; del alza del costo de vida, consecuencia inevitable de lo anterior; del crecimiento exagerado de la burocracia fiscal que de 5.000 empleados en 1929 llegaban a 23.000 en ese año de gracia de 1947!; de la urgencia de desarrollar las riquezas agropecuarias y petrolíferas; y puse énfasis en la adopción de un "plan vial ordenado y metódico", creando "el fondo especial de vialidad". Puse de relieve la importancia de la Corporación Boliviana de Fomento, cuyo rol era fomentar la creación de nuevas industrias para su traspaso oportuno al esfuerzo privado. Pero en estos problemas de economía y financieros, de gastos y producción, de consumo y de exportación, no olvidé la parte que correspondía al trabajo, y declaré que todos debíamos aportar "nuestro grano de arena si queríamos construir una patria nueva". Y agregué:

"El técnico, el hombre de negocios, el obrero, el empleado, el intelectual deberán aunar esfuerzos y asumir su parte de responsabilidad. El derecho al trabajo es sagrado pero su correlación, la obligación de trabajar, es un deber ineludible. Lo fundamental, de otro lado, es que el trabajo dé su máximo rendimiento y esto sólo puede conseguirse si se le rodea de suficientes garantías, si se le protege efectivamente y si la remuneración que, económicamente no debe destruir la fuente del beneficio, sea de tal naturaleza que asegure al trabajador, manual o intelectual, un nivel de vida decente, con perspectivas de progreso".

Por último, aparte de otros puntos de índole reglamentaria, abagué por la creación del Consejo de Economía Nacional, el cual "haría efectiva la cooperación patriótica entre el trabajo, el capital y la técnica, bajo la acción reguladora del Estado".

El proceso electoral llegaba a su término. Sólo faltaban horas para los comicios. Mis partidarios, esta vez todos unidos, quisieron realizar una gran demostración popular. Cerca al Mercado Rodríguez, donde iniciara yo, por casualidad, mi campaña hacía apenas veinte días, tuvo lugar, al atardecer del día 4, la última concentración. Fue la más entusiasta y la más espontánea. Todo era improvisado: tribunas, galerías, canciones, estribillos, carteles y también los discursos de los jefes y dirigentes, sobresaliendo el de Lanza y de Numa Romero por su directa apelación al pueblo. La sinceridad brotaba de las palabras: aquí no había ficción ni frases de aparato. La masa de gente que nos rodeaba, apretada y festiva, amenazaba echar abajo el débil andamio que nos servía de tribuna y donde nos encontrábamos, mi mujer y yo, honrados con la presencia de numerosas damas, entre ellas doña Leonor de Ugarte de Lanza, noble compañera del jefe liberal. El momento era de intensa expectación. A través de los discursos habíase establecido ese contacto emocional entre oradores y auditorio que hace de una asamblea una fuerza viva con una sola voluntad, la del líder. De reflejo, uno sentía la presión espiritual de la multitud y se identificaba con ella. Apresuradamente bosquejados llevaba yo los puntos que convenía tocar en mi arenga. Más frente a la compacta muchedumbre que me había conquistado y sus vítores incesantes, tomado por la exaltación del momento, deje de lado mis apuntes y hablé empujado por una fuerza interior, como si hablara ante seres queridos que conociera desde siempre.

Mi memoria guarda una vaga idea de lo que dije en esa ocasión. Recuerdo sí que hice una vehemente apología de la libertad, después de declarar que me encontraba en el seno de mi pueblo como en el seno de mi hogar. Señalé que era absurdo y peligroso esperarlo todo de los gobiernos, ya que éstos serían buenos o malos, tolerantes o despóticos, según fuesen las virtudes, el descuido o la vigilancia del ciudadano. Y cité a este propósito la frase que mi padre pronunciara, en su última alocución electoral de 1908, al declarar a sus seguidores: "El pueblo ha de mandar y yo he de obedecerle", lo que levantó una tempestad de aplausos. Y regresé

sobre dos temas de mi predilección: la educación popular y la independencia del municipio. Concluidas éstas y otras incursiones sobre capítulos de mi programa o problemas! de la hora, me lancé al terreno personal porque sentí que debía hacerlo y hablé de mi concepto de servir en la aceptación noble de la palabra y referí mi condición de becario, de niño a la muerte de mi padre, lo que me hacía "hechura del pueblo al cual me debía por entero". Al final, declaré que teníamos los bolivianos el día 5 "una cita con el destino para escoger nuestra ruta", lo que me autorizaba a exigir de mis parciales, con insistencia apasionada, dos cosas: "vencer en forma rotunda y vencer sin violencias".

Indescriptible volvióse el griterío. Las primeras sombras de la noche aumentaban la confusión y también el entusiasmo para iniciar, a la luz de antorchas que iban apareciendo, el enorme desfile. Trabajosamente logramos abrirnos paso y retirarnos, tras haber gustado, unos instantes, el vino fuerte del aplauso popular, sin perder, por fortuna, la cabeza.

Ya en la paz de mi hogar, hice el examen de nuestra campaña electoral y, aunque reconocí en ésta numerosos vacíos, no se alteró mi confianza en el triunfo. Con tan alentadora ilusión, busqué un breve descanso, tarde en la noche.

Preservar la Unión

I

El resultado de la elección presidencial fue desconcertante. Después de las fatigas del día, con algunos partidarios, nos mantuvimos atentos a las noticias sobre cómputo de votos de las mesas que nos venían de distintas fuentes. Las cifras, como si de antemano un espíritu travieso así lo hubiese dispuesto, favorecían, por turno y con rigurosa igualdad, a un pretendiente y al otro. Durante horas el juego se repitió: un electorado dividido por mitades entre dos candidatos. Ni una brecha siquiera que permitiese vislumbrar la definición ansiada, el triunfo rotundo de que tanto se había hablado. En su lugar, se presentaba el signo del empate, susceptible de engendrar nuevos antagonismos. La indecisión podía constituir otra característica de los comicios: o con los partidos largamente afianzados y sus directivas conocidas, o con gente nueva en buena parte que buscaba renovaciones. Para nosotros, lo confesamos sinceramente, este cómputo de La Paz, cuyos totales los tuvimos relativamente temprano, nos desorientó. Las nuevas fuerzas, vale decir en particular las Legiones, parecían no arrastrar la corriente que le habíamos imaginado. La supuesta mayoría que, en las urnas, apoyaría aquella renovación de cosas y de hombres, apenas alcanzaba a la mitad del país. Cabía entonces temer que en el interior, donde esas Legiones actuaban débilmente, el caso de paridad plebiscitaria se repetiría. Y así fue.

Sentimos disminuidos los afanes y empeños de aquel día y el bullicio de la calle que parecía estar de fiesta. El cansancio se nos hizo más pesado y los incidentes de la jornada, nítidos en el recuerdo, no aliviaban nuestras dudas. Pero no nos invadía el pesimismo: el acto electoral —hasta lo que podía presentar el país— habíase cumplido con regularidad y fue un acto "cívico" que, al margen de sus resultados, debía inspirar confianza en el provenir. Esta era una verdad escueta que, a pesar de todo, nos alentaba. Ese optimismo que vivió en nosotros en los comicios no debía apagarse, pues teníamos al frente nuevas tareas que cumplir empujados por esa como obsesión nuestra de la unión entre los bolivianos por encima de los credos políticos. Recordaba los abrazos de hombres humildes y el optimismo contagioso de los entusiastas, y los comentarios e ilusiones de esa fiebre engañosa de un día de verano, apacible porque no hubieron choque ni atropellos, en el que hombres libres ejercían un derecho soberano. Sentíamos también amenguadas las semanas de árdua labor, de honesta aproximación al pueblo, la visita al interior con el bagaje de nuestra fe entera y lo dicho, hasta parecer majadero, sobre nuestra causa de unión nacional y de renovación de valores. Ahora, todo esto amenazaba desvanecerse ante la indecisión, máscara sin rostro de lo incógnito. Pudimos pensar —y lo pensamos más de una vez— en un contraste por ausencia de organización unificada, por falta de entendimientos serios entre los que nos apoyaban y, sobre todo, por carencia de fondos, pero no en este empate que, de sopetón, nos lanzaba su reto con el problema imprevisto que dejaba en nuestras manos.

Este problema adquirió entonces categoría en la mente de todos. Junto con seguir de cerca la cuenta de votos de los candidatos presidenciales, se empezaba a seguir, con igual solicitud, la de aspirantes a Congreso. La opinión pública concentraba ya su mirada sobre un futuro pronunciamiento legislativo y, como era de prever, prosperaban toda suerte de cálculos interesados. Obvio es agregar que la indecisión electoral que enfrentábamos, aparte de constituir una sorpresa ingrata, era un mal para las fuerzas democráticas. Era, en cambio, un

beneficio para los adversarios desplazados, los que sabrían aprovecharla si los abanderados del campo contrario flaqueaban y enceguecían.

Lo que daba pábulo a los rumores y a la general desconfianza, con sus veladas incitaciones a las actitudes fuertes, nacía de las informaciones del Ministerio de Gobierno sobre los resultados electorales. Cada voto contaba y se lo comparaba con las cifras proporcionadas por las secretarías de los candidatos y por un servicio ágil de "La Razón", que aportaba mayor confusión aun. Aconsejable parecía entonces apuntalar las delicadas tareas de dicho Ministerio, introduciendo en ellas el factor confianza. Con este fin, creí oportuno tomar una iniciativa a la que no se opusieron las jefaturas de mi bando, y dirigí carta al Ministro Roberto Bilbao La Vieja, el 8 de enero, proponiéndole que una comisión *ad hoc*, con representantes de las partes, llevase a buen término aquel trabajo escrutador. La carta decía:

"Señor Ministro:

"El comunicado expedido ayer por la H. Junta de Gobierno con referencia al escrutinio y cómputo nacional de las elecciones efectuadas el domingo 5, para Presidente y Vicepresidente de la República, revela cierta intranquilidad en el ambiente ciudadano que, por otra parte, refleja también el comentario periodístico, sin excepción. Ello se debe, sin duda, al estrecho margen que acusa el cómputo para uno y otro de los candidatos y a cierta demora en la llegada de datos por deficiencia de las comunicaciones. Esa tensión, lejos de disminuir, ha aumentado en las últimas horas del día y, por consiguiente, se hace necesario aminorarla mediante procedimientos que eviten todo motivo de queja.

"Es indispensable, a mi juicio, que el electorado obtenga la certeza de que los cómputos parciales que van sumándose en el Despacho de su digno cargo, no podrían sufrir error alguno debido al sistema de revisión implantado;. Con este fin, me permito sugerirle, señor Ministro, que en presencia de delegados del doctor Enrique Hertzog y míos, se proceda a una revisión completa de los cómputos efectuados hasta este momento y se prosiga el cómputo hasta su terminación, encomendándose la parte técnica de esta labor a una firma de contadores de primera clase, bajo la supervigilancia de altos funcionarios de ese Ministro. El escasísimo margen de cifras asignado a los candidatos justifica que, en esta ocasión pocas veces vista, los cómputos sean revisados cuidadosamente y con asistencia de las partes interesadas ya que sólo así se podrá eliminar causales de recriminaciones que perturben la tranquilidad pública y dejen sedimentos de celos e inquietud política. y es deber de las autoridades, de los partidos políticos y de los propios candidatos, coadyuvar en mantener un clima de confianza y de tranquilidad. Como usted ve, señor Ministro, no se trata de un procedimiento de verificación de escrutinios, que, desde luego, corresponde al Congreso, sino del simple cómputo de votos.

"Seguro de que usted, señor Ministro, querrá prestar preferente atención a esta sugestión, que tiene carácter de urgencia, me es grato renovarle etc. etc."

(f) Luis F. Guachalla".

La iniciativa prosperó y dos días después funcionaba la Comisión, lo que trajo alguna baja en la tensa situación del momento. Me representaban en aquella Comisión mi primo Arturo Prudencio y Adrián Barrientos. Por parte de Hertzog actuaba con algún otro, Raúl Franck Reyes. Por la prensa nacional estaba Luis V. Zavala y por la extranjera orlando Millas, y atestiguaba la corrección de los cálculos Jorge Pando Gutiérrez, jefe de los servicios de estadística. Ello emitió su primer informe, dejando expresa constancia haber revisado "todos los telegramas y demás documentos" que cursaban en el Ministerio de Gobierno, y consignaba cifras parciales que mostraban diferencias pequeñas de votos entre los candidatos.

Este primer comunicado acalló la desconfianza. Quedó, sin embargo, pendiente el problema de la elección por el congreso o voto partidista. Los juristas y entendidos, con sus argumentos y alegatos complicaban, en vez de aminorar, la crisis, tras la cual algunos creían ver ya la torva figura de la ambición, pronta a asirse de la violencia para triunfar. Examinada cuidadosamente la polémica, para mí el caso era de conciencia. Yo no estaba de acuerdo con una elección por el Legislativo, aunque esto preceptuaba la Constitución. Para mí ello importaba una contradicción con aquella otra norma, más fundamental, de la elección directa por el pueblo, fuente auténtica de la soberanía. Y no otro podía ser el espíritu de nuestra Carta Magna. Los casos históricos de Adolfo Ballivián y de Gregorio Pacheco, *verbi gratia*, poco convencían por haber sido zanjados mediante componendas. Por el contrario, demostraban que la elección por el Congreso tendía fácilmente a desviarse hacia el compromiso antelado

para futuras actuaciones plebiscitarias. Parecíame más democrático atenerse al pronunciamiento popular.

Consultados mis principales adictos y sin su oposición que no fue manifiesta de modo formal, anuncié que era de interés nacional apoyar la tesis de la simple mayoría y que, en tal sentido, haría una declaración por la prensa. Esta declaración fue entregada el 12 a "La Razón" la que, después del consiguiente revuelo, la dio a publicidad el día 14. Decía:

"La democracia boliviana ha escrito una honrosa pagina el 5 de enero de 1947. Irregularidades aisladas, que serán corregidas por la autoridad competente, no alteran el hecho anotado: el acto electoral ha sido digno epílogo de la Revolución Libertadora del 21 de Julio. El mérito recae por igual sobre la H. Junta de Gobierno, su ilustre Presidente, el señor Ministro de Gobierno y la ciudadanía toda.

"La no vigencia de la Constitución por declaración expresa de la H. Junta de Gobierno, y el hecho de que ninguno de los candidatos podría obtener ya la pluralidad absoluta de votos de la elección presidencial, vienen suscitando una confusión general propicia a las sorpresas. En los cuarenticinco días que faltan para que el Congreso Extraordinario inaugure sus sesiones y de acuerdo con la ley electoral y un Decreto de la H. Junta de Gobierno, proceda a verificar el escrutinio de aquella elección para los fines legales pertinentes, podría producirse un clima peligroso de presiones de partido y de abierta beligerancia entre las fuerzas contendoras, recurriéndose aun a la perturbación diaria del orden público y a todo género de maniobras inaceptables para ganar la decisión del Legislativo. Esa pugna fratricida, cuya violencia y desenlace nadie puede prever, haría tambalear la estructura institucional de la Revolución y el espléndido plebiscito del 5 de enero. Ignorarla, será peligroso. Dejarla prosperar, sería insensato.

"Corresponde, pues, a los partidos políticos, a las fuerzas cívicas revolucionarias y a las entidades obreras, buena parte de responsabilidad por la forma cómo afronten esta situación; y, de otra parte, no menos importante, a los propios candidatos a la Presidencia de la República, cuya palabra autorizada el país espera con explicable ansiedad.

"Cumpro con el deber cívico de exponer mi criterio en esta emergencia. Lo hago en forma sincera y serena, porque así se debe proceder en servicio de la paz y de la tranquilidad de la República.

"No basta que las elecciones hayan sido modelo de pureza democrática. Es imperioso que el futuro gobierno constitucional merezca el respeto de la Nación entera y realce su prestigio ante el mundo internacional, para iniciar con eficiencia la enorme tarea de recuperación que nos aguarda. Los partidos y sectores de opinión, las legiones revolucionarias, las fuerzas obreras y la masa ciudadana independiente que me han honrado con su apoyo, comprenderán seguramente este llamado a la cordura que les hago llegar junto con mi gratitud, invocando únicamente el nombre de Bolivia. La zozobra debe desaparecer de los corazones para dar paso a la confianza. El boliviano sólo debe tener una ambición: contribuir desde el gobierno o desde una sana opinión, a la reorganización democrática del país y al restablecimiento de su prestigio internacional.

"Considero que el Congreso Extraordinario de Marzo, deberá inclinarse ante un hecho: el mayor número de votos, por escaso que fuera el margen a favor de uno de los candidatos, según el cómputo oficial que realice dicha asamblea. Como la proclamación que haga el Congreso vendrá a ratificar el pronunciamiento popular, un elemental principio de ética pública ha de constreñir al Parlamento de Marzo a no apartarse de la relación numérica que, si bien en este caso no marcará la pluralidad absoluta de votos prevista por la ley, supone, en cambio, un concepto de mayoría que no por leve debe menospreciarse. Es posible que este criterio se aparte un tanto de la severa hermenéutica jurídica y de la práctica política, pero estoy cierto que salvará muchos escollos en el camino de nuestra rehabilitación nacional. La fórmula que inmerecidamente represento es una de conciliación y acercamiento. ¿Y qué mejor manera de unir y conciliar a los bolivianos que poner ambiciones, grupos y personas, al entero servicio de la Patria?

"Apelo a la ciudadanía y en especial a mis propios partidarios, pidiéndoles aceptar este criterio que emana de una honrada apreciación concienzuda de los hechos.

"No debemos olvidar que la Revolución del 21 de Julio, no se hizo para encumbrar caudillos sino para defender las instituciones. Para nosotros, hombres de fe, el 21 de Julio no

fue una aventura política; fue el despertar de un pueblo a la libertad, al libre juego de la vida democrática. Seamos dignos de tan alta enseñanza, porque salvar la Gesta de Julio, será salvar la Patria misma. El resurgimiento de Bolivia, en un clima de paz y de concordia, es el supremo deber de esta hora suprema.

“Y que nadie se sienta defraudado. Todos cumplimos nuestro deber. Si unos pocos votos llevan a unos al poder y a otros a la sana oposición, ésta bien; pudo ser a la inversa. No debe haber vencedores ni vencidos en este torneo de civismo. No saber ganar, ni saber perder. Digamos más bien, saber servir. Porque los bolivianos están reunidos al pie de su bandera desde el 21 de Julio y todos somos servidores de una misma causa.

Más que reproches de algunos por esta manera mía de resolver el empate electoral, fueron gratas las palabras de amigos y seguidores desinteresados y el juicio favorable de la prensa. “El derecho a la tranquilidad”, título de una crónica periodística de Casto Rojas, vino a constituir, en esos días, la consigna general. Los comentarios que suscitó mi declaración política, me confirmaron que estaba yo en lo cierto al haber dado, de mi parte, una clara y sencilla definición al problema presidencial que no admitía subterfugios.

La prensa comentó ampliamente el tema que, indudablemente, se prestaba a diversas interpretaciones. Así “Última Hora”, en nota editorial del 15, por contraste estampó esta verdad amarga:

“¿Qué fue esa democracia en nuestro turbulento pasado político? Pugna apasionada de irrefrenables apetitos de poder, que no vacilaban en los medios con tal de alcanzar los fines: beligerancia agresiva de afanes de predominio, que a trueque de lograr el prevalencimiento personal o partidista no dudaba un instante en desbaratar la paz y la armonía nacionales y aun en comprometer el orden interno, poniendo en olvido aquellos mismos superiores intereses nacionales por los cuales decían combatir. En esa violenta batalla de impacientes ambiciones de poderío, en la que el pueblo soberano jugaba el triste papel de trampolín de los más audaces, el adversario político era un enemigo al que se debía aplastar sin escrúpulos, poniendo en juego todos los innobles recursos de la estrategia política y electorera, porque la meta era triunfar, no importaba cómo; esto es, capturar el gobierno, con honor o sin él, pero capturarlo. Fraude, intriga, coacción, aprovechamiento de la venalidad ciudadana o parlamentaria, infamación de los contrincantes; todo estaba permitido en las mascaradas democráticas”.

Y “La Razón” tocó el punto en estos términos:

“Podría afirmarse, sin hipérbole, que la captura del poder fue el señuelo de multitudes y dirigentes, saturando el ambiente interno de ese espíritu populachero y levantisco que mantuvo en permanente agitación a la República”.

En el exterior, los que se ocuparon de Bolivia, aprobaron el rumbo que se daba al problema presidencial. Citaré dos casos: “La Nación” de Buenos Aires, concluía así su editorial titulado “La lealtad democrática”: “Los dos partidos democráticos, que lucharon entre sí, concurrirán juntos a asegurar el poder a quien tenga mayoría, aunque sea de un solo voto; y así darán cima, para edificación de todo el continente, a una empresa de resurgimiento institucional cumplida hasta el fin bajo el signo de la lealtad”. Pero el comentario de más enjundia lo hizo “Crítica” de la capital porteña en su edición de 15 de enero. A pesar del elogio que contiene, lo reproduzco a renglón seguido porque, en verdad, al país se dirigía la palabra de estímulo del ágil vocero argentino. Titulaba el artículo “Saber servir”:

“El futuro inmediato de la nación boliviana depende de una fórmula simplísima: que el señor Hertzog, candidato triunfante, tenga el mismo enfoque político y social que el señor Guachalla, candidato vencido.

“Llamarlo “vencido” es un decir, porque el hombre que hace tales declaraciones luego de la contienda política, es siempre vencedor aunque su oponente en las urnas haya contado con mayor número de sufragios, que en este caso no exceden de mucha cantidad.

“¿Qué mejor manera de unir y conciliar a los bolivianos que poniendo las ambiciones de los grupos y de las personas, por entero al servicio de la patria?”

—“Que nadie se sienta defraudado, todos cumplimos con nuestro deber. Si unos pocos votos llevan a unos al poder, bien pudo ser a la inversa. No debe haber vencedores ni vencidos

en este torneo de civismo. No saber ganar ni saber perder. Digamos más bien saber servir, porque los bolivianos están unidos al pie de su bandera desde el 21 de Julio y todos son servidores de la misma causa—".

"Estos son dos párrafos de la declaración que entregó a la prensa sobre la elección presidencial, el señor Guachalla, candidato a la más alta magistratura de su país.

"Tan asombrosas palabras las ha dicho un político de una nación latinoamericana. Encierra una profunda lección de civismo y una tal lección de hombría de bien que, aunque fuera solamente literatura y una gran masa de su pueblo no las comprendiera, con que una pequeña minoría de los hombres pensantes bolivianos acojan esa semilla, la fructifiquen y maduren en sus mentes y sepan sembrarla en sus obras tanto como en sus palabras, el país boliviano habrá salvado su sitio en el porvenir.

"Los grupos políticos argentinos que están dando a América el triste espectáculo de su desunión y de su abierto despliegue de ambiciones, debieran aprender estas frases y usarlas como un "slogan" diario que suavizará sus arengas violentas y agresivas.

"Saber servir. Ese es el secreto de saber mandar. y de saber gobernar.

"Sobre estas dos simples y pequeñas palabras, hoy se ha puesto un cimiento para la vida argentina. Son simples y humildes y pequeñas. Todos, en nuestra medida de comprensión y de capacidad, podemos usarlas. Son el secreto y la clave de nuestro porvenir.

"Y es más: sólo cuando todos los hombres hayan evolucionado hasta sentir las, comprenderlas y servir las, se habrá redimido la humanidad entera".

El 17 de enero publicó la Comisión organizada para comprobar los cómputos de la elección presidencial su informe final, y dio por terminadas sus labores, de carácter simplemente informativo, como lo decía su comunicado. No creyó necesario continuar sesionando, ya que juzgaba agotada la recepción de datos electorales, pues lo que aun podía faltar, así como el verificativo del acto plebiscitario, incumbiría conocer al Congreso. Dio, en consecuencia, el resultado de sus computaciones con estos totales:

"Para el Dr. Guachalla	43.302 votos,
Para el Dr. Hertzog	43.581 votos,
Para el Dr. Francovich	43.231 votos,
Para el Sr. Urriolagoytia	43.444 votos,
Diferencia para presidente	279 votos,
Diferencia para Vicepresidente	213 votos"

Mi declaración política del día 12 movió al Comité de Unidad Nacional, que apoyaba nuestro binomio, a emitir, a su vez, una declaración. La lanzó con fecha 20, situado el problema bajo un ángulo cerradamente legalista, sin sugerir nada nuevo para zanjarlo. El Comité, que entraba en acción un poco tarde, reconocía la gravedad del momento político, pero no aportaba elementos decisivos de alivio ya que todo lo remitía a las sabiduría del futuro parlamento. La verdad era que los partidos no deseaban pronunciarse todavía. Este importante documento, que suscribía José L. Lanza, José Antonio Arze, Gastón Arduz, Numa Romero, Pacífico Luna Quijarro, Agustín Ortiz Pinto y otros líderes de nuestro bando, era del tenor siguiente:

"Dado a conocer el cómputo informativo de las elecciones para Presidente y Vicepresidente, por la comisión mixta constituida al efecto por el Ministerio de Gobierno, con representantes de las dos candidaturas, ha quedado provisionalmente establecido que el Dr. Luis ' Fernando Guachalla ha obtenido 43.302 votos para Presidente y el Dr. Enrique Hertzog 43.581 votos, existiendo una diferencia de 279 votos a favor del último; y que el Dr. Guillermo Francovich ha obtenido 43.231 votos para Vicepresidente contra 43.444 votos del señor Mamerto Urriolagoytia, acusándose una diferencia de 213 votos a favor del último de los nombrados. Con arreglo a la Constitución, a las leyes electorales vigentes y al Decreto reglamentario de elecciones de la H. Junta de Gobierno, corresponde al Congreso que debe reunirse el 28 de febrero próximo, "verificar el escrutinio de las elecciones para Presidente y Vicepresidente de la República". Ahora bien, de la verificación de ese escrutinio puede resultar que las cifras provisionales indicadas en el cómputo informativo practicado por la comisión mixta resulten modificadas, toda vez que la misma comisión dice en su acta de 16 del presente, que "las candidaturas anteriores son dadas a conocer a la opinión pública, por vía de simple información", y agrega que "el resultado definitivo legal será dado a conocer por el H. Congreso

Nacional, de acuerdo a lo extraído por el artículo 140 de la Ley Electoral de 31 de enero de 1924". Esta verdad oficial y legal hace que sea aun prematuro hablar de Presidente y Vicepresidente electos, mientras el Congreso no se pronuncie formalmente al respecto, previo el recuento de votos y la anulación de los que resultaren legalmente viciados. Toda otra interpretación sobre esta cuestión es contraria a la ley y no podría dar otro resultado que el de paralogizar a la opinión, por buena que fuese la intención, suscitando un problema, acaso un conflicto, donde ninguno existe.

"El comité de Unidad Nacional congratula al Dr. Guachalla por sus declaraciones de fecha 12 del actual, en las cuales implícitamente anuncia, con ejemplar desprendimiento y altura cívica, que reconocerá el triunfo de su competidor si éste obtiene simple mayoría de votos, una vez que tal mayoría quede establecida según el escrutinio y cómputo del Congreso. Es preciso, sin embargo, dejar constancia, de conformidad con el artículo 88 de la Constitución Política de 1945, que "si ninguno de los candidatos para la presidencia y vicepresidencia de la República obtuviese la pluralidad absoluta de votos, el Congreso tomará a tres de los que hubiesen obtenido el mayor número para el uno u otro cargo, y de entre ellos hará la elección". En el caso concreto, sobre la cifra total de 92.510 votos emitidos en las elecciones del día 5, para cuatro candidatos a la primera magistratura, la cifra de pluralidad absoluta es de 46.256 votos, no obtenida por ninguno de ellos. El caso de Vicepresidente da un resultado análogo. En consecuencia, el Congreso ejercería una facultad perfectamente constitucional y legal al elegir al próximo Presidente de la República de entre los tres candidatos que hubiesen obtenido el mayor número de votos en la elección directa.

"Esta es también la autorizada opinión del publicista y diputado electo por Cochabamba, mentor espiritual del socialismo republicano, Dr. Demetrio Canelas, cuando escribe en "Los Tiempos" de esa ciudad, que "la elección definitiva del Presidente de la República tiene que ser referida al Congreso reunido en pleno" cuando ninguno de los candidatos, si son más de dos, obtiene la mayoría absoluta. El Dr. Canelas añade con sobrado conocimiento que "ello transfiere al Parlamento el ejercicio de la soberanía electoral. La mayoría parlamentaria —subraya— viene a ser árbitro final del problema". Y remata su comentario con estas palabras: "La Constitución a sido sabia al disponer en tales casos la intervención del Congreso. Porque la entrada en funciones de un Ejecutivo desprovisto de mayoría parlamentaria, haría nacer una situación insostenible".

"El comité de Unidad Nacional hace un llamado a la ciudadanía, sin distinciones, para que no se deje impresionar por prédicas alarmistas con ocasión de esta cuestión presidencial y no olvide, en momento alguno, que elementos contrarrevolucionarios se mueven en la sombra, pretendiendo sembrar la discordia entre las fuerzas democráticas y aun infiltrarse en determinado sector. Para ello no vacilan en usar como arma a la religión, que jamás debería ser mezclada con la pasión política de los hombres, ya que es un sentimiento que vive profundo en la conciencia de todos los bolivianos. El Comité cree sinceramente que hoy más que nunca se impone la adopción de una amplia política de conciliación que, colocándose por encima de los intereses subalternos de partido, no tenga otro propósito que el de servir, honesta y eficientemente, los supremos intereses de la Patria. Tal fue y tal es el sentido de la candidatura de unidad nacional".

Mi criterio no había variado. El único punto discutible del comunicado del Comité de Unidad Nacional era la cita de Canelas sobre sabiduría de la Carta que dejaba el Congreso elegir a un Presidente que tuviese mayoría camaraal. Nuestro caso era de empate y en el futuro parlamento ese empate también iba a presentarse. Por consiguiente, mis proposiciones tenían cabida, y así lo indicaba en mi carta a Francovich, del día 27:

"Este problema presidencial existe y negarlo sería un peligro. Yo me inclino por una solución que tome base de la elección directa, una vez realizado el escrutinio, que haga cuenta de nulidades o vicios, por el Congreso. No soy partidario del voto político a base de mayorías camaraales si van contra la simple mayoría de la votación popular del día 5, hechas las correcciones por nulidades. Nuestros amigos del PIR y del liberalismo reconocen que mi criterio debe ser tenido en mente y que, posiblemente, merezca aplicación, según cómo se presenten los acontecimientos. Prefieren no pronunciarse por ahora, pues juzgan que, con mayoría congresal a nuestro favor, podemos forzar la solución que mejor nos convenga. Teóricamente, esta última postura es inatacable; empero, la situación del momento, preñada de peligros y de subterráneas maniobras contrarrevolucionarias, no aconseja dejar pasar las cosas sin definiciones anticipadas, "claras y honestas. Yo creo que cruzamos de brazos, sin aclarar el camino, es grave. Por esto, vengo insistiendo en que nos definamos y, sobre esa base,

entremos a un entendimiento que permita al próximo Congreso dar su dictamen y fallo en un ambiente de tranquilidad".

A tal punto habían subido, en esos días, la agitación subversiva y las amenazas al orden, particularmente en ciertos sectores mineros donde las huelgas nada tenían de recurso gremial, que las legiones revolucionarias, inclusive la que trabajaba por la candidatura del PURS, creyeron impostergable dejar escuchar su severa advertencia y su amenaza de llegar también a la violencia en defensa de las libertades públicas. La Secretaría Coordinada de las Fuerzas Revolucionarias, el 27 de enero, expuso:

"Las fuerzas revolucionarias de la "Unión Popular Libertadora", "Legión de Julio", "Acción Civil Revolucionaria" y "Legión Lopera", por medio de sus Directivas y Comandos, frente a los últimos acontecimientos producidos en la ciudad con motivo de la huelga de trabajadores gráficos, han acordado en Asamblea General realizada hoy, formular ante la opinión pública las siguientes declaraciones:

"1. Que defenderán y apoyarán, en su justo límite legal, todas las conquistas obtenidas hasta ahora por las clases trabajadoras de Bolivia.

"2. Expresan su más enérgico repudio ante la intervención incontrolada de elementos agitadores de filiación nazifascista, cuyo único propósito es crear conflictos al Gobierno Popular y frustrar las conquistas institucionales de la Revolución de Julio y, además, comprometer la situación internacional del país.

"3. Que, fieles a los principios de la Revolución Libertadora, las fuerzas revolucionarias se mantienen en pie de lucha y están dispuestas a resguardar el orden público, repeliendo —si es necesario por las armas— cualesquiera intento subversivo que conspira contra la seguridad y las conquistas populares obtenidas el 21 de Julio."

El nerviosismo e impaciencia reinantes por causa de un proceso electoral indeciso, llevaron a numerosos ciudadanos a solicitar de los dos candidatos una declaración conjunta de fe democrática que demostrase su unidad en la preservación de las instituciones republicanas. Acogí de inmediato y aun me ocupé de preparar un borrador de comunicado que me parecía oportuno suscribir con mi contendor. Propuse esta redacción:

"Reunidos los candidatos de los partidos democráticos a la Presidencia de la República, doctores Enrique Hertzog y Luis Fernando Guachalla, para considerar la situación política actual, acordaron, después de un cordial cambio de puntos de vista, suscribir conjuntamente la siguiente declaración:

"1. Fieles a sus convicciones democráticas e intérpretes sinceros de las fuerzas políticas y cívicas que les honran con su apoyo, convienen en mantener estrecho contacto entre sí, en prueba de la unidad de propósitos y de miras que abrigan, con el fin de canalizar, por vías de rigurosa legalidad y contrarias a toda violencia, el proceso político del presente momento y, asegurar, de este modo, el afianzamiento de las instituciones democráticas y de las libertades públicas, recuperadas el 21 de Julio por el heroísmo del pueblo boliviano. Así, las fuerzas democráticas que les acompañan, se presentan ante el país unidas, en espíritu y en acción, en defensa de la Patria Nueva surgida en esa fecha gloriosa.

"2. Al reconocer, una vez más, que la H. Junta de Gobierno es la expresión jurídica de la Revolución de Julio, toda vez que fue constituida libremente por el pueblo, y en un sentido de representación institucional republicana antes que personal, le reiteran, en nombre de los partidos y entidades que encabezan, su leal y decidido apoyo, convencidos de que su obra y sus empeños no tienen, ni pueden tener, otra finalidad que la de preservar la profunda rectificación democrática lograda con la Revolución.

"3. Al hacer, nuevamente, profesión de fe democrática, afirman que, de modo fundamental, la atención del gobierno debe orientarse hacia el mejoramiento de las condiciones de vida de las clases trabajadoras y media, dentro del marco de las posibilidades económicas de la colectividad, dando paso a un planteamiento integral de los problemas sociales más urgentes. En este sentido, aseguran que se mantendrán fieles a esta sana inspiración, ya que juzgan que la democracia es, en esencia, un sistema de convivencia humana donde deben primar conceptos de justicia social, de equidad y de igualdad de oportunidades. De ahí, a su juicio, la necesidad, que desean subrayar, de mantener las conquistas sociales alcanzadas hasta la fecha.

"4. Reconocen, por otra parte, que subsiste en el país un clima de subversión, agudizado en los últimos días, por obra de elementos contrarrevolucionarios que operan encubiertos mediante su infiltración en agrupaciones obreras, cívicas y otras, a las que pretenden usar para sus fines vedados, torciendo su condición sindical o patriótica y que, en consecuencia, se hace inexcusable poner en juego, con energía, todos los recursos legales pertinentes para acallar ese estado de subversión, ya que sólo en un clima de paz y de confianza pública es posible salvar la Revolución, su sentido eminentemente institucional y su definida orientación popular. Para ello la unión de todos los bolivianos es imperativa.

"5. Para terminar, creen oportuno declarar, una vez más, que subordinan la política de partido a la superior necesidad patriótica de unidad nacional y de reconstitución del Frente Antifascista, según aparece de compromisos vigentes, siendo su propósito, desde cualquier posición que les corresponda legalmente asumir, coadyuvar a la formación de un gobierno nacional que, con honesta intención, sea intérprete de los anhelos revolucionarios de Julio. Para ello están dispuestos a todos los renunciamentos, pues su deber, en la hora presente, es asegurar en forma amplia, civilista, generosa la salud de la Patria y el bienestar de sus conciudadanos".

Juzgue se nos presentaba, a los dos candidatos, una ocasión propicia para dejar constancia de que la unión de las fuerzas democráticas existía por encima de la separación de esas fuerzas en dos bandos, que competían por una causa común y aun por ciertos objetivos básicos, expuestos en la declaración sugerida. El rechazo de mi proyecto que algunos dijeron era capaz de entrabar la libertad de acción del futuro gobernante —cosa que jamás comprendí—, fue un fracaso más de mis reiteradas gestiones en busca de la preservación de un solo frente democrático cualquiera que fuese el grupo que llegase al poder. Y no oculté a mis amigos mi preocupación por el afán de algunos, de uno y otro bando, en no ver entrabada la acción del futuro gobierno ya que con ello parecía señalarse un principio de ruptura de ese frente que todo aconsejaba apuntalar.

El documento conjunto que suscribí el 29 con Hertzog, titulado "Reiteración Democrática", bastante escueto, quedó redactado como sigue:

"Frente a los disturbios provocados por agentes del totalitarismo depuesto el 21 de Julio de 1946, que pretenden desvirtuar legítimas reclamaciones obreras, consideramos oportuno declarar conjuntamente que nuestra orientación patriótica es la misma que inspiró nuestra campaña contra el nazifascismo: de sincera convicción democrática y, en consecuencia, de repudio a la doctrina, a los procedimientos y a la violencia totalitaria.

"Hacemos un llamado de serenidad y de solidaridad al pueblo boliviano, especialmente a las clases patronales y de trabajadores, para que estudien y resuelvan las divergencias que tuvieren dentro de un ambiente de justicia social, de ecuanimidad y de armonía.

"Si competimos en los comicios electorales, estamos firmes y lealmente unidos en servicio del país y la Democracia, y pedimos a las fuerzas de opinión que representamos, mantener y defender los ideales de la Revolución de Julio y la paz de la Nación, subordinando cualesquier interés al supremo bienestar de la Patria."

En los primeros días de febrero, dando paso al deseo de amigos comunes y en casa de uno de ellos, nos encontramos Hertzog y yo. La entrevista fue cordial, más de partida nos dimos cuenta de que difícilmente podríamos, los dos solos, arribar a conclusiones, primeramente porque el asunto nos tocaba muy de cerca al uno y al otro y, segundo, por que únicamente hasta un determinado límite nos sería permitido comprometer la voluntad de las fuerzas que nos apoyaban. La posición de mi contendor era más estrecha que la mía, ya que su filiación a una bandería política le volvía hombre de consigna, en tanto que yo no me sentía reatado a intereses partidistas, y esto, que fue una evidente debilidad para la conducción de mi campaña electoral, tomábase ahora en ventaja para asumir una actitud más resuelta. De nuestra conversación, empero, tomó raíz las que, luego, habrían de sostener los líderes de las agrupaciones políticas.

El objeto principal de este contacto directo entre los dos candidatos, consistió en prohijar una solución al problema presidencial que, de modo efectivo, evitase toda lucha de graves proporciones en el próximo parlamento, también dividido por mitades, preservando así la unión del gran frente democrático que ambos representábamos. De este primer punto derivaban otros, como aquel de la prelación de materias que adoptaría el Congreso, esto es, la

presidencial, la constitucional, con señalamiento de la Carta que se declarase vigente, lo que podía conocer un significado especial el voto directo; y aquel otro punto del traslado a la Corte Suprema del conocimiento de las demandas por nulidad dejando de lado a las Cámaras, que decretara la Junta y que resistían ya los futuros legisladores; y la aplicación del principio del *resinter alias acta* a una nulidad sobre elección de miembro del Parlamento con relación a la presidencial. Algunos hablaban, además, de concordar bases de un programa de realizaciones aceptables para todos, fuese gobierno u oposición.

Fiel a mi deber de informar a mi respetado compañero de lista de los incidentes de nuestra campaña, le di cuenta de mis impresiones de esos días en carta de 11 de febrero:

"Cada día viene agravándose la situación del país, y es ya general la anarquía que se extiende a todas las actividades. El clima es propicio a todas las sorpresas y los descontentos se mueven en la sombra e incitan al obrero y al campesino a sublevarse. En estas circunstancias, nos toca resolver la cuestión presidencial en el próximo Congreso, rodeados de peligros y con posibilidad de ahondar, más aun, la división que ya se perfila en la familia boliviana, entre sus fuerzas democráticas que, hasta hace poco, formaban un frente unido contra la tiranía derrocada el 21 de Julio. Mis inquietudes son grandes y estoy seguro de que Ud., con aquella fina sensibilidad que posee, advierte la presencia de estos factores de descomposición y, como yo, desearía alejarlos. Para ello será menester dejar de lado algunos puntos de controversia y restringir, lo más posible, el marco del debate congresal. Sin embargo, no veo fácil llegar a este entendimiento, ya que él deberá ser refrendado por los partidos y, ya lo comprenderá Ud., esto es muy problemático. Dichos partidos aceptan y piden que el doctor Hertzog y yo conversemos, pero cada uno se mantiene inalterable en sus posiciones. Me temo, pues, que el documento que podríamos suscribir no fuese acatado por el Congreso, en todos sus términos".

Preservar la Unión

II

Las horas pasaban sin que los jefes políticos se decidieran a iniciar las conversaciones prometidas. Entre tanto, las controversias y el rumor callejero daban pábulo a toda suerte de intrigas. Alentado por mi conversación radio telefónica con Francovich en la que me diera su aceptación a mi iniciativa, creí llegado el momento de poner nuestras candidaturas en manos de los tres partidos. En mi carta, de fecha 22 de febrero, quise usar de máxima franqueza y de una ausencia total de cálculo individual. En el juego de las conversaciones políticas, que empezaban precisamente ese día, ella otorgaba a los personeros de nuestra causa una libertad de acción que, más tarde, podía resultar salvadora. Envié separadamente a los tres jefes de partido esta carta:

"Mi distinguido amigo:

"Honrado con la invitación del Partido Liberal (de la Izquierda Revolucionaria, de Acción Social Democrática), y la de otras fuerzas políticas, acepté lanzar mi candidatura a la Presidencia de la República, junto con la del doctor Guillermo Francovich a la Vicepresidencia, para las elecciones directas de enero, sobre la base de una fórmula que todos pudimos asumir como de "unidad y conciliación nacionales". A lo largo de nuestra campaña electoral, esa fórmula hubo de traducir la intención principal de nuestros afanes y de nuestras aspiraciones patrióticas porque interpretaba fielmente, por encima de la calidad personal, y ese era su mérito, el sentimiento unánime de la ciudadanía. Tal consigna no podía desaparecer al día siguiente de la consulta plebiscitaria; por el contrario, volvíase más imperativa una vez que su sentido verdadero estaba en auspiciar o posibilitar la organización de un gobierno de concordia y de unión, al margen de intereses de grupo o de ambiciones partidistas.

"No otro, desde luego, fue el motivo de las conversaciones que, con aquiescencia de usted y de los otros jefes de partido que forman nuestro frente político, me cupo celebrar con el Dr. Hertzog, candidato de la Unión Socialista Republicana, convencidos como estábamos de que no nos era permitido quedar de brazos cruzados ante la incertidumbre y consiguientes peligros que envolvía la solución no encauzada antes, del problema presidencial a cargo del próximo Congreso Extraordinario. Un elemental concepto de responsabilidad nos hizo comprender que ante la grave situación que afrontaba la nación, era ineludible y urgente concertar un entendimiento entre los dos frentes políticos, si se deseaba, sincera y positivamente, cortar el paso a las divisiones, antagonismos y pugnas violentas, que diesen por tierra con nuestra determinación de promover la solidaridad y la armonía entre los bolivianos. Los comicios de enero habían separado ya a la ciudadanía en partes virtualmente iguales; los

candidatos habían obtenido, en el cómputo gubernativo, cifras casi idénticas, y sus derechos importaban expectativas equivalentes. Empero, estaba presente en la mente de todos que si se dejaba que las cosas siguiesen su curso, sin intervención de un patriotismo previsor y con desgaste de energías en busca de precarias mayorías parlamentarias, podía temerse que aquella separación, todavía sin profundidad, se tomase irreparable y por ella sufriese el país males incalculables, con ventaja para las fuerzas de la reacción totalitaria.

"Planteadas algunas proposiciones en el curso de las cordiales conversaciones a que hago referencia más arriba, hube de darme cuenta de que los partidos políticos no siempre están en condiciones de ir más allá de ciertos límites cuando de adoptar compromisos se trata, y de que esos límites, en el caso delicado que nos ocupa, sensiblemente dejaban abierto el campo a posibles discusiones y a la beligerancia, sin provecho para nadie que no fuese el enemigo de la democracia. Comprendí entonces que había llegado el momento de asumir una actitud personal que sirviese, acaso, para definir el problema. No podía pretender, por otro lado, imponer mi modo de pensar a la agrupación de su digna jefatura, pues su criterio me merece todo respeto, pero sí guiarme por los dictados de mi conciencia.

"En esta virtud, y consecuente Con lo que tuve a bien expresar a usted hace ya unos doce días, juzgo ahora que es mi deber poner en manos del Partido Liberal la renuncia de mi candidatura a la Presidencia, con la que inmerecidamente me ha honrado mediante su invitación de 24 de noviembre de 1946, toda vez que no deseo, en modo alguno, que ni nombre sea un obstáculo para afianzar la concordia entre los bolivianos y la tranquilidad pública, motivos más que suficientes para justificar toda renuncia. Que sea realidad la conciliación; que se organice un gobierno para todos los bolivianos; que se cohesionen las fuerzas democráticas y progresistas, cualesquiera que sean su posición y su doctrina, para la defensa de nuestras instituciones republicanas; que sea factible la pacificación de los espíritus, es lo que pide y exige la nación entera. Los partidos políticos son ahora los depositarios de estos grandes anhelos nacionales y debemos esperar que les darán efectiva consagración. La sola presencia de dos fechas ya históricas, el 21 de Julio y el 5 de Enero, nos señala el camino del deber, que también nos marcan premiosas consideraciones de orden internacional que atañen al prestigio y a la dignidad de Bolivia.

"El Dr. Francovich, conocedor de la situación grave que confronta el país, me ha rogado que trasmita a usted, en esta carta, su absoluta conformidad con mi modo de pensar y, en consecuencia, le haga saber que también pone en manos del Partido Liberal el retiro de su candidatura, porque tampoco desea que su nombre sea un obstáculo en esta emergencia. Al cumplir el encargo del distinguido Rector de la Universidad de San Francisco Javier, me es grato reconocer, una vez jamás, que su participación, en nuestra fórmula de conciliación, ha sido valiosísima y en todo momento honrosa para nuestra causa.

"Válgome de la oportunidad, etc. etc."

Con igual fecha, volví a dirigirme a Guillermo Francovich, informándole del último paso dado:

"Mi recordado amigo: "Para su conocimiento, me cumple remitir le, adjunto, copia de la carta que, en la fecha, he entregado separadamente a los jefes de los partidos que nos han honrado con su apoyo. Hago mención de usted de acuerdo con nuestra conversación telefónica, y espero que aprobará el texto de la misiva. En realidad, el problema político ha sido volteado íntegramente en manos de los partidos que forman los dos frentes, pues gracias a mis esfuerzos, recién hoy han tenido sus líderes una primera reunión con el fin de estudiar distintos aspectos de la situación actual, entre ellos el presidencial y vicepresidente. Y para demostrar que usted y yo andamos con absoluto desinterés y que sólo nos preocupa la suerte del país, me ha parecido oportuno echar sobre la mesa de estas discusiones de jefes de partido, la carta franca de nuestra renuncia, por si ello puede facilitar un cordial y sólido entendimiento.

"Debo informarle que los partidos de nuestro frente no aceptan nuestras renuncias y juzgan que no les compite pronunciarse sobre ellas; creen que es al próximo Congreso que corresponderá decidir sobre toda la cuestión. No dejan de tener razón. Quedamos, pues, en campaña pero en una posición moral respetable.

"El martes prosiguen las conversaciones entre todos los jefes políticos de los dos frentes. No creo que Hertzog y yo asistamos, pues también tratarán el tema presidencial. No abrigo mucho optimismo, pero la responsabilidad es ahora íntegra de los partidos. Jamás podrán decir que usted y yo fuimos un escollo de intransigencia."

La palabra "renuncia" no es, tal vez, la más apropiada para señalar la actitud que yo asumía con el apoyo de Guillermo Francovich. En verdad, lo que fisonomizaba el caso puesto en discusión era que los candidatos de la Conciliación Nacional ponían "a disposición" de los partidos que los habían proclamado, el mandato recibido de ellos y los dejaban en plena libertad para definir el proceso presidencial y vicepresidencial como más conviniera a la nación, por encima de aspectos personales o de intereses de grupo. Estos partidos, así responsables ahora del problema suscitado, gozaban de amplitud de miras para adoptar el camino democrático que, a su juicio, podía llevarnos a buen término, salvando los peligros de una situación aun no consolidada. Sin embargo, si bien es exacto lo apuntado aquí, me figuro que la palabra "renuncia" ha dado una precisión algo útil a la cuestión presidencial en debate.

De unos apuntes míos, redactados en los momentos de mayor duda sobre lo que correspondía hacer frente a un electorado tan singularmente dividido, reproduzco a continuación lo que interesa a este relato:

"Buen número de los que han sostenido nuestra candidatura desean que siga la lucha sin medir las consecuencias. Admiro este espíritu combativo porque es civismo tonificante, pero las circunstancias no son propicias y el interés general está por encima del partido. Defender una causa hasta lo último es, a veces, hundirla. La paz y la tranquilidad social, el ordenado proceso político y el límpido juego democrático a que tienen derecho los bolivianos, no pueden ser perturbados por una rivalidad enconada que lleve a la presidencia a uno de los candidatos por ínfima mayoría, pero a costa de un distanciamiento profundo entre las fuerzas contendientes que tome imposible una cohesión de voluntades, un gobierno nacional. Haríamos traición a todo lo que hemos dicho y a nuestras propias convicciones.

"El hombre no debe traicionar su propia verdad. Cada uno la tiene, bien adentro. A veces, demasiadas veces, en el juego político, uno pone de lado su verdad que, por pequeña que sea, es algo más respetable que los convencionalismos. No veo por qué haya yo de sustituir mi verdad por conveniencias políticas, con otra verdad ajena, circunstancial fabricada para el minuto que se vive y que se bota después porque estorba. "Es por tergiversar las cosas y las ideas que nacen las confusiones. No quisiera que se diga de nuestra política que es el arte de decir una cosa y hacer otra. Tal vez los partidos no aprueben mi planteamiento, pero estoy seguro que los hombres que los integran, en el secreto de su conciencia, de su propia verdad, me dan su conformidad. "Muchas veces he pensado en el alejamiento de mi padre, en 1902, para dar paso a Montes. Su objetivo fue no dividir al partido liberal. Históricamente : esto hizo posible que el liberalismo realizara obra y llegara hasta 1920. Ahora se trata que los dos frentes, que constituyen todas las fuerzas democráticas del país, no se dividan irremisiblemente para mal de la nación. He citado algunas veces a mi padre a lo largo de mi campaña. Nuevamente he de citarle. En su carta de Londres (15 de abril de 1907) a Macario Pinilla, aceptando la candidatura liberal a la Presidencia de la República, hablándole de sus ideales de unión nacional, confesábale su fervoroso anhelo de "hacer de Bolivia la Patria de los bolivianos y no el campo de las disensiones domésticas". Debía yo tomar este anhelo como un mandato".

Fue para mi un guía espiritual, en ese tiempo de encontradas opiniones y de vacilaciones, un hombre al que yo sabía de conciencia recta, Moisés Alcazar. Sus convicciones democráticas, expuestas con sinceridad, sin halagos, produjéronme la sensación de un remanso en medio del torbellino político en el que vivía. De ahí que sus palabras, que traducían un sentir de hondo civismo, me dieran aliento para no desmayar en el camino que me había trazado.

Con el propósito de concretar, una vez más, mi criterio y dar confirmación a todo lo dicho anteriormente, puse en manos de Lanza, Arze y Arduz, el día 23, este nuevo bosquejo de mis puntos de vista:

"1. La llamada cuestión presidencial encontraría una solución bastante fácil si se rigiese del modo siguiente:

a) aceptación del criterio de la mayoría simple, de conformidad al escrutinio de actas que practique el Congreso. (Las elecciones del 5 de enero han sido realizadas bajo el imperio de la Ley Electoral, ya que no se encontraba vigente la Constitución Política).

b) limitar el recuento de votos únicamente en casos de actas observadas, y si la observación es fundada y se refiere, claramente, a la elección presidencial.

c) dejar para después de la proclamación de Presidente y Vicepresidente el examen y fallo, por el Congreso o, mejor dicho, por la Cámara que corresponda, de las demandas de nulidad electoral y de tachas de credenciales, con lo cual se convendría, en expresa renuncia, de que dichos fallos incidan en el cómputo de la elección presidencial. (Esto no deja de lado lo del Tribunal de Honor).

d) la única excepción al punto anterior sería el caso de nulidad de inscripciones, cuyo fallo corresponde a las Cortes de Distrito, por tratarse de casos pre-electorales que, fallados por la justicia ordinaria, hacen nula de toda nulidad e inexistente el acto electoral, que en consecuencia, no puede en modo alguno, moral y jurídicamente, beneficiar o perjudicar al cómputo presidencial, de senadores o diputados.

e) iniciar las sesiones del Congreso Extraordinario con la cuestión presidencial; la declaratoria de vigencia de una Constitución Política vendría después de la proclamación de Presidente y Vicepresidente, pero antes de la transmisión de mando.

"2. Los partidos deberían convenir; anteladamente, sobre la Constitución Política que declararían vigente en el Congreso. Parece más aconsejable regirse por la carta de 1945, ya que la H. Junta no la ha abrogado, introduciendo las modificaciones que sean necesarias, entre ellas la del período presidencial y, quizás, devolución a la Corte Suprema el conocimiento de las nulidades electorales.

"3. Todo indica que es conveniente organizar un Tribunal de Honor, de pocos miembros, que examine y presente un informe al Congreso sobre todas las demandas de nulidad electoral y tachas de credenciales, con el fin de evitar discusiones que pueden producir antagonismos estériles, y cortar el abuso de los recursos de nulidad y tachas.

"4. Con referencia a las demandas de nulidad y tacha, parece necesario limitar su número, tomando como total máximo el de las presentadas ante la Corte Suprema. No se aceptarían, pues nuevas demandas ante el Congreso o Cámara respectiva.

"5. Las declaraciones sobre proyecciones políticas del futuro gobierno, cualquiera que él sea, sobre defensa de la democracia y lucha común contra el nazifascismo, etc., puede inspirarse en el proyecto entregado a los jefes de partido.

"6. En ese proyecto se habla de un Comité de Coordinación que todo aconseja preservar; su rol puede llegar a ser decisivo para facilitar entendimientos.

"7. Es conveniente, antes del primero de Marzo, concordar, entre los dos frentes políticos, puntos de vista sobre composición de las mesas directivas de ambas Cámaras, así como de las Comisiones de Poderes respectivas. Parece que el Senado habría de ser presidido por D. Waldo Belmonte Pool y la Cámara de Diputados por D. José Antonio Arze, si vale el criterio de dar paso al partido más numeroso en cada caso.

"8. La idea de un programa mínimo de acción, común a los dos frentes políticos, no parece aconsejable, pues dará lugar a confusiones en la oposición pública si esos frentes no se unen en el poder. Se presenta más lógico consignar ciertas coincidencias de puntos de vista en las "declaraciones" que harían los partidos, conforme se señala en el N° 5. Es útil consignar, además, entre estas declaraciones algunos conceptos sobre política internacional y sobre problemas que se refieren al obrero y al campesino".

En un memorándum anterior había sugerido yo que los partidos de los dos bandos emitiesen una declaración sobre los puntos en que coincidían en defensa de la democracia, y aceptasen crear un Comité de Coordinación, al que le daba yo especial importancia, encargado de velar por el mantenimiento del gran frente antifascista y con autoridad suficiente para zanjar las desavenencias serias que llegasen a surgir entre ellos. Esta proposición, acogida con calor en el primer instante, no prosperó después.

El 24 de febrero recibí respuesta de Lanza, Arze y Arduz a mi carta-renuncia, de cuyo contenido ya se me había informado dos días antes. La posición en que se colocaban los tres partidos era la justa. No les habíamos pedido que aceptasen o rechazasen nuestras renuncias, sino que las tuviesen en cuenta, en su oportunidad, si venía al caso; esto es, en el curso de sus deliberaciones.

He aquí el texto de la respuesta:

"Señor:

"Tenemos el honor de avisar recibo de su nota de 22 del mes en curso, mediante la cual se digna usted poner en manos de los Partidos que propiciaron su nombre en los comicios de enero, la renuncia de su candidatura a la Presidencia de la República, fundado en el plausible deseo de evitar que su "nombre" sea un obstáculo para afianzar la concordia entre los bolivianos y la tranquilidad pública. En la misma nota, se digna usted comunicarnos que el Doctor Guillermo Francovich, solidario con ese modo de pensar, le ha autorizado a poner, asimismo, en manos de dichos Partidos, el retiro de su candidatura a la Vicepresidencia de la República.

"Los Partidos Liberal de la Izquierda Revolucionaria y Acción Social Democrática, que han mantenido invariablemente la necesidad de una acción democrática conjunta contra la amenaza totalitaria, no pueden menos que conceder un sincero y profundo aprecio a las consideraciones que se sirve usted exponer en nombre de la paz y la s concordia nacionales, y se hacen un honor reconocer el ejemplar e espíritu de desprendimiento cívico que ha señalado, en todo momento, su actuación a la cabeza de la candidatura de unidad nacional. Empero, y en cuanto concierne al retiro planteado por usted y por el Doctor Francovich, encuentran, en rigurosa lógica, que, después de verificadas las elecciones directas del 5 de enero, cuyo resultado pertenece por manera exclusiva al pueblo boliviano, los Partidos, que propiciaron sus nombres no tienen y mal podrían atribuirse, facultad alguna para admitir esa renuncia. Solo compete ya, por consiguiente, a ir los representantes del pueblo, reunidos en Congreso, esclarecer y consagrar al resultado de la elección presidencial"

"Es, por lo demás, de su personal conocimiento que los Partidos que representamos han abierto conversaciones con el Partido de la as Unión Socialista Republicana, en el patriótico propósito de concertar el procedimiento que, con sujeción a Derecho y en estricta lealtad con la voluntad del electorado, permita resolver, democrática y armónicamente, los problemas inherentes a la organización del Congreso y a la elección presidencial.

"Al renovar a usted la confianza de los Partidos que representamos, nos es grato repetirle los sentimientos de nuestra más distinguida consideración personal".

Estábamos ahora de acuerdo. Los partidos buscarían resolver el problema presidencial "en estricta lealtad con la voluntad del electorado", lo que significaba, en buen romance, otorgar supremacía al voto directo, no había otra solución, pues si se descartaba el pronunciamiento popular, la cuestión amenazaba quedar reducida a la siguiente incongruencia: un candidato perdedor en la elección directa, vencía en la indirecta por dos votos o tres, ya que tal era la ventaja que los cálculos concedían a uno u otro de los pretendientes, según el éxito de las maniobras ya en juego por ambos bandos. Rigorismo constitucional que, sin embargo, chocaba con elementales normas de ética política y mal podía llamarse, en este caso, "sabiduría de la ley" en procura de escasas mayorías parlamentarias. Pero había algo más: el problema de fondo en Bolivia era moral. Eso lo decían todos aunque muy pocos le daban importancia. No creo pecar de presumido al decir que mi campaña estuvo básicamente influenciada por el precepto moral, no siempre cómodo para entrar en compromisos o ganarse partidarios. Recuerdo a este propósito que, en mi respuesta de 24 de febrero a una alentadora carta de Alfredo Valdés, ese boliviano que vive con el perenne recuerdo de su patria, le hice estas confidencias:

"Algo que siempre me ha preocupado mucho es el relajamiento moral producido en nuestra tierra, prácticamente desde la guerra del Chaco, ha sido una carrera hacia el abismo, aunque se presentaron momentos de prosperidad y bonanza, pero apenas en el terreno material. Esto explica el por qué de la tragedia Villarroelista y de la formidable sacudida del 21 de Julio. Por eso —agregaba— es que he dado a mi campaña electoral un tono de austeridad y altura aquí poco usual. He procurado, en todo momento, que el desinterés sea nuestra norma que se sepa en Bolivia que los candidatos —por paradójico que parezca— antes que buscar la presidencia deben afianzar la democracia y estar listos a todos los sacrificios en aras de la concordia nacional. Creo que hemos cumplido con nuestro deber". Y terminaba mi carta con estas palabras: "Aun nos queda camino por recorrer; a pesar de mis renunciaciones, habremos de esperar que el Congreso Extraordinario decida legalmente la cuestión presidencial. He logrado que se acepte el criterio de la mayoría simple para que no existan dudas y nadie culpe a nadie de fraudes y de maniobras torcidas."

Revisió alguna importancia para el logro del acuerdo de partidos, la conversación que mantuve el jueves 27 con José Antonio Arze y Ricardo Anaya, quienes me visitaron. Después de informarme de las dificultades con que tropezaban, particularmente en lo del escrutinio de actas, recuento de votos y alcance de tachas de elección de congresales sobre la de presidente, hicieron un planteamiento y escucharon mis puntos de vista en larga discusión. Esa misma tarde redacté una breve minuta de lo tratado, que reproduzco:

"Los dos líderes, después de consideraciones de orden general y análisis de varios aspectos del problema político del momento, sobre todo garantías puras para el PIR, hicieron un planteamiento, preguntándome cuál sería mi actitud, mañana, si el PIR resolviese ir hasta el final, solo y hasta las últimas consecuencias, sosteniendo un criterio de intransigencia al amparo de la Ley, tanto en su escrutinio de actas como en el recuento de votos y tachas, y en lo del voto indirecto, ya que parecíamos contar con dos o tres diputados de mayoría. Les dije, después de varias consideraciones, que resumían lo manifestado a ellos tantas veces y las razones superiores de mi conciencia y conducta, que me reservaba dar un criterio, pues no me era dable aceptar, sin análisis y anteladamente, el ir con ellos a ciegas, como lo pedían, pues para mí tenía más impotencia la situación del país, su paz interna, que la posición de los partidos y que, en consecuencia, según como se presentaren los acontecimientos, podía yo tomar mis decisiones finales que, en caso extremo, acaso llegasen a cortar con mi renuncia toda lucha violenta y aun sangrienta, sobre la cual no deseaba asentar mi presidencia.

"Mis visitantes manifestaron que esto los colocaba en situación difícil, pues sus bases los empujaban a lanzarse a la lucha, y ellos veían que tal cosa podía resultar estéril. Les repliqué que a ellos, como líderes máximos, correspondía asumir sus responsabilidades, que las habían tornado bellamente en el restablecimiento de las libertades públicas. Me esforcé por demostrarles que más cuerdo resultaría que el candidato llegase a la presidencia, amigable y pacíficamente, que empeñarse en que uno y otro arribase por la fuerza y después de violentos conflictos que quebrantarían la unidad por la cual habíamos luchado, y el PIR a la cabeza, y que en este caso extremo todo el peso del resentimiento general y aun de las represalias, caería sobre el PIR, por haber violentado las cosas, y que en tal lucha el Partido de la Izquierda Revolucionaria se encontraría solo. Les aconsejé que aceptaran el criterio de la mayoría simple.

"Y ya que buscaban mi consejo y habían sido de una lealtad ejemplar y me merecían afecto y respeto, díjeles francamente que consideraba una imprudencia su porfía por llegar al poder, sin medir las consecuencias. Les recordé que nada había sido tan nefasto, en la historia nacional, que las impaciencias. Les exhorté a ser sinceros con nosotros mismos y confesar que habíamos fracasado si nos creíamos los depositarios de las fuerzas renovadoras, populares y revolucionarias que, suponíamos, dominaban el país, ya que si tal hubiere sido el caso, nuestro triunfo debería contarse por miles y miles de votos de mayoría. Apenas si empatamos. Claro que todos sabemos que hubo errores, falta de recursos y carencia de organización, y también actos dolosos.

"En resumen, les expresé que su hora no había llegado, y que cualquier postura prematura podía echar a perder las previsiones tomadas y hasta hacerles salir de la línea democrática que deseaban guardar y hacerla progresista y de avanzada por etapas, como decía Anaya. Ellos saben que somos amigos y que con Acción Social y los grupos socialistas, inclusive los del PURS actual, es posible constituir un frente de grandes mayorías que los escasos meses, desde la revolución de julio, no han permitido formar. Y esto es, además, lo que les he animado a hacer obra suya con el fin de que la izquierda boliviana no esté dispersa y no busque extremismos ajenos a nuestro medio. El PIR, por otra parte, no quiere perder clientela en la pequeña burguesía con actitudes destempladas y sin apoyo".

Después de varios días de espera, recibí con fecha 1° de marzo, copia del "Acuerdo Político" firmado por José L. Lanza, Waldo Belmonte Pool y Francisco Lazcano Soruco, José Antonio Arze y Gastón Anduz que contenía "una solución democrática del problema presidencial", según rezaba la carta de remisión. Esta pieza política era del tenor siguiente:

"Los suscritos representantes de la Unión Socialista Republicana (USR), el Partido Liberal (PL), el Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR) y la Acción Social Democrática (ASO), atenta la necesidad de adoptar medidas de coordinación antes de la apertura del Congreso, con el objeto de que la institucionalización del país se efectúe del modo armónico anhelado por la ciudadanía, y el de oponer una vigorosa acción defensiva frente a los planes contrarrevolucionarios del nazifascismo derrocado:

"Han convenido en celebrar un Acuerdo Político, con arreglo a las siguientes cláusulas:

"Escrutinio de la Elección Presidencial. Inmediatamente después de la aprobación de credenciales, el congreso procederá a verificar los cómputos de votos emitidos para Presidente y Vicepresidente de la República, a base de las actas expedidas por las Mesas Receptoras.

"Proclamación de Presidente y Vicepresidente de la República. Una vez terminado el cómputo, el Congreso, mediante ley especial, proclamará Presidente y Vicepresidente de la República a los ciudadanos que hubiesen obtenido la simple mayoría de votos en la elección directa.

"Vigencia de la Constitución Política. Después de proclamados el Presidente y Vicepresidente de la República, el Congreso declarará en vigencia la Constitución Política de 1945, con las siguientes reformas:

"El artículo 85 quedará modificado en los siguientes términos: "El período constitucional del Presidente y del Vicepresidente de la República es de cuatro años improrrogables. No podrán ser reelectos, ni el Vicepresidente ser elegido Presidente de la República, sino pasados cuatro años desde la terminación de su mandato.

"Los artículos 113 y 114 (referentes a la dictadura financiera otorgada al Poder Ejecutivo) quedarán abolidos, junto con todas sus disposiciones concordantes en el contexto de la Constitución Política.

"Los partidos que celebran este Acuerdo, se comprometen a organizar de inmediato una Comisión Mixta que estudiará la incorporación de algunas otras reformas constitucionales de importancia, que figurarían en el texto que debe declararse vigente antes del 10 de marzo de 1947. Dicha Comisión presentará un informe sobre la posibilidad de dar jurisdicción privativa en materia de demandas electorales a la Corte Suprema de Justicia o a un Tribunal Electoral especial; la de restablecer la autonomía del Consejo Nacional de Educación; la de revisar el régimen familiar, y la de considerar algunas otras enmiendas.

"El Congreso Extraordinario cesará en las funciones de Constituyente que le otorga el Decreto de Convocatoria de 15 de octubre de 1946, dictado por la Junta de Gobierno, desde la fecha misma en que sea declarada vigente la Constitución de 1945, con las reformas a que se refiere esta cláusula.

"Investidura del Presidente y Vicepresidente de la República. El Presidente y Vicepresidente electos de la República jurarán el cumplimiento de la Constitución aprobada por el Congreso, a tiempo de ser investidos del mando, el día 10 de marzo de 1947.

"Acción contra el Nazifascismo y respeto recíproco de libertades. Los Partidos que suscriben este documento se comprometen a realizar una acción conjunta contra el Nazifascismo, obligándose a adoptar de común acuerdo todas las medidas que exijan la preservación del orden constitucional.

"Se comprometen, asimismo, cualquiera que sea el resultado de la elección presidencial y la consiguiente composición del nuevo Gobierno, a reconocerse recíprocamente, y a reconocer a cualquier Partido y asociación democráticos, la plenitud de derechos, libertades y garantías consagradas por la Constitución Política del Estado.

"En fe de lo cual, los representantes de los partidos mencionados en el preámbulo, suscriben este documento en seis ejemplares, en la ciudad de La Paz, el día primero de marzo de mis novecientos cuarenta y seis años."

Mi respuesta, de la misma fecha, fue la siguiente:

"Señores:

"Tengo el agrado de avisarles recibo de su atenta comunicación de la fecha, adjunta a la cual se han dignado remitirme copia del acuerdo político, suscrito por ustedes, con referencia al proceso electoral en el que hemos participado el Dr. Guillermo Francovich y yo, y a otros puntos de especial importancia.

"En respuesta, me cumple expresarles que tomo debida nota de los términos del citado acuerdo y me haré un deber de transmitirlos al Dr. Francovich. Los partidos democráticos revelan en él que su primordial preocupación ha sido la de preservar la paz y la concordia entre los bolivianos, y mantener un frente unido contra reacciones y peligros totalitarios, dando así un ejemplo de cordura patriótica que, de persistir de hoy en adelante, promete salvar el sentido institucional de la revolución de julio. Tal entendimiento permite que gobierno y oposición que se formen el 10 de marzo, realicen obra constructiva, cada uno dentro del marco que le señale la Constitución, sin incurrir, lo deseamos de todo corazón, en ese antagonismo despiadado que durante más de un siglo ha caracterizado, con raras excepciones, la relación entre grupos gobernantes y grupos opositores, causando a la patria sus mayores desgracias".

"Aprovecho la oportunidad para renovarles las seguridades de mi consideración ...etc."

Aparte del acuerdo sobre elección presidencial en forma sencilla y directa, el compromiso de los partidos se singularizaba por su común decisión de luchar contra el nazifascismo, la pesadilla de aquel tiempo, para algunos la gran panacea contra todos los males de la política burguesa, y por reconocerse recíprocamente la plenitud de los derechos y libertades constitucionales. El PIR había obtenido esta garantía que juzgaba vital. El Acuerdo representaba la consagración de la unión en la democracia, que nuestro frente se empeñaba en promover, unión que concedía categoría menor al hecho de ser gobierno o de ser oposición, si uno y otro no rompían el marco jurídico de nuestra convivencia republicana.

El optimismo era general en esos días de marzo y hasta los que, al comienzo, criticaron mi actitud de desprendimiento, comprendiendo mejor las cosas, veían con satisfacción aparecer signos de esperanza. Se volvía a escuchar, después de años, la palabra tolerancia en las discusiones políticas y se la pronunciaba con el tono que se usa para todo lo obvio. Lástima que las convicciones de los hombres no nacen a impulsos del momento; se forman como la perla en su concha, en el misterio de la conciencia.

Par mi fue motivo de íntimo contentamiento comprobar, una vez más, la unidad de pensamiento existente entre mi respetado compañero de lista y yo. Su carta de 6 de marzo reflejaba esa unidad con marcado optimismo. Decíame Francovich:

"Siento una grande y sincera alegría al ver que se pudo, por fin llegar, creo que después de muchos esfuerzos, a la solución patriótica por la que tanto se empeñó usted. Ahora habrá que hacer lo posible para que esa 'solución sea el punto de partida de una era de serenidad y de orden' para que el acuerdo señale el comienzo efectivo de una nueva conciencia política en nuestro país. Creo que después de la revolución del 21 de Julio y después de la prueba de amplitud de espíritu que se ha dado en la solución del problema presidencial, hay derecho a esperar que sea así".

El ilustre Rector de San Francisco Javier quiso, bondadosamente, agregar al final de su carta el elogio que merecía, a su juicio, la actitud que había asumido con su consentimiento, en defensa de los intereses superiores del país antes que los de los partidos y aun los personales. Estas nobles palabras sólo pudo haber las dicho un hombre como Francovich, de limpio civismo, que predicaba la generosidad y el desprendimiento con absoluta buena fe y para quien la firmeza de sus planteamientos políticos eran una natural consecuencia de su espíritu probo y selecto.

El sábado 8, dos días antes de asumir el mando Enrique Hertzog, recibí una interesante visita: la de mi contendor acompañado de Gabriel Gosálvez. El objeto: convenir en la formación de un Gabinete de unión nacional, en el cual me haría cargo de la cartera de Relaciones Exteriores. Tan sorpresiva gestión, que honraba al doctor Hertzog, como se lo dije porque buscaba preservar la unidad de partidos, fue seguida de otras hasta el mismo 10. En tal oportunidad, redacté un memorándum privado sobre esas febriles conversaciones, que ahora me sirve para resumirlas:

Hertzog desea organizar un Gabinete de Concentración. Me ofrece la Cartera de Relaciones, una para los liberales, otra para los piristas y otra para los social-demócratas. Expreso que me parece muy corto el tiempo para efectuar las gestiones que se me pide cumplir; pero las haré ante los tres partidos, apoyándolas. Mi primera entrevista con Lanza y Arze es negativa; creen que a esta altura es mejor un gobierno constitucional y una oposición legalista, situación a la que hemos llegado, en forma decorosa, en el proceso electoral que ha terminado. Advertí al PIR y a los liberales que cargaban con cierta responsabilidad al poner de lado la invitación amistosa de Enrique Hertzog, pero no dejamos de reconocer que la

proposición daría paso a un Ministerio efímero por carecer de acuerdos previos; sería un esfuerzo de pacificación de corto lapso; sería ayudar a Hertzog, sin duda, pero no dar estabilidad a su gobierno. El mismo 10, Anaya y Henrich me visitan y dicen seguir poco convencidos de ir a tal gabinete. Les contesto que a un gesto conciliatorio de Hertzog deberían responder con otro de igual sentido; deberían además recordar que el PIR no es fuerza apreciable en La Paz, pues sus líderes paceños son nuevos. Henrich se muestra partidario de aceptar la invitación ahora que Hertzog ofrece dos carteras a cada partido. El punto débil de todo esto es no haberse convenido un plan de trabajo, pues la pregunta que se hacían estos amigos era esta: ¿debíamos ceñirnos al programa de Hertzog y no al nuestro? Roberto Arce me confirma lo anotado arriba y agrega que los liberales aceptarían ir al gobierno si el PIR se decide. Roberto ha rechazado la cartera de Obras Públicas que le ofrecía Hertzog, por el hecho de que Acción Social estaba vedada de asumir puestos ministeriales aun en el caso de que yo hubiese llegado a la presidencia. En conversación con Arduz, poco después, convenimos en que la invitación de Enrique Hertzog es tardía. Gastón Arduz resume la situación así: "idea buena que fracasa por falta de preparación". A medio día se me informa del rechazo liberal-pirista a la gestión de Hertzog. Minutos antes de las 5 p.m. Anaya me consulta sobre una declaración que el PIR desea publicar. Le hago notar que dos párrafos no me parecen adecuados: uno, donde se prejuzga sobre lo que hará o no hará el Dr. Hertzog, y otro, sobre referencia a ligaduras de éste con falangistas y nazifascistas. Sólo acepta suprimir el primer párrafo y agrega que lo del segundo revela un "hecho comprobado". Lamento —y se lo digo— este brote de censura inicial que también es un prejuzgar. Después de todo me alegro que el frente de oposición no se haya disuelto. En cuanto a lo del Gabinete de Concentración, por todo lo conversado, me parece no ser una idea muerta."

El domingo 9, de tarde, fui de visita a casa de mi contendor. Lo encontré con Javier Paz Campero. Sorpresa en los que me hicieron pasar y en Hertzog y Paz. Le felicité cordialmente. Entrevista de cinco minutos un tanto estirada por lo inusitado del caso!

El 10 de marzo, fecha de la ascensión al poder de Enrique Hertzog, "La Razón" que, bajo de la atinada dirección de Alfonso Crespo Rodas, tuvo un período de notable autoridad moral, publicó un editorial, titulado "Epílogo de una Jornada Cívica". Olvidémonos del elogio personal que en él se lee para los principales actores de la jornada, y fijémonos en el sentido de tal elogio, esto es, en el sentimiento ciudadano que lo inspira: confianza general por la fe recuperada; euforia colectiva por las libertades restablecidas; esperanza de una vida mejor para todos, bajo el signo de la fraternidad. Por esto, el comentario de Crespo tiene su lugar aquí:

"Las palabras finales del ciudadano Luis Fernando Guachalla, celebrando la proclamación de su contendor el doctor Enrique Hertzog y pidiendo el amparo de la Presidencia para el nuevo Gobierno Constitucional, son el más bello epílogo de una jornada cívica.

"El milagro se ha producido; entendiéndose y respetándose los conductores, tampoco las fuerzas políticas se han dividido. Y hoy el pueblo de Bolivia brinda al continente un noble ejemplo de sana democracia, sometiendo las pasiones al imperio de la razón. Este promisor resultado es obra, en gran parte de los ciudadanos Enrique Hertzog y Fernando Guachalla, que imprimieron a toda la campaña presidencial su propia elevación moral, su sentido de equilibrio, su cordura para pensar y su rectitud inquebrantable para obrar.

"Ambos constituyeron las grandes figuras en el período de recuperación democrática que se cierra hoy. Su actitud leal y amistosa determinó el desarme recíproco de banderíos y orientó las prácticas políticas bolivianas, por rumbos desconocidos hasta la fecha.

"El destino ha querido que sea el doctor Enrique Hertzog el Presidente de los bolivianos. y todo hace esperar que será un buen gobernante, porque reúne las condiciones necesarias para serlo y porque le acompaña el favorable auspicio del país entero.

"En cuanto al ciudadano que ahora retorna a la sencillez de su hogar, puede caberle la singular satisfacción de haber dado al país las más nobles lecciones de desprendimiento y de hombría de bien. Le acompaña el respeto y el aprecio de todos sus conciudadanos y puede estar seguro de que su ejemplo cuajará, grávido de revelaciones, en un medio como el nuestro donde no abundan ni buenos conductores ni sanas conductas.

"Su filosofía prudente y generosa, elevó la lucha política a planos que se desconocían en el ambiente interno. Su cultura jurídica y humanista, ennobleció y dio un nuevo sentido a la

propaganda partidista. Sus gestos oportunos, su extraordinaria perspicacia política, sus palabras siempre ricas de substancia y previsión, contribuyeron en gran parte a despejar la atmósfera cargada del ámbito electoral. Sereno, dinámico e infatigable, pudo el Dr. Guachalla dirigir su propia campaña presidencial y marcar rumbos a la reconstitución jurídica del país, obrando al modo de caudillo moral, aquél que sirve de guía a su pueblo comenzando por el propio ejemplo.

"Cabe también, al hacer este balance de una jornada memorable, otorgar pleno homenaje a la conducta de los miembros de la Junta de Gobierno y en especial al Presidente de ella, quien, al retomar también a la vida privada, lo hará rodeado del respeto de Bolivia entera y con un altísimo sitio ganado en la historia. El doctor Monje Gutiérrez fue el conductor austero y severo que tomó el timón en horas sombrías y supo inculcar y robustecer en el pueblo la confianza de sus propios destinos. Su permanencia en la más alta magistratura de la República, si breve en el tiempo, no lo es en cuanto a la trascendencia historia de la misma. Sus ejemplares determinaciones de renunciamento, demostraron al pueblo que no se había equivocado al encumbrarle a la primera magistratura de la Nación, ni al encarar en él los anhelos y propósitos de la revolución de julio. Lo mismo puede expresarse de todos los demás ciudadanos que le colaboraron en las funciones de gobierno durante estos meses de transición.

"Para todos ellos, la gratitud y el respeto de todos los ciudadanos, que desde hoy, cumplida la larga jornada, podrán por fin avizorar con más optimismo y fe el porvenir patrio".

En esa misma fecha y en página editorial, dio cabida el rotativo del Prado a mi mensaje. Había yo puesto en él, ante todo, sinceridad. Constituyó mi postrera palabra —que decía Crespo— de una campaña relámpago, lanzada con alborozo un anochecer de fines de noviembre y que concluía ahora sin dejar, por fortuna, ni odio ni despecho. Antes bien, sembrada quedaba la semilla de la tolerancia:

"El Mensaje"

"El soberano Congreso de Bolivia, representante auténtico de la voluntad popular, ha verificado el escrutinio de la elección presidencial y proclamado a los ciudadanos Enrique Hertzog y Mamerto Urriolagoitia, Presidente y Vicepresidente de la República. Ha llegado, pues, a feliz término el proceso electoral iniciado en noviembre de 1946 y, con ello, Bolivia ha dado pruebas de solidez institucional, de flexibilidad política y, lo que es más importante, de solidaridad democrática.

"El proceso se ha caracterizado por su corrección. Partiendo del heroísmo sin par de las jornadas de julio, ha culminado en un cordial entendimiento entre los bolivianos. La sangre generosamente vertida en la lucha libertadora, ha dado óptimos frutos; el asentamiento de la democracia boliviana sobre los pilares de la conciliación y del mutuo respeto. Qué fuente de inspiración para las nuevas generaciones! Qué recuperación moral en tan pocos meses!

"Hemos cumplido, unos y otros, con nuestro deber porque aportamos a la competencia cívica un genuino espíritu de tolerancia, imprimiendo a la campaña electoral un ritmo de altura democrática, cuyos buenos resultados recogemos ahora. Hemos dignificado el ambiente y aplastado resabios de otras épocas. Los candidatos no fueron enemigos ni rivales desleales. Ambos estuvieron al servicio de la patria, y para honrarla hubieron de practicar las más altas virtudes ciudadanas. Hemos rehabilitado el nombre de Bolivia en el concepto internacional. Métodos nuevos, propaganda elevada y ágil, caballerosidad. A muchos esto se les ocurrió un absurdo y una debilidad, acaso porque vivimos bajo el peso de los prejuicios y sus ojos jamás se alegraron con la luz de la humana tolerancia.

"Por haberse evitado la beligerancia han sido descartados los peligros de la anarquía. Ahora es posible la paz espiritual entre los bolivianos, por tanto, su cooperación recíproca, desde la posición que cada uno ocupe, para bien de la patria. De lo contrario, el que hubiese llegado a la meta, con una mitad del país, confinado hubiese estado en su trinchera, frente a la otra mitad, agresiva y despiadada. Tal el drama de nuestra historia; tal la tragedia que nuestro amor a Bolivia nos vedaba instigar. Y burlados quedaron los que, en la sombra, azuzaban y ansiaban que entre las fuerzas democráticas brotaran antagonismos implacables.

"Serena la conciencia y cumplido el deber, regreso a la paz de mi modesto hogar, junto a la dulce compañera que ha honrado a Bolivia, ayer y siempre, en los quince años que la hemos servido con absoluto desinterés. Sin amargor alguno y con profunda gratitud para todos

aquellos que quisieron acompañarme en esta bella jornada cívica, reanudo mi camino de hombre libre, exento de torcidas ambiciones, con un solo voto en los labios, con una sola plegaria en el corazón: Que Dios bendiga a Bolivia y proteja e ilumine a sus nuevos gobernantes".

Un solo frente

Causó sorpresa que a las pocas horas de la inauguración del nuevo gobierno constitucional, "El Comercio", en un editorial titulado "Sacrificio Estéril", lanzara su queja porque no se quería comprender que había llegado el instante de la colaboración patriótica y de la supeditación de los intereses partidistas al gran interés nacional". Mario Flores, ágil e inquieto director de esta hoja, agregaba: "Si no hay paz en el país, si no hay concordia en los propósitos, si no existe un sentido de renunciamiento altruista de las ambiciones personales, nada se podrá hacer y todos los buenos propósitos del doctor Hertzog fracasarán, estrellándose con el muro de una incompreensión incalificable". La razón que movía al editorialista a exponer su crítica de tono subido, la señalaba él mismo así: "Ya desde un principio, un partido político se ha marginado del gabinete de concentración nacional. Ese partido ha querido "salvar responsabilidades", quizá porque no se atendieron en la medida que 10 recabara sus pretensiones, se pone al margen del ideal del pueblo, que es precisamente la concordia nacional".

El injusto reproche recaía sobre el Partido Liberal con el cual el PURS había proseguido gestiones para tenerle en el gobierno, aun en el caso de que el pirismo declinase la invitación. Esto significaba, a juicio de "El Comercio", que la salvación y concordia nacionales estaban en la compactación de fuerzas afines. En el hecho: izquierdas versus derechas —por decirlo de modo simple—, alineamiento que no carecía de lógica y que bien pudo haber prevalecido en el proceso de la elección presidencial. Mas lo que se explicaba y ocurría en una sana democracia, no era aconsejable para otra que, convaleciente, practicaba a medias la tolerancia política. El propósito de muchos, entre los que yo me contaba, era impedir aquella temprana división, aquella formación de dos bloques, cuyo antagonismo radicaría en lo ideológico, lo que lo haría difícilmente conciliable, en vez de un distanciamiento circunstancial: gobiernistas y opositores, cada cual con elementos de diversos matices políticos, lo que siempre ofrecería posibilidades de acercamiento, el pesimismo de "El Comercio" no se justificaba en ese momento. Sin embargo, mirando de cerca, el editorial reflejaba la preocupación dominante en todos los círculos por que se preservara la unión entre los bolivianos cualquiera que fuere su militancia.

A mi me parecía aventurado prejulgar lo que haría el doctor Hertzog para "conciliar los espíritus" y "mantener la concordia de los partidos para garantizar la paz de la República", como acababa de declararlo. Yo veía la situación general con alguna esperanza y así lo dejaba transparentar en el siguiente párrafo de mi carta de 23 de marzo al doctor Morales Villazón: "La lucha política ha terminado en un clima de general cordialidad y a ello he aportado mi grano de arena. Ajeno a ambiciones pequeñas y sin pasiones personales, he podido asumir cuertas actitudes que han tonificado nuestra vida democrática y dado a las preocupaciones políticas un sentido más amplio, más generoso, más humano. Es lo que hacía falta en Bolivia, donde el antagonismo entre compatriotas esterilizaba todos los esfuerzos. Yo creo que ahora es posible contemplar la inauguración de una política que, sin burlar los dictados de la justicia, permita fomentar la paz y la hermandad entre todos los bolivianos, sin distinción". Y a Mariano Dehesa le confiaba, el 20 del mismo mes, mi anhelo de mejores días, con estas palabras: "Venimos viviendo de salto en salto desde la guerra del Chaco y, si bien en todas partes hay desorientación e incertidumbre, en nuestra patria las cosas se agravan por falta de mesura y de proporción. Acostumbrados estamos a ir de un extremo al otro, es de esperar que las experiencias sufridas en los últimos diez años pongan su medida de ponderación en todos los espíritus".

Acaso en ningún otro papel se reflejaban mejor mi pensamiento que en la carta que escribí, el 27 de marzo, a mi respetado amigo Sumner Welles, ex-Subsecretario de Estado. Primeramente le daba esta información: "Todo el proceso político y el electoral, en Bolivia, han sido bien llevados. Hemos vencido todas las etapas con Suerte y desde el 10 de marzo existe un gobierno constitucional, respetado por todos. Las libertades públicas son efectivas, la de prensa y de palabra—tan fundamental— es un hecho y, lo que es más importante, vivimos en un clima de general cordialidad —opositores y gobiernistas— que mucho promete para la nueva etapa a la que acaba de ingresar Bolivia". Después venía la nota confidencial: "No pude negar menombre para la campaña presidencial, pues aunque sin méritos suficientes, me encontraba equidistante de los partidos políticos y, para muchos, eso era ventajoso en estos

momentos. Lo que importaba, ante todo, era demostrar aquí que se podían realizar elecciones libres, que la lucha política ganaba si se la practicaba con altura y tolerancia, que los candidatos nada perdían con mantener su amistad y el mutuo respeto; en suma, que habíamos llegado a nuestra mayoría de edad cívica y que estábamos obligados a probarlo así ante nuestros hermanos de América. Y creo sinceramente que lo hemos logrado, y el juicio de usted me dice que estoy en lo cierto. Comprenderá usted cuán inmensa es mi satisfacción aunque no haya llegado yo a la presidencia". Ninguno más contrariado que Welles con el resultado de la definición electoral, y así me lo manifestaba, con términos de cálida amistad, en su respuesta de 19 de abril.

El estreno de Hertzog se resintió algo por sus maniobras de última hora en busca de un Gabinete de concentración, que ningún entendimiento antelado hacia prever. De ahí cierta desilusión. Francovich, en su carta de 13 de marzo, me transmitía sus impresiones: "La organización del primer Gabinete del Dr. Hertzog, ha producido aquí una gran decepción ante propios y extraños. Se esperaba algo más importante, que diera impresión de fuerza y de solidez política. El Gabinete organizado, empero, da una sensación de improvisado y provisional, como si el Dr. Hertzog hubiera querido hacer un alarde de renovación de su partido, sin haber conseguido sino dar una impresión de debilidad". En mi respuesta del 20, le decía que el Ministerio parecía ser provisorio y agregaba: "Error de Hertzog no haber tenido listo un buen Gabinete con los suyos por si fallaba -como que debía fallar una gestión de última hora- el de concentración. Ha habido decepción en todos los círculos. La entrada de los liberales lo ha de enmendar según todas las probabilidades. Los liberales expresan que no entran de "colaboradores" sino que entran a gobernar, si se les aceptan sus bases".

Terminada mi carta a Francovich dándole esta información significativa: "Los partidos que formaron nuestro frente político, hablo en particular del PIR y de liberales, han recuperado su completa libertad. Lo han dicho así por la prensa y en el parlamento, explicando que entre ellos y con nosotros sólo hubo una coincidencia de candidatura. Esto explica por qué el liberalismo ha aceptado discutir las bases de su ingreso al Gobierno con tres o cuatro carteras, en tanto que el PIR, según todas mis informaciones, permanecerá en la oposición. Yo no he sido consultado, como que nada obligaba la consulta acerca de estas conversaciones."

En esos días tuve la sorpresa de recibir, por intermedio de Urriolagoytia, invitación del Presidente para asumir la embajada en Buenos Aires. Moralmente me era vedado aceptarla para demostrar que mi desinterés político era auténtico; de otra parte, me sería odioso representar a una Bolivia democrática ante un gobierno totalitario. Al rechazar el ofrecimiento de Hertzog dije al Vicepresidente que guardaría reserva sobre esto para evitar comentarios antojadizos.

A fines de marzo, empecé a ocuparme de mi situación económica, estrecha como siempre. Fue entonces que llegó a mis manos una interesante misiva de un médico paraguayo, el doctor Benjamín Vargas Peña, fechada en el Chaco argentino el 10 de aquel mes. Por los elevados conceptos y notable enfoque político allí expuestos, sin artificio, el cordial mensaje constituyó para mi un invalorable galardón. El recuerdo de Carlos Salinas Aramayo hacia aun más significativa la carta del excombatiente, cuyo texto me hago un deber de reproducir a continuación:

"Ciudadano:

"Acabo de leer en los periódicos, su resolución indeclinable de abandonar todos sus derechos, como candidato a la presidencia, ante la próxima Asamblea Legislativa, como un medio de facilitar el encumbramiento de su oponente, que obtuviera más votos en las pasadas elecciones y promover así, una completa conciliación nacional fundamento y razón que le habían hecho aceptar su candidatura.

"Este es un gesto, que los ciudadanos libres de América debemos felicitar. Como paraguayo, y ex-combatiente en la pasada guerra del Chaco, me regocijo de que el pueblo de Bolivia encuentre hoy, en la senda de la libertad y democracia, hombres con el desinterés y patriotismo capaces de deponer sus ambiciones políticas al verdadero interés nacional.

"Creo como americano, no equivocarme al interpretar esta sana evolución de la política boliviana, como un índice de que la libertad y democracia en que se encauza, ha de ser un medio eficaz para garantizar la paz y la felicidad del pueblo hermano. Y también tengo la esperanza que sus hombres dirigentes, han de buscar ese acercamiento que une, esa sincera cordialidad que mata toda desconfianza, ese sentimiento que hace indispensable el

entendimiento recíproco, esa amistad que borra los dolorosos equívocos del pasado, para iniciar, mantener y fortalecer una completa y decidida colaboración entre los pueblos de Paraguay y Bolivia.

"Hombre de principios, no puedo detenerme sobre el charco de sangre de la pasada guerra, para trabar los beneficios que un entendimiento leal pueda favorecer a Bolivia y Paraguay. Demasiado respetable es el sacrificio de esos pueblos que lucharon con dignidad y valor, y más aun, si del choque en que tantos cayeron, los que hemos sobrevivido, construimos sin rencores ni odios, esa amistad que ha de unimos por siempre en el corazón de América, para hacernos respetar de los poderosos y ser fuertes, sin provocación ni malicia.

"Esta comprensión que anhelo, ha sido también la aspiración de aquel gran boliviano, trágicamente desaparecido, el Dr. Salinas Aramayo. Tal vez su injusta inmolación, y la de otros, haya servido para promover este amanecer libre de Bolivia. Y Dios permita que el pensamiento del Dr. Salinas Aramayo, impulse en los bolivianos un acercamiento con el pueblo del Paraguay, que no ha de defraudarlo en la demanda. Antecedentes no faltan en la historia, y aun en la pasada guerra del Chaco, con todas sus glorias e infortunios, y debe ser un motivo más que estimule a los hombres libres del Paraguay y Bolivia a esa solidaridad que se va haciendo necesaria.

"La democracia que acaba de triunfar en Bolivia, es el más sólido fundamento de la paz, y cuando los hombres la sirven de buena fe, no hay por qué temer el futuro. Dios quiera que en mi patria, también impere la democracia y libertad que todos los paraguayos anhelamos.

"Y cuando las instituciones libres imperen definitivamente en estas naciones americanas, la amistad entre los pueblos ha de asentarse en la firme comprensión que surge de sentimientos y convicciones, y no sobre la farsa de entrevistas de tiranos desconfiados y ambiciosos.

"Interesa a Paraguay y Bolivia un entendimiento político militar, que nos haga respetables en el concierto de las naciones poderosas. Fortificaría la economía de ambos pueblos un comercio recíproco, por que sus producciones se complementan. La construcción de vías de comunicación a través del Chaco, servirían a ese comercio, y sacarían a ambas naciones de la mediterraneidad y servidumbre que significa disponer de una sola salida al mar. Bolivia y Paraguay podrían elegir o la vía del Pacífico o del Atlántico. Además, desaparecería la condición de aislamiento que agrava nuestra pequeñez. El intercambio recíproco en todas las actividades, promovería el conocimiento de ambos pueblos en la intimidad de sus sentimientos y aspiraciones, alejando definitivamente el peligro de una nueva guerra, y destruyendo las suspicacias de gobiernos despóticos.

" Al hacerle llegar mis sinceras felicitaciones por su patriótica actitud creo, como americano, que deja Ud. un ejemplo para los ambiciosos caudillos que pretenden asentar su poder sobre las bayonetas de soldados convertidos en esbirros, sin comprender que más se gobierna a un pueblo con una idea y un ejemplo, que haciendo uso y abuso discrecional del mando usurpado. Como paraguayo, tengo la certeza que un gobierno surgido del pueblo, ha de ser respetuoso de la ley y de los tratados solemnemente suscritos.

"Reciba usted en la tranquilidad de su hogar, el respeto de sus conciudadanos, la admiración de los gobernantes, y la felicitación de este ciudadano libre del Paraguay".

En mi respuesta, de 25 del mismo mes, dejé de manifiesto mi completa solidaridad con los sentimientos expuestos por el Dr. Vargas Peña. He aquí lo que le escribí:

"He recibido con íntima satisfacción su noble carta del día 10 y, ante todo, le agradezco por las bondadosas palabras con que usted juzga la actitud que me cupo asumir en la definición del problema presidencial en mi patria. Está usted en lo cierto cuando afirma que la democracia que acaba de triunfar en Bolivia, es el más sólido fundamento de la paz. Las palabras de usted tienen para mi un interés y significación especiales, toda vez que provienen de un ciudadano que, como excombatiente de la guerra del Chaco, ha sabido apreciar los puntos negativos de ese episodio y está en condiciones de vislumbrar, con conocimiento de causa, cuáles son los medios más apropiados para producir, de modo firme y duradero, el entendimiento entre Bolivia y Paraguay.

"Junto con Ud., estimo que nuestros ideales fueron los que alentara ese eminente patricio que se llamó Carlos Salinas Aramayo. La tragedia de su muerte ha tenido la virtud de encender la ira santa de los bolivianos, impulsándoles a todos los sacrificios con tal de recuperar sus libertades y vengar así a los mártires de Noviembre. Es un ejemplo que debe inspirarnos en todo momento, pues no hay mejor escuela que la del dolor para lograr que los hombres, cualquiera que sea la latitud en que vivan, se comprendan, y por la comprensión recíproca, solucionen sus problemas, aun en sus esfuerzos y realicen obra solidaria.

"América ha ingresado a una nueva etapa, a un modo nuevo de percibir el panamericanismo. La inspiración de hoy pudo venir del gran Roosevelt pero, íntimamente, el impulso es de esencia bolivariana. El genio del Libertador preside la inquietud general que se observa en todas las Cancillerías de nuestro Continente por estrechar vínculos e intereses entre nuestros pueblos. Y como usted dice con gran acierto, corresponde a Paraguay y Bolivia una labor de alcances peculiares y de proyecciones muy suyas, en este vasto campo de las relaciones de interdependencia que les toca fomentar.

"Debemos fortalecer, apoyándonos el uno en el otro, nuestras economías y buscar, con prudencia pero con tenacidad, las formas de amenguar aquellos aspectos negativos de nuestro aislamiento geográfico, con relación a nosotros mismos y con el mundo exterior. Ha existido enorme desconocimiento, de hombres y de problemas, entre nuestros respectivos países, y a ellos es atribuible, en gran parte, la tragedia del Chaco. Luego, es de urgencia trabajar, sin descanso, por ese mutuo conocimiento, pues sólo así será posible una sólida amistad, un acercamiento constructivo, borrando para siempre los celos y los malos entendidos. Estoy de acuerdo con sus ideas en el terreno de los entendimientos económicos y culturales, y creo que en Bolivia no hay quien no piense lo mismo. Por extraña paradoja, acaso podamos decir que la guerra nos ha acercado, sin dejar, por fortuna, sedimentos de odio. Solamente podemos desear, desde el fondo de nuestra conciencia de americanos, que el sacrificio de sangre de bolivianos y paraguayos, no sea estéril y que nuestra amistad, así santificada y purificada se levante indestructible a través del tiempo.

"Créame que su carta me ha emocionado y que le debo gratitud por su espontáneo gesto de amistad. De todo corazón hago votos por la pronta pacificación de los espíritus en su patria, por que la libertad, sin trabas, vuelva a imperar soberana en el Paraguay, y que la unión de los paraguayos sea la realidad sobre la cual pueda construir la futura grandeza de esa noble nación hermana".

Alejado ya del ajetreo político diario que constituyó mi vida de los últimos meses, pude revisar en plática de amigos, los errores y deficiencias que nos llevaron al fracaso electoral en enero. Hablo de fracaso porque lo buscado por nosotros era la supremacía, consecuencia de una supeditación de valores y hasta de generaciones que muchos creyeron inatajable en esos momentos. El empate plebiscitario hizo desvanecerse la ilusión renovadora. Entre las causas visibles de aquél fracaso —si así puede llamarse— aparte claro está de mis cortedades, debía contarse, desde luego, la larga ausencia del país. Para la masa, sobre todo en el interior, resultaba yo un nombre más que una persona física y, políticamente, era una incógnita. De ahí que pudieron prender, en ciertos medios, versiones arteras como la de mi anticatolicismo.

Otra causa, que desde temprano obró negativamente fue la falta de recursos pecuniarios. Ni un centavo de la minería ni de empresa laguna. El balance que me presentó Jaime Gutiérrez Guerra, el amigo de la lealtad ejemplar, terminada la jornada, mostraba un ingreso total hartamente reducido. y aun quedaba saldos insolutos que tardaría yo un año y más en cancelar!

Después cabía apuntar la ineficaz organización central de nuestra campaña. Francovich, en su carta de 2 de enero, optimista todavía, me llamaba la atención sobre la inexistencia, fuera de La Paz, de Secretarías nuestras que trabajasen por nuestra candidatura de modo exclusivo.

Para los partidos, es preciso repetirlo, el problema de los aspirantes a Congreso absorbía su casi entera atención y, en las Legiones revolucionarias, la carecía de estructura política y de dirección experimentada, en lo cual yo cargaba mi parte de culpa, rendía débiles sus afanes y amenazaba llevarlas a su desintegración. Este desconcierto entre el líder y las agrupaciones o partidos me convenció, pasadas las elecciones, de que era un contrasentido político lanzar la candidatura de un apartidista que, debiendo necesariamente gobernar bajo un sistema de partidos para hacer democracia, no mantuviera, con uno o más de ellos, la relación activa, estrecha y disciplinada de conductor a seguidores, cuya característica es o debe ser

una sola voluntad al servicio de un común propósito. Únicamente en breves períodos o casos de emergencia —y el nuestro lo era— podía aceptarse al apartidista. El caso Bustamante y Rivero, en el Perú, más tarde, vino a ilustrar aquella verdad.

Empero, lo que suscitó mayores comentarios en algunos círculos, con relación a la derrota de nuestras expectativas, provino de la presencia del Partido de la Izquierda Revolucionaria en nuestras filas. Mis relaciones con el PIR fueron siempre cordiales, fortalecidas por recíproca lealtad. Mas la asociación con este partido a veces resultó incómoda para otras agrupaciones. En su citada carta de 2 de enero, Guillermo Francovich, me informaba que "los del PURS han podido realizar aquí una campaña muy eficaz contra la candidatura nuestra, atacándonos por el flanco pirista" y, a este propósito me recordaba este incidente: "Lo que más han explicado aquí es el discurso de José Antonio Arze, que cayó como una bomba entre amigos y enemigos. Realmente José Antonio habló en la concentración del Cine Sucre tal como si sólo estuviere entre sus partidarios. Dio la impresión de que tanto nosotros como los partidos liberal y ASD, estábamos totalmente supeditados al PIR". Arze corrigió, por indicación mía, este error en su discurso de Potosí, pero fue Arratia, en esta ciudad, el que se olvidó de que el PIR formaba parte de una combinación de alta política, que todo aconsejaba apuntalar. Sobre este particular, Gustavo Medeiros desde Santiago, en carta de 24 de enero, me decía esta verdad: "Al parecer muchos grupos del interior no han cumplido el compromiso de apoyar su candidatura. Es una muestra —concluía— muy lamentable, por cierto, de la desorganización e indisciplina de nuestros partidos y constituye una explicación más de por qué Bolivia no ha podido superar hasta ahora ese permanente vaivén entre la anarquía y la dictadura que es su historia."

Este punto de la participación pirista en nuestro frente se prestó a variados comentarios que, desde distintos ángulos apreciaban el caso. Sin entrar en el aspecto programático y menos en el ideológico, donde difícilmente unos y otros podrían ponerse de acuerdo, existía un hecho que, con criterio pragmático me fue señalado más de una vez: el PIR en 1947 era una fuerza de arrastre que, sin duda, contaba con más, partidarios y adherentes que lo sumado por las abstenciones de liberales y de otros grupos en la elección del 5 de enero. Luego, sin el pirismo y lo que él representaba entonces para mucha gente que vivía de esperanzas, nuestra candidatura hubiera recibido un menor número de votos, a pesar del concurso de todos los ausentes que hubieron. La verdad de Medeiros —a quien deseaba designar Secretario de la Presidencia— hablaba de una tradición nuestra que llevaba a los hombres a seguir su interés propio antes que el de la agrupación política a la que pertenecían, forma anarquizante de zapar la autoridad, restándole fuerza, de sus líderes llevados al poder.

En los primeros días de marzo, recién inaugurado el gobierno del Presidente Hertzog, Alfonso Crespo sostenía que, a despecho de mis intenciones democráticas, me encontraría pronto envuelto en la trama de las suspicacias propias de nuestra política y que, como en tantos otros casos —que se complacía en rememorar— vendría yo a personificar el espíritu, inveteradamente levantisco, de la oposición. Crespo estaba equivocado. En abril, con aplauso general, se entablaron conversaciones entre personeros de los partidos de gobierno y de oposición, invitándome a presidirlas. Tuvimos nuestras reuniones en la Biblioteca del Senado, concurrendo a ellas regularmente: Pablo Guillén, Eduardo Montes, Waldo Belmonte, Francisco Lazcano Soruco, Ricardo Anaya y Alfredo Mendizabal. A veces asistían el General Lanza y José Antonio Arce. No fue solicitada la presencia de Acción Social porque se trataba de concordar criterios para organizar un Ministerio de unión nacional, del cual esta joven agrupación, tal vez con excesiva prudencia, rehusaba formar parte.

Los resultados de estas conversaciones fueron una repartición de carteras que se juzgó equitativa, asumiendo yo la jefatura de la Cancillería, y la aprobación de un programa que el Presidente daría a conocer en la toma de posesión del nuevo equipo ministerial. El programa, suscrito el 12 de mayo, buscaba encauzar los grandes problemas nacionales a través de organizaciones especiales y con ayuda de planes específicos, alejando la influencia directa de la política y procurando desterrar la improvisación. Dicho programa era el siguiente:

"En materia social:

- "1 Organización de un Comité integrado por técnicos del Estado, representantes de las clases trabajadoras y patronales, para la elaboración de un Proyecto de Ley de Seguro Social Obligatorio.
- "2. Estatuto del Empleado Público.

"3. Establecimiento del Instituto de Salud Pública, de Medicina Preventiva y Asistencia Social para las clases trabajadoras.

"4. Extensión de los servicios de salubridad a todos los centros poblados del país.

"En el orden económico:

"5. Creación del Consejo Nacional de Economía y de organismos que regulen el comercio internacional.

"En el orden agrario:

"6. Creación del Instituto Agrario para la racionalización de la agricultura, regulación de las relaciones de los campesinos y los patronos y mejoramiento de las condiciones sociales y económicas de los trabajadores del campo.

"En materia de Obras Públicas:

"7. Creación del Departamento de Planificación de Obras Públicas para el inmediato estudio y prosecución de obras de alcantarillado, pavimentación y aguas potables; de edificaciones escolares y de salubridad; de fomento de la vialidad y de aeronavegación.

"8. Plan para prevenir las inundaciones en el Beni.

"En materia educacional:

"9. Intensificación de la campaña de alfabetización de las clases obreras e indígenas.

"En orden al Ejército Nacional:

"10. Tecnificación y estímulo al nuevo Ejército democrático.

"En el orden Jurídico:

"11. Consolidación del régimen jurídico para garantizar la paz social y el normal desarrollo del trabajo y la producción.

"Inmigración:

"12. Plan orgánico de inmigración para desarrollar la agricultura y promover la actividad industrial.

"Comunicaciones:

"13. Plan de renovación del material de radio-comunicaciones, telégrafos y correos.

"14. Creación de la Escuela Técnica de Radio-Comunicaciones.

"En el orden internacional:

"15. Política de intercambio, particularmente con las naciones vecinas y con aquellas con las cuales el país mantiene relaciones económicas, sobre bases de recíproca conveniencia y equidad".

Este primer y único Gabinete genuinamente de unidad nacional quedó constituido así: Luis Ponce Lozada (PURS) Gobierno; Alcides Molina (PURS) Hacienda; Germán Costas (PURS) Economía; Armando Alba (PURS) Educación y Asuntos Indígenas; Eduardo Montes (LIB) Defensa; Oswaldo Gutiérrez (LIB) Agricultura, Ganadería y Colonización; Carlos Morales Ugarte (PURS) Higiene y Salubridad; Alfredo Mendizabal (PIR) Trabajo; Gustavo Henrich (PIR) Obras Públicas y Comunicaciones.

La toma de posesión se llevó a cabo el 14 en un ambiente de fiesta popular y de general complacencia. El Ministerio significaba una honorable transacción, reflejada en su programa moderado y más de estudios que de inmediatas realizaciones, entre el PIR y las otras fuerzas. Significaba también que se daba comienzo a las cuestiones propias de una

economía planificada y la del agro, que nos venían acosando en los últimos años, mereciendo sólo una atención ocasional. Significaba, por último, que izquierdas, derechas y centro podían hacer gala de ponderación cuando lo querían, colocándose bajo los auspicios de una democracia progresista que aceptaba la discusión de todas las ideas.

El gentío que invadió el Palacio nos obligó a ubicarnos en el gran patio de la planta baja. El público espontáneamente entonó el himno patrio. Recibido el juramento en medio de vítores y aplausos, el Presidente Hertzog, después de dar a conocer el programa aprobado por los partidos, pronunció un interesante discurso aunque en él, como en toda la literatura política boliviana, se acentuaba la intangibilidad ideológica de los grupos. La reserva carecía, acaso, de oportunidad. El divisionismo de los meses que se avecinaban tuvo alguna raíz en aquel prurito particularista.

He aquí los párrafos salientes del discurso del Presidente:

"La unión de dichos partidos en torno a esta suprema necesidad (dar realidad a los postulados de Julio) no significa, ni mucho menos, que ellos habrán de abdicar de sus principios ideológicos ni de sus programas. Pero sí tiene el alcance fundamental de una tregua impuesta por el anhelo nacional de poner fin a las menudas querellas partidarias de las que pretenden aprovecharse los grupos totalitarios derrocados en Julio de 1946.

"La presencia en este nuevo Gabinete de destacados hombres públicos pertenecientes a los partidos de la Unión Socialista Republicana, Liberal y a la Izquierda Revolucionaria, reviste el significado que acabo de enunciar, y el concurso que nos brinda mi ilustre ex-contendor en los comicios de enero, el eminente estadista doctor Luis Fernando Guachalla, alcance el relieve excepcional, único en nuestra historia, de una nueva orientación en la política boliviana, fecunda en posibilidades halagadoras y en beneficios positivos para el país. Su importancia como ejemplo moral y como lección de alto civismo, repercutirá con el tiempo en el corazón de las nuevas generaciones.

"La intervención del Partido de la Izquierda Revolucionaria en el Gobierno marcará un momento histórico. Partido de avanzada, por primera vez en su trayectoria política, asumirá, junto con otras fuerzas democráticas, la gran responsabilidad de afianzar el orden jurídico-institucional que nos rige, al amparo de nuestras leyes fundamentales. Las teorías más avanzadas en materia social y económica no puede entrañar peligro alguno para el orden institucional, cuando se abriga el convencimiento de que su aplicación efectiva está condicionada a factores tan importantes como el medio geográfico, la razón ética y la época histórica, así como a la suma de recursos económicos y de producción con que se puede contar para llevarlas a la práctica."

En partes principales de mi respuesta dije:

"Habéis querido honrarme invitándome, junto con eminentes personeros de esas tres agrupaciones democráticas, a integrar un Gabinete de unión nacional. El que fuera vuestro competidor en la pasada justa cívica, sin dejar de ser vuestro amigo, no podía eludir vuestra invitación en las condiciones en que ella se produjo, sin faltar a sus propias convicciones y a sus propósitos de preservar, por encima de diferencias políticas, la concordia en el seno de la familia boliviana.

"Vivimos una hora histórica. La honda crisis espiritual y material que agita al mundo y a cuyas repercusiones no podemos escapar, perturba el ritmo de nuestro progreso y suscita una montaña de recelos y de incompreensiones entre los bolivianos, al extremo de que se prefiere, por algunos, las soluciones de violencia, siempre efímeras, a toda legal regulación y a todo ordenado proceso.

"Fundamentalmente, nos preocupa la suerte de los menos favorecidos. Estamos aquí para interpretar fielmente los sentimientos del pueblo y no andaremos equivocados si, en todo momento, procedemos con espíritu de justicia y con sentido de equidad, inspirándonos en las bellas palabras del gran Martí: "ceder en lo justo, que lo injusto se cae por sí solo".

"Pero, junto con esta dedicación primordial que dice íntima relación con la paz interna, ha de exigir nuestro cuidado el estudio de ciertas cuestiones, con ánimo de resolverlas, que permitan encauzar la vida boliviana por rumbos nuevos, sin menosprecio del pasado. El Instituto de Reforma Agraria y el de Salud Pública, el Consejo Nacional de Economía y el Departamento de Planificación de Obras Públicas, la intensificación de la campaña de

alfabetización y el proyecto de Seguro Social, la tecnificación y estímulo al nuevo Ejército democrático constituyen, acaso, los cimientos de una etapa renovadora para la República, donde sea realidad la justicia social y la igualdad de oportunidades para todos, al amparo de normas nacionales de convivencia armónica entre las diversas fuerzas y actividades que dan fisonomía propia a nuestra patria."

Y con ánimo de aminorar la valla ideológica, expresé:

"El Ministerio que acabáis de organizar es de conciliación nacional, una vez que por encima de colores políticos, aspira a rehabilitar moral, política y económicamente a Bolivia, con el concurso de todos sus hijos. Puede la doctrina de un partido divergir de la de otro, pero ahí está la voluntad patriótica de todos, sin excepción, como una fuerza que ha de lograr el cordial entendimiento entre los bolivianos, en esta etapa de pacificación espiritual y de asentamiento de nuestras instituciones y prácticas democráticas.

A modo de suma, cabía decir que dos conceptos de los discursos de Hertzog y mío, señalaban la necesidad suprema de aquella hora: la tregua política "impuesta" —al decir del Presidente— "por el anhelo general de poner fin a las menudas querellas partidarias", era el imperativo del que dependía la vida democrática del país. Mas esa tregua únicamente adquiriría calidad fecundante si, merced a ella, se hacía "realidad la justicia social y la igualdad de oportunidades para todos", como lo declaraba yo. Con el fin de acometer entonces una obra de verdad, volvíase premioso que aquellos requerimientos primordiales: el de la convivencia pacífica y el del objetivo político-social, llegasen a constituir un solo planteamiento o una equivalencia de términos si no se quería que un quebranto de la tregua acarrearase perturbaciones graves en el programa de bien público o, a la inversa, que una desviación de la política proyectada trajese el fin de la conciliación. Los meses que siguieron, a pesar de los esfuerzos del doctor Hertzog, no fueron, en cierto sentido, sino una pugna disimulada alrededor de aquellos dos conceptos, en medio de un equilibrio inestable que enervaba toda acción de largo alcance. Es justo reconocer que la acción disgregante venía de fuera; en el Gabinete existían sanos propósitos de cumplir con las promesas dadas.

En esos días de mayo podía el Presidente Hertzog sentirse satisfecho por el resultado de sus patrióticos empeños en defensa de la democracia que renacía y podía yo también, sin falsas modestias, hallarme complacido por este logro que colmaba mis anhelos de esa hora, porque unía a los bolivianos en resguardo de sus libertades.

La revolución mundial en que vivimos

Sobre este tema había reunido un conjunto de anotaciones que llevaba en mi gira política con la intención de dar una conferencia en la docta Universidad de San Francisco Javier, en diciembre de 1946. Alteraciones de horario al regreso de Potosí me imposibilitaron cumplir con este propósito. Poco tiempo después, la revista "Pan-América", dedicada a problemas internacionales, tuvo la gentileza de pedirme una colaboración. Hice uso de aquellas anotaciones, a las que di forma de artículo y las remití a Buenos Aires a manos de don Eduardo Diez de Medina, Director de ese brillante semanario.

Lo que expongo en tal artículo no es una tesis ni algo que requiere demostración. Es una verdad histórica sobre la cual ya se ha escrito mucho y que está en la conciencia de todos. Lo que, sin embargo, ha faltado —de ahí la necesidad de volver sobre el tema— es la adaptación de la política económica y social al gran cambio de valores y conceptos que trajo la revolución mundial de nuestros tiempos. No se discute que las cosas no son las mismas, pues ello sería negar la evidencia, pero se tarda, aquí y allá, en dar paso a las transformaciones de postguerra. Se hace, con exceso, el papel de dique de contención, frente al empuje de las innovaciones, por gobiernos temeroso de convertirse en avanzada de las nuevas corrientes. y así el proceso evolutivo corre riesgo de volverse acción revolucionaria.

La experiencia ha probado que el precio del retardo suele ser la anarquía tras un brusco y violento cambio y la inversión de valores antes de tiempo, como consecuencia. Los acontecimientos políticos de los últimos lustros confirman que la indecisión ha sido la peor enemiga de las sociedades democráticas porque paralizaba los resortes de su defensa orgánica y les quitaba toda capacidad de iniciativa. Acaso pueda decirse que las llamadas terceras posiciones son una manifestación de incertidumbre, como lo es el neutralismo de que hacen alarde las naciones que no se deciden. Y, cabe añadir, que la desorientación durará lo que dure la evolución del capitalismo manchesteriano hacia un sistema de ganancias revertibles, bajo inspiración social-cristiana.

A continuación doy cabida a lo que escribí en aquellos días de grandes inquietudes políticas.

"El doctor Gerardo Molina, rector ilustre de la Universidad Nacional de Bogotá, disculpó cierta agitación estudiantil ocurrida en esa casa de estudios con estas significativas palabras: "no olvidemos que la generación que surge ahora es una generación de frontera, colocada entre dos épocas, una que se ha derrumbado y otra de contornos todavía borrosos."

"Con esta sencilla frase el doctor Molina ha querido expresar, sin duda, cuán grande es la desorientación espiritual de la hora presente por obra de dos guerras universales que, en síntesis, han sido dos etapas de la revolución mundial en que vivimos. La prolongación del siglo XIX en el actual es, dicho en forma escueta, la mejor prueba de aquella desorientación, pues significa desconocimiento del cambio de escenario y del panorama político-social y básicamente, de los factores económicos que regulan la producción y la distribución de las riquezas o de los bienes.

"Es ya un lugar común expresar que la segunda guerra mundial es un episodio de la revolución universal que vive nuestra época, antes que un clásico conflicto armado entre potencias por rivalidades imperialistas o de conquista territorial. Sin embargo, es necesario no olvidar aquel sentido de la tragedia que ha terminado hace apenas dos años en los campos de batalla, si se quiere esbozar un cuadro más o menos preciso y coherente de los acontecimientos que vienen sucediéndose y de las tendencias que se observa en la política de los pueblos. En verdad, la guerra de 1914 a 1918 fue el primer acto sangriento de esa revolución mundial y, por ello, se ha llamado con propiedad al lapso que media entre 1919, año del tratado de Versalles, y 1939, año del estallido de la segunda conflagración, el armisticio de , los veinte años, pues no fue otra cosa que un armisticio, ya que se mantuvo y se alentó la paz armada, se dio lugar nuevamente al juego de las alianzas defensivas u ofensivas como base de la política del equilibrio, lo que equivalía a marcar, de antemano, campos antagónicos, y se sostuvo en gran parte del orbe, por lo menos el que se conoce como mundo occidental, un *statu quo* en el dominio de los principios y sistemas de la economía social.

"Para hacer frente, internacionalmente hablando, al nuevo período que se abría en Versalles, erigióse en Ginebra una concepción jurídica llamada a preservar la paz, prevenir o reprimir la agresión y procurar que la convivencia entre naciones se fundase en normas de cooperación antes que en dictados de exclusivo interés nacional. La Liga de las Naciones respondió a un generoso sentimiento de concordia entre los pueblos, sin ninguna duda, como que representaba la natural reacción a la fatiga y miseria de cuatro años de guerra atroz, pero su existencia no podía depender únicamente de ese sentimiento sino de la capacidad de los Estados para cumplir con todas sus estipulaciones y ser fieles al espíritu del Pacto.

"El fracaso de la Liga como el fracaso de esos veinte años en asentar, para siempre, el entendimiento entre las naciones sobre fundamentos jurídicos, se debe a diversas causas relacionadas con el proceso revolucionario antes mencionado, no siendo la menor la proyección de las ideas individualistas del siglo diecinueve en el escenario ya cambiante del siglo veinte. Sin pretensión alguna de introducirme en el examen de ese conjunto de causas, juzgo suficiente, por ahora, señalar dos de ellas o, mejor dicho, dos hechos históricos de gran contenido económico que, acaso, nos permitan formarnos una idea bastante clara del fenómeno político-social de la hora actual.

"Esos dos hechos históricos son: primero, la determinación de los Estados Unidos de no pertenecer, por falta de visión internacional, a la Sociedad de las Naciones ni al Tribunal de Justicia de la Haya; y, segundo, la revolución rusa de 1917.

"El primero de estos acontecimientos obedecía a una reacción sentimental e interesada de la opinión americana contra aventuras extracontinentales de las que, suponía, nada bueno podía esperar la patria de Lincoln. Era el regreso, por sobre la prédica idealista de Wilson, al secular consejo de Washington y de Jefferson que enseñaba no entrar en alianzas ni compromisos con la Europa monárquica de entonces. Amistad con todos, alianza con ninguno, rezaba el consejo. La consecuencia fue el alejamiento de los Estados Unidos del orden nuevo que se pretendía crear en 1919, y este llamado "aislacionismo" restó a la nascente Liga el apoyo de la potencia económica e industrial más sólida, haciendo desde ese momento ilusoria toda política de sanciones con el fin de evitar la guerra y los peligros de guerra. Pero, en un campo de mayores proyecciones, ese "aislacionismo" importaba la desarmonía económica, el

desenfreno de la libre empresa y del motivo de lucro privado; en suma, el nacionalismo económico en un mundo que clamaba por la coordinada trabazón de las economías colectivas. La medida de tan singular postura, hoy incomprensible, hubo de verse en la ley de tarifas proteccionistas Smoot-Hawley que puso a los pueblos industriales en trance de quiebra y cerró toda perspectiva de liberación económica a los países proveedores de materias primas y que, de otro lado" repercutió con resultados más funestos en dos centros menos capacitados democráticamente y más desarticulados económicamente: Alemania e Italia.

"El segundo hecho histórico: la revolución bolchevique de 1917 vino a sacudir al mundo con un impacto del que todavía no se ha recuperado. De la teoría pura a la aplicación realista, por primera vez en la historia humana se daba paso a un ensayo, racional y científico, de un sistema político basado en concepciones colectivistas. El Occidente, llamemos así a las civilizaciones de Europa y de América fuera de Rusia; hizo esfuerzos constantes, de propia defensa, para atajar el avance de esta marejada moscovita con el resultado de que la lucha de clases, en cada país de Occidente, se iba intensificando, marcando así el clima de próximos cataclismos sociales. Este temor a Moscú y a sus órganos, entre ellos el Komintern, hizo que en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, vale decir en Occidente, se alentara la aventura nazi-fascista con la intención de lanzar a los pueblos por ella sojuzgados contra los hombres del Krenlin. Esto es, el temor de las clases privilegiadas a perder los instrumentos de su poderío, dio posibilidades de vida, entre otros factores, al totalitarismo germano-italico, cortando o amenguando enormemente posibilidades de entendimiento entre Moscú y el Occidente. Es notorio, a este respecto, el fracaso de Litvinov en Ginebra por concertar, práctica y positivamente, el mecanismo de la seguridad colectiva que todo aconsejaba establecer frente a la indisimulada amenaza de Hitler y de Mussolini. El escenario estaba preparado para el segundo acto de la revolución universal.

"No faltaron, claro está, espíritus avizores, estadistas y escritores que, en unos y otros países de Occidente, advertían el peligro y daban la voz de alarma, tanto con referencia al negativo "aislacionismo" de los Estados Unidos como al repudio *a priori* de la política del Soviet y a la peligrosa complacencia con las maniobras de Berlín y de Roma. Pero esas actitudes y voces, desde luego en flagrante minoría, poco o nada pudieron contra las poderosas influencias de las fuerzas económicas y financieras dueñas del poder o de los resortes del poder. Cuando se quiso actuar más decididamente era tarde; por eso el ilustre Presidente Roosevelt no pudo evitar la tragedia que se inició a cañonazos en la madrugada del 2 de septiembre de 1939. "

"Sería presuntuoso entrar en un extenso análisis de este conflicto *ante bellum* y, desde luego, fuera del objeto de este sencillo comentario. Bástenos agregar que una guerra de tipo total o universal como la que hemos presenciado no es un fenómeno aislado ni espontáneo; ni siquiera dice exclusiva relación con sucesos inmediatamente anteriores, y sus proyecciones en el futuro no pueden limitarse a unos pocos años de post-guerra. Una conflagración de estas dimensiones crea nuevas necesidades, exige nuevas lealtades a nuevas formas sociales y políticas. No se trata de perfilar los fines mismos de la guerra, desde luego negativos: derrota del enemigo, liquidación de su poderío militar, quebrantamiento de su economía, aplastamiento de su credo político, en este caso el nazi-fascismo, y restablecimiento del principio de la seguridad contra futuras agresiones. Precisamente, por haberse apegado a estos aspectos negativos, la paz de Versalles y más que ello, la política de las grandes potencias hizo obra estática, cuyo ejemplo más portentoso vino a constituir la línea Maginot, la muralla tras la cual creyó la Tercera República francesa poder guarecerse del fermento que se agitaba en la sombra. Esa obra o paz estática buscó mantener un absurdo *statu quo* en el campo político, económico y social y, consecuentemente, aprisionó al mundo y a todas sus fuerzas en ebullición en un marco rígido pero ya requebrajado y poco seguro.

"La terminación de la segunda guerra mundial, en cierto sentido, encuentra a la humanidad enfrentada a los mismos problemas de hace un cuarto de siglo, pero con una experiencia que es de esperar sabrán aprovechar sus conductores de ahora. Hace más de un año y con relación a este punto, escribí en "La Razón" de La Paz ciertos comentarios bajo el título de "Necesidad de una Paz Dinámica" y que me parece oportuno reproducir. Decía así: "La implacable dinámica de la guerra no puede ser seguida de una paz cerrada o inflexible. La relación humana, individual o colectiva, se define mejor como un intercambio que admite mutaciones constantes y las necesita, sin que por ello varíe el fondo moral o convencional en que descansa. La Paz y la seguridad no son ni pueden constituir por si mismas un fin, una vez que responden al conjunto de circunstancias y de elementos que, en cada época histórica, informa la acción de los pueblos. La seguridad a cualquier precio y por encima de todo, es la paralización de aquellos resortes humanos que amartillan el progreso, ese eterno mañana en

perenne trance de adaptación. Los estadistas que tendrán la tremenda responsabilidad de señalar las normas del mundo futuro, alcanzarán una loable medida de satisfactorios resultados si recuerdan, en todo momento, que la paz y la seguridad son subproductos de las condiciones básicas de vida de las colectividades y que son esas condiciones las que merecen atención preferente. La Paz y la seguridad anheladas no dependerán de regulaciones prohibitivas, de inhibiciones consentidas, de vallas y restricciones, pero sí de la disposición con que se reciba, en los años por venir, el constante mudar de cosas e ideas. La post-guerra no debe limitarse a estabilizar; antes bien, debe impregnarse de un noble espíritu revolucionario capaz de absorber y orientar las inquietudes, como nunca renovadas, de los hombres".

"El panorama que presenta el mundo es, por cierto, poco propicio para alentar optimismos. Se advierte desorientación y un clima de recelos, nacidos de la incertidumbre en el campo económico. Problemas de producción y de costos, de mercados de consumo y de barreras artificiales, de competencias y de zonas de influencia, de salarios y de desocupación, de transporte y de migraciones humanas, de estabilidad monetaria y de inflación, a lo que hay que sumar la novísima influencia, aun no calculada en sus justas proporciones, de la era atómica que tuvo su primera aparición sobre Hiroshima el 6 de agosto de 1945. Los países medianos y pequeños se encuentran, pues, como perdidos en un mar de incógnitas, reconocida como ha quedado su completa dependencia de las grandes potencias. Más que en otras épocas de la Historia, gravita sobre los destinos de la humanidad el peso de tres poderosos núcleos: los Estados Unidos de América, el Imperio Británico y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Del entendimiento a que lleguen entre ellos depende la paz general y ésta es, no precisamente la ausencia de guerras, sino la convivencia digna y cada vez más próspera entre todos los pueblos, la que no puede obtenerse por esfuerzos y actitudes individuales y aisladas, sino mediante una concordancia creciente de sus actividades y aspiraciones.

"El principio de la interdependencia que rige la vida de relación internacional no es de nueva factura, pero recién en las últimas décadas se le ha dado la preeminencia que merece. Aplicado casi exclusivamente al concepto económico del intercambio, ha invadido el de la relación moral y política siendo, con menos aparato y más realismo, el sustituto de aquel viejo principio de la soberanía absoluta, emanación natural de la monarquía de derecho divino. La interdependencia es realidad moderna como que surge de la expansión financiera e industrial y todo hace pensar que su campo de acción irá en aumento a medida que crezca la penetración recíproca, espiritual y material entre las naciones por obra de la ciencia aplicada a la satisfacción de las necesidades humanas y la disminución de las distancias, que no otra cosa representa, hablando en lenguaje figurado, el perfeccionamiento de los medios de comunicación del pensamiento y de los transportes.

"Estamos, pues, en un mundo que ha perdido sus vagas dimensiones y sus murallas chinas y en él debemos forjar nuestro progreso. El elemento hombre y el elemento físico que le rodea constituyen, por cierto, el material básico sobre el que descansa el edificio de nuestras posibilidades patrias. Empero, no debemos olvidar, en momento alguno, que esos elementos en sí mismos poco representan. Es por su utilización inteligente y con apoyo de medios oportuna y eficazmente introducidos, que cabe obtener un máximo de rendimiento en beneficio de la colectividad. Y esos medios que da la ciencia y el esfuerzo combinados, el capital reproductivo y el crédito público, el trabajo humanizado, la técnica y la máquina, son frutos del mercado internacional de valores, pues aun el coeficiente obrero depende, para su buen rendimiento, de la favorable cotización de precios de los productos de exportación. Por eso, la interdependencia ha cobrado hoy tan señalado lugar en la mente de los estadistas. La política del Buen Vecino surge de ahí y el panamericanismo no es sino su expresión jurídica, confinada al mundo de Colón.

"Creada una nueva organización de tipo ecuménico, las Naciones Unidas se inspiran, de modo general, en los mismos principios que informaron la acción de la Liga ginebrina, con dos grandes secciones, cuya influencia es decisiva para el bienestar de la humanidad. La prepotencia de los Tres Grandes, por una parte, y su derecho de veto, y por otra, el establecimiento del Consejo Social y Económico, constituyen los puntales de la nueva paz. Lo político y lo policial, si se me permite la palabra, están indudablemente en manos de los Tres Grandes al extremo de que se puede decir, una vez más, que de la cordialidad existente entre ellos depende la tranquilidad del mundo. Sin embargo, es de más vastos alcances la obra que se espera del Consejo Social y Económico, una vez que se relaciona directamente con la remoción de las causas de conflicto. Si el Consejo recibe el decidido apoyo de los asociados, y si cumple rectamente su cometido, es posible augurar años de progreso y de paz para todas las naciones.

"Es, pues, aquí que debe incidir el esfuerzo de América. La organización panamericana de Washington tiene, también, su comisión económica y social aunque debilitada en su acción y programa por el Consejo similar de las Naciones Unidas. Es un mal que debe corregirse pronto, pues el intercambio panamericano no obedece a plan alguno y es incipiente porque no lo tonifica el estímulo oficial. Alguna vez dije que, junto al monumento jurídico levantado por nuestro Continente en numerosas conferencias, era necesario y urgente dar sentido a una nueva relación que denominé "panamericanismo económico", si se deseaba que cobrase vida la amistad, un tanto platónica, que se profesan las veintiún naciones de este Hemisferio. Es tiempo de rectificar la culpable negligencia ya que a través de la relación económica, fecunda y activa, es posible dar amplitud y solidez a una política social que, en paulatinas etapas, nos acerque a esa época "de contornos todavía borrosos", según la gráfica expresión del doctor Molina, donde bajo el sol de la libertad, haya bienestar para todos".

La sabiduría frustrada

A mediados del mes de julio no pasaban ya desapercibidas ciertas grietas en el frente democrático formado con el Ministerio de mayo. El antagonismo entre las fuerzas en él representadas, introducía su cuño paralizante en la labor del equipo. El contraste se hacía notorio: cordialidad exenta de recelos entre los Ministros, alejamiento creciente de los partidos. La pugna por ganar puestos poco tuvo que ver en esto, ya que liberales y piristas llegaron tarde al gobierno, encontrándose provistos casi todos los cargos de la administración, lo que probaba el desinteresado concurso de dichos partidos. Verdad era que, ante el PURS, el Presidente Enrique Hertzog, defendía empeñosamente al Gabinete de Conciliación nacional, pues no ignoraba que él sería el primer perjudicado y perdedor con la terminación de la tregua política. De otra parte, poco se avanzaba en la materialización de los proyectos que el programa de mayo señalaba. Antes bien, algunos sectores no ocultaban su deseo de aplazar indefinidamente la materia. Todo esto hacía prever serias dificultades en el próximo Congreso, donde la Izquierda Revolucionaria y grupos afines pedirían, con apremio, el establecimiento de los mecanismos de estudio y planificación, económica y social, acordados el 12 de mayo.

El antagonismo entre derechas e izquierdas había subido a la superficie. Algunos aconsejaban cortar por lo sano y tomar cada cual su camino. "Definirse", era la consigna de los separatistas. La desconfianza hacia el PIR crecía. Se desconfiaba de sus intenciones y hasta de sus mutismos. La Iglesia no era ajena a esta prevención. Partido de la dialéctica materialista, disciplinado y estudioso, su brigada parlamentaria, a veces agresiva, amedrentaba a los timoratos y molestaba a los rivales. Y vino a dar pábulo a la desconfianza unas palabras de José Antonio Arze, Presidente de la Cámara Baja, emitidas en un homenaje al 21 de Julio. Mezcla de elogio a la libertad y a las figuras de Lenín y Stalin, fueron juzgadas impertinentes, mas sirvieron para sembrar la confusión en la puja política, en momentos en que el Ministro Mendizábal, en Catavi, mostraba mesura y buen sentido democráticos en una operación de ajustes de proporciones.

La beligerancia estalló de pronto, en la elección de la directiva de la Cámara Baja. El PIR fue totalmente desplazado, a pesar de constituir el segundo partido en representación numérica. Antonio Landívar, liberal, sustituyó a José Antonio Arze. Era absurdo pretender que un Gabinete de unidad o, mejor expresado, un gobierno de unión nacional debía limitarse a un entendimiento ministerial en contraposición con una lucha partidista en el parlamento entre las fuerzas que integraban a aquél. Semejante contradicción tenía por finalidad —según lo manifestaban los líderes pursistas— dar libre juego a las entidades políticas, de acuerdo con su ideología y programa. La realidad escueta de la maniobra escindista fue la quiebra de la coordinación que existió durante el período extraordinario de sesiones, y esto porque así lo quisieron mayorías contrarias al pirismo que buscaban la "alternabilidad en las funciones públicas".

Para el Movimiento Nacionalista Revolucionario, disperso y debilitado, la incidencia vino a ser capital: su principal enemigo, su rival en el favor sindical, resultaba desalojado de una posición dominante con lo que se privaba de cierto apoyo popular al propio Gobierno, ya que el PIR, en esa época, contaba con significativos puntales en los medios obreros.

La elección de la nueva mesa en Diputados produjo la renuncia de los dos Ministros de la Izquierda Revolucionaria: Mendizábal y Henrich. El Presidente, opuesto al divisionismo, insistió en ratificar su confianza al Gabinete y así lo dijo la misma noche de la elección camarál, en el banquete de Palacio ofrecido a los miembros del Congreso. Al reportero de "La Razón" le

confió que el Gabinete tenía que permanecer "porque así lo demanda el interés colectivo", agregando que no era éste "el momento adecuado para las luchas partidarias".

"La Razón" —que no se tildará de izquierdismo— en su editorial del día 9 de agosto analizó con visión certera el rompimiento. A pesar de su extensión lo reproducimos aquí porque enfoca con cabalidad la crisis surgida:

"Como era de prever, el inconsulto acuerdo de ciertos dirigentes de la Unión Socialista Republicana y del Partido Liberal, en sentido de monopolizar todos los cargos electivos de la Cámara de Diputados y la intención inamistosa que este pacto entraña respecto al tercer partido que actualmente comparte las funciones de gobierno, se ha traducido, inmediatamente, en el planteamiento de una crisis política cuya primera manifestación ha sido la renuncia elevada anoche ante el Presidente de la República, por los Ministros del Trabajo y Obras Públicas, representantes del PIR, en el Gabinete de Unidad Nacional. Esta actitud determinó también la dimisión del Canciller de la República, señor Guachalla, cuya presencia en el Gabinete obedece a las características de la "Unidad Nacional" de que éste se halla revestido; desaparecida e inoperante tal calidad es seguro que el alejamiento del señor Guachalla tampoco se dejará esperar.

"Ha surgido así, por obra de los propios hombres del partido de Gobierno —amigos personales y colaboradores del presidente Hertzog— una crisis que pudo y debió ser evitada, si quienes la provocaron hubieran antepuesto un más elevado sentido patriótico al mero afán de acaparar situaciones y acentuar preponderancias políticas.

"Sensiblemente, las consecuencias adversas de este paso en falso no recaerán únicamente sobre quienes lo han provocado, sino que alcanzarán también, antes que a nadie, al presidente Hertzog. Pocos mandatarios como el actual contaron con una mejor oportunidad para gobernar con la mayoría del país y con los mejores elementos de que éste dispone. El limitar el radio de acción del gobierno se traducirá, es indudable, en una composición ministerial y administrativa que ni personal ni colectivamente satisfará los anhelos nacionales. Al respecto no debe olvidarse que la sola renuncia del señor Guachalla significará, psicológica y políticamente, que cerca del cincuenta por ciento del electorado del país, al que el Canciller representa, dejará de sentirse emocionalmente partícipe de las labores de gobierno y prescindente, en el mejor de los casos.

"Nadie desconoce y preciso es hacer todo honor a los buenos propósitos del presidente Hertzog, quien en repetidas oportunidades ha expresado su anhelo de gobernar con y para todos los bolivianos. Mas esta ponderable intención comienza a ser frustrada por obra de sus propios partidarios, a quienes por lo menos un concepto de consecuencia a su jefe, debió haber les inducido a no promover dificultades de esta índole. Existe una evidente discrepancia entre el Presidente, quien en declaraciones formuladas anoche y que reproducimos en esta misma edición, reitera su plena confianza a los miembros del gabinete de Unidad Nacional y señala los motivos que hacen necesario mantener su actual composición, y los acuerdos parlamentarios de trastienda que han dado como resultado la crisis política planteada.

"Ahora más que antes se hace premiosa una enérgica intervención del Jefe del Estado, intervención enderezada a sostener al actual gabinete, por lo menos hasta que sean resueltos importantes negocios de Estado en plena gestación. Si, como manifiesta el propio Presidente, existe un programa de acción administrativa planteado el 14 de mayo, un sentido de continuidad gubernamental dicta la necesidad de mantener la cohesión de los partidos democráticos. En vísperas de la Conferencia de Río, —para citar sólo un ejemplo— no puede pensarse en variar la composición de la delegación boliviana, cuyo jefe es el señor Guachalla. El tratado internacional con la Argentina también debe ser perfeccionado y la huelga minera que se anuncia debe hallar al gobierno compactado y firme, si se desea evitar horas de intranquilidad y desasosiego al país.

"Se hace preciso, en consecuencia, formular un llamado al patriotismo y a la sinceridad de las convicciones democráticas de los dirigentes de los tres partidos mencionados, para que encuentren una solución inmediata a estas dificultades políticas que pueden malograr obras de proyección nacional que afectan al porvenir mismo de la Nación".

En mi nota de dimisión dirigida al Presidente Hertzog, fechada el día 7, dejé subrayada la imposibilidad en que me encontraba de servir a esa unión que se presentaba ficticia. He aquí su texto:

"La renuncia formulada ayer por los señores Ministros del Trabajo y de Obras Públicas, con motivo de la elección de una nueva Mesa Directiva de la Honorable Cámara de Diputados, con exclusión de personeros del partido a que pertenecen dichos señores Ministros, es un hecho que me obliga a presentar renuncia del cargo de Ministro de Relaciones Exteriores y Culto con que quiso usted honrarme el 14 de mayo último al organizar, con innegable intención patriótica, un Gabinete de unión nacional.

"Mi presencia en este Gabinete no tuvo ni podía tener otro significado que el de afirmar, desinteresadamente, los propósitos de usted, señor Presidente, encaminados a consolidar el orden institucional mediante el congreso de todos los partidos democráticos y sobre la base de un entendimiento programático que había de descansar, tanto en la voluntad y aquiescencia leal de los partidos en el parlamento, como en la decisión —desde luego de consecuencia con lo primero— de sus representantes en el Ministerio, llamado de concentración nacional.. En cuanto se produjera una quiebra de esa unidad que, por ser tal, importaba correlación entre el Legislativo y el Ejecutivo para no ser una ficción, mi presencia en el Gabinete carecería de justificación y aun de explicación.

"El retiro de los Ministros que, en el Gabinete, representan a uno de los partidos políticos convocados por usted, en mayo, es, como digo más arriba, un hecho que rompe la unidad buscada y que, por tanto, me obliga alejarme de la Cartera que, honrándome, usted quiso confiarme.

"Es para mi singularmente grato expresarle, señor Presidente, que he admirado en usted la elevación patriótica con que ha dirigido, en tres meses de labor conjunta, las decisiones del Gabinete de Unión Nacional, y reiterarle, en esta ocasión, más que nunca, mis sentimientos de amistad, fortalecidos a través de los años y que nos permitieron probar que, por encima de las diferencias de posición política, puede mantenerse incólume la amistad al más puro servicio del Bolivia.

"Con este motivo, renuevo a usted etc. etc."

El Presidente Hertzog puso de lado las tres renunciaciones y nada quiso saber de ellas. Era la víspera de mi anunciado viaje al Brasil. Dos cuestiones preocupaban al Despacho: primeramente, la conferencia sobre defensa continental que, a mi juicio, sólo cobraría substancia si en ella se lograra tratar aspectos económicos sin cuya solución favorable se hacía nugatorio cualquier acuerdo de asistencia militar; la Cancillería había realizado consultas a este respecto y llevaba ya un proyecto en el que acentuaba, en el marco de la defensa continental, la necesidad de la cooperación económica. La segunda cuestión provenía de que algunos países, entre éstos la República Dominicana, pedirían en Río la coordinación de una campaña represiva contra las actividades extremistas de izquierda, iniciativa que muchos miraban con recelo porque temían que, al amparo de semejante convenio internacional, cobrasen brío los despotismos criollos y arrasasen con las libertades públicas. Con el fin de abreviar las discusiones alrededor de esta materia, siempre de actualidad, propuse al doctor Hertzog con aprobación del Gabinete, que mi actuación en Río, caso de abrirse debate sobre el comunismo, se desenvolvería, partiendo de esta premisa: "Bolivia es una democracia donde no se persigue al hombre por sus ideas".

En el campo interno, la agitación demagógica volvía a mostrarse activa, particularmente en los centros mineros. Todo aconsejaba, pues, seguir unidos. El Partido de la Izquierda Revolucionaria dio una prueba de alta tolerancia política al permitir que sus Ministros continuasen en sus cargos, después del desaire sufrido que repercutió adversamente en sus bases. No menos importante fue la decisión del Jefe del Estado que salvó limpiamente esta primera crisis provocada por el exclusivismo partidista.

Mas la sabiduría de ese momento iba a durar poco. Encontrándome en Petrópolis recibí informaciones sobre el ataque, lanzado a fondo en el Senado, por el que se buscaba, tras la cortina de una interpelación, echar abajo al Gabinete. De regreso de Río de Janeiro, en Cochabamba, leí el día 7 de septiembre, en diarios paceños, la renuncia, esta vez irrevocable, de los Ministros piristas y, como corolario, la de liberales y pursistas que dejaban en libertad al mandatario para designar a sus nuevos colaboradores. En La Paz se me esperaba, pues, con un hecho consumado al extremo de que el Presidente en declaraciones a la prensa del 6, anticipaba ya su propósito de organizar otro equipo ministerial con "delegados" —decía— de la Unión Socialista Republicana y el Partido Liberal", y agregaba, "dos o tres personajes que gocen de prestigio en el país".

La dimisión de Mendizábal y Henrich, si bien se debía a la no reconsideración del rechazo que los parlamentarios piristas habían formulado contra el acuerdo sobre despido de obreros aprobado ya en Consejo de Ministros, era motivada en el fondo por aquella interpelación que se sabía iba a terminar con la censura al Gabinete de Conciliación. Para el Buró Político del PIR, resultaba incómodo aparecer vencido en la arena parlamentaria y prefirió el retiro del Ministerio "antes que recibir la patada" como me lo dijera uno de sus líderes. Volvíase, en cambio, más decoroso dejar el Gobierno asido del argumento de la oposición que suscitaba el desahucio de mineros, desahucio que dramatizaba la demagogia. Lo curioso del caso era que los directamente afectados —los de Catavi— habían aceptado el retiro y la indemnización, ya convenidos con Mendizábal, no siendo, en consecuencia, todo esto sino maniobra para alcanzar finalidades netamente políticas.

Ilumina bastante el cuadro de estas pugnas el editorial que "La Razón" publicó el 7 de septiembre. Dice en sus párrafos más salientes:

"En esa oportunidad, (la crisis de principios de agosto) pudo advertirse que a pesar de la buena intención que animaba al Presidente de la República, contrariando al deseo de las mayorías nacionales y apartándose de la línea señalada por un sereno examen de las condiciones por las que el país atraviesa, prevalecían pequeños intereses de grupo, rencores personales y mal disimuladas ambiciones.

"Habíamos sostenido y sostenemos el criterio de que la unidad nacional de que era expresión el gabinete, constituía la más sólida garantía no sólo de estabilidad para el gobierno, sino de paz y bienestar para el país todo, sin que ello significase que negáramos la conveniencia de renovar personas dentro de algunas funciones ministeriales. Lo que debía evitarse era la fractura política del gabinete, o sea de las fuerzas que, habiendo hecho la revolución de julio, eran solidarias en la realización de sus fines.

"Desintegrado como está el Gabinete de unidad nacional y en trance de confrontar hechos consumados, no queda sino hacer votos porque el Presidente de la República, al constituir su nuevo gabinete, proceda con criterio estrictamente ceñido a la conveniencia del país, eligiendo como Ministros a hombres que cuenten con la confianza del mismo y no de acuerdo con consignas de grupo. La reorganización del Gobierno debe tener ese alto sentido. No puede significar, en ningún caso, el triunfo de una fracción; triunfo que, por otra parte, sería una especie de victoria pírrica ya que al minarse —deliberadamente o por una errónea apreciación de las características del momento político— los cimientos de la unidad nacional, no se ha hecho otra cosa que vulnerar la seguridad del propio gobierno, vale decir, la estabilidad de las instituciones democráticas, cuyo imperio ha sido penosamente restaurado".

Al cubrir información sobre la crisis ministerial, el diario dirigido con inteligencia por Alfonso Crespo, recordando otra interpelación, promovida por Demetrio Canelas y Justo Rodas (fines de 1943), donde estaba representado el propio partido de aquellos, hizo este sugestivo alcance: "No cayó aquella vez el gabinete. Poco después cayó el gobierno".

A pesar de que Julio Alvarado, hombre de una lealtad a toda prueba, me instaba a seguir en la Cancillería; mi renuncia no admitía discusión. El lunes 8, a mediodía, la puse en manos del Presidente. En ella reiteraba lo dicho en ocasión anterior y quise introducir una nota de optimismo al sostener que continuaría y sería posible resguardar, en esta nueva situación, el espíritu de unidad cualquiera que fuera la posición de los partidos democráticos, y esto era lo importante.

Mi entrevista con el doctor Hertzog, cordial como todas, se detuvo un buen rato sobre diversos aspectos de mi misión en la urbe fluminense, pero fue breve en cuanto pasamos a considerar la crisis política. Tuve la súbita impresión de que mi interlocutor, que leyó apresuradamente mi carta, expresando que era de un "patricio", tenía ya compromisos adquiridos, siéndole premioso concluir el *impasse* ministerial. Al despedirme, vino a mi mente nuestra cena de noviembre de 1946, en la cual quedó sellada la bifurcación de nuestros caminos. Una vez más nos separábamos por causas ajenas a nuestra propia determinación, pero intacta quedaba nuestra relación democrática. La respuesta del mandatario amigo también procuraba convencer a la opinión de que la unidad no estaba rota y que la unión en la democracia no era ni debía ser frase hueca. El y yo creíamos esto posible por más que los hechos empezaban a contradecimos.

Tentado estoy de poner aquí la palabra *exit* para significar mi salida del escenario político de aquella hora, como corresponde en las comedias del humano acontecer, si no es el

apremio que siento por acotar algunas reflexiones en torno a los sucesos que, en las postrimerías del Gabinete de conciliación y aun después, dieron paso a otra etapa, de rumbo distinto aunque, al principio, pocos lo advirtieran, pues unos y otros, partidos e individuos, aseguraban que permanecían fieles al lema de la unidad nacional. Una declaración del PIR en este sentido fue, sin duda, la más comentada y mejor recibida. Es que el impulso adquirido durante el proceso electoral, sin paralelo por su elevación y que, desde luego, en bastante medida, brotó de la gesta misma de Julio, genuina muestra de solidaridad sin partidos y caudillos, perduró en el tiempo más allá del Gabinete de Mayo. Al margen de toda interpretación dialéctica de los hechos, esa fuerza espiritual mantuvo cohesionados a los bolivianos durante meses e hizo que la tregua política, base de la restauración democrática y de la paz social, diera a la controversia partidista una medida pocas veces alcanzada.

Señal tangible de la persistencia de aquel clima conciliatorio se la tuvo a raíz de ciertos desórdenes provocados por elementos desplazados que, una mañana de octubre, invadieron la plaza Murillo en tumultuosa manifestación. Encontrábame en mi oficina jurídica cuando recibí un urgente llamado telefónico del doctor Hertzog. Me pedía que convenciese a los piristas, cuyo cuartel general se hallaba en una esquina de la misma plaza, que saliesen a combatir, junto con los del PURS, contra el adversario común. No vacilé. Arze estaba en su secretaría y secundó mi instancia. Tras una breve arenga de su jefe, los doscientos o más partidarios allí reunidos, irrumpieron en la pelea y, a puñete limpio, barrieron con los agitadores en defensa de un Gobierno en el que aun creían.

¿Qué indicaba todo esto? Me aventuro a decir que se hallaba en proceso de germinación y, por tanto, en el ámbito de las posibilidades, el asentamiento de las disciplinas democráticas en las filas del Partido de la Izquierda Revolucionaria. La continuada práctica de la moderación política, que el momento histórico imponía a todos, y el peso de la responsabilidad, individual o de grupo, inherente al ejercicio del poder, movían a quienes participaban del mando en ese gabinete de Unidad Nacional, a connaturalizarse más y más con el método de la tolerancia aplicada a la realidad diaria de la política. A su vez, aquel asentamiento democrático contenía, y los síntomas ya afloraban, otro proceso: el de la escisión de los cuadros piristas por disparidad en las formas de aplicar las teorías de izquierda al medio boliviano.

La línea divisoria, natural en todo conglomerado político, entre extremistas y moderados, entre realizadores impacientes y otros más cautos, en una palabra entre Revolución y Evolución, iría profundizándose con el correr del tiempo hasta abrir la puerta a ciertos reagrupamientos entre elementos afines de distintos bandos, quejosos por mal ubicados en grupos estáticos o en ninguno, lo que era efectivo para muchos. La ocasión se ofrecía favorable para que los moderados del socialismo, por encontrarse en función de gobierno, dominasen a los otros o, por lo menos, no fuesen vencidos. Perdido el instante propicio, quedaría libre el campo para los intransigentes y frustrado el deseo de sectores progresistas por lograr mayor claridad en la política boliviana, más lógica en sus luchas y más consistencia en los enunciados programáticos, lo que debía producir a la larga, el advenimiento de un gran frente de centro con genuina inclinación hacia la izquierda, un auténtico social-cristianismo, sin mengua de los derechos del hombre y al margen de la Iglesia, que serviría de punto de apoyo a la clase media, artesanado, gremios superiormente organizados, intelectuales y profesionales de avanzada, convirtiéndose en la mejor garantía de estabilidad política para la República.

La oposición de principios entre hombres del PIR, del POR y de otros grupos marxistas o simplemente obreristas, con idea estrecha de clase, era un obstáculo que entrababa, en 1947 y aun después, toda compactación seria de sus directivas. La Izquierda Revolucionaria dominaba en la Confederación Sindical de Trabajadores, los Ferrocarriles y algunos sectores universitarios, mineros y fabriles, y esto le proporcionaba ventajas indiscutibles sobre el resto de los competidores, que veían con recelo, en cualquier intento de unir fuerzas, una maniobra pirista de predominio y absorción: En aquella época, y pocos lo recuerdan hoy, se colocaba al Partido Obrero Revolucionario en la extrema izquierda, al Partido Socialista Obrero Boliviano en el centro y al Partido de la Izquierda Revolucionaria "en el ala derecha del socialismo".

Un análisis inteligente sobre los propósitos y afanes de las entidades de izquierda, aparecido en "El Diario" de 20 de noviembre de 1946, llegaba a esta conclusión: "El proletariado estará con el partido que mejor conduzca sus intereses de clase". Acertado enfoque de la lucha clasista que empezaba a ensombrecer la realidad boliviana y que los demócratas prefirieron ignorar, pero del que sí tomó nota el Movimiento Nacionalista Revolucionario, y obró en consecuencia, trocándose en abanderado de los proletarios, a cuyo efecto hizo un viraje brusco hacia la tienda marxista a la que combatiera años atrás.

Había algo más: el Gabinete de mayo brindó la ocasión para que se diese comienzo a ciertas reformas en la estructura económico-social del país que conservaba todavía, y nadie lo negaba, sus incongruencias y sus peligrosas contradicciones, debido, en parte, como lo dijera yo, a "la proyección de las ideas individualistas del siglo diecinueve en el escenario ya cambiante del siglo veinte". Substancialmente, las reformas miraban hacia el agro y la minería. La pugna por vencer las rémoras que se oponían a un nuevo equilibrio de valores en el país, introdujo en éste, después de la guerra del Chaco, un elemento explosivo grato a la propaganda demagógica. Los planes de reforma no eran patrimonio del PIR ni de grupo determinado; venían de lejos y, en el hecho, resultaban un efecto de aquella guerra desgraciada. Ricardo Anaya, más positivo que Arze, insistía en la necesidad de dar los pasos iniciales y quitar así un arma a los adversarios. En lo minero, él y muchos, abogaban por el regreso al régimen de los decretos de 1937; en lo agrario, pedían la parcelación del latifundio improductivo. Sólo después, ya en la oposición con ribetes de cerrado antagonismo, presentó el PIR, en diputados, su proyecto de nacionalización de las grandes empresas productoras de estaño.

En el fondo de estos anhelos, compartidos por mucha gente de centro y de izquierda, había repudio a la dictadura del proletariado, pues políticamente se preconizaba la intangibilidad de la democracia si en ella cabían todas las evoluciones económicas y sociales, excepto los movimientos que postulaban la violencia y el despotismo. Nada más opuesto a la prédica de los extremistas. Para éstos la democracia había fracasado porque representaba un punto muerto incapaz de promover sistemas de gobierno que diesen acceso al proletariado la conducción exclusiva de los negocios públicos. Una acción decidida hacia delante, progresista y persistente, ¿habría salvado al país de calamidades y saltos en el vacío? Es posible, a través de un esfuerzo solidario entre todos bajo una tregua política.

Unos más y otros menos tuvimos nuestra parte de culpa en el derrumbe que advino; los que participábamos de aquel criterio reformista, por no atrevemos a forzar decisiones temerosos de romper lo que aun quedaba de unión entre los bolivianos, y los que se oponían a ese criterio, por aprensión de que una avalancha de mal aconsejadas reivindicaciones ahogase la libertad si no se le ponía coto. En ambos casos se hizo gala de una actitud negativa.

Demasiado pronto buscaron ciertos conductores políticos el círculo estrecho de sus preocupaciones partidarias, que algunos confundieron con el interés general. Error de perspectiva y error de perspicacia que dieron menguado sentido a las jornadas de julio. Descartado el PIR de las labores y responsabilidades de gobierno, se produjo un vacío que se prefirió ignorar, pues con inexplicable desaprensión se le borró del cuadro democrático que reconquistara la libertad, apresurando, sin escape ya, su marcha hacia posiciones de franca izquierda, más tarde irreductibles.

Al acentuarse posteriormente el alejamiento del PIR, que implicaba alejamiento de los sindicatos afiliados y simpatizantes, se pudo notar que empezaban a enfrentarse, antes que partidos oficiales con partidos de oposición, dos dinámicas de ritmo distinto: la de un gobierno de estructura democrática pero sin masas militantes, y la de masas emancipadas que obedecían a sus propios dirigentes, cuyo favor solicitaban los partidos jóvenes. Por último, causaba desazón en las antiguas agrupaciones políticas que promociones enteras, salidas de igual estrato económico-social, preferían ubicarse bajo otros pendones, restando así a aquellas su aporte biológico, renovador de hombres y de ideas, sin lograr edificar por sí mismas algo consistente por premura de tiempo y, sin duda, por inmadurez.

No tardó el distanciamiento en volverse enemistad, excitando persecuciones policíacas. Recuerdo que un día Arratia buscó mi intervención ante el gobierno de Hertzog a objeto de acabar con el apresamiento inmotivado de correligionarios suyos. En esta visita, el esforzado líder potosino me informó que en cárceles y confinamientos, los piristas, generalmente elementos jóvenes, venían concertando pactos de acción revolucionaria con detenidos del Movimiento Nacionalista lista, desoyendo las reiteradas advertencias de sus jefes. En cuanto ocasión se me presentó insistí por carta, por la prensa y en reuniones de Estado en que no se pusiera de lado al PIR ni a los sindicatos y, antes bien, se les escuchara en los consejos de gobierno por tratarse, sobre todo, de entidades de formación netamente popular. Un día traje a colación, en un comentario periodístico, esta frase con la que un diario derechista francés, "Le Figaro", aconsejaba prudencia al Primer Ministro: "Se puede, en rigor, gobernar sin los sindicatos, pero no se puede gobernar contra los sindicatos".

No cabe ocultar aquí un factor de importancia en el c. quebrantamiento de la unidad que se perseguía desde le 14 de mayo. Enrique Hertzog, hombre admirable en la oposición, no logró en el gobierno imponer su criterio unionista a sus propios correligionarios. A pesar de ser un convencido de que el país, todavía convaleciente, requería tregua política y planteamientos renovadores en materia económica y social, no le fue posible doblegar las impacencias de algunos de sus seguidores ni persuadir a los obstinados de que no era el momento de reñir entre los aliados de Julio. En las horas postreras de su mandato tuvo oportunidad de escuchar de sus labios más de una confidencia sobre los desengaños por él sufridos de su propia gente, lo que me permite ahora decir, con respetuosa consideración hacia el probo y demócrata mandatario, que la bondad de sus sentimientos y el deseo de ser siempre útil al necesitado, le hicieron, en ocasiones, prisionero de ajenos designios.

Y nadie que escriba sobre esa época podrá ocultar que en ella volvió a crecer el estigma de una sociedad política que daba las espaldas a la justicia. A pesar del empeño de algunas conciencias, "el constante y decidido propósito de dar a cada cual lo suyo", según la frase de Ulpiano, no dejó de ser una mistificación en Bolivia. Se llegó a ignorar los crímenes de Noviembre y otros hechos punibles. El resultado fue desastroso: de un lado, quedaron impunes graves delitos que estremecieron al país porque con ellos se quiso dar categoría de razón de Estado a la liquidación física del adversario y, de otro, se impidió que los no culpables se reintegraran al hogar ciudadano. Durante dos años pudo creerse que la justicia terminaría por imponer sus dictados, pero como tal cosa no sucediera, advino otra consecuencia: los líderes tachados asumieron nuevamente la dirección del MNR, y los moderados pasaron a segundo plano. Desde entonces la conspiración fue permanente y permanente la acción policial que, fiel a su propia tradición, se hizo indiscriminada. Maléfico círculo vicioso que concluyó por minar el vigor democrático de la nación, apenas recuperado.

En esta revista de factores negativos —que podría ser mucho más larga— encuéntrase, sin duda, el espejismo que engañó a tantos cuando se pensó que la alianza democrática antifascista para restablecer las libertades conculcadas valía por un pacto sobre identificación de propósitos de gobierno. Se trataba de dos cosas distintas en su génesis y en sus proyecciones. Limitada la alianza a la lucha contra el despotismo, antes que programa era el señalamiento de una posición de apronte para el combate. Era, con muchas palabras, un pacto revolucionario. De ahí que, apenas cumplido su objetivo, desapareció el entendimiento en su totalidad. Se quiso corregir el mal con el programa del 12 de mayo, sin el cual, desde luego, no hubiese prosperado la materialización de un gabinete de unidad nacional. Pero ya vimos la suerte que corrieron, el uno y el otro. Lo lamentable fue que ni siquiera subsistió, más tarde, el compromiso de defender juntos las libertades ciudadanas.

Llegamos ahora al final de este capítulo que hemos titulado "La Sabiduría Frustrada" porque, a decir verdad, a eso se redujo el drama de aquellos días de incertidumbre, de excesiva confianza en las virtudes cívicas del medio, pero también en la pérdida de fe en el liderato de los partidos ya probados. La conciliación nacional, tema central de tantas declaraciones, entre ellas las mías, no resistió al embate del tiempo. Esto que se palpaba antes que dejara el mando el doctor Hertzog, fue anticipado por un espíritu clarividente, Eduardo Diez de Medina, en los días eufóricos de aquella conciliación. Desde Buenos Aires, en carta de 7 de marzo de 1947, me confiaba de esta manera su escepticismo: "Veo de nuevo dividida a la nación, por mucho que los cortos de vista crean y confíen en las conversaciones de dos hombres honrados. Los partidos que se lanzaron a la lucha, difícilmente renunciarán a las perspectivas y a los apetitos que a esa lucha les llevaron. Aun más, suponiendo que hubiera acuerdo para la elección de Presidente, dos días después renacería la discordia".

Entre los que habían concluido juntos una bella jornada libertadora, el alejamiento forzado de uno de ellos —el PIR— se tomó aversión contra éste y, luego, campo fecundo para las disensiones. Desde ese instante, la sabiduría del 21 de Julio, vale decir el alzamiento civilista sin jefaturas políticas ni militares, la Junta de hombres probos, el plebiscito sin mácula, la ejemplar definición presidencial, el patriótico entendimiento entre fuerzas dispares que impidió el divisionismo peligroso para la democracia, y muchos callados sacrificios, quedó burlada por la ingenuidad y la debilidad de los menos y la ceguera y la ambición de los más.

Santiago de Chile, 1960

INDICE

Prólogo
El fin de una misión
Vuelta al periodismo
Camino del exilio
Conversaciones en Santiago y Buenos Aires I
Conversaciones en Santiago y Buenos Aires II
Conversaciones en Santiago y Buenos Aires III
Carta Abierta al Presidente Villarroel
Un viaje a Londres
Incertidumbre
Retorno al país
Candidaturas
Declaración y Programa de Gobierno
En Campaña I
En Campaña II
Preservar la Unión I
Preservar la Unión II
Un solo frente
La revolución mundial en que vivimos
La sabiduría frustrada

© Rolando Diez de Medina, 2006
La Paz -Bolivia

[Inicio](#)